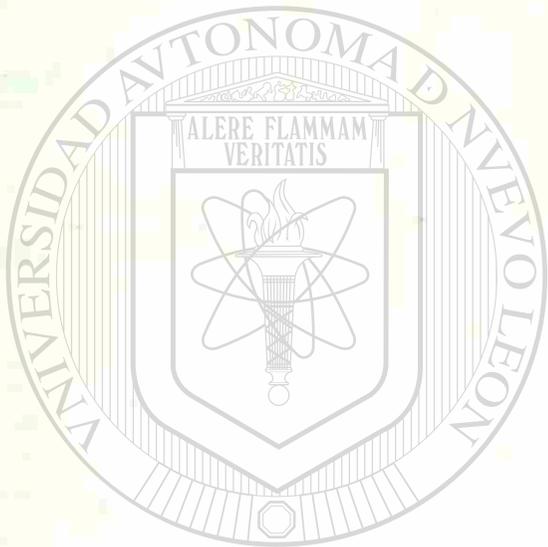


MEMORIAS

PG3405

H4

*Código de barras
pág - 19*



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más hermosa aún y se habría podido decir que la alegría se difundía á su alrededor. ¡Si en los momentos tristes de mi vida pudiese entrever aquella sonrisa, con seguridad que no me afectarían las desventuras!

Me parece que la belleza, ó el conjunto al que damos este nombre, reside únicamente en la sonrisa. Si la sonrisa embellece, quiere decirse que el rostro es bello; si no añade ningún cambio á la fisonomía, el rostro es vulgar y si lo desfigura, es decididamente feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza entre las manos, la inclinó hacia atrás, y al mirarme los ojos, exclamó:

—¡Tú has llorado!

No le respondí y ella me besó los ojos preguntándome en alemán:

—¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba familiarmente con nosotros, se servía siempre del alemán, que conocía muy bien.

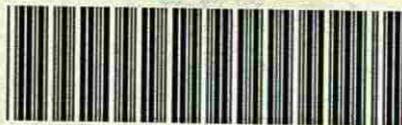
Me acordé del sueño que había inventado con todos sus pormenores, é involuntariamente me estremecí.

—¡He llorado en sueños, mamá!

Carlos Ivanovitch confirmó mis palabras, pero no hizo la menor alusión á la naturaleza de mi sueño. Después de breve conversación sobre el estado del tiempo, en la que Mimí tomó parte también, mamá puso sobre la bandeja seis terrones de azúcar destinados á los criados superiores, se levantó y se dirigió hacia su bastidor de bordar, junto á la ventana.

—Id á buscar á vuestro padre, hijos míos, y decidle que no se olvide de venirme á hablar antes de salir.

El piano, los «uno, dos, tres» y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo. Atravesamos una habitación que había conservado, desde la época de mi abuelo, el nombre de «salón de los oficiales,» y entramos en el despacho de mi padre.



1020015519

Mi padre

Estaba en pie junto á su mesa-escritorio, é indicaba, con un ademán, unos papeles y unos montoncitos de dinero, dando con mucho calor explicaciones á nuestro intendente Jacob Mikhailof.

Este, en pie, entre la puerta y el barómetro, tenía las manos cruzadas á la espalda y agitaba los dedos en todos sentidos con una rapidez grandísima.

Cuanto más vivamente hablaba papá, más aprisa se agitaban los dedos, y cuando papá callaba, se detenían; pero tan pronto como Jacob empezaba á hablar, sus manos tenían movimientos desordenados, sacudidas extraordinarias. Creo que se habrían podido adivinar sus pensamientos, mirándole los dedos. Su rostro, en cambio, permanecía impassible; se leía en él sólo la conciencia de su propio valor, junto con cierta sumisión, que parecía decir:

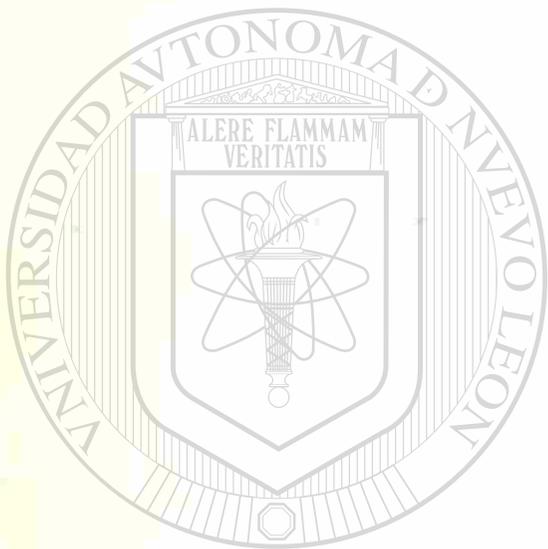
—«Soy yo quien tiene razón; por lo demás, haré lo que usted guste.»

Al vernos, papá se contentó con decir: «Un momento... en seguida estaré para vosotros,» y nos indicó con la cabeza que cerráramos la puerta.

—¡Dios mío! ¿qué te pasa hoy, Jacob?—continuó.—Receibirás mil rublos del molino, ocho mil por las hipotecas; venderás quizás por tres mil el heno. ¿Te bastan estos doce mil rublos, sí ó no?

—¡Oh! sí, ciertamente,—respondió Jacob.

—Por la agitación de los dedos comprendí que iba á ha-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONDE LEÓN TOLSTOY

MEMORIAS

Infancia—Adolescencia—Juventud

VERSIÓN ESPAÑOLA

de

J. SANTOS HERVÁS



CASA AL MAUCCI.—MALLORCA, 226 Y 228
BI BRES MÉXICO
Mau ianos Maucel Hermanos
Cuyo, 1070 1.º Del Relox, 1

1901
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

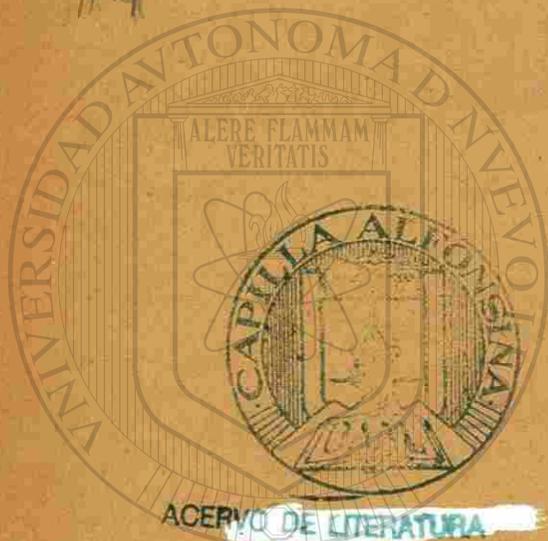
"ALFONSO REYES"

Apr. 1925 MONTERREY, MEXICO

55058

PG 3405

#4



123978

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

Advertencia al lector

Todos los biógrafos del incomparable escritor ruso, León Tolstoy, han reconocido en el protagonista de estas *Memorias*, Nicolás Petrovitch Irteneff, al novelista mismo, que con maravilloso arte y rara sinceridad expone en ellas todo el desarrollo intelectual y moral de su vida hasta la época de la juventud.

Escritas estas *Memorias* por los años de 1851-1857, quedaron interrumpidas, a pesar de que el autor promete en las últimas líneas del libro dar una segunda parte, que probablemente no se publicará jamás.

El que desee conocer los acontecimientos posteriores a este conmovedor relato, puede leer la preciosa novela del mismo autor titulada *Ana Karenine*, en uno de cuyos personajes, Levine, ha querido Tolstoy encarnarse con su carácter, sus ideas, sus gustos y tendencias. Aunque Levine en su vida exterior se distingue del novelista, en el fondo los dos personajes son idénticos y se confunden en una misma aspiración ideal, que ha producido las páginas más hermosas de *Resurrección* y que cortó en flor la existencia del primer Nekliudof. ®

Nicolás Irteneff, Dmitri Nekliudof, Levine... Estos nombres evocan el dulce recuerdo de cosas lejanas y representan el deseo de una vida mejor, término de todos los ma-

les y principio de la verdadera felicidad. Por más que estas ideas parezcan irrealizables, no cabe dudar de la bondad de la doctrina ni del generoso propósito en que ésta se ha inspirado, y todos los hombres deben aceptar una promesa que suscita grandes esperanzas. Si la esperanza es un bien, Tolstoy habrá logrado lo que ningún otro escritor podía alcanzar, esto es, que la suma de los bienes debidos á la lectura de un libro exceda de los lisonjeros cálculos dictados por la imaginación.

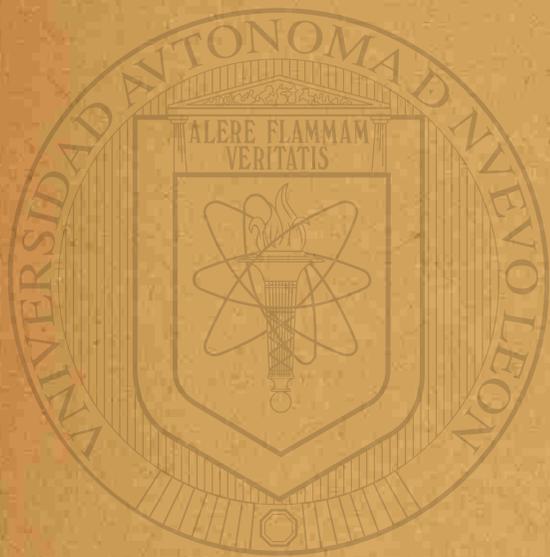
Se debe buscar la dicha en la posibilidad de realizar ciertas aspiraciones, y no en las cosas realizadas, que carecen de belleza porque las contemplamos muy de cerca; y desde este punto de vista, el autor de *Polikuchka* es superior á todos los novelistas modernos.

En la *Utopía* de Tomás Moro, todos los hombres eran felices porque no esperaban serlo. Las sublimes concepciones de Tolstoy abren el corazón á la esperanza y nos permiten entrever el esplendor de los tiempos nuevos. ¡Qué importa que estos tiempos estén distantes!

Las *Memorias* que ofrecemos al público tienen además la ventaja de un estilo cuya sencillez no puede ser imitada, porque guarda relación con la sencillez del pensamiento. También se distingue este libro por la exactitud de las observaciones que contiene y el vigor de los caracteres, trazados de un modo admirable, hasta el extremo de que en toda la literatura contemporánea no se encuentra un personaje más bien descrito que el pobre Carlos Ivanovitch, «predestinado por su bondad nativa á la desgracia, y cuya mayor hazaña consistió en perdonar la vida á un granadero del ejército francés.»

INFANCIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO I

Nuestro preceptor Carlos Ivanovitch

El 12 de Agosto de 18..., un día después de aquel en que cumplí los diez años y en que recibí tantos regalos, Carlos Ivanovitch me despertó á las siete de la mañana, al matar una mosca por cima de mi cabeza con un espantamoscas de papel que tenia la forma de un pilón de azúcar aplicado al extremo de una vara. Con poca destreza, en verdad, había ejecutado su movimiento, pues el golpe dió en el cuadro de mi angel custodio suspendido sobre la cabecera de mi cama de encina, y la mosca muerta vino á caer en mi cabeza.

Saqué la nariz de debajo de las mantas, detuve con una mano el cuadro que oscilaba aún, arrojé la mosca muerta á tierra y me puse á mirar á Carlos Ivanovitch con ojos soñolientos é irritados al mismo tiempo.

Carlos Ivanovitch, con una bata de algodón á grandes ramos ajustada al talle por un cinturón de la misma tela, con su gorro rojo de cañamazo y al que no faltaba la correspondiente borla, con sus zapatillas blandas de piel de cabra, continuaba tranquilamente su revista golpeando aquí y allá las paredes con su instrumento.

—Es verdad que aun soy pequeño, pero ¿por qué me molesta? ¿por qué no va á matar moscas por cima de la

cama de Volodia? ¡Y hay allí tantas también! Pero no, Volodia es mayor que yo; yo soy el más pequeño de todos y por esto me atormenta.

Sólo emplea su tiempo, — proferí en voz baja, — en cuanto puede serme desagradable. Bien vé que me ha despertado y que me ha hecho miedo, pero finge que no lo ha notado... ¡Qué feo es! ¡y qué ridículo con esa bata, con ese gorro y esa borla!

Mientras desahogaba en mi interior la irritación que sentía contra Carlos Ivanovitch, éste se acercó á su cama, miró el reloj suspendido de la pared en una relojera recamada de perlas, colgó su espantamoscas de un clavo, y se volvió hacia nosotros con aire alegre:

—¡Ea, chicos, arriba! Ya es hora de levantarse. La mamá está ya en el salón,—gritó con su voz benévola de acento alemán.

Vino á sentarse al pie de mi cama y sacó del bolsillo la caja del rapé, mientras que yo aparentaba dormir. Tomó un polvo, lo sorbió, sacudió los dedos, y se preparó á hacerme levantar. Empezó por hacerme cosquillas en la planta de los pies, riendo con disimulo.

—¡Arriba, arriba, holgazanes!

Aunque yo era muy cosquilloso, me aguanté en la cama y no respondí. Oculté la cabeza bajo la cabecera y di grandes patadas, haciendo esfuerzos inauditos para no reír.

—¡Qué bueno es, y cuánto nos quiere! ¿Cómo he podido pensar tan mal de él?

Estaba irritado contra mí mismo y contra Carlos Ivanovitch; tenía grandes ganas de reír y de llorar al mismo tiempo, y mis nervios estaban sobrecitados.

—¡Déjeme usted estar, Carlos Ivanovitch!—grité con lágrimas en los ojos y sacando la cabeza de debajo de la almohada.

Carlos Ivanovitch, sorprendido, cesó de atormentarme los pies, y me preguntó con inquietud qué tenía, ó si ha-

bía tenido un mal sueño. Su cara bondadosa de alemán y la premura con que trataba de enterarse de la causa de mis lágrimas me hicieron prorrumpir en llanto deshecho. Tenía remordimientos y no sabía explicarme como un minuto antes había podido no amar á Carlos Ivanovitch, y aún encontrarlo ridículo con su bata, su gorro y su borlita. Ahora, en cambio, todo él me parecía espléndido, y hasta la borla era para mí una prueba evidente de la bondad de Carlos Ivanovitch. Le dije que lloraba porque había tenido una pesadilla; que mamá se había muerto y que estaban haciendo los funerales. Todo lo inventaba por completo porque no recordaba absolutamente lo que había soñado aquella noche; pero cuando Carlos Ivanovitch, conmovido por mi narración, comenzó á consolarme y á tranquilizarme, me pareció que había tenido en realidad aquel penosísimo sueño, y me puse de nuevo á llorar á lágrima viva.

Cuando Carlos Ivanovitch se alejó de mí, y ya fuera de la cama estaba poniéndome los calcetines, me calmé un tanto, pero los tristes pensamientos suscitados por el sueño que yo había inventado, continuaron molestándome.

En esto entró Kolia, un hombrecillo siempre muy atildado, siempre muy serio, exacto, respetuoso y amigo íntimo de Carlos Ivanovitch. Nos trajo la ropa y el calzado; unas botinas para Volodia y para mí un par de zapatos muy nuevos, adornados con cintas. No era posible llorar en presencia suya; á lo menos yo no habría tenido ánimo para hacerlo. Además, penetraba el sol tan alegremente por nuestra ventana, y Volodia remedaba con tanta gracia á María Ivanovna, la institutriz de nuestra hermana, y se reía con tanta gana, que hasta el mismo Kolia, con la toalla al hombro, el jabón en una mano y la jofaina en la otra, se sonreía al decirme:

—Ea, Vladimir Petrovitch, venga usted á lavarse.

Toda mi tristeza se evaporó como por ensalmo.

—¿Están ustedes listos?—gritó Carlos Ivanovitch desde el fondo de la clase.

Su voz era severa ahora y no tenía ya la expresión de bondad que me había conmovido hasta hacerme llorar. Durante la clase, Carlos Ivanovitch era otro hombre; era únicamente el preceptor.

Me vestí á toda prisa, me lavé, y acudí teniendo en la mano el cepillo con que alisaba mis cabellos húmedos.

Carlos Ivanovitch, con los anteojos montados en la nariz y un libro en la mano, estaba sentado en su sitio habitual, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta, había dos mesitas; la de los niños (la nuestra), y la suya, la de Carlos Ivanovitch. Sobre la nuestra se veían muchos libros de texto y de lectura, todos revueltos sin orden alguno. Los únicos que se apoyaban cuidadosamente en la pared, eran dos gruesos volúmenes de la Historia de los Viajes, con cubiertas de papel rojo. Los demás de todos tamaños; algunos, sin cubiertas, ó bien cubiertas sin libros, estaban colocados por nosotros en un orden bastante problemático conforme los dejábamos cuando, en las horas de recreo, nos mandaban «poner orden en la biblioteca.» Así llamaba Carlos Ivanovitch pomposamente á nuestra mesita. En cuanto á sus libros, si la colección era menos numerosa que la nuestra, resultaba seguramente más variada.

Aun recuerdo tres de aquellos volúmenes: una obra en alemán en pasta, «Sobre el estiércol que conviene más á las coles;» otra en pergamino (que tenía un canto quemado), sobre la Guerra de los Siete Años; y en fin, un curso completo de Hidrostática.

Carlos Ivanovitch empleaba gran parte de su tiempo en leer hasta estropearse los ojos, pero fuera de los libros de «su biblioteca» y de «Las abejas del Norte,» no leía otro alguno.

Uno de los objetos que se encontraban sobre la mesa de Carlos Ivanovitch, ha quedado tan impreso en mi me-

moría, que no lo olvidaré nunca, hasta en sus menores detalles.

Era un cartón redondo puesto sobre un pie de madera. A este cartón estaba pegada una caricatura que representaba á una señora y á un peluquero. Nuestro preceptor, muy hábil en estos trabajitos, había ideado y fabricado, aquel disco que le servía admirablemente de pantalla.

Aun hoy se me representa su figura alta con la bata de flores y con el gorro, del que se escapaban algunos mechones de canas. Sentado á su mesita, sobre la cual el disco de cartón con el peluquero proyecta una sombra sobre su persona, con una mano sostiene un libro, mientras se apoya con la otra en el brazo del sillón. Cerca de él está su reloj, en cuya esfera hay pintado un cazador, supañuelo de color, su caja de tabaco negra y redonda, el estuche verde de sus anteojos y las despabiladeras con su platillo. Todo está tan bien arreglado, que basta echar una ojeada para adivinar que Carlos Ivanovitch tiene la conciencia pura y el alma en paz.

A veces, cansados de correr por el salón, nos íbamos de puntillas á averiguar lo que ocurría en la clase, y veíamos á Carlos Ivanovitch, solo, sentado en su poltrona, leyendo alguno de sus libros predilectos, con expresión suave y solemne. A veces le sorprendíamos en momentos en que no leía; sus lentes se le habían caído casi hasta la punta de la larga nariz aguileña; sus ojos azules entornados ofrecían entonces una expresión particular, y sus labios una triste sonrisa.

En la estancia silenciosa, no se oía más que el leve ruido cadencioso de su respiración y el tic-tac del reloj, en cuya esfera había un cazador pintado.

Frecuentemente no notaba que yo estaba allí, parado junto á la puerta, pensando: ¡Pobre, pobre viejo! Nosotros somos muchos, estamos jugando y divirtiéndonos, y él, él está solo y nadie le acaricia! ¡Dice que es huérfano y solo, y su historia es terrible de veras! Me acuerdo de que un

día se la contó á Kolia. ¡Es una cosa espantosa el encontrarse en esa situación!

Sentía una compasión tan grande, que me acercaba á él, y le cogía una mano diciéndole:—¡Mi querido Carlos Ivanovitch! Esta demostración le agradaba tanto, que empezaba á acariciarme y se conmovía.

En la pared de la clase, frente á las mesas, estaban colgados varios mapas, rotos casi todos, pero cuidadosamente recompuestos por Carlos Ivanovitch. De una de las paredes laterales pendían dos reglas; la nuestra toda desportillada, la suya nueva, reglas que servían más para hacernos andar derechos á nosotros que para trazar líneas rectas.

En la otra pared lateral, había una pizarra, en que se anotaban nuestras faltas con unos círculos cuando eran graves, y por medio de unas cruces si eran leves.

A la izquierda de la pizarra, veíase el rincón en donde nos hincábamos de rodillas cuando nos imponían este castigo.

¡Cómo me acuerdo de aquel rincón! Aún veo la puerta forrada de paño y el postigo que había en ella, y aún tengo presente el ruido particular que producía al cerrarse.

A veces, cuando estaba tanto tiempo en el rincón que sentía doloridas mi cintura y mis rodillas, me decía: «Carlos Ivanovitch se ha olvidado de mí: ¡está cómodamente sentado en su sillón y lee su libro de Hidrostática!... ¡y yo!... Entonces, á fin de que se fijase en mí, abría y cerraba á hurtadillas la puerta, ó bien me entretenía en arrancar trozos del revestimiento de la pared dejándolos caer al suelo. Cuando estos trozos eran muy grandes y hacían mucho ruido al caer, sentía un grandísimo miedo. Me volvía entonces hacia Carlos Ivanovitch, que no se movía siquiera y que con su libro en la mano continuaba impasible sin enterarse de nada, al parecer.

En medio de la estancia había una mesa cubierta de un

hule negro, á través de cuyos agujeros podían verse los bordes de la mesa, todos llenos de cortes de navaja. Al rededor de esta mesa había algunos taburetes de madera, lustrosos ya por el largo uso. En la cuarta pared, se abrían tres ventanas, desde las cuales se disfrutaba una hermosa vista.

A la derecha, un camino, de cuyos más pequeños accidentes me acuerdo ahora, y del cual yo amaba entonces hasta los guijarros que lo cubrían. En la parte opuesta, una alameda de tilos y un seto vivo, después un prado, y allá lejos, la casita del guarda. Desde la ventana de la derecha, se veía una esquina del terrado en donde las *personas mayores* venían á sentarse esperando el almuerzo. A menudo me volvía hacia aquella parte, en tanto que Carlos Ivanovitch me corregía el dictado, y veía los cabellos negros de mamá y llegaba hasta mí un ruido confuso de voces y de risas. ¡Cómo me aburría de no poder estar yo allá con ellos! y pensaba: «Cuando sea *grande*, no haré ya temas ni ejercicios, y en vez de aprender diálogos alemanes, pasaré el tiempo sentado entre las personas á quien amo.»

Mi irritación se convertía en tristeza y me quedaba tan ensimismado (Dios sabe en qué ó en quién pensaba), que no prestaba la menor atención á Carlos Ivanovitch, que tanto se preocupaba de mis errores de ortografía.

Carlos Ivanovitch se quitó la bata, se puso una levita azul, arrugada por los hombros, se arregló la corbata ante el espejo y nos llevó á dar los buenos días á mamá. ®

CAPITULO II

Mamá

Mamá estaba en la sala sentada ante la mesa en que hacía el té. En una mano tenía la tetera y en la otra el recipiente del *samovar*:

La tetera rebosaba y el agua caliente caía sobre la bandeja, y mamá, aunque tenía los ojos fijos en la tetera, no lo notaba, como tampoco advirtió nuestra entrada.

Cuando uno se esfuerza en representar á la memoria las facciones de un sér querido, son tantos y tantos los recuerdos que se agolpan de una vez á nuestra mente, que nuestros ojos se enturbian como si se cubriesen de lágrimas. Son las lágrimas del alma. Cuando trato de representarme á mamá en aquella época, no recuerdo más que sus sus ojos negros, que siempre expresaban la bondad y el afecto, el pequeño lunar en la mejilla, un poco más abajo de donde venían á caer rizados algunos cabellos rebeldes, y su cuello blanco, su mano descarnada, pero delicada, que me acariciaba muy á menudo, y que yo besaba con frecuencia.

El conjunto, sin embargo, escapa á mi imaginación. A la izquierda del diván, había un viejo piano inglés de cola, ante el piano, una niña morena, mi hermana Liubótshka, que porfiaba con un estudio de Clementi, agitando sus deditos rosados, lavados hacía poco con agua fría.

Tenía once años, llevaba vestido corto y pantalones bordados. Junto á ella, se hallaba sentada su institutriz María Ivanovna, con su papalina de lazos color de rosa, la blusa

azul, la cara rubicunda y siempre fosca, y que tomó una expresión aún más áspera cuando apareció Carlos Ivanovitch. Le miró con aire amenazador, y sin responder á su saludo, levantó el tono y acentuando cada vez más su voz de mando, siguió contando, llevando el compás con el pie: uno, dos, tres; uno, dos, tres.

Carlos Ivanovitch, según su costumbre, no se cuidó de ella, y vino derecho á besar la mano de mamá, según la costumbre alemana. Mamá despertó de sus ensueños, sacudió la cabeza como para desechar algún pensamiento doloroso, dió la mano á Carlos Ivanovitch, y le besó en la vieja frente arrugada mientras él se inclinaba para besarle la mano.

—Gracias, mi querido Carlos Ivanovitch,—dijo en alemán.—¿Han dormido bien los niños?

Carlos Ivanovitch era sordo de un oído y no entendió nada á causa del piano. Se inclinó más aún sobre el diván con un pie en alto y una mano apoyada en la mesa, levantando al mismo tiempo su gorro y diciendo, con una sonrisa que me parecía entonces la quinta esencia de los buenos modales:

—Usted dispense, Natalia Nicolaievna...

Carlos Ivanovitch no se quitaba nunca su gorro por miedo á un constipado, pero al entrar en el salón no se olvidaba ni una sola vez de pedir permiso para conservarlo.

—¡No se moleste usted; ante todo la comodidad! Le preguntaba á usted—dijo mamá volviéndose hacia él y levantando la voz—si los niños han dormido bien,

El no entendió tampoco esta vez, y sonrió aún más graciosamente poniéndose el gorro.

—Para un poco, Mimi,—dijo sonriendo mamá á María Ivanovna,—no se oye nada con ese piano.

Cuando sonreía, mamá (mamá era muy bella) se ponía

más hermosa aún y se habría podido decir que la alegría se difundía á su alrededor. ¡Si en los momentos tristes de mi vida pudiese entrever aquella sonrisa, con seguridad que no me afectarían las desventuras!

Me parece que la belleza, ó el conjunto al que damos este nombre, reside únicamente en la sonrisa. Si la sonrisa embellece, quiere decirse que el rostro es bello; si no añade ningún cambio á la fisonomía, el rostro es vulgar y si lo desfigura, es decididamente feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza entre las manos, la inclinó hacia atrás, y al mirarme los ojos, exclamó:

—¡Tú has llorado!

No le respondí y ella me besó los ojos preguntándome en alemán:

—¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba familiarmente con nosotros, se servía siempre del alemán, que conocía muy bien.

Me acordé del sueño que había inventado con todos sus pormenores, é involuntariamente me estremecí.

—¡He llorado en sueños, mamá!

Carlos Ivanovitch confirmó mis palabras, pero no hizo la menor alusión á la naturaleza de mi sueño. Después de breve conversación sobre el estado del tiempo, en la que Mimi tomó parte también, mamá puso sobre la bandeja seis terrones de azúcar destinados á los criados superiores, se levantó y se dirigió hacia su bastidor de bordar, junto á la ventana.

—Id á buscar á vuestro padre, hijos míos, y decidle que no se olvide de venirme á hablar antes de salir.

El piano, los «uno, dos, tres» y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo. Atravesamos una habitación que había conservado, desde la época de mi abuelo, el nombre de «salón de los oficiales,» y entramos en el despacho de mi padre.



1020015519

Mi padre

Estaba en pie junto á su mesa-escritorio, é indicaba, con un ademán, unos papeles y unos montoncitos de dinero, dando con mucho calor explicaciones á nuestro intendente Jacob Mikhailof.

Este, en pie, entre la puerta y el barómetro, tenía las manos cruzadas á la espalda y agitaba los dedos en todos sentidos con una rapidez grandísima.

Cuanto más vivamente hablaba papá, más aprisa se agitaban los dedos, y cuando papá callaba, se detenían; pero tan pronto como Jacob empezaba á hablar, sus manos tenían movimientos desordenados, sacudidas extraordinarias. Creo que se habrían podido adivinar sus pensamientos, mirándole los dedos. Su rostro, en cambio, permanecía impassible; se leía en él sólo la conciencia de su propio valor, junto con cierta sumisión, que parecía decir:

—«Soy yo quien tiene razón; por lo demás, haré lo que usted guste.»

Al vernos, papá se contentó con decir: «Un momento... en seguida estaré para vosotros,» y nos indicó con la cabeza que cerráramos la puerta.

—¡Dios mío! ¿qué te pasa hoy, Jacob?—continuó.—Recibirás mil rublos del molino, ocho mil por las hipotecas; venderás quizás por tres mil el heno. ¿Te bastan estos doce mil rublos, sí ó no?

—¡Oh! sí, ciertamente,—respondió Jacob.

—Por la agitación de los dedos comprendí que iba á ha-

cer algunas objeciones, pero papá no le dejó tiempo para hablar.

—Toma, dentro de ese sobre hay una cantidad. Llévelo a su dirección.

Yo estaba cerca de la mesa; di una ojeada al sobre, y leí: «Para Carlos Ivanovitch Mayer.»

Mi padre notó con seguridad que yo leía lo que no me importaba, y cogiéndome por el hombro, me separó con suave presión y me alejó un poco de la mesa. Por mi parte, aunque no estaba completamente seguro de si esta acción significaba ó no una caricia, besé á todo evento la gruesa mano surcada de venas que se apoyaba en mi hombro.

—Está bien,—dijo Jacob.—¿Y el dinero de Khabarovka?

Este era el nombre de una posesión de mi madre.

—No lo tocarás sin orden mía.

Jacob calló por unos segundos, y entre tanto sus dedos se agitaron con rapidez vertiginosa; su gesto de buen animal sumiso desapareció para dar lugar á una expresión de astucia, y al fin rompió á hablar:

—Dispense usted, Pedro Alejandrovitch; temo que nuestros cálculos no sean muy exactos.

Calló un momento y miró fijamente á mi padre.

—¿Por qué?

—Permítame usted. El molinero ha venido ya dos veces á hablarme para pedir una prórroga. Asegura que no tiene dinero; ahora está ahí. ¿Quiere usted hablar con él? (Papá hizo un gesto negativo). En cuanto á las hipotecas, no cobrará usted nada hasta dentro de dos meses, como ya le he dicho. El heno... usted mismo cree que quizá nos producirá tres mil rublos...

Se interrumpió. Sus ojos decían claramente: «¡Ya vé usted bien que no disponemos más que de tres mil rublos!»

Se comprendía que tenía gran número de argumentos

en reserva: por esto quizás mi papá se apresuró á interrumpirlo.

—Haz lo que te he dicho. En caso de que no cobremos el dinero á su tiempo, echarás mano del de Khabarovka.

—Está bien.

La cara y los dedos de Jacob demostraron una viva satisfacción.

Jacob era un siervo, hombre celosísimo y muy amante de su amo; manejaba como buen intendente, con escrupulosa conciencia y mucha severidad, los intereses del amo sobre quien tenía propósitos completamente peculiares. Su idea fija era enriquecer al amo aun á costa de la señora, demostrando la necesidad de gastar las rentas que el amacabraba de Petrovskoë, la propiedad que habíamos. En aquel momento se sentía triunfante porque había conseguido su objeto.

Después de darnos los buenos días, papá declaró que en el campo llevábamos una vida de holgazanes, y que siendo ya grandecitos era preciso estudiar por lo serio.

—Sabed que me marcho á Moscou y que os llevaré conmigo; viviréis con vuestra abuela,—prosiguió,—y mamá se quedará aquí con las pequeñas. No olvidéis que su único consuelo será el saber que estudiáis mucho y que todo el mundo está contento de vosotros.

Aun cuando ya esperábamos algo de extraordinario, dados los preparativos que se realizaban desde hacía algunos días, fué aquello para mí una gran sorpresa. Volodia se ruborizó y su voz, en el instante de dar el recado á nuestra madre, era insegura.

—¡Hé aquí lo que anunciaba mi sueño!—pensé.—¡Quiera Dios que no suceda algo peor!

Sentía un dolor muy grande, inmenso, al separarme de mamá, y no obstante, el pensamiento de que comenzábamos de veras á ser grandes, me lisonjeaba.

—Si partimos esta noche,—pensé,—de seguro que no

habrá lección. ¡Qué felicidad! Sin embargo, lo siento por Carlos Ivanovitch. ¡Es ya tan desgraciado!

Todos estos pensamientos cruzaron mi mente, á la vez que, clavado en el suelo, sin moverme, miraba fijamente las cintas de mis zapatos.

Papá cambió algunas palabras con Carlos Ivanovitch sobre el barómetro que había bajado. Recomendó á Jacob que no dieran de comer á los perros porque quería salir por última vez á cazar con los cachorros después de almorzar, y contra mis previsiones, nos mandó á estudiar, prometiéndonos, sin duda para consolarnos, que nos llevaría con él de caza.

Al subir al primer piso, me escapé un momento y corrí al terrado. Milka, el lebrél predilecto de papá, estaba acostado al sol con los ojos entreabiertos.

—Querido Milka,—le dije, acariciándole y besándole el hocico,—nos marchamos, ¡adiós! ¡Ya no nos veremos más!

Me conmoví y me eché á llorar.

CAPITULO IV

En la clase

Carlos Ivanovitch estaba de malísimo humor. Se le conocía en las fruncidas cejas, en la manera como arrojó sobre la cómoda su levita, en el aire furibundo con que hizo el lazo del cinturón de su bata y hasta en la rabia con que trazó con la uña una profunda señal en el libro de los diálogos alemanes, para indicarnos el punto hasta donde debíamos estudiar.

Volodia aprendió medianamente su lección, pero yo estaba demasiado agitado para fijarme en nada. Miraba mi libro de diálogos, pero el pensamiento estaba muy lejos y las lágrimas me impedían leer. Llegó la hora de recitar la lección á Carlos Ivanovitch, quien cerró los ojos para escuchar (¡Mal indicio).

Cuando llegué á una frase, en la que uno dice: «¿De dónde viene usted?» y el otro responde: «Vengo del café,» me fué imposible contener por más tiempo las lágrimas y los sollozos me impidieron decir: «¿Ha leído usted el periódico?» Tuve que escribir una plana de caligrafía. Mis lágrimas produjeron tales borrones, que parecía que hubiese escrito con agua en una hoja de papel chupón.

Carlos Ivanovitch se inquietó: sostenía que era una testarúdez de mi parte, «una comedia de polichinelas» (era su dicho favorito), y me puso de rodillas en el rincón, me amenazó con la regla y quería que le pidiera perdón cuando á causa del llanto no podía pronunciar una palabra. Al fin, reconociendo quizá su propia injusticia, se fué á la habitación de Kolia cerrando tras sí la puerta con furia.

Desde la clase se oía lo que hablaban.

—¿Sabes ya, Kolia, que los niños se van á Moscou?—dijo Carlos Ivanovitch al entrar en la habitación.

—Sí, lo sé.

Kolia quería levantarse, puesto que oí á Carlos Ivanovitch que decía:

«No te muevas, Kolia», y en aquel momento fué cuando cerró la puerta. Yo dejé mi rincón y fui á escuchar espiando por el ojo de la llave.

—Por más servicios que uno preste á la gente,—comenzó Carlos en tono muy triste,—por más cariño que uno sienta por ellos, lo cierto es que no debemos esperar gratitud alguna de su parte. ¿No es verdad, Kolia?

Kolia, que estaba sentado cerca de la ventana cosiendo una botina, hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Hace doce años que estoy en esta casa,—continuó

Carlos Ivanovitch,—y puedo atestiguar en presencia de Dios, Kolia (y miró hacia el cielo levantando la tabaquera al techo), que les he querido bien y que me he tomado por ellos tanto interés como si fuesen hijos míos. ¿Te acuerdas, Kolia, de cuando Volodia tuvo las calenturas? Pasé nueve días á su cabecera sin cerrar los ojos. ¡Oh, sí! en aquel tiempo era yo el buen Carlos Ivanovitch, ¡claro! ¡tenían necesidad de mí! Ahora (y se sonrió irónicamente) los niños *se han hecho ya grandes y es tiempo de estudiar de veras*. Es decir que ahora no aprenden nada, Kolia.

—De seguro; ¿cómo podrían aprender más y mejor?— dijo Kolia, pasando la lesna y tirando con toda su fuerza del hilo con las dos manos.

—Sí, ahora que no me necesitan me plantan en la calle. ¿Qué se han hecho aquellas promesas y aquella gratitud? Tengo un respeto profundo y un grandísimo afecto á Natalia Nicolaievna (y se puso la mano sobre el corazón); pero dime, Kolia, ¿qué representa la señora en esta casa? Nada, esta es la verdad (al pronunciar estas palabras, arrojó al suelo, con ademán expresivo, un retazo de cuero que tenía en la mano). Sé quien me ha jugado esta mala pasada, y sé por qué he llegado á ser un hombre superfluo... es porque no soy un adulator, y no digo *amén* á todo y por todo como *ciertas personas*. Yo digo siempre la verdad (y aquí se irguió con altivez); mi costumbre es decir siempre la verdad á quien quiera que sea. ¡Que Dios les perdone! Porque yo me marche no han de hacerse más ricos de lo que son, y yo, gracias á Dios, siempre encontraré donde ganarme un pedazo de pan; ¿no te parece, Kolia?

Kolia levantó la cabeza y miró á Carlos Ivanovitch como para asegurarse de si su amigo encontraría de veras un pedazo de pan, pero no respondió.

Carlos Ivanovitch continuó hablando en este tono largo rato. Contó como en otro tiempo sus servicios habían sido mejor apreciados por un general, en cuya casa había es-

tado antes de venir á la nuestra (sentí tanta pena al oír esto!) Habló después de Sajonia, de sus padres, de su amigo el sastre Schönheit, etc., etc.

Yo me compadecía de su dolor y pensaba con tristeza que papá y Carlos Ivanovitch, dos personas que me eran igualmente queridas, no estaban muy de acuerdo. Me volví á mi rincón, me senté en cuclillas y busqué en mi mente un medio de reconciliarlos.

Carlos Ivanovitch volvió á entrar en clase y me mandó que me levantase y preparase mi cuaderno de dictado. Cuando estuve dispuesto, se instaló majestuosamente en su poltrona, y con voz que parecía salir del fondo de un abismo, me dictó: En-tre to-dos los de-fec-tos el más de-tes-ta-ble es... ¿está ya?

Se detuvo, aspiró con toda calma un polvo de tabaco y continuó con doble energía:

—El más de-tes-ta-ble es la In-gra-ti-tud. La I mayúscula.

Yo creí que continuaria y le miré.

—Punto,—dijo con sonrisa apenas perceptible y me pidió el cuaderno. Leyó varias veces esta máxima en voz alta con diversas entonaciones manifestando una profunda satisfacción; sin duda juzgó que expresaba así admirablemente el pensamiento que le mortificaba. Nos dió después, para que la aprendiésemos de memoria, una lección de historia, y fué á sentarse junto á la ventana. Su rostro no manifestaba ya irritación alguna; expresaba tan sólo la calma del hombre que se ha vengado dignamente de una afrenta recibida.

Era la una menos cuarto; Carlos Ivanovitch no mostraba la menor intención de dejarnos en libertad haciéndonos estudiar nuestra lección. El fastidio y el hambre se disputaban alternativamente nuestro estómago y nuestra cabeza. Mirando el libro, aplicaba el oído con gran impaciencia á todos los pequeños ruidos que debían anunciarnos el almuerzo próximo.

—Ahora está la criada limpiando los platos con la servilleta. Ahora sacan los manteles del aparador. Ya oigo desdoblar la mesa y poner las sillas. Ya vienen Mimi con Liubotshka y Catalina (la hija de Mimi, de doce años), que vuelven del jardín; pero ese Phoca no viene aún (era el mayordomo que venía á anunciar que la comida estaba servida). Cuando venga Phoca podremos tirar el libro y escapar, sin hacer caso de Carlos Ivanovitch; pero antes no se puede...

Al fin se oyeron pasos en la escalera, pero no era Phoca. Conocíamos muy bien su paso y el crujido especial de sus zapatos.

Se abrió la puerta y apareció en la clase una persona á la que desconocíamos por completo.

CAPITULO V

El Inocente

Era un hombre de unos cincuenta años, de cara pálida, muy grande, picada de viruelas, con largos cabellos grises y unos cuantos pelos rojizos en lugar de barba. Era tan alto, que tuvo que doblarse, sin exageración, para entrar por la puerta. Su vestido, todo remendado, tenía una forma indefinible entre tabardo y sotana.

Llevaba en la mano un enorme palo, con el cual golpeó el suelo con toda su fuerza, y frunciendo las cejas y abriendo una boca inmensurable, se puso á reír de un modo espantoso.

Era tuerto, y aquel ojo blanco que se movía sin cesar hacía su cara horrible.

—¡Ah! ¡Ah! ¡presto!—exclamó, y acercándose á Volodia

y cogiéndole la cabeza, se puso á examinarle el cráneo. Al fin lo soltó, se acercó á la mesa y con aire misterioso sopló en la cubierta de hule, haciendo después sobre ella varias veces la señal de la cruz.

—¡Oh! ¡oh! lástima... ¡Oh! ¡oh! ¡cosa fea!... ¡oh! queridos... escapan,—exclamó, mirando á Volodia con aire afectuoso.

Se puso á llorar y se enjugaba los ojos con la manga. Su voz era áspera y bronca y sus movimientos precipitados y convulsivos; sus frases inconexas y sin sentido alguno; nunca empleaba los pronombres. Su conjunto era, á pesar de todo esto, tan conmovedor, su cara amarilla y fea presentaba á veces un aspecto tan profundamente triste, que, al mirarle, se sentía sin querer una mezcla de compasión, de miedo y de tristeza.

Tal era Gricha, el inocente, el eterno vagabundo.

¿De dónde venía? ¿De quién era hijo? ¿Por qué había adoptado aquella vida errante? Nadie sabía nada acerca de él.

Todo lo que puedo decir es que se le conocía en el país hacía más de treinta años, y que siempre se le había visto así.

Andaba descalzo, lo mismo en invierno que en verano, frecuentaba los conventos, distribuía pequeños emblemas religiosos á las personas que le agradaban, y pronunciaba palabras enigmáticas que algunos tomaban por profecías. Para todo el mundo no era más que «el inocente.»

De cuando en cuando venía á ver á mi madre; algunos creían que sus padres habían sido ricos y que era digno de compasión y de interés; para otros, Gricha era simplemente un *mujik* y un holgazán.

Al fin apareció Phoca, el puntual Phoca, con tanta impaciencia esperado. Seguidos de Gricha, que continuaba sollozando, diciendo extravagancias y golpeando las escaleras con su nudoso bastón, bajamos todos al comedor.

Papá y mamá se paseaban por la habitación cogidos

del brazo, hablando en voz baja. Mimi, la de gesto petulante, estaba sentada en un sillón que formaba ángulo recto con el diván. Las niñas sentadas junto á ella le oían instrucciones dadas en voz baja, pero imperiosa.

Apenas entró Carlos Ivanovitch, Mimi le lanzó una mirada y le volvió inmediatamente la espalda como si quisiera decirle:

—No le conozco á usted, Carlos Ivanovitch!

Las niñas (bien se les conocía en los ojos) tenían un vivísimo deseo de comunicarnos una gran noticia; pero no se atrevían ni por asomo á acercarse á nosotros para hablarnos, pues esto habría sido infringir las órdenes de Mimi, que exigía que ante todo le hiciésemos reverencia diciendo:—«Buenos días, Mimi.» Sólo después de esta ceremonia teníamos derecho á hablar.

¡Qué insoportable era aquella Mimi! Cuando estaba presente era imposible hablar, porque todo lo encontraba inconveniente; además, nos acosaba á cada momento con su eterno «hable usted en francés,» precisamente (era un hecho comprobado), en los ratos en que tantos deseos teníamos de charlar en ruso.

Cuando teníamos en nuestro plato algo que nos agradaba y que queríamos saborear á nuestro gusto con toda comodidad, venía infaliblemente Mimi á molestarnos con su: «Coma usted también el pan,» ó bien: «¿Qué manera es esa de tener el tenedor?»

—¿Por qué se meterá en todo?—pensaba yo.—¡Que se ocupe de las chicas, que esa es su obligación! A nosotros, quien debe reprendernos es Carlos Ivanovitch. Sinceramente participaba yo con todo mi corazón del odio de Carlos Ivanovitch hacia ciertas personas.

Pasamos al comedor; las personas mayores nos precedían. Catalina me tiró de la manga y me dijo callandito:

—Dile á tu mamá, que nos deje ir con vosotros á la caza.

—Bueno, probaremos.

Gricha comía con nosotros, pero en una mesita aparte. Nunca levantaba los ojos del plato, arrojaba profundos suspiros, hacía muecas espantosas hablando para sí: «Lástima... ¡huído!... huído la paloma al cielo... ¡Ah, piedra sobre la tumba!»

Y otras cosas por el estilo.

Desde por la mañana, mamá parecía inquieta y la presencia de Gricha con sus desvaríos y sus gritos aumentaba seguramente su inquietud.

—¡Ah! se me olvidaba pedirte una cosa,—le dijo á papá al alargarle un plato de sopa.

—¿Qué es?

—Te ruego que mandes encerrar á tus furiosos perros. Ha faltado poco que no mordiesen al pobre Gricha cuando entraba en el patio, y bien pudiera ser que un día ú otro mordiesen á los niños.

Gricha oyó que hablaban de él. Se volvió en la silla y dijo con la boca llena, mostrando su tabardo lleno de remiendos: «Quería hacer morder... Dios no permitió... ¡Azuzar los perros, pecado! ¡Gran pecado! No pegar á viejo... ¿por qué pegar? Dios perdona.

—¿Qué dice?—preguntó papá, mirándole con fijeza y con aire descontento.—No entiendo una palabra.

—Yo lo entiendo,—respondió mamá.—Me ha contado que uno de tus picadores ha azuzado su perro contra él. Ahora te dice que aquel hombre quería que el perro le mordiese, pero que Dios no lo ha permitido y te ruega que no castigues al picador.

—¡Ah! ¿no es más que eso?—dijo papá.—Pero ¿quién le ha dicho que yo quiero castigarle? Ya sabes,—continuó en francés,—que en general no me agradan esos señores, pero éste me agrada menos que ninguno y estoy seguro...

—¡Oh! ¡no digas eso, amigo mío!—exclamó mamá interrumpiéndole con aire espantado.—¿Qué sabes de él?

—No me han faltado por cierto ocasiones para estudiar

á esta gentuza; ¡siempre hay alguno alrededor tuyo, todos parecen salidos del mismo cuño! ¡y siempre con la misma historia!

Se comprendía que mamá no era de la misma opinión que papá y que no quería discutir con él.

—Dame los pastelillos, hazme el favor,—dijo.—¿Son buenos hoy?

—No,—continuó papá tomando el plato de los pastelillos y manteniéndolo en alto, pero de tal modo que no estaban al alcance de mamá.—¡No! me da rabia el ver á personas inteligentes é instruidas que se dejan engatusar por estos truhanes,—y dió con fuerza en la mesa con el tenedor.

—Te he pedido los pastelillos,—repitió mamá, extendiendo el brazo.

—¡Cuánta razón tiene la policía para coger á toda esta chusma!—prosiguió papá rechazando su plato.—No sirven más que para conturbar á las personas nerviosas y delicadas,—añadió con una sonrisa, al notar que aquel asunto desagradaba mucho á mamá. Al fin le dió los pastelillos.

—Te diré una cosa solamente,—dijo mamá.—Es difícil suponer que un hombre que á su edad va descalzo invierno y verano y que lleva siempre bajo sus vestidos una cadena que pesa más de sesenta libras; que ha rehusado, siempre que se lo han ofrecido, el tener una vida tranquila, en que no le habría de faltar nada, es difícil, digo, suponer que este hombre haga todo esto por holgazanería solamente. En cuanto á las predicciones (suspiró y calló por un momento), yo me veo obligada á creer en ellas. Me parece que te he contado que Kirincha había predicho á mi padre el día y la hora de su muerte.

—¿Qué has hecho?—dijo el papá, sonriendo y volviendo la cara á Mimi con una mano puesta á manera de pantalla sobre la boca (cuando papá hacía este ademán, yo me ponía atento porque de seguro iba á decir un chiste).

—¿Por qué me has hablado de sus pies? Los he mirado y ya no podré comer nada.

El almuerzo iba á concluir y Liubotshka y Catalina continuaban haciéndonos señas y se agitaban sobre sus sillas como si les pinchasen con alfileres. Sus ademanes querían decir: ¿Por qué no pedís que vayamos nosotras también de caza? Le dí á Volodia un codazo, y Volodia me lo devolvió; al fin se atrevió. Con voz tímida al principio y más segura después, dijo que, en atención á nuestra próxima partida, deseábamos llevar las niñas con nosotros á la caza. Después de breve consulta entre las personas mayores, nuestra petición fué aceptada y todos corrimos á vestirnos. Yo sentía una impaciencia grandísima esperando á papá.

Al fin apareció en lo alto de la escalera y pocos minutos después nos poníamos en camino.

CAPITULO VI

Qué clase de hombre era mi padre

Era un hombre del siglo pasado y como todos los jóvenes de su tiempo tenía un no sé qué de caballeresco, de atrevido, animoso, amable y disoluto. Manifestaba un profundo desprecio hacia los jóvenes de nuestro siglo, desprecio que nacía á veces de una orgullosa hostilidad, y de cierto despecho secreto por no poder disfrutar en el día de aquella influencia y aquel predominio que había tenido en sus buenos tiempos.

Sus dos grandes pasiones eran el juego y las mujeres. En el transcurso de su vida, ganó y perdió al juego mu-

chos millones y amó y fué amado por un número incalculable de mujeres de todas las clases sociales.

Era alto y de hermosa presencia, y andaba de un modo peculiar, á pasitos cortos; tenía un *tic* en un hombro que involuntariamente levantaba en los momentos de excitación.

Dos ojillos siempre sonrientes; una gran nariz aguileña; una boca irregular, un tanto despreciativa pero agradable; un defecto de pronunciación ó sea un ligero silbido que escapaba de sus labios al hablar, y una cabeza completamente calva; tal era mi padre en la época más lejana á que alcanzan mis recuerdos.

Con este exterior no sólo supo pasar por un hombre afortunado en amores y serlo en realidad, sino que consiguió agradar á todo el mundo sin excepción, á grandes y chicos, y en particular, á aquellos á quienes quería seducir.

Siempre procuraba no estar nunca entre sus conocidos y amigos en un grado de inferioridad. Sin haber formado parte del gran mundo, se trataba con los que pertenecían á él y sabía hacerse considerar por ellos. Conocía el justo medio del orgullo y de la presunción que había de emplear para atraerse el aplauso público sin herir á nadie. Era original, pero sólo en ciertos momentos, sirviéndose de esta originalidad para suplir en algunos casos los grandes modales y la riqueza. No se asombraba de nada y cualquiera que fuese la situación en que se hallaba, conservaba siempre el aire de hallarse en su elemento.

Tenía un arte especial para ahorrar á los demás y para alejar de sí las miserias de la vida, grandes ó pequeñas, arte que era imposible dejar de envidiarle. Conocedor profundo de cuanto proporciona comodidad ó placer al hombre, sabía aprovecharse de eso. Una sola espina le atormentaba en secreto: de todas sus relaciones en la alta sociedad, era deudor en parte á la familia de mi madre y en parte á sus amigos de la juventud; hé aquí por qué

conservaba cierto rencor á sus antiguos compañeros que habían alcanzado una alta posición social, mientras que él se había quedado siendo un simple subteniente retirado.

Como todos los exmilitares, no sabía vestir á la moda, pero, en cambio, arreglaba para sí la moda traduciéndola con muy buen gusto. Llevaba siempre una levita muy larga y muy ligera, una camisa blanca finísima, con enorme cuello y unas vueltas de mangas muy grandes también.

Por lo demás, con su alta estatura, su aspecto vigoroso, su cabeza calva y sus movimientos mesurados y correctos, presentaba un conjunto al que todo iba bien. Era muy sensible y propenso al llanto. A veces, cuando leía en alta voz, comenzaba á estremecerse en llegando al punto patético, y se humedecían sus ojos; entonces cerraba el libro con despecho.

Le gustaba la música y cantaba acompañándose del piano algunas romanzas de su amigo A. y algunos trocitos de ópera ligera. No le agradaba la música difícil y decía con la mayor franqueza, sin preocuparse de la opinión de los inteligentes, que las sonatas de Beethoven le hacían dormir y que no conocía en música nada que fuera superior al *Ne m' éveillez pas*, cantado por Semenof ó al *Pas seule*, cantado por la Taniucha.

No era una de esas personas que, para hacer una buena acción, necesitan un público cualquiera; y en cambio, no había para él nada bueno sino lo que gustaba al público. ¿Tenía principios morales? Dios sólo lo sabe, pero había sido para él tan alegre la vida y tan llena de atractivos de todo género, que no había tenido tiempo de formarse unos principios para su uso. Además, era demasiado feliz para pensar en estas cosas ó para sentir su necesidad.

Andando el tiempo se formó opiniones definidas y reglas fijas para sus acciones, pero únicamente desde un

punto de vista muy práctico; todo lo que proporcionaba un placer era bueno, y esto era lo que debía hacerse siempre. Hablaba de un modo que seducía, y yo creo que esta habilidad suya contribuía á hacer más elásticos sus principios, porque según el giro que daba á sus narraciones, la misma acción aparecía bien como un chiste graciosísimo ó bien como la más baja villanía.

CAPITULO VII

En el gabinete y en el salón

Declinaba ya la tarde cuando volvimos de la caza. Mamá estaba sentada al piano y los niños fuimos á buscar papel, lápices y colores y nos pusimos á dibujar sobre la mesa redonda. Yo no disponía de otro color que el azul, pero no por eso me arredré y comencé con gran brío á hacer un croquis de nuestra expedición cinagética.

Ya había pintado un niño azul sobre un caballo azul que corría tras unos perros del mismo color, cuando sentí ciertos escrúpulos en lo que se refería á la liebre. ¿Podía dibujarse acaso una liebre azul? Corrí á preguntárselo á papá á su gabinete.

—Papá, ¿hay liebres azules?

Papá leía y me respondió sin levantar la cabeza:

—Las hay, hijo mío, ¡ya lo creo que las hay!

Volví á mi dibujo y pinté una hermosa liebre azul; pero después me pareció conveniente transformarla en ramillete ó en matorral; tampoco el matorral me dejó satisfecho y lo convertí en árbol que se transformó á su vez en haz

de heno, que cambié al fin en una nube tan grande que toda la hoja se volvió una sola mancha azul. Muy aburrido, la rasgué con despecho y me fui á descabezar un sueño en la poltrona.

Mamá estaba tocando el segundo concierto de Field, su profesor, y yo me quedé embargado en dulce somnolencia, absorto en mil recuerdos superficiales, luminosos, transparentes, por decirlo así. Después tocó mamá la «sonata patética» de Beethoven y yo empecé á recordar cosas penosas, melancólicas y tristes.

Mamá tocaba á menudo estas dos composiciones y ¡por esto recuerdo vivamente el efecto que producían en mí. Me parecían recuerdos, ¡pero qué recuerdos! Se diría que á veces recuerda uno cosas que no han existido...

Frente á mí estaba la puerta que daba al gabinete de papá. Acurrucado como estaba divisé a Jacob que entraba seguido de algunos individuos vestidos con el tabardo del campesino ruso, de largas barbas, y la puerta se cerró tras ellos.

—Hé aquí que empiezan ¡los negocios,—pensé. A mis ojos no existían en el universo entero negocios más importantes que los que se ventilaban en aquel gabinete de papá y me convenía cada vez más de esta opinión mía al notar que todos los que se acercaban á la puerta comenzaban á hablar en voz baja y á andar de puntillas.

Desde la sala se oía la voz sonora de papá y el olor de su cigarro que, sin saber por qué, me embriagaba siempre.

De pronto, en medio de mi adormecimiento, sentí un erujir de zapatos que me era muy conocido. Carlos Ivanovitch se dirigía hacia el gabinete de puntillas, con semblante muy torvo y resuelto. Llamó ligeramente, le abrieron y después se cerró la puerta tras él.

—¡Con tal que no suceda alguna cosa!—pensé.—Carlos Ivanovitch está encolerizado y es capaz de todo.

Al fin me quedé dormido.

punto de vista muy práctico; todo lo que proporcionaba un placer era bueno, y esto era lo que debía hacerse siempre. Hablaba de un modo que seducía, y yo creo que esta habilidad suya contribuía á hacer más elásticos sus principios, porque según el giro que daba á sus narraciones, la misma acción aparecía bien como un chiste graciosísimo ó bien como la más baja villanía.

CAPITULO VII

En el gabinete y en el salón

Declinaba ya la tarde cuando volvimos de la caza. Mamá estaba sentada al piano y los niños fuimos á buscar papel, lápices y colores y nos pusimos á dibujar sobre la mesa redonda. Yo no disponía de otro color que el azul, pero no por eso me arredré y comencé con gran brío á hacer un croquis de nuestra expedición cinagética.

Ya había pintado un niño azul sobre un caballo azul que corría tras unos perros del mismo color, cuando sentí ciertos escrúpulos en lo que se refería á la liebre. ¿Podía dibujarse acaso una liebre azul? Corrí á preguntárselo á papá á su gabinete.

—Papá, ¿hay liebres azules?

Papá leía y me respondió sin levantar la cabeza:

—Las hay, hijo mío, ¡ya lo creo que las hay!

Volví á mi dibujo y pinté una hermosa liebre azul; pero después me pareció conveniente transformarla en ramillete ó en matorral; tampoco el matorral me dejó satisfecho y lo convertí en árbol que se transformó á su vez en haz

de heno, que cambié al fin en una nube tan grande que toda la hoja se volvió una sola mancha azul. Muy aburrido, la rasgué con despecho y me fui á descabezar un sueño en la poltrona.

Mamá estaba tocando el segundo concierto de Field, su profesor, y yo me quedé embargado en dulce somnolencia, absorto en mil recuerdos superficiales, luminosos, transparentes, por decirlo así. Después tocó mamá la «sonata patética» de Beethoven y yo empecé á recordar cosas penosas, melancólicas y tristes.

Mamá tocaba á menudo estas dos composiciones y ¡por esto recuerdo vivamente el efecto que producían en mí. Me parecían recuerdos, ¡pero qué recuerdos! Se diría que á veces recuerda uno cosas que no han existido...

Frente á mí estaba la puerta que daba al gabinete de papá. Acurrucado como estaba divisé a Jacob que entraba seguido de algunos individuos vestidos con el tabardo del campesino ruso, de largas barbas, y la puerta se cerró tras ellos.

—Hé aquí que empiezan ¡los negocios,—pensé. A mis ojos no existían en el universo entero negocios más importantes que los que se ventilaban en aquel gabinete de papá y me convenía cada vez más de esta opinión mía al notar que todos los que se acercaban á la puerta comenzaban á hablar en voz baja y á andar de puntillas.

Desde la sala se oía la voz sonora de papá y el olor de su cigarro que, sin saber por qué, me embriagaba siempre.

De pronto, en medio de mi adormecimiento, sentí un erujir de zapatos que me era muy conocido. Carlos Ivanovitch se dirigía hacia el gabinete de puntillas, con semblante muy torvo y resuelto. Llamó ligeramente, le abrieron y después se cerró la puerta tras él.

—¡Con tal que no suceda alguna cosa!—pensé.—Carlos Ivanovitch está encolerizado y es capaz de todo.

Al fin me quedé dormido.

No sucedió nada. Al cabo de una hora me despertó el mismo crujido de botas; era Carlos Ivanovitch que pasaba, enjugándose las mejillas inundadas en lágrimas con el pañuelo y balbuceando palabras incomprensibles. Papá que había salido tras él entró en el salón.

—¿No sabes lo que he decidido ahora mismo?—dijo muy alegre poniendo una mano en el hombro de mamá.

—¿Qué es ello, querido?

—Me llevo á Carlos Ivanovitch con los niños; en el coche hay puesto para todos. Por otra parte, los niños están ya acostumbrados á su profesor y él parece que les tiene mucho afecto. Setecientos rublos al año no es gran cosa y al fin y al cabo en el fondo me parece un pobre diablo.

No pude comprender como papá se atrevía á injuriar de aquel modo á Carlos Ivanovitch.

—Me alegro mucho por los niños y por él,—dijo mamá.

—Es un hombre de bien.

—Si hubieras visto que conmovido estaba cuando le he dicho que le daba 500 rublos como regalo. Pero lo más chistoso de todo es la nota que me ha entregado; bien vale la pena de que la veas,—añadió con una sonrisa, y dió á mamá una hoja escrita por Carlos Ivanovitch.—¡Es maravillosa!

La nota decía así:

Para los niños: dos anzuelos.	70 kopeks.
Papel con orla dorada, cola y mimbres para una cestita de regalo.	6 rublos y 55 »
Un libro y un aro, regalo para los niños.	8 » y 16 »
Regalado á Kolia. Un pantalón.	4 »
Reloj de oro prometido en Moscou en el año 18... por Pedro Alejandrovitch.	140 »
Se adeuda pues á Carlos Mayer, además de su sueldo, la cantidad de.	159 rublos y 41 kopeks.

Al leer esta nota en que Carlos Ivanovitch reclamaba el importe de los regalos que él había hecho y del que se le había prometido, todos pensarán que Carlos Ivanovitch era un hombre sin corazón y muy interesado y todos se engañan sin duda.

Cuando entró en el gabinete de papá con su nota en la mano, llevaba aprendido de memoria un bello discurso sobre todas las injusticias que se le habían hecho, pero apenas comenzó á hablar con aquella misma voz conmovida y aquella misma entonación llena de sentimiento de que se servía para el dictado su elocuencia, reaccionó violentamente sobre él mismo, de modo que al llegar á un punto en que decía: «Por grande que sea la tristeza que siento al separarme de los niños...» le sobrecogió una conmoción tal, que la voz le faltó y se vió obligado á sacar del bolsillo el pañuelo, su gran pañuelo de hierbas.

—Sí, Pedro Alejandrovitch,—lloriqueó (en el discurso no habia una palabra de todo esto).—quiero tanto á los niños que no sé como podré vivir sin ellos. Preferiría servirle á usted de balde,—añadió enjugándose las lágrimas con una mano, y presentando su nota con la mano libre.

Estoy convencido de que Carlos Ivanovitch era sincero al pronunciar estas últimas palabras, porque conocia muy bien su excelente corazón; pero no puedo conciliar la oferta de servir de balde con la nota presentada: esto será siempre para mí un misterio.

—Si le desagrada á usted el dejarnos, á mi también me duele el despedirle,—dijo papá dándole unos golpecitos en el hombro.—He cambiado de opinión.

Un poco antes de la cena, Gricha entró en la sala. Desde el momento en que pusiera los pies en casa habia estado suspirando y llorando y para quien lo creía dotado de la facultad de prever lo futuro, era este el indicio de una desgracia que amenazaba á la casa. Saludó á todos diciendo que partiría á la mañana siguiente por la mañana. Yo hice seña á Volodia de que me siguiera y sali.

—¿Qué hay?—me preguntó.

—Si queremos ver las cadenas de Gricha, subamos inmediatamente á las habitaciones de los criados. Gricha duerme en la segunda; podremos escondernos en el rincón y verlo todo.

—Buena idea! espérame que voy á buscar las á chicas. Vinieron los tres y corriendo subimos al último piso. Después de haber disputado un poco sobre quien sería el primero en entrar en el cuarto obscuro, nos sentamos en el suelo y esperamos.

CAPITULO VIII

Gricha

No nos sentíamos muy seguros en nuestro obscuro escondrijo y nos apretábamos el uno contra el otro sin abrir la boca. Gricha nos siguió casi inmediatamente. Andaba sin hacer ruido, teniendo con una mano el bastón y en la otra un candelabro de cobre.

Nosotros procurábamos contener la respiración.

—¡Señor Jesucristol! ¡Santa Virgen! En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo.

Se interrumpió para respirar y después comenzó con diversas entonaciones y abreviaciones, acostumbradas en las personas que repiten á menudo las mismas palabras, sus ordinarias oraciones.

Sin dejar de rezar depositó su bastón en un rincón, exa-

minó la cama y comenzó á desnudarse. Se soltó primero el viejo cinturón negro, se quitó el tabardo, lo plegó con cuidado y lo puso sobre el respaldo de una silla. Su rostro había perdido aquella expresión inquieta é imbécil que le era habitual; antes bien aparecía tranquilo y reflexivo, casi majestuoso. Sus movimientos eran lentos y estudiados.

Apenas desnudo, se sentó muy despacio en la cama, hizo repetidas veces la señal de la cruz y se acomodó la cadena bajo la camisa, no sin cierto esfuerzo que se adivinaba por la expresión de su rostro. Observó con aire triste los agujeros de la camisa y se irguió, continuando sus oraciones. Tomó la bujía y levantándola á la altura de las imágenes de los santos colgadas en la pared, se persignó ante cada una de ellas y después volvió hacia abajo la bujía que chisporroteó y se apagó.

La luna con sus pálidos rayos alumbraba una parte de la larga y blanca figura del Inocente, cuya otra mitad aparecía toda oscura y cuya sombra se diseñaba en el cuadro de luz limitado por el marco de la ventana, el cual se dibujaba en el suelo y subía á lo alto de la pared llegando hasta el techo. En el patio, el guardián tocaba de vez en cuando su timbre de latón.

Gricha callaba. Estaba aún ante las imágenes sagradas, con sus enormes manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza inclinada hacia adelante, respirando ruidosamente y con fatiga. Se arrodilló al fin con gran dificultad y siguió rezando.

Recitó al principio á media voz algunas de las oraciones conocidas cargando el acento solamente en algunas palabras; después repitió las mismas oraciones en voz más alta y con mayor animación y por último improvisó plegarias. Trataba de expresarse en slavo, pero se advertía que esto le causaba pena.

Rogó por sus bienhechores que eran todos aquellos que le recibían en su casa y entre otros por mamá y por nosotros; rezó por sí mismo y pidió á Dios que le perdonase

sus grandes pecados repitiendo varias veces: «Dios mío, perdona á mis enemigos».

Se alzó luego gimiendo y se dejó caer cuan largo era sobre el pavimento, pronunciando siempre las mismas palabras y se levantó de nuevo no obstante su pesada cadena, que al chocar contra el suelo producía un sonido seco y metálico.

Volodia, en este momento, me pellizcó en una pierna haciéndome bastante daño pero ni siquiera quise volver la cabeza; me contenté con restregarme la pierna y continué mirando y escuchando á Grisha con un sentimiento de atolondramiento infantil, de piedad y de veneración.

En vez de divertirme y de reír, como había imaginado antes de entrar en el escondrijo, me sentía agitado por estremecimientos de terror.

Gricha permaneció aún mucho tiempo en una especie de éxtasis y continuaba improvisando plegarias. Ora repetía muchas veces seguidas: «Señor, ten piedad de nosotros,» pero cada vez con mayor fuerza y con una entonación diversa; ora decía: «¡Perdóname, Señor, enséñame lo que debo hacer, Señor!»; y se habría dicho por su acento que esperaba recibir la respuesta en seguida; á veces no se le oían más que sollozos desgarradores... Se volvió á poner de rodillas, juntó las manos sobre el pecho y calló.

En silencio y conteniendo la respiración me dirigí á la puerta. Gricha estaba inmóvil; profundos suspiros escapaban de su pecho, y su ojo, cuya pupila iluminaba la luna, estaba lleno de lágrimas,

—¡Sí, que se haga tu voluntad!—exclamó de pronto con expresión imposible de describir y cayó de bruces al suelo sollozando como un niño.

Muchas cosas han ocurrido después en el curso de mi vida; muchos recuerdos han perdido para mí su importancia y se me aparecen ahora como visiones confusas; Gricha, el vagabundo, há tiempo que emprendió su último viaje; pero jamás podrá borrarse la impresión que

aquel hombre produjo en mí, como no podré olvidar nunca las sentimientos que despertó en mi alma.

¡Oh Gricha! ¡oh gran cristiano! Tu fe era tan ardiente que sentías la vecindad de Dios, y tu amor era tan grande, que las palabras brotaban naturalmente de tus labios sin necesidad de que la razón las enlazase...! Y con que magnificencia alababas la grandeza del Omnipotente cuando, no encontrando palabras apropiadas, te arrojabas al suelo llorando!

La emoción con que escuchaba á Gricha, no podía durar largo tiempo: ante todo porque mi curiosidad estaba satisfecha, después porque mis piernas se habían entumecido al permanecer tanto tiempo en la misma postura, y finalmente porque sentía que los que estaban detrás de mí se movían y cuchicheaban y yo estaba deseando imitarles. Uno de mis hermanos, no sé cual, me cogió de la mano y me dijo al oído: ¿De quién es esta mano?... Estaba oscuro como boca de lobo en el escondrijo, pero al tacto y por el sonido de la voz, reconocí á Catalina.

Instintivamente cogí su bracito desnudo hasta el codo y lo besé. Catalina, asombrada seguramente de mi acción, retiró el brazo y tropezó al mismo tiempo en una silla rota que estaba al paso. Gricha levantó la cabeza y miró á su alrededor y se puso á hacer señales de la cruz hacia cada uno de los rincones de la habitación, recitando una oración. Nosotros escapamos precipitadamente.

CAPÍTULO IX

Natalia Savishna

Hacia la mitad del siglo pasado, se veía correr por el pueblo de Khavarovka á una jovencita de rústicos vestidos, descalza, pero de aspecto agradable y alegre.

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

"ALFONSO REYES"

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

55058

Era Natashka, hija de Sawa, el tocador de clarinete.

Para recompensar los servicios de Sawa y accediendo á sus ruegos, mi abuelo tomó consigo á Natashka, que llegó á ser una de las camareras de mi abuela. La muchacha se hacía recomendable por su dulzura y su celo y al nacimiento de su madre fué escogida como niñera, dando tales muestras de actividad y de afección hacia su pequeña ama, que se atrajo nuevos elogios y nuevas recompensas.

En aquella época, los cabellos empolvados, los calzones cortos y los zapatos con hebilla del mayordomo Phoca, que era entonces joven y muy atildado en vestir, habían producido cierta impresión sobre el sencillo y afectuoso corazón de Natashka.

Las ocupaciones de ambos les ponían en frecuente contacto y la joven, subyugada, tomó la resolución de pedir á mi abuelo el permiso de casarse con Phoca. Mi abuelo se irritó, la acusó de ingrata y la envió en castigo á un caserío en la estepa para cuidar de las aves del corral. Después de seis meses, viendo la imposibilidad de sustituirla, la llamó, devolviéndole sus antiguas funciones. Había vuelto á casa con su traje de criada de granja y se había presentado á mi padre rogándole de rodillas que le concediese su benevolencia y que le perdonase un momento de locura, que juraba no volvería á repetirse. Cumplió su palabra.

Desde aquel día Natashka se convirtió en Natalia Savishna y se encasquetó la cofia de camarera, depositando en la persona de su amita todos los tesoros de ternura de su corazón amoroso.

Cuando llegó el momento de dar un aya á mi madre, Natalia recibió las llaves de la ropa blanca y de la despensa, y en estas funciones continuó empleando el mismo celo y la misma abnegación. Vivía exclusivamente dedicada á los intereses de sus amos, por todas partes perse-

guía el desorden y el despilfarro y con la mayor actividad inteligente se esforzaba en remediarlo.

Cuando mamá se casó, quiso recompensar á Natalia por sus veinte años de buenos servicios. La llamó, le demostró su afecto en los términos más lisonjeros y le entregó un documento que contenía su acta de liberación de la servidumbre, señalándole una pensión de 300 rublos bien permaneciese en casa, bien saliese de ella.

Natalia lo escuchó todo hasta el fin sin pronunciar una palabra, después tomó el papel, lo guardó con gesto de enojo, masculló entre dientes unas cuantas palabras ininteligibles y se escapó cerrando la puerta con estruendo.

Mi madre no podía explicarse esta conducta y esperó por algún tiempo, pero Natalia no parecía. Fué á buscarla á su habitación y la encontró sentada en un baúl, con los ojos encarnados, y rasgando con furia su pañuelo, mientras que fijaba obstinadamente la vista en los pequeños fragmentos del acta de liberación que había arrojado al suelo.

—¿Qué tienes, mi buena Natalia Savishna?—preguntó mamá cogiéndole una mano.

—Nada, amita. Según parece la tengo muy disgustada, puesto que me echa usted á la calle... Está bien, está bien. Me iré.

Y retiraba la mano con fuerza, tratando de contener las lágrimas y esforzándose en salir. Mi madre se lo impidió, la abrazó y ambas se echaron á llorar.

Entre mis recuerdos más lejanos figuran las pruebas de ternura y las caricias que Natalia Savishna nos prodigaba, pero sólo ahora sé apreciarlas en todo su valor.

Entonces, cuando niño, no tenía la menor idea de lo que valía aquella buena anciana y no sospechaba que fuese una criatura adorable como hay pocas. No sólo no hablaba nunca de sí, sino que ni siquiera pensaba en su persona—y bien se puede afirmar que su vida no fué otra cosa que amor y abnegación.

Estaba tan acostumbrada á su afecto desinteresado hacia nosotros, que nunca imaginé que ello pudiese ser de otro modo y no comprendía porque le había de estar yo agradecido ni se me ocurrió preguntarle nunca si era feliz ó estaba contenta.

A veces, en clase, yo pedía salir, pero era sólo un pretexto para correr á la habitación de Natalia; me sentaba allí y empezaba á fantasear en voz alta sin que su presencia me causara el menor embarazo. Nunca la encontré ociosa, ora hacía calceta, ora registraba y ponía en orden los baúles que llenaban su habitación, ora anotaba la ropa blanca. Yo le contaba que así que fuese general me casaría con una mujer de una belleza maravillosa, que compraría un brioso alazán, que haría construir una casa de cristal y que escribiría á Sajonia para hacer venir á los padres de Carlos Ivoanovitch. Ella escuchaba pacientemente todos estos sueños, animándome de vez en cuando con un—«Sí, amo mío, sí.»

Ordinariamente, cuando me levantarme para irme, Natalia abría un cofre azul á cuya tapa (¡qué bien lo recuerdo!)n estaba pegados un húsar de colores, otra estampa sacada de un tarro de pomada y un dibujo hecho por Volodia. Sacaba de este cofre un pedacito de cinta combustible perfumada, lo quemaba agitándolo al aire.—«Esta cinta, amo mío, proviene de Otcioeov. Cuando su pobre abuelo de usted—Dios tenga su alma en el Cielo—fué á batirse contra los Turcos lo trajo de allá. No me queda más que este trocito. Ya es el último,—añadía con un suspiro.»

En sus numerosos cofres había de todo. Cuando faltaba algo decían: «Pidámoslo á Natalia Savishna», y en efecto, buscaba en sus cofres, encontraba el objeto pedido y lo entregaba diciendo:—«¿No he hecho bien en tenerlo guardado?»—Conservaba así mil objetos de toda clase de que nadie excepto ella se cuidaba y todo lo recogía.

En cierta ocasión disputé con ella y hé aquí en qué oca-

sión. Estábamos almorzando y al echarme un poco de *Krass* derribé el vaso y manché la servilleta.

—Llamad á Natalia Savishna,—dijo mamá;—es preciso que admire á su favorito.

Natalia Savishna vino y al ver mi torpeza meneó la cabeza. Mamá le deslizó no sé qué palabras al oído y salió haciendo un ademán amenazador.

Después de almorzar, me dirigía saltando, muy alegre, hacia la sala, cuando de pronto apazecié tras la puerta Natalia Savishna con la toalla en la mano; me agarró y á pesar de mi resistencia desesperada, me lavó la cara con la parte mojada repitiendo: «No ensucies las toallas, no ensucies la toalla!

Aquella acción suya me pareció tan ofensiva que me puse á aullar de rabia.

—¡Cómo!—decía entre mí, paseando de un lado á otro de la sala y sofocado á fuerza de llorar.—Natalia me habla de tí y no contenta aún me restriega la cara con la servilleta sucia como si yo fuese un siervo! No, esto es horrible!

Cuando Natalia Savishna me vió tan furioso, se fué á su habitación mientras yo continuaba corriendo por la sala pensando en la manera de vengarme de la injuria que me había inferido aquella imprudente de Natalia.

Al cabo de algunos minutos Natalia Savishna reapareció y se me acercó tímidamente.

—Basta, amo mío, no hlore usted más... perdón... he sido una imhécil... perdón, tortolilla mía... Tome usted esto para usted.

Sacó de debajo de su chal una cajita encarnada que me ofreció con mano temblorosa. Contenía dos caramelos y un higo seco.

No tuve valor para mirar á la cara á la buena vieja, tomé la cajita volviéndome de espaldas y con las lágrimas

aún en los ojos y que me corrieron más abundantes aun; pero no eran lágrimas de ira, eran lágrimas de ternura y de vergüenza.

CAPÍTULO X

La partida

El día que siguió al de los acontecimientos narrados, a medio día precisamente, la calesa y el coche estaban prontos ante la escalinata de la puerta. Kolia en traje de viaje con los pantalones metidos en sus altas botas y con un viejo gabán apretado al talle por un cinturón, se afanaba por colocar en el coche las capas y los almohadones que mullía cuando le parecían duros y que igualaba con el peso de su cuerpo cuando le parecían altos.

—Por piedad, Kolia, ¿no podría usted acomodar por ahí esta cajita?— dijo el camarero de papá apeándose presuroso de la calesa.

—¡Ocupa tan poco puesto!

—¿Por qué no lo ha dicho usted antes, Miguel Ivanovitch?— respondió Kolia, hablando con viveza y arrojando con impaciencia y con toda su fuerza un pequeño envoltorio al fondo del coche.—Tengo tan aturdida la cabeza y no faltaba más que su cajita para acabarme de trastornar!—añadió quitándose el gorro y enjugándose las gruesas gotas de sudor que bañaban su bronceada frente.

Toda la servidumbre se había reunido alrededor de la escalinata de la puerta principal; los hombres con la cabeza descubierta, en tabardo ó en mangas de camisa y los niños con los piés descalzos, las mujeres con sus faldas de algodón y pañuelos á rayas con los niños de pecho en brazos. Miraban los carruajes y charlaban entre sí. Uno de los postillones (un viejo todo encorvado, cubierto con gorro de pelo y un chaquetón de invierno) había empuñado la lanza de la cabeza y tiraba de ella examinando con gesto inteligente la parte anterior del carruaje. El otro postillón era un buen mozo con una camisa blanca á cuadros rojos bajo los brazos, con un sombrero de fieltro negro que se echaba ora sobre una oreja, ora sobre la otra, al rascarse la cabeza rubia y rizada.

Había dejado la chaqueta sobre el pescante y arrojado las riendas sobre ella, haciendo crujir la fusta y mirando alternativamente sus botas y á los dos hombres que engrasaban el coche. Uno de ellos levantaba con toda su fuerza el coche, mientras por debajo el otro en cuclillas untaba de grasa, con sumo cuidado, el eje y las ruedas.

Los caballos de posta de variado pelaje agitaban la cola para sacudirse las moscas y alguno dormía con una pata hacia delante, mientras los otros para matar el fastidio comían unas hojas de helecho que habían echado á sus piés.

Algunos lebreles, echados en el suelo, tomaban el sol, respirando con fatiga, mientras que otros á la sombra de la calesa y del coche lámian la grasa de las ruedas. En el aire se respiraba una especie de vapor polvoriento y en el cielo de un color gris de lila no aparecía una sola nube. Un fuerte viento oeste levantaba torbellinos de polvo, en la carretera y en los campos doblaba los grandes tilos y los abedules del jardín y arrastraba consigo las hojas caducas.

Me había sentado cerca de la ventana y esperaba con impaciencia el fin de aquellos preparativos.

Cuando nos reunimos todas en el salón en torno de la mesa redonda para pasar, antes de separarnos, algunos minutos juntos, no pensaba siquiera en la tristeza del momento que se acercaba. En mi cabeza se agitaban las ideas más pueriles; por ejemplo me preguntaba:—¿Cuál de los postillones irá con el papá y quién con Carlos Ivanovitch? ¿Por qué quieren envolverme á toda costa en un chal de lana y en un gabán tan pesado? ¿Creen acaso que soy muy delicado? De seguro que no me helaré... Ya quería que estuviese todo listo... para montar y marchar...

Natalia Savishna entró en el salón con los ojos preñados de lágrimas y enrojecidos de haber llorado antes: llevaba en la mano un papel y pregunto á mamá:

—¿A quién debo entregar, señora, la lista de la ropa blanca de los niños?

—Dásela á Kolia y venid todos á despediros.

La anciana quería decir algo, pero no le fué posible hablar; escondió el rostro en el pañuelo, agitó una mano y salió.

Esta escena me turbó y mi corazón sintió cierta opresión, pero sólo fué cosa de un momento, porque la impaciencia por marchar excluyó todo otro pensamiento y continué escuchando con indiferencia la conversación de mis padres.

Hablaban de cosas que eran evidentemente poco interesantes para el uno y para el otro; lo que era preciso comprar para la casa; lo que había que decir á la princesa Sofía y á la señora Julia; si el camino era bueno..., etc.

Phoca apareció en el dintel y con la misma exactitud y con el mismo tono con que anunciaba: «La comida está servida» anunció: «Los carruajes están preparados.» Noté que mi mamá se sobresaltó y se puso pálida como sorprendida por la noticia.

Le dijeron á Phoca que cerrase las puertas y yo encontré la cosa muy divertida; hubiérase dicho que huíamos de algún ejército enemigo.

Todos nos sentamos. Phoca hizo como los demás; acomodándose en un rincón de la silla. En aquel momento se abrió la puerta y todos volvimos la cabeza; Natalia Savishna entró con gran ímpetu y fué á sentarse, sin levantar los ojos, en la misma silla de Phoca junto á la puerta. Aún me parece ver la cabeza calva y el rostro arrugado é inmóvil de Phoca, las espaldas encorvadas y la cara bonachona de Natalia, con su cofia, de la cual se escapaban sus cabellos grises. Se apretaban el uno contra el otro para poder mantenerse sobre la misma silla y ambos estaban incómodos en su postura violenta.

Yo continuaba distraído é impaciente y los diez segundos que estuvimos sentados con las puertas cerradas me parecieron una hora. Al fin todos nos levantamos haciendo la señal de la cruz y comenzaron las despedidas. Papá abrazó y besó á mamá muchas veces.

—Vaya, querida mía,—dijo,—no os dejamos por toda una eternidad!

—De todos modos, es muy triste,—respondió mamita toda llorosa.

Cuando oí aquella voz, cuando ví aquellos labios temblorosos y aquellos ojos llenos de lágrimas olvidé todo y experimenté un dolor tan grande, una tristeza tan terrible, que habría preferido huir sin saludarla. En aquel momento comprendí que al abrazar á papá nos había dicho interiormente adiós á todos.

Había besado después tanto á Volodia y hecho sobre él tantas señales de cruz, que creí había llegado mi vez y me acerqué, pero mamá seguía bendiciéndolo y apretándolo entre sus brazos. Pude al fin abrazarla y cogiéndome á ella, lloré, lloré sin pensar más que en mi dolor.

Cuando salimos para montar en el coche, encontramos en el vestíbulo á toda la servidumbre que había venido á darnos el adiós de despedida. Sus, «denos usted su mane-

cita», sus besos sonoros y el olor á sebo de sus cabezas despertaron en mí un sentimiento muy semejante á la irritación y precisamente bajo la influencia de este sentimiento besé con frialdad á Natalia Savishna sobre su cofia, cuando vino á decirme adiós sollozando.

¡Cosa extraña! aún veo á todos los criados y podría hacer sus retratos con los más ínfimos pormenores, pero el rostro y la actitud de mi mamá solo los entreveo de un modo muy vago.

Dependé este fenómeno quizá de que durante toda esta escena no tuve ánimo de mirarla ni siquiera una vez. Me parecía que, al verla, su dolor y el mío debían exceder de todo límite.

Fuí el primero en penetrar en la calesa, arrojándome al fondo de ella. Las cortinillas estaban levantadas, pero yo no veía nada, aunque una voz secreta me decía que mamá estaba aún allí cerca.

—¿La miraré otra vez?... ¡será la última!

Asomé la cabeza por la ventanilla que miraba hacia la escalinata, pero en aquel instante mamá, que había tenido la misma idea, había dado vuelta al carruaje y me llamaba por la parte opuesta. Al oír su voz detrás de mí me volví con tal rapidez que nuestras cabezas se chocaron. Ella se sonrió tristemente y me abrazó por última vez, apretándome estrechamente contra su pecho.

Al fin partieron los coches y yo me asomé á verla. El viento agitaba el pañuelo azul que llevaba sobre sus cabellos. Subía muy despacio la escalinata con la cabeza baja y el rostro cubierto con las manos, y Phoca la sostenía.

Papá estaba á mi lado y no decía nada. Yo sollozaba sin descanso y en mi garganta sentía un nudo que me pareció iba á sofocarme. En una vuelta de la carretera divisamos un pañuelo blanco que nos hacía señales desde la galería de casa. Agité el mío al aire, y este movimiento me calmó, pero continué llorando y el pensamiento de que sus

lágrimas atestiguaban mi sensibilidad me consolaba, y al fin me calmé por completo.

Al cabo de una versta de camino, me sentí tranquilo, fijando con verdadera obstinación mis ojos en el objeto más inmediato á mí que era la grupa del caballo de la izquierda.

Galopaba y meneaba la cola; su galope no era regular y el cochero le sacudió un latigazo para que corrigiese su andadura. Después me puse á mirar el camino; los campos ondulantes de cebada madura ya, los oscuros campos de barbecho, y más allá, al lado de un arado, un *mujik* y no muy distante de él una yegua con su potro.

Dí una ojeada al pescante para ver quién era nuestro cochero.

Aún no se habían enjugado en mis mejillas las lágrimas de la partida, y ya mis pensamientos estaban muy lejos de una madre de quien quizá me separaba para siempre.

Sin embargo, todos los recuerdos que se agolpaban á mi mente, llevaban todos mis pensamientos hacia ella. Me acordé del hongo que había encontrado el día antes en la alameda de los abedules: Liubotshka y Catalina se habían disputado el derecho de cogerlo; y entonces recordé también que las dos habían llorado al darme el adiós.

¡Qué pena me daban! ¡También Natalia Savishna me daba mucha pena, y la alameda de los abedules, y Phocal

¡Hasta la odiosa Mimi me causaba un poco sentimiento! ¡Todo, todo lo abandonaba con indecible dolor! ¿Y mi pobre mamá? Mis ojos se volvieron á llenar de lágrimas, pero se secaron pronto. ®

CAPITULO XI

La infancia

¡Oh, infancia! ¡hermosa infancia! ¡tiempo feliz que no volverá más! ¡Cómo no amar, cómo no acariciar su recuerdo! ¡Este recuerdo que deleita y ennoblece mi alma y que es para mí el manantial de mis más queridos goces!

Me acuerdo de que, cansado de jugar, iba á sentarme á la mesa á la hora del té, en mi silloncito alto, y cuando después de haber acabado mi taza de leche bien azucarada se me cerraban los ojos llenos de sueño, permanecía quieto y me quedaba escuchando á mamá. ¿Y cómo no escucharla? Hablaba con algunas personas, y el sonido de su voz era tan dulce! ¡Era tan cariñosa! ¡me decía tantas cosas!

La miraba fijamente con los ojos ofuscados por el sueño y en mis pupilas se hacía pequeña, pequeña; su rostro no era mayor que uno de los botones de mi chaqueta, pero la distingo claramente y veo que me mira y me sonríe. ¡Qué bueno es tener una mamá tan pequeña! Cierro aún más los párpados y va disminuyendo, disminuyendo; ya no es más grande que la imagen de un niño en el fondo de una pupila.

Pero hé aquí que me muevo y el encanto queda roto. Cierro de nuevo los ojos, cambio de posición, hago mis pruebas para reavivar aquella imagen, pero no lo consigo

Me escurro al suelo y voy despacito á acostarme cómodamente en una butaca.

—¿Tienes sueño, Nicolasito mío?—me dice mamá.— Mejor sería que te fueses á la cama.

—No tengo gana de acostarme, mamá.

Al principio, sueños vagos, pero deliciosos, ocupan mi imaginación; después el hermoso sueño de la infancia cierra mis párpados y al cabo de un minuto estoy dormido.

En mi sueño siento pesar sobre mí una mano delicada que reconozco por el tacto tan sólo, y de la cual me apodero sin despertarme, para imprimir mis labios en ella fuertemente.

No hay nadie; una sola bujía arde en la sala y mamá se ha encargado de despertarme. Se inclina sobre la poltrona en que descanso, pasa su delgada mano sobre sus cabellos y aplicando sus labios casi á mi oído, murmura con su bella voz que conozco tan bien:

—Levántate, alma mía; ya es hora de irse á la cama.

Libre de toda mirada indiscreta, no teme acariciarme con toda su ternura y todo su amor. Yo continúo quieto; beso solamente su mano con más fuerza.

—Levántate, ángel mío.

Me introduce una mano en el cuello y me hace cosquillas con sus dedos afilados. La sala silenciosa yace en una semiobscuridad; mi nervios, excitados por las cosquillas, me sacuden; mamá está sentada á mi lado; siento su voz y aspiro su perfume; me levanto de un salto, le echo los brazos al cuello y la estrecho contra mi corazón, murmurando:—Mamá, mamita querida, ¡cuánto te quiero!

Ella se sonríe con su dulce y triste sonrisa, me coge la cabeza entre las manos, me besa la frente y me sienta sobre sus rodillas.

—¿Me quieres mucho, mucho?—Calla por un momento y continúa después:—Bueno, quíereme siempre y no me olvides nunca. ¿No olvidarás á tu mamita cuando ya no este á tu lado? ¿Dime, Nicolasito mío?

Me besa más tiernamente todavía y yo le grito:—¡Oh! no digas eso, ¡mamá querida, alma mía!

Beso sus mejillas y de mis ojos brota un torrente de lágrimas en un delirio de amor.

Cuando después de una escena semejante, voy á acostarme y me arrodillo ante una sagrada imagen, envuelto en mi batita forrada, ¡qué extraño sentimiento noto al decir:—«Dios mío, vela por mi papá y por mi mamá!» Mientras rezo las oraciones que mis labios infantiles han aprendido de los de mi mamá, mi amor por ella y mi amor por Dios se funden en un solo sentimiento.

Después de las oraciones me envuelvo en mis mantas con el alma en paz y el corazón ligero. Muchas imágenes se confunden en mi cabeza: ¿qué representan? Son indescriptibles, pero llenas de amor y de luminosas esperanzas de felicidad. Pienso en Carlos Ivanovitch y en su triste suerte. Es el único hombre infeliz que conozco y me inspira una gran lástima: me siento embargado por él de tal ternura, que las lágrimas me saltan de los ojos y repito entre mí:—«¡Que Dios le conceda la felicidad! ¡Que me conceda á mí el poder asistirle aliviando su dolor! Me encuentro dispuesto á sacrificarlo todo por él.»

Pienso después en mi juguete predilecto, una pequeña liebre y un perrito de porcelana que pongo bajo la cabecera de mi cama y me siento contento de que esté allí debajo bien calentito.

Murmuro una corta oración en que pido á Dios que todos estén contentos y sean felices y que al día siguiente haga buen tiempo para poder dar un paseo: me vuelvo después sobre el otro costado y mis ideas se confunden, quedándome dormido dulce y tranquilamente con la cara bañada aún en lágrimas.

¿Cuándo encontrarás de nuevo la frescura, la confianza, la necesidad de afecto y la fe profunda de tu infancia? ¿Qué tiempo mejor que aquel en que la inocente alegría

y la insaciable sed de amor, las dos primeras entre todas las virtudes, eran las fuentes de tu vida?

¿Dónde están aquellas plegarias ardientes, dónde aquellas preciosas lágrimas de ternura? Corría hacia ti el ángel del consuelo, enjugaba con una sonrisa tus lágrimas é infundía dulces sueños en tu inocente imaginación.

La vida ha pisoteado tan duramente mi corazón, que no debo conocer ya aquellas lágrimas y aquellas emociones; sólo me quedan mis recuerdos.

CAPITULO XII

Mis versos

Al cabo de un mes poco más ó menos de nuestra llegada á Moscou, me encontraba sentado á una gran mesa en el segundo piso de la casa de la abuela y escribía. Frente á mí, el maestro de dibujo acababa de corregir al difumino una cabeza de turco con un gran turbante; Volodia, en pie detrás del maestro, estiraba la cabeza por encima de su hombro y miraba. Era el primer dibujo que hacía Volodia al difumino y tenía que dedicarlo á la abuela en el día de su santo, que era precisamente aquel día.

—¿No pone V. todavía un poco más de sombra ahí?—preguntó Volodia poniéndose de puntillas é indicando el cuello del turco.

—No, no es necesario—respondió el maestro encerrando

Me besa más tiernamente todavía y yo le grito:—¡Oh! no digas eso, ¡mamá querida, alma mía!

Beso sus mejillas y de mis ojos brota un torrente de lágrimas en un delirio de amor.

Cuando después de una escena semejante, voy á acostarme y me arrodillo ante una sagrada imagen, envuelto en mi batita forrada, ¡qué extraño sentimiento noto al decir:—«Dios mío, vela por mi papá y por mi mamá!» Mientras rezo las oraciones que mis labios infantiles han aprendido de los de mi mamá, mi amor por ella y mi amor por Dios se funden en un solo sentimiento.

Después de las oraciones me envuelvo en mis mantas con el alma en paz y el corazón ligero. Muchas imágenes se confunden en mi cabeza: ¿qué representan? Son indescriptibles, pero llenas de amor y de luminosas esperanzas de felicidad. Pienso en Carlos Ivanovitch y en su triste suerte. Es el único hombre infeliz que conozco y me inspira una gran lástima: me siento embargado por él de tal ternura, que las lágrimas me saltan de los ojos y repito entre mí:—«¡Que Dios le conceda la felicidad! ¡Que me conceda á mí el poder asistirle aliviando su dolor! Me encuentro dispuesto á sacrificarlo todo por él.»

Pienso después en mi juguete predilecto, una pequeña liebre y un perrito de porcelana que pongo bajo la cabecera de mi cama y me siento contento de que esté allí debajo bien calentito.

Murmuro una corta oración en que pido á Dios que todos estén contentos y sean felices y que al día siguiente haga buen tiempo para poder dar un paseo: me vuelvo después sobre el otro costado y mis ideas se confunden, quedándome dormido dulce y tranquilamente con la cara bañada aún en lágrimas.

¿Cuándo encontrarás de nuevo la frescura, la confianza, la necesidad de afecto y la fe profunda de tu infancia? ¿Qué tiempo mejor que aquel en que la inocente alegría

y la insaciable sed de amor, las dos primeras entre todas las virtudes, eran las fuentes de tu vida?

¿Dónde están aquellas plegarias ardientes, dónde aquellas preciosas lágrimas de ternura? Corría hacia tí el ángel del consuelo, enjugaba con una sonrisa tus lágrimas é infundía dulces sueños en tu inocente imaginación.

La vida ha pisoteado tan duramente mi corazón, que no debo conocer ya aquellas lágrimas y aquellas emociones; sólo me quedan mis recuerdos.

CAPITULO XII

Mis versos

Al cabo de un mes poco más ó menos de nuestra llegada á Moscou, me encontraba sentado á una gran mesa en el segundo piso de la casa de la abuela y escribía. Frente á mí, el maestro de dibujo acababa de corregir al difumino una cabeza de turco con un gran turbante; Volodia, en pie detrás del maestro, estiraba la cabeza por encima de su hombro y miraba. Era el primer dibujo que hacía Volodia al difumino y tenía que dedicarlo á la abuela en el día de su santo, que era precisamente aquel día.

—¿No pone V. todavía un poco más de sombra ahí?—preguntó Volodia poniéndose de puntillas é indicando el cuello del turco.

—No, no es necesario—respondió el maestro encerrando

los lápices en un estuche de madera.—Así va bien, no lo retoque usted más. Y usted, Nicolasio,—continuó, levantándose y mirando al turco de soslayo,—¿nos dirá usted al fin su secreto? ¿qué le ofrece usted á su abuela? Mejor habría hecho usted en dibujar también una cabeza. Buenas noches.

Cogió su sombrero y salió.

En aquel momento yo también pensé que una cabeza habría tenido más valor que aquello que me jactaba de hacer. Cuando nos avisaron que estaban cerca los días de la abuela y que era preciso que comenzáramos á preparar nuestros regalos, se me ocurrió la idea de dedicarle unos versos. Inmediatamente encontré dos que rimaban y creí que los demás surgirían también con la misma facilidad. No puedo acordarme de cómo se me vino á las mientes una idea tan extravagante para un niño, pero recuerdo perfectamente que me entusiasmó y que á todas las preguntas que me dirigieron contesté que haría un regalo á la abuela, pero que no quería revelar en qué consistía.

Contra mis previsiones, me fué imposible encontrar otros versos, por más que me devanaba el cerebro y no pasaba de los dos primeros que había compuesto en un momento de inspiración. Me puso á leer unas poesías en nuestro libro de lectura, pero ni Dmitrieff ni Derjavine me fueron de utilidad alguna, antes por el contrario, en la comparación sentía más vivamente aún mi incapacidad. Sabía que Carlos Ivanovitch hacía versos en algunas ocasiones, y un día que había ido á escondidas á revolver sus papeles, encontré entre unas poesías alemanas una estrofa rusa que me pareció que era suya. Héla aquí:

A la señora L. en Petrovskoë.—3 de Junio 1828.

Acuérdese de mí cuando esté cerca—Acuérdese igualmente estando lejos—Acuérdese de mí en todas ocasiones

—Y aun en el sepulcro acuérdesese—De cuán fiel y ardentemente supe amarla.

Carlos Mayer.

Estos versos estaban escritos con una hermosa letra sobre un pliego de papel de cartas. Me gustaron muchísimo porque me parecieron llenos de sentimiento y los aprendí de memoria, proponiéndome tomarlos como modelo. Desde este momento las cosas marcharon con mayor facilidad y para el día de la abuela tenía ya preparada una felicitación en doce versos, sólo me restaba el copiarlos sobre papel vitela y esto era precisamente lo que estaba haciendo en la clase, en la mesa grande.

Ya había estropeado dos pliegos de papel, no porque hubiese corregido mis versos, ¡oh, no! ¡eran magníficos! pero al transcribir el tercero observé que las líneas tomaban cierta oblicuidad, que se acentuaba cada vez más en las siguientes, de tal modo, que aun teniendo el pliego lejano, se veía muy bien que había sido escrito de través. El tercer pliego corrió, pues, la misma suerte que los primeros, pero no me desanimé. En mi estrofa me congratulaba con mi abuela deseándole muchos años de salud, y terminaba así: «Trataremos de ser tu consuelo—Y como á nuestra madre te amaremos.»

No estaba mal; pero el último verso me chocaba al oírlo, y repetía en voz baja: «Y como á nuestra madre te amaremos. ¿Qué otra cosa podría poner en vez de madre?... ¡Oh, son de seguro más bonitos que los de Carlos Ivanovitch!»

Escribí el último verso y me fui á mi habitación á leer en voz alta mi estrofa, dándole expresión y acompañando la elocución con los ademanes correspondientes. Mis versos todos eran más ó menos cojos, pero yo no me apuraba por tan poca cosa: el último era el que más me preocupaba. Me senté sobre la cama y me puse á reflexionar.

—¿Por qué he puesto como «á nuestra madre?» Mamá

no está aquí; es inútil mencionarla. Cierto que amo mucho á mi abuela y que le tengo gran respeto, pero no es lo mismo. ¿Por qué lo he hecho así? ¿por qué he mentido? Verdad es que sólo son versos, pero de cualquier modo era inútil.

En aquel momento entró el sastre, que nos traía trajes nuevos.

—¡Tanto peor!—exclamé con despecho, escondiendo mis versos bajo la cabecera, y corrí á probarme el traje que me traía el sastre de Moscou. Era soberbio. Nuestras chaquetas color canela con botones de bronce modelaban nuestro cuerpo admirablemente. No se podían comparar seguramente con las que nos hacían en el campo: los pantalones negros, muy elegantes también, caían de un modo maravilloso sobre nuestras botinas.

—¡Al fin!—pensé,—¡al fin tengo pantalones largos! ¡estos sí que son pantalones de veras!

Estaba loco de alegría y me miraba por todas partes. La verdad era que con mi traje tan precioso me sentía incómodo y me oprimía un poco, pero me guardé mucho de confesarlo. Al contrario declaré que me iba perfectamente, y que si el traje tenía algún defecto, era el de ser demasiado ancho. Me puse á peinarme ante el espejo y empleé mucho tiempo, porque aunque había puesto mucha pomada en mis cabellos, no podía por más que me esforba dar al tupé la forma que me pareció más elegante. Apenas los había frotado con el cepillo cuando se erizaban de nuevo marchándose á un lado y á otro, dándome una expresión extraordinariamente ridícula.

Carlos Ivanovitch se estaba vistiendo en otra habitación y le llevaron un frac azul con la ropa blanca.

Por la puerta que daba á la escalera oí la voz de una camarera de mi abuela y salí al descansillo para preguntarle lo que quería. Llevaba en la mano una camisa muy planchada y almidonada y me contó que no se había acostado aquella noche para que la camisa estuviese prepara-

da á tiempo. Me ofrecí á llevársela yo mismo á Carlos Ivanovitch y pregunté si la abuela se había levantado ya. «¡Que si se ha levantado! ¡Ya hace rato tomó su café y ahora ha recibido de visita al arcipreste! ¡Qué lindo está usted hoy!» añadió con una sonrisa, al mirar mi vestido nuevo.

Esta observación me sonrojé. Giré sobre mis tacones, sacudí con fuerza los dedos y di un salto. Todos estos movimientos tenían por objeto darle á entender que no sabía aún bien todo lo lindo que era yo.

Cuando entré en la estancia de Yvanovitch con la camisa, era demasiado tarde, dado que ya se había puesto una. Le encontré encorvado ante el espejito que había puesto de plano sobre la mesa y se hacía el lazo de una corbata que él guardaba para las grandes ocasiones. Estaba cerciorándose de que no le estorbaba los movimientos del mentón recién afeitado ó si éste entraba con facilidad en la corbata.

Estiró nuestras chaquetas por delante y por detrás y le rogó á Kolia que hiciese otro tanto con él, y al fin nos llevó ante la abuela. Yo me iba riendo al pensar en el olor á pomada que los tres estábamos esparciendo en torno nuestro.

Carlos Ivanovitch llevaba en la mano una cajita de cartón hecha por él mismo; Volodia su dibujo y yo mis versos. Cada uno de nosotros llevaba sobre la punta de la lengua la felicitación que debía acompañar á su respectivo regalo.

Cuando Carlos Ivanovitch abrió la puerta del salón, el sacerdote ya se había puesto la casulla y comenzaba la plegaria de acción de gracias.

La abuela, toda encorvada, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla, rezaba en pie, con gran fervor, junto á la pared. Papá, que estaba cerca de ella, se volvió hacia nosotros y se sonrió al ver como escondíamos precipitadamente nuestros regalos tras la espalda y nos dete-

níamos junto á la puerta con la esperanza de no ser notados. Habíamos estudiado un efecto de sorpresa, pero el efecto fracasó del todo.

Al empezar el desfile, me sentí paralizado de pronto por un exceso de timidez invencible. Comprendí que me faltaría absolutamente el valor necesario para ofrecer mi regalo, y me escondí tras de Carlos Ivanovitch, quien, después de pronunciar un discurso muy florido, pasó la cajita de la mano izquierda á la derecha, y presentándola graciosamente á mi abuela se separó algunos pasos para hacer lugar á Volodia.

A la vista de la caja, recamada de recortes de papel dorado, pareció la abuela extasiada, y manifestó su reconocimiento con una graciosa sonrisa. Y se veía que no sabía donde ponerla, y para desembarazarse de ella se la dió á papá, que debía admirarla. Después de examinarla bien por todos lados, papá la dió al arcipreste, que pareció encontrarla de su gusto, meneando la cabeza y mirando con gran curiosidad ora la caja, ora al artista capaz de ejecutar semejante obra maestra.

Volodia ofreció su turco y recibió por él las más lisonjeras alabanzas. Había llegado mi turno y la abuela se volvió hacia mí con gesto insinuante.

Las personas timidas saben que la timidez aumenta en razón directa del tiempo, y que el valor disminuye en la misma proporción. En otros términos, cuanto más se prolonga la situación embarazosa, tanto más invencible se hace la timidez y tanto menos valor se tiene.

El escaso atrevimiento que me quedaba se evaporó en el tiempo en que Carlos Ivanovitch y Volodia ofrecían sus regalos, y mi exceso de timidez llegó á su estado más agudo. Me sentía la cara inflamada y me parecía volverme de todos los colores; las orejas me ardían, gruesas gotas de sudor corrían por mi frente, temblaba con todo mi cuerpo y continuaba tambaleándome ora sobre un pie, ora sobre el otro, pero sin avanzar un solo paso.

—Vamos, Nicolasito,—me dijo el papá,—enseñanos lo que traes: ¿es una caja ó un dibujo?

Era preciso inmolarsé; ofrecí á la abuela con mano temblorosa el pliego fatal que había arrugado en medio de mis angustias; pero no me fué posible articular una palabra. Me trastornaba la idea de que la abuela, al recibir mis pésimos versos, los leería en alta voz, de modo que todos sabrían que no amaba á mamá, y que la había olvidado porque prometía amar á la abuela como á mi madre.

Sería absolutamente imposible el dar una idea de las angustias que experimenté cuando la abuela empezó á leer en alta voz. En medio del tercer verso se detuvo, porque no podía descifrar la escritura, y miró á papá con una sonrisa que pareció irónica; luego continuó, pero sin hacer las pausas que yo habría querido; al fin, renunció á la lectura á causa de su mala vista y tendió el pliego al papá, suplicándole que leyese la estrofa comenzando desde el principio.

Yo creí que se había interrumpido porque le fastidiaba leer versos tan feos y escritos tan torcidamente, y se los daba á papá para que leyese para sí los últimos, en donde se demostraba abiertamente mi falta de corazón. Esperaba que me tirasen mi pliego á la cara diciéndome: «Chicnelo depravado, que ha olvidado á su madre... ¡Toma, eso es lo que mereces!» Pero no, nada de esto; por el contrario, cuando el papá hubo concluido, dijo mi abuela: «¡Muy bonitos!» y me besó en la frente.

La caja, el dibujo y los versos fueron depositados sobre la mesita que se encontraba al lado de la poltrona de la abuela; al lado de dos pañuelos de batista y de una tabaquera, sobre la cual estaba el retrato de mamá.

—¡La princesa Bárbara Hinitch!—anunció uno de los dos lacayos que montaban tras la carroza de la abuela.

Esta, absorta en el retrato de mamá y la caja de tabaco, no respondió.

—¿Manda Su Excelencia que las haga entrar?—preguntó el lacayo.

CAPITULO XIII

Las visitas

—Haz que pasen,—dijo mi abuela, acomodándose en el sillón.

La princesa Kornakof era una mujer de cuarenta y cinco años, pequeña, delgada y amarilla, con los cabellos y las cejas rojas, y con dos ojillos verduzcos cuya expresión contrastaba con las diferentes muecas que hacía su boca. Hablaba poco, y siempre como si la contradijesen, aunque nadie pensara en hacerle la oposición.

Por más que besó con gran solicitud la mano de la abuela y que le repetía cariñosamente á cada paso: «Mi querida tía,» noté que mi abuela sentía rencor contra ella, pues fruncía á cada paso las cejas al oírle contar la historia del príncipe Miguel, que habría querido acompañarla y no había podido hacerlo.

—Sé que tiene siempre una infinidad de negocios, y después, ¿qué gusto podría tener en ver á una vieja?—dijo mi abuela, y sin dar á la princesa tiempo para responder, continuó:

—¿Cómo están sus niños, querida mía?

—Se van haciendo unos hombres, estudian mucho; se van haciendo unos pilluelos.

Mi abuela, que no se interesaba por los chicos de la princesa, y que deseaba ensalzar á sus nietos, sacó con precaución mis versos de la caja y desdobló el pliego. La princesa se volvió hacia papá.

—Figúrese usted, primo, que el otro día Esteban creyó...

No entendí lo demás, pero, al terminar, se echó á reír, y mirando á papá con aire de interrogación, dijo:

—Se merecía unos buenos azotes, pero era tan chistoso que se los perdoné.

La princesa miró entonces á la abuela con la misma sonrisa:

—¿Les pega usted, acaso, á sus niños, querida?—le preguntó enarcando las cejas y acentuando las palabras: *¿les pega usted?*

—¡Oh! ya sé, mi buena tía, que no estamos de acuerdo sobre este punto. Yo creo que no se puede sacar nada de los niños sino por el miedo; ¿no es verdad, primo? Y nada les causa tanto miedo como el látigo.

Esta vez fué á nosotros á quien se designó como para interrogarnos, y confieso que no me halagó mucho: «¡Qué felicidad—pensé—de no ser hijo suyo!»

La abuela volvió á plegar los versos y los puso de nuevo en la caja: no juzgó digna á la princesa de leer mi obra.

—Cada uno es dueño de tener sus opiniones,—dijo en tono que cerraba toda discusión sobre este punto.

La princesa calló con aire de condescendencia, y mirándonos con afabilidad, exclamó:

—Vaya, presénteme usted á esos mocitos.

Nosotros nos levantamos sin saber qué hacer, ni de qué modo presentarnos á ella.

—Besad la mano á la princesa,—dijo papá.—Este,—continuó mostrándole mi hermano,—es Volodia, que será un hombre de mundo; y ese es Nicolasito, que será un gran poeta.

Mientras pronunciaba estas palabras, yo besaba la mano demacrada de la princesa, en la que mi imaginación me hacía ver el palo con que azotaba á sus hijos.

—¿Cuál?—preguntó.

—El pequeño de cabellos enmarañados,—dijo papá riendo.

—¿Qué les importan mis cabellos? ¿No podrían hablar de otra cosa?—pensé enfurruñado, y fui á meterme en un rincón.

Tenía ideas muy extrañas sobre la belleza: Carlos Ivanovitch me parecía el hombre más hermoso del universo; bien sabía al mismo tiempo que yo era feo, y toda alusión á mi físico me hería dolorosamente.

Me acuerdo de que un día, durante el almuerzo—tenía entonces seis años—se pusieron á hablar de mi persona. Mamá se esforzaba en descubrir en mí algo bello; decía, por ejemplo, que mis ojos eran muy inteligentes y que mi sonrisa era graciosa, pero al fin, vencida por los argumentos de papá y por la evidencia misma, tuvo que confesar que yo era feo.

Después de almorzar me dió una palmadita en la mejilla, diciéndome: «Acuérdate, Nicolasito, de que nadie te amará nunca por tus cualidades exteriores; procura, pues, ser un buen muchacho y tener mucho talento...»

Aquellas palabras me convencieron de que no era hermoso, si bien llegaría á ser bueno é inteligente.

A pesar de esta certidumbre, tenía á menudo mis momentos de desesperación, porque creía que no podía haber felicidad alguna en este mundo para un hombre con una nariz tan gruesa, con labios tan pronunciados y con ojos tan pequeños. Pedía á Dios que hiciera un milagro y que me hiciera hermoso, declarándome dispuesto á sacrificarlo todo, en el presente y en el porvenir, en cambio de la belleza.

La princesa tuvo que escuchar mis versos. Llenó á su autor de grandes alabanzas, y la abuela se tranquilizó y

la invitó á venir á pasar la noche en casa con sus niños. La princesa se lo prometió, y al cabo de algunos instantes se marchó.

Tanta gente vino á felicitar á mi abuela, que durante todo el día estuvo el patio lleno de coches.

—Buenos días, querida prima,—dijo uno de los visitantes al entrar, y se acercó á besarle la mano.

Era un viejo alto, de setenta años, vestido de uniforme, con descomunales charreteras y una gran condecoración blanca en el pecho. Su fisonomía era abierta y tranquila, y sus ademanes tenían una corrección y una sencillez tales, que me encantaron. Aunque carecía de dientes y era casi calvo, se mantenía aún bello.

El príncipe Ivan Ivanovitch había hecho una carrera rápida y brillante á causa de su aspecto simpático, de su bravura, de su noble carácter y, sobre todo, por la alta posición de su familia, que era rica y poderosa. Su inteligencia no pasaba de mediana, pero era bueno y abrigaba sentimientos elevados. Era uno de los últimos representantes de la educación clásica francesa, de moda en el pasado siglo. Conocía á todos los oradores y filósofos franceses del siglo XVIII, y citaba á Racine, á Corneille, Boileau, Montaigne y Fenelón. Sabía mucho de Mitología, pero de Ciencias y de literatura modernas apenas tenía alguna tintura muy superficial. Hablaba muy bien y con lenguaje muy sencillo; aborrecía la originalidad bajo todos sus aspectos y sabía conducirse muy bien en el gran mundo.

La mayor parte de sus coetáneos habían muerto, y no le quedaban, en verdad, muchas personas que, como mi abuela, tuviesen, á la misma edad, la misma educación y el mismo modo de ver que ella. De aquí venía la grande estimación que profesaba á su anciana amiga, para quien tenía siempre las mayores atenciones.

Yo no me atrevía á fijar los ojos en él; sus grandes cha-

rreteras, el respeto que todos le demostraban, la alegría que manifestó la abuela al verle y el hecho de ser el único que no tenía miedo á mi abuela, pues siempre le hablaba con franqueza, y hasta le llamaba: «mi querida prima,» todo esto me inspiraba una veneración igual, por lo menos, á la que me infundía mi abuela.

Cuando le enseñaron mis versos, me llamó:

—¿Quién sabe? prima; quizás llegará á ser un nuevo Derjavine,—dijo pellizcándome una mejilla con tal fuerza, que á no sospechar que era una caricia, habría gritado; tanto daño me hizo!

Las visitas se marcharon, al fin; papá y Volodia salieron del salón, en donde no quedamos más que el príncipe, mi abuela y yo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Por qué no ha venids nuestra querida Natalia Nicolaievna?—preguntó de improviso el príncipe Ivan Ivanovitch.

—¡Ah! querido,—respondió mi abuela, bajando la voz y apoyando su mano sobre la manga del uniforme de su amigo,—probablemente habría venido si fuese dueña de hacer lo que desea. Me ha escrito que Pedro se había ofrecido á acompañarla, pero que ha rehusado porque ha sido muy mal año para el cobro de las rentas. Añade que, además de ésto, no hubiera querido conducir consigo á toda la familia á Moscou, este año á lo menos, que Luibotshka es aún demasiado pequeña, y con respecto á los pequeños me dice que está mucho más tranquila al saber que están en mi casa como si estuviesen en la suya. Todo esto es muy bueno,—continuó la abuela, en tono que quería decir abiertamente todo lo contrario,—¡Hace tanto tiempo que se debía haber traído á los niños aquí, para que aprendiesen algo y se acostumbrasen á saber conducirse en sociedad!

¿Qué clase de educación podía dárseles en el campo? El mayor va á cumplir los trece años, el otro once. Ahora ya

habrá V. observado, querido primo, que son unos verdaderos salvajes, que no saben ni siquiera entrar en un salón.

—No comprendo—respondió el príncipe—estas continuas lamentaciones sobre sus intereses. El posee una buena fortuna y Natalia tiene su Khabarovka—¡cuántas veces hemos jugado juntos allí en nuestros buenos tiempos!—Conozco esa posesión como si fuera mía. Una heredad magnífica que debe dar muy buenas rentas...

—En confianza y como á un verdadero amigo le diré á V. lo cierto—interrumpió mi abuela con espresión de tristeza;—todo esto se me antoja que no es más que una treta imaginada por el marido para estar aquí lejos de ella y poder frecuentar los centros de recreo, las cenas y Dios sabe qué más; y ella no sospecha nada absolutamente. Ya conoce V. aquel carácter angelical que cree cuanto le dicen.

La habrá persuadido de que era necesario traer aquí á los niños como lo hace la princesa Bárbara Ilinitch y lo creería igualmente—dijo mi abuela volviendo la cabeza con gesto de profundo desprecio.—Sí, amigo mío—prosiguió, después de un momento de silencio, tomando de la mesa uno de los dos pañuelos y enjugándose una lágrima.—Siempre me he dicho que es incapaz de comprenderla y de apreciarla en lo que vale y que por más que ella le ame y sea buena para él, no se lo agradece. La pobre trata de ocultarle sus penas—¡oh sí! ¡lo sé muy bien!—pero de cualquier modo no puede ser feliz con él. Acuérdesse V. de lo que le digo; si él no...

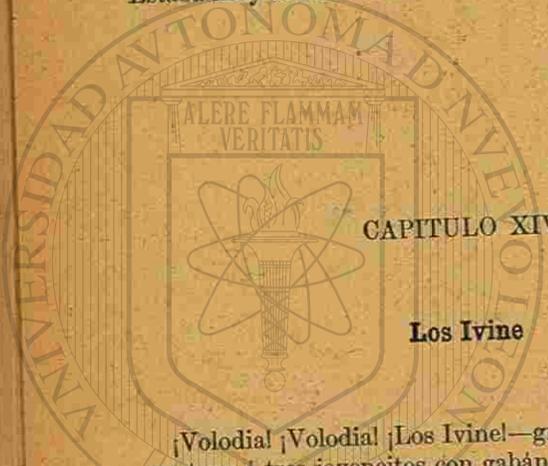
La abuela se cubrió la cara con el pañuelo.

—Vaya, mi buena amiga—le dijo el príncipe en tono de dulce reconvencción—veo que no es V. razonable; se martiriza V. á sí misma y llora siempre á causa de dolores imaginarios.

¿No se avergüenza V.? Hace muchísimo tiempo que

le conozco como marido excelente, bueno, atento, y además de esto, sé que es un hombre honradísimo.

Habiendo asistido involuntariamente á una conversación que no se dirigía á mí, me escurri con mucha cautela. Estaba muy conmovido.



CAPITULO XIV

Los Ivine

¡Volodia! ¡Volodia! ¡Los Ivine!—grité al divisar desde la ventana á tres jovencitos con gabán azul de cuello de castor que cruzaban la carretera delante de nuestra casa precedidos por un elegante y joven preceptor.

Los Ivine eran parientes nuestros y poco más ó menos de nuestra edad; los habíamos conocido después de nuestra llegada á Moscou y ya éramos grandes amigos.

El segundo de los Ivine, Sergio, era moreno y de pelo muy crespo, nariz aguileña y fina, labios muy rojos y frescos que dejaban entrever dientes blancos un poco salientes. Los ojos de un azul oscuro eran magníficos y la expresión del rostro muy atrevida. No se sonreía nunca; ó estaba muy serio ó prorrumpía en una risa sonora muy agradable. Su belleza original me atrajo, desde que le conocí, de un modo irresistible. Me bastaba verle para sentirme contento y todas las fuerzas de mi alma se reconcentraban en desear su compañía. Cuando pasaban tres ó cuatro días

sin verle, comenzaba á aburrirme y me ponía tan triste que me daban ganas de llorar.

Dormido ó desvelado, no pensaba, no soñaba más que con él; por la noche iba á la cama deseando verle entre sueños y cerraba los ojos para percibirlo en mi fantasía tratando de fijar aquella visión querida, la más deliciosa de las alegrías.

No me atrevía á confesar á nadie lo que sentía por él, pues este sentimiento me era demasiado querido. En cuanto á él, sea que le incomodase el ver mis ojos inquietos fijarse siempre en su persona, sea (y esto es lo más probable) que yo no le inspirase la menor simpatía, lo cierto es que prefería jugar y hablar con Volodia más bien que conmigo. Pero yo no deseaba nada y me bastaba verle para estar contento; me encontraba siempre dispuesto á sacrificárselo todo.

El gran atractivo afectuoso que ejercía sobre mí estaba acompañado de otro sentimiento no menos violento: el temor de causarle algún mal ó de ofenderle de cualquier modo ó de desagradarle. Quizá era este un efecto de la expresión altanera de su fisonomía, quizá del juicio exagerado que yo me hacía de la belleza ajena, mortificado por mi fealdad; quizá (y es lo más admisible) era la expresión incontrastable del afecto. De cualquier modo que fuera, el temor en mí era igual á la ternura.

La primera vez que Sergio me dirigió la palabra, me quedé tan atolondrado de esta felicidad inesperada que me puse pálido y después colorado, sin acertar á abrir la boca.

Tenia yo la mala costumbre, en mis instantes de reflexión, de mirar fijamente en un punto determinado parpadeando rápidamente y haciendo mohines con las alas de la nariz y con las cejas. Todos eran de opinión que estos gestos le sentaban mal, todos menos yo á quien aquel *tic* parecía tan gracioso que, involuntariamente, empecé á imitarlo, por lo que algunos días después de nuestro pri-

mer encuentro con los Ivine, me preguntó la abuela si tenía malos los ojos ó porque parpadeaba como un moluelo.

Jamás medió una palabra afectuosa entre nosotros; sentía sin duda el poder que ejercía sobre mí y lo desplegaba inconsciente y tiránicamente. Por mi parte, á pesar de mis deseos de decir cuanto tenía en mi corazón, le temía demasiado para hablarle; procuraba aparecer indiferente y me sometía con resignación.

Su dominación me parecía á veces pesada, insoportable, pero no me sentía capaz de sacudirla.

No puedo menos de pensar con tristeza en aquellos sentimientos frescos y puros y en aquella ternura profunda y desinteresada que murió sin haber tenido eco.

¡Cosa extraña! cuando era niño trataba de asemejarme á los *grandes* y cuando fui *grande* tuve á menudo deseos de parecerme á los pequeños.

¡Cuántas veces, en mis relaciones con Sergio, el temor de parecer un niño me impulsó á obrar contra mis propios sentimientos y me hizo hipócrita! No solamente me faltaba valor para abrazarle, aunque á veces tenía un loco deseo de hacerlo, sino que ni aún me atrevía á darle la mano ni á decirle que estaba contento al verle, ni aún á llamarle por su diminutivo afectuoso de Serguccio y lo llamaba siempre Sergio. Toda demostración de sensibilidad nos parecía una niñería. Aún no habíamos estado expuestos á la amarga experiencia que hace á los hombres prudentes y reservados en sus relaciones y nos privábamos de las alegrías inocentes, de las suaves amistades de la infancia, únicamente por el dudoso placer de imitar á los *grandes*.

Salí corriendo hasta la antecámara á recibir á los Ivine, les saludé y me precipité al gabinete de mi abuela para anunciarle su llegada con impetu y entusiasmo extraordinarios como si su venida hubiese de hacer á la abuela profundamente feliz. Los seguí después al salón sin de-
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CHILE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de mirar á Sergio, sin perder ni siquiera uno de sus movimientos.

Cuando mi abuela fijó en él sus ojos penetrantes y le dijo que estaba muy crecido, experimenté aquella mezcla de temor y de esperanza que tiene un artista cuya obra se somete á un juez de valía que ha de emitir su veredicto sobre ella.

Nos fuimos á jugar. Sergio echó á correr, se cayó y su rodilla chocó tan fuerte contra el suelo que yo creí se la hubiese roto; pues bien, no solo no lloró, sino que se puso á jugar como si no hubiese ocurrido nada. No podría decir el efecto que produjo en mí este heroísmo. Poco después se me presentó otra ocasión de admirar más aún su valor y la firmeza extraordinaria de su carácter.

Había venido á jugar con nosotros también Iline Grapp, que era hijo de un extranjero pobre á quien mi abuelo había hecho tiempo atrás algunos servicios y que ahora se creía obligado á mandarnos frecuentemente á su hijo. Si creía que su hijo podía encontrar en nuestra compañía honor ó placer, se engañaba de veras. No solamente no nos mostrábamos tiernos con Iline Grapp, sino que nunca nos ocupábamos de él mas que para burlarnos á su costa. Tenía trece años; era alto, delgado y pálido, con una cara fea de pájaro, de expresión buena y humilde. Sus vestidos eran más que usados y se ponía siempre tanta pomada en la cabeza, que, según nosotros, en los días de sol se derretía corriéndole por el cuello. Cuando ahora pienso en Grapp digo entre mí que era un buen muchacho dulce y servicial; entonces en cambio me hacía el efecto de uno de esos seres despreciables que no merecen que se les compadezca ó que uno se ocupe de ellos.

Comenzamos á hacer diversos ejercicios gimnásticos. Iline nos miraba con sonrisa de tímida admiración y siempre que le proponíamos que nos imitase, rehusaba diciendo que no tenía fuerzas. En una de estas negativas se le acercó Sergio.

—¿Por qué no quieres hacer nada? ¡Qué marica!... Es preciso ponerle con la cabeza baja y las piernas al aire.

Sergio lo cogió por un brazo.

—Sí, sí—gritamos todos, rodeando á Iline, que se asustó y se puso muy pálido.

—¡Soltadme! ¡me vais á rasgar el traje!—gritó la pobre víctima.

Sus gritos no hicieron más que excitar nuestro deseo. Nos descoyuntábamos de risa, mientras que los vestidos de Iline se rompían por las costuras. Le pusimos de cabeza abajo, lo agarramos por sus mezquinas piernas y lo levantamos en el aire.

De repente nuestras risas ruidosas cesaron, y siguió un silencio tan profundo, que se sentía la respiración fatigosa del desgraciado Grapp. En aquel momento no tenía yo seguridad alguna de su ridiculez. Le dejamos caer al suelo y todo lo que pudo decir llorando fué: «¿Por qué me atormentáis?»

Cuando vimos aquella cara afligida, hinchada á puro llorar, aquellos cabellos desgreñados, aquellos pantalones tan cortos que dejaban al descubierto las cañas de las botinas sucias y destrozadas, experimentamos cierto malestar y nos callamos mirándonos con risa forzada.

Sergio, á quien Iline en la lucha había dado un puntapié en el ojo, fué el primero en recobrar su aplomo.

—¡Anda, marica! ¡vaya un pingajo!—dijo dándole con el pié.—No se puede bromear con él.

—¡Eres muy malo!—dijo Iline sollozando.

—¡Ah! ¡después de haberme dado una patada todavía se queja!—gritó Sergio tomando un diccionario y tirándolo á la cabeza.—Toma, ¡atrapa eso!

Miré con compasión al pobrecillo tendido aún en tierra. Se tapaba la cara con las manos y lloraba con tal fuerza, que se habría dicho que iba á expirar en una convulsión.

—¡Oh! ¡Sergio!—le dije.—¿Por qué le has hecho daño?

—¡Está muy bien!... ¿he llorado yo acaso cuando me he caído, y creí que me había roto la pierna?

—Es verdad,—pensé,—Grapp no es más que un llorón; Sergio sí que es un valiente; ¡es muy valiente!

No comprendí que la pobre criatura no lloraba tanto por el dolor físico como por que los cinco chicos á quienes quizá él quería se unían, sin razón alguna, para odiarle y atormentarle.

Aun hoy no me explico mi crueldad en aquella circunstancia. ¿Por qué no me uní con él? ¿por qué no le defendí?

¿Por qué no lo consolé? ¿Qué se había hecho de aquella piedad que me arrancaba ardientes lágrimas al ver á un pajarillo caído del nido ó á un perrito recién nacido, que se lo llevaban para arrojarlo al agua, ó un pollo de quien se apoderaba el pinche de la cocina para degollarlo?

¿Estaba aniquilado en mí el hermoso sentimiento de la piedad, sofocado por la pasión que me inspiraba Sergio ó por el deseo de mostrarme tan insensible como él? ¡Triste pasión y triste deseo! A ellos debo las únicas manchas que expongo en estas páginas en que transcribo mis memorias de la infancia.

CAPITULO XV

La llegada de los invitados

Por la noche esperábamos á mucha gente; era fácil notarlo por la febril actividad que reinaba entre la servidumbre, por la brillante iluminación que daba una fiso-

—¿Por qué no quieres hacer nada? ¡Qué marica!... Es preciso ponerle con la cabeza baja y las piernas al aire.

Sergio lo cogió por un brazo.

—Sí, sí—gritamos todos, rodeando á Iline, que se asustó y se puso muy pálido.

—¡Soltadme! ¡me vais á rasgar el traje!—gritó la pobre víctima.

Sus gritos no hicieron más que excitar nuestro deseo. Nos descoyuntábamos de risa, mientras que los vestidos de Iline se rompían por las costuras. Le pusimos de cabeza abajo, lo agarramos por sus mezquinas piernas y lo levantamos en el aire.

De repente nuestras risas ruidosas cesaron, y siguió un silencio tan profundo, que se sentía la respiración fatigosa del desgraciado Grapp. En aquel momento no tenía yo seguridad alguna de su ridiculez. Le dejamos caer al suelo y todo lo que pudo decir llorando fué: «¿Por qué me atormentáis?»

Cuando vimos aquella cara afligida, hinchada á puro llorar, aquellos cabellos desgreñados, aquellos pantalones tan cortos que dejaban al descubierto las cañas de las botinas sucias y destrozadas, experimentamos cierto malestar y nos callamos mirándonos con risa forzada.

Sergio, á quien Iline en la lucha había dado un puntapié en el ojo, fué el primero en recobrar su aplomo.

—¡Anda, marica! ¡vaya un pingajo!—dijo dándole con el pié.—No se puede bromear con él.

—¡Eres muy malo!—dijo Iline sollozando.

—¡Ah! ¡después de haberme dado una patada todavía se queja!—gritó Sergio tomando un diccionario y tirándolo á la cabeza.—Toma, ¡atrapa eso!

Miré con compasión al pobrecillo tendido aún en tierra. Se tapaba la cara con las manos y lloraba con tal fuerza, que se habría dicho que iba á expirar en una convulsión.

—¡Oh! ¡Sergio!—le dije.—¿Por qué le has hecho daño?

—¡Está muy bien!... ¿he llorado yo acaso cuando me he caído, y creí que me había roto la pierna?

—Es verdad,—pensé,—Grapp no es más que un llorón; Sergio sí que es un valiente; ¡es muy valiente!

No comprendí que la pobre criatura no lloraba tanto por el dolor físico como por que los cinco chicos á quienes quizá él quería se unían, sin razón alguna, para odiarle y atormentarle.

Aun hoy no me explico mi crueldad en aquella circunstancia. ¿Por qué no me uní con él? ¿por qué no le defendí?

¿Por qué no lo consolé? ¿Qué se había hecho de aquella piedad que me arrancaba ardientes lágrimas al ver á un pajarillo caído del nido ó á un perrito recién nacido, que se lo llevaban para arrojarlo al agua, ó un pollo de quien se apoderaba el pinche de la cocina para degollarlo?

¿Estaba aniquilado en mí el hermoso sentimiento de la piedad, sofocado por la pasión que me inspiraba Sergio ó por el deseo de mostrarme tan insensible como él? ¡Triste pasión y triste deseo! A ellos debo las únicas manchas que expongo en estas páginas en que transcribo mis memorias de la infancia.

CAPITULO XV

La llegada de los invitados

Por la noche esperábamos á mucha gente; era fácil notarlo por la febril actividad que reinaba entre la servidumbre, por la brillante iluminación que daba una fiso-

nomía nueva y un aire de fiesta á los objetos familiares del salón y de las salas adyacentes. El príncipe Ivan Ivanovitch había enviado la música y era seguro que lo había hecho con algún fin.

Cada vez que oía un coche me precipitaba á la ventana, me ponía las palmas de las manos en las mejillas y pegando la nariz al vidrio miraba á la calle con curiosidad é impaciencia. Al principio no distinguía nada en la obscuridad; pero poco á poco emergía de la sombra la tiendecilla de enfrente con su farolillo, después aparecía la gran casa de al lado con sus dos ventanas del piso bajo alumbradas y por último en medio de la calle el farol de algún pobre coche de alquiler que la atravesaba.

Al fin vino un coche á detenerse ante nuestro portal. De seguro que eran los Ivine, que habían prometido venir muy temprano; corrí á recibirlos á la antecámara. En vez de los Ivine, aparecieron tras un lacayo que abría la puerta dos personas de sexo femenino; la una de ellas era alta y estaba envuelta en una capa azul con el cuello de marfil; la otra muy pequeña, toda arrebujaada en un chal verde, de donde salían únicamente dos piececitos con sus escarpines de pelo. Creí obligación mía hacer un saludo, pero la señorita, sin curarse de mi presencia, se colocó ante la señora y se quedó inmóvil. La señora quitó el pañuelo que envolvía la cabeza de la pequeña y el chal. Cuando el criado tomó aquellos objetos y le quitó á la una los escarpines de pelo, apareció una encantadora niña de doce años en traje de muselina, corto y escotado y con pantaloncitos blancos. Llevaba zapatitos bajos y negros y una cinta de terciopelo negro al rededor del cuello blanco. Su cabecita estaba toda rizada y los bucles castaños se adaptaban tan bien á su rostro radiante de belleza y á sus hombros desnudos, que el mismo Carlos Ivanovitch no me hubiera podido hacer creer que aquellos ricitos habían estado todo un día envueltos en trocitos de papel de la *Gaceta de Moscov* y que debían su forma al hierro ca-

liente. Para mí la joven había nacido ya con aquella cabeza rizada.

Lo que más admiraba en ella eran los ojos, muy rasgados y en forma de almendra; su grandor formaba un extraño contraste con su boca pequeña. Sus labios cerrados casi siempre y la mirada cuya expresión era muy seria, formaban en su conjunto uno de esos rostros en los que no se espera la sonrisa y en donde por consiguiente la sonrisa es más fascinadora.

Me deslicé en la sala evitando llamar la atención, y me pareció muy distinguido el dar unos pasos de arriba abajo con el aspecto de un hombre ensimismado que no se fija en nada.

Cuando las invitadas estuvieron en mitad de la sala fingí despertar de mi sueño, hice una inclinación y les dije que mi abuela las esperaba en el salón. La señora Valakine me hizo con la cabeza una seña afectuosa; su rostro me agradó muchísimo, porque encontré en él un gran parecido con su hija Sonia.

Mi abuela pareció muy contenta al ver á la niña; la hizo acercarse, y le arregló un rizo que se obstinaba en caerle sobre los ojos; después se quedó mirándola y exclamó con ternura:

— ¡Qué lindísima está! — Sonia sonrió y al ruborizarse se puso tan graciosa que me sonrojé yo á mi vez al mirarla.

— Espero que no te aburrirás aquí, niña mía, — dijo mi abuela cogiéndole la barba y levantando su cabecita. — Diviértete mucho y baila cuanto quieras. Ya tenemos una señorita y dos caballeros, — añadió volviéndose á la señora Valakine y tocándome el hrazo.

Esta manera de acercarnos uno á otro me produjo tanto placer, que me puse aún más colorado.

Sentía que mi timidez iba creciendo; así cuando oí que llegaba otro coche aproveché la ocasión para alejarme. En la antesala encontré á la princesa Kornakof con su hijo y

un número increíble de chicas, todas de la misma fisonomía, todas parecidas á su madre, todas feas; gracias á su uniformidad ninguna atraía especialmente la atención. Apenas se quitaron los abrigos y los boa del cuello, se pusieron á hablar todas al mismo tiempo con sus vocecitas agudas y á reír de verse tantas juntas sin duda.

El hijo, Esteban, era un chico de quince años, alto y grueso, con un rostro algo ajado, con ojos hundidos que lanzaban profundas miradas y con unos pies y unas manos enormes para su edad. Era muy desgarbado y tenía una voz agria y chillona, pero parecía muy pagado de sí mismo.

Así es precisamente como me figuraba yo á un niño que recibía frecuentes azotes.

Nos quedamos plantados por un instante el uno frente al otro sin hablar y observándonos mutuamente. Al fin dimos un paso el uno hacia el otro como para abrazarnos, pero después de mirarnos á la cara cambiamos de opinión.

Cuando todas las hermanas desfilaron ante nosotros con gran ruido de faldas, pregunté á Esteban, con el fin de entablar conversaci6n, si no habian venido muy apretados en el coche.

—No lo sé,—me respondió con indiferencia.—Yo no voy nunca en coche, porque mamá sabe que me hace daño y me mareo. Cuando salimos por la noche siempre voy en el pescante; es más divertido; se vé todo y Felipe me deja guiar. Muchas veces tomo la fusta y á los transeuntes, ¿me entiende usted? á veces...—E hizo un gesto expresivo.—¡Es tan bonito!

—Excelencia,—dijo un lacayo que entró.—Felipe pregunta en donde ha dejado usted la fusta.

—¿Qué dónde la he dejado? ¡Se la he devuelto!

—El dice que nó.

—Entonces la habré colgado del farol.

—Felipe dice que no, y V. E. haría mejor en confesar

que la ha perdido; si no Felipe se verá obligado á pagar de su bolsillo estas distracciones,—dijo el lacayo irritado, animándose más.

Tenía este hombre un aire respetable y atrevido. En la manera como tomaba partido por Felipe se veía que estaba resuelto á poner en claro las cosas. Por un sentimiento espontáneo de delicadeza me eché á un lado, fingiendo no ver ni oír nada. En cambio, los criados que se encontraban en la antesala se acercaron mirando á su viejo colega y aprobando sus dichos.

—¡Pues bien, sí, la he perdido!—dijo Esteban eludiendo toda explicaci6n,—y se la pagaré. ¡Hay para reventar de risa!—añadió acercándose á mí y llevándose hacia la sala.

—Hágame usted el favor de decirme, señorito, ¿cómo la va usted á pagar? Ya sabemos como lo paga usted todo. En ocho meses no ha dado usted más de veinte kopeks en junto á María Vasilievna y á mí otro tanto en dos años; á Pedro...

—¡Quieres callarte!—gritó el joven príncipe poniéndose pálido de cólera.—¡Lo diré!

—¡Lo diré! ¡lo diré!—dijo el lacayo.—Eso no está bien, ¡Excelencia!—gritó con doble energía en el momento en que entrábamos en el salón y el lacayo se llevaba los abrigos.

—¡Tiene mucha razón!—dijo á nuestra espalda, aprobando á su colega, una voz en la antesala.

Mi abuela tenía un d6n especial para expresar su modo de pensar sobre las personas por la manera como distribuía el tú ó el usted. Cuando el joven príncipe fué á saludarla, le dijo algunas palabras, hablándole de usted con tal desprecio, que en su lugar yo no habría sabido como contener mi disgusto.

Pero Esteban era de otra pasta, y así, no hizo el menor caso de la acogida de la abuela y saludó á todos, si no con gracia al menos con ademán muy desenvuelto

Sonia atraía toda mi atención. Recuerdo que mientras charlábamos Volodia, Esteban y yo en un rincón de la sala, desde donde se podía ver á Sonia y ser visto y oído, me esforzaba yo en hacerme oír de ella; siempre que decía yo algo que me parecía chistoso, ó cuando soltaba una fanfarronada, alzaba y dirigía una mirada hacia ella. Cuando, por el contrario no podía ella vernos ú oírnos, no tomaba interés alguno en la conversación y me callaba aburrido.

El salón y la sala se llenaron poco á poco. Como sucede siempre en los bailes de niños, hay entre los invitados algunos jóvenes que no quieren perder una sola ocasión de divertirse y que bailan,—según dicen,—por dar gusto al ama de casa.

Cuando llegaron los Ivine, en vez de la alegría que de ordinario me causaba la presencia de Sergio, sentí una especie de irritación al pensar que él vería á Sonia y que sería visto por ella.

CAPITULO XVI

Antes de la mazurka

—¡Parece que hay aquí deseos de bailar!—dijo Sergio, saliendo del salón y sacando del bolsillo un par de guantes de piel muy nuevos.—Es preciso ponerse los guantes,

—¿Cómo nos arreglaremos nosotros?—pensé.—No tenemos guantes; es necesario ir á buscarlos.

Pero por más que revolví todos los cajones de la cómoda, sólo encontré nuestros guantes de viaje de lana verde y un guante de piel que no me podía servir por tres razones; ante todo estaba muy sucio y viejo; luego era demasiado ancho para mí y por último le faltaba el dedo del medio, que Carlos Ivanovitch había cortado una vez en que tuve un dedo malo y le fué preciso servirse de un dedal.

A pesar de todo me calcé aquel resto de guante y me puse á mirar el dedo de enmedio que salía y que invariablemente estaba cubierto de tinta.

—¡Si estuviese aquí Natalia Savishna, encontraríamos guantes en sus cofres! Es imposible bajar de este modo, pues si me preguntan por qué no bailo ¿qué he de responder? Tampoco puedo quedarme aquí porque pronto notarán mi falta los de abajo.

—¿Qué hacer?—dije levantando las manos.

—¿Qué estás haciendo aquí?—me preguntó Volodia que entraba en aquel momento.

—Ven pronto á invitar á una de esas señoritas... Van á comenzar.

—Volodia,—exclamé mostrándole la mano, con el guante por cuyo dedo cortado salían dos de los míos.—¡Volodia! ¿no has pensado tú en esto?—añadí con voz que revelaba una situación desesperada.

—¿En qué?—me preguntó con impaciencia.—¡Ah! ¡los guantes!—añadió con la mayor indiferencia mirando mi mano.—Es verdad, no tenemos ningún par. Será preciso decirselo á la abuela.

—Veremos lo que dice.

Y sin pensar más en ello, bajamos corriendo.

La sangre fría con que trataba una cuestión que me parecía tan importante, me calmó. Entré en el salón á toda

prisa, olvidando absolutamente el horrible guante que conservaba en la mano izquierda.

Me acerqué con precaución á la poltrona de mi abuela, la tiré ligeramente de la manteleta y le dije en voz baja:

—Abuela, ¿qué hemos de hacer? ¡no tenemos guantes!

—¿Qué dices, querido mío?

—Que no tenemos guantes,—repetí acercándome un poquito más y apoyando las manos en el brazo del sillón.

—¡Bueno! ¿y esto?—dijo cogiéndome de pronto la mano izquierda.—Vea usted, querida,—continuó volviéndose á la señora Valakhine,—vea como este mocito se ha puesto majo para bailar con su hija de usted.

La abuela me retenía por la fuerza y miraba á los circunstantes con aire de interrogación; no me soltó hasta que la curiosidad de todos los invitados quedó satisfecha y la risa fué general.

Me había mortificado grandemente que Sergio me hubiera visto en aquella situación, todo lleno de confusión y de vergüenza, mientras hacía vanos esfuerzos por retirar la mano; pero no experimenté ningún embarazo ante Sonia, que se reía tanto que le saltaron las lágrimas, mientras sus bucles le bailaban alrededor de la carita rosada. Comprendí que su risa era demasiado franca para ser mala; por el contrario, el vernos reír uno frente á otro constituía una especie de intimidad que me conmovía. El episodio del guante podría haber tomado un mal sesgo, pero para mí tuvo la ventaja de prestarme un poquito de aplomo y establecer alguna confianza con la sociedad del salón, que al principio me había asustado.

Los ahogos de las personas tímidas proceden muchas veces de no conocer la impresión que han producido en los demás; pero siempre que esta impresión, sea la que fuere, se nos ha manifestado claramente, desaparece el sufrimiento.

¡Qué graciosa estaba Sonia Valakhine cuando en una

de las figuras que formaba con aquel imbécil de Kornakof me hacía *vis-a-vis*! ¡Con qué dulce sonrisa me alargaba su manecita al hacer la cadena! ¡Con qué donaire se movían sus bucles castaños sobre su cabecita, y con qué naturalidad seguían sus pies el ritmo de la música! En la cuarta figura, cuando mi pareja pasó frente á mí y yo tuve que hacer mis pasos solo, Sonia apretó los labios, se puso seria y volvió á otro lado la cabeza, mientras que yo aguardaba el momento de entrar en baile. Pero hacía mal en temer por mí, pues bailé con tanta desenvoltura todos los pasos de rigor y al acercarme á ella le mostré tan alegremente el guante con los dedos visibles por el agujero, que ella prorrumpió en una carcajada cordialísima y sus pies se agitaron con mayor gracia sobre la alfombra.

Recuerdo también que en el momento en que formábamos un corro cogidos todos de la mano, ella se inclinó y se rascó la punta de la nariz con su guante sin soltarse de mí. Aún recuerdo todos estos pequeños incidentes como si fueran de ayer, y siento la música de la *quadrille* á cuyo sonido se desarrollaron todos estos hechos.

Bailé la segunda *quadrille* con Sonia. Cuando me sentí tan cerca de ella me turbé terriblemente y no sabía que decir. Mi silencio se prolongaba demasiado y temí que me juzgase tonto; adopté pues la resolución de sacarla á toda costa de semejante error.

—¿Habita usted en Moscon?—le pregunté en francés. Recibí una respuesta afirmativa y proseguí:—Yo no he frecuentado aún la capital.

Esperaba un grande éxito del empleo de la palabra *frecuentado*, pero sentí inmediatamente que después de un *debut* tan brillante que mostraba cuan fuerte estaba yo en el francés, me sería imposible el mantener la conversación á tanta altura. Volví, pues, á quedarme mudo. La miré con inquietud, deseaba saber la impresión que producía yo en ella y esperaba que viniese en mi auxilio.

—¿En dónde ha encontrado usted ese guante tan ridículo?— me preguntó de pronto, y esta pregunta fué un gran alivio para mí. Le expliqué que el guante era de Carlos Ivanovitch y me extendí en hablar con cierta ironía sobre la persona de mi preceptor. Le dije cuán grotesco era cuando se ponía el gorro encarnado; que un día se había caído del caballo con su gabán verde y todo, precisamente en medio de un estanque, etc., etc. La *quadrille* me pareció tan corta, que el tiempo pasó como un relámpago.

Pero ¿por qué me burlaba de Carlos Ivanovitch? ¿Habría perdido acaso la estimación de Sonia si le hubiese hablado de él con la afección y el respeto que me inspiraba?

Cuando terminó la *quadrille*, Sonia me dió las gracias con gran gentileza, como si de veras me conservase mucha gratitud. Yo me sentía entusiasmado y no cabía en mí de alegría: no me reconocía á mi mismo; ¿en dónde me había aprendido aquella desenvoltura, aquel desenfado que rayaba en audacia?

—Nada en el mundo logrará intimidarme,—pensaba al pasear con gran desparpajo por el salón.—¡Estoy dispuesto á todo! Sergio me propuso que le hiciese *vis a vis*.—Está bien,—le dije,—no tengo pareja, pero ya encontraré una.

Eché á mi alrededor una mirada resuelta y ví que no quedaba más señorita libre que una bastante crecida, que estaba en pie junto á la puerta. Bien noté que se dirigía hacia la doncella, para invitarla seguramente, un jovencito; no estaba ya más que á cuatro pasos de ella mientras que yo me encontraba casi en el otro extremo del salón. Volé recto hacia ella, en un abrir y cerrar de ojos llegué á su lado, la hice una inclinación y con voz firme le supliqué me concediese el honor de la *quadrille*. La señorita se sonrió con gesto de protección, me dió la mano y el joven se quedó sin pareja.

Tenía tal confianza en mí, que ni siquiera presté aten-

ción al despecho del joven. Supe después que preguntó quién era aquel chicuelo de cabeza tan crespa que le había quitado en sus barbas la pareja.

CAPITULO XVII

La mazurka

El joven á quien yo había quitado la bailarina formaba parte de la primera pareja de la mazurka. Avanzó teniendo la mano á su dama, pero en vez de ejecutar el *pas de basques*, como nos había enseñado Mimi, se contentó con correr hacia adelante. Cuando llegó al rincón opuesto del salón se detuvo, golpeó el suelo con el tacón, dió media vuelta, luego un saltito y volvió á emprender la carrera.

Yo no tenía pareja para la mazurka; me había sentado detrás del sillón de la abuela y estaba mirando á los demás.

—¿Qué está haciendo ese?—me decía.—No es así como nos lo ha enseñado Mimi. Nos decía que todos bailan la mazurka con las puntas de los pies, arrastrándolos después y dando media vuelta; de seguro no es así. Pero los Ivine, Esteban, todos bailan y nadie hace el *pas de basques* y Volodia ha adoptado el nuevo método. No es feo tampoco... ¡Qué bonita es Sonia! ¡Ah! ¡ahora es su vez! Me sentía feliz.

La mazurka estaba para terminar. Algunas personas de

edad se acercaron á saludar á la abuela y se fueron sentando. Los criados atravesaban el salón evitando tropezar con los bailarines y transportaban con precaución lo necesario para preparar las mesas de la cena en el fondo.

Mi abuela sentía cansancio y se le conocía bien, pues hablaba si gana y con gesto aburrido. Los músicos empezaban por la trigésima vez el mismo aire.

La señorita alta con quien yo había bailado, que estaba haciendo una figura, se fijó en mí y me dirigió una sonrisa pérfida, por dar gusto á mi abuela sin duda. A su lado estaban Sonia y una de las Kornakof.

—¿Rosa ú ortiga?—me preguntó.

—¡Ah! ¿estás tú aquí?—dijo la abuela volviéndose hacia mí.

—Anda, querido, anda.

Tenía más ganas de esconderme tras la poltrona de mi abuela que de ir á bailar, pero ¿cómo podía negarme? Me levanté y respondí:—Rosa,—mirando tímidamente á Sonia. No había tenido tiempo de reponerme cuando una mano enguantada de blanco oprimió la mía, y la joven princesa Kornakof comenzaba á balancearse dirigiéndome la más lisonjera de las sonrisas. Ella no sospechaba de seguro que yo no sabía en aquel momento lo que hacer de mis piernas.

Reconoci que el *pas de basques* no era conveniente y que atraería sobre mí una afrenta; á pesar de todo, el aire conocido de la mazurka produjo en mis nervios auditivos una excitación familiar: el oído transmitió esta excitación á las piernas, que involuntariamente se pusieron á ejecutar el paso fatal, con las puntas de los pies y con el correspondiente taconeo.

Me miraron con estupor. Mientras avancé nada extraordinario ocurrió, pero pronto noté que al dar la vuelta, no ponía mucho cuidado, tropezaba inevitablemente con mi bailarina. Para evitar este peligro me detuve, dispuesto á imitar el paso que había visto hacer con tanta elegancia

al joven de la primera pareja; pero precisamente en el momento en que me disponía á ejecutar el salto, la joven princesa dió una vuelta á mi alrededor y empezó á mirarme los pies con aire de imbécil curiosidad. Me confundí hasta el extremo de que en vez de bailar empecé á mover los pies, permaneciendo siempre en el mismo puesto, sin marcar el compás, del modo más extravagante. Nadie comprendía lo que hacía, y así concluí por detenerme de una vez. Todos me miraban con sorpresa y curiosidad mezclada de ironía y de compasión; sólo mi abuela me contemplaba con la mayor indiferencia.

—¡Mejor hubiera sido no bailar, puesto que no sabes!—dijo detrás de mí la voz irritada de papá, y después de haberme quitado de enmedio, tomó la mano de mi bailarina dando con ella una vuelta á la moda antigua que le valió un aplauso general y al fin la acompañó á su puesto.

En aquel momento concluyó la mazurka.

—¡Dios mío! ¿por qué me castigas tan cruelmente?... ¡Todos me desprecian y me despreciarán siempre! Todos los caminos se me han cerrado para siempre: amistad, amor, honores... ¡todo está perdido para mí! ¿Por qué me hacía señas Volodia, señas que todos notaban y que no podían servirme para nada? ¿por qué aquella odiosa princesa me miraba los piés? ¿por qué Sonia... en verdad, es muy graciosa... pero ¿por qué se sonreía? ¿Por qué papá se ha sonrojado y me ha cogido del brazo?

¡Ah! ¿quizá se avergüenza de mí! ¡Es espantoso! Si mamá hubiese estado aquí, no se habría avergonzado de su Nicolásito! Mi imaginación vuela muy lejos, hacia aquella querida imgaen... Vuelvo á ver el prado que se extendía ante mi casa, los grandes tilos del jardín, el estanque transparente sobre el cual pasaban rozando el agua con las puntas de sus alas las golondrinas, el cielo azul sembrado de blancas nubecillas, los montones de heno fresco y perfumado y otras muchas imágenes, de bellos colores que surgen en mi imaginación turbada.

CAPITULO XVIII

Después de la mazurka

Durante la cena, el joven á quien yo había quitado la pareja, se sentó á mi lado á la mesa y cuidaba de mí de un modo que me hubiera lisonjeado en extremo, si aún hubiera sido sensible á estas cosas después de la desgracia que había caído sobre mí.

Hubiérase dicho que quería á toda costa ponerme en evidencia; me hacía mil halagos, me escuchaba como si yo fuera uno de su edad y aprovechaba los momentos en que las personas mayores no nos miraban para llenarme el vaso de varios vinos. que me invitaba á beber.

Al fin de la cena, cuando el mayordomo se acercó con una botella de *champagne* envuelta en una servilleta, no me echó más que unas cuantas gotas; el joven insistió en que me llenase el vaso y me lo hizo beber de un trago. Sentí un calor agradable por todo el cuerpo, experimenté una gran ternura por mí protector y prorrumpí en una carcajada sonora.

De pronto la música comenzó á tocar «el Abuelo» y nos levantamos de la mesa; había llegado el término de mis relaciones con el joven. Se fué con las personas de edad y yo, no teniendo valor para seguirle, fui á escuchar lo que la señora Volakhine decía á su hija:

—¡Media horita más!—decía Sonia en tono persuasivo.

—Es imposible, ángel mío.

—Te lo suplico, hazlo por mí,—insistía con voz acariciadora.

—¿Y si mañana estoy enferma?—preguntó la señora Valakhine, cometiendo la imprudencia de sonreirse.

—¡Oh! ¡me lo permites! ¡nos quedamos! ¿verdad que sí?

—Es preciso hacer siempre lo que tú quieres. ¡Ea! vete á bailar... mira... aquí tienes tu pareja.—dijo, volviéndose hacia mí.

Sonia me dió la mano y corrimos hacia la sala.

El vino bebido, la presencia de Sonia y su alegría me hicieron olvidar del todo el triste final de mi mazurka.

Hice pasos muy cómicos; ora imitaba el caballo y andaba al trote corto levantando mucho los pies; ora triscaba imitando á una cabra que hace frente á un perro y me rela con todas mis fuerzas sin preocuparme de lo que pensarían de mí los espectadores. También Sonia se rela sin tregua, y dábamos mil vueltas cogidos de la mano, riendo siempre. Mirámos á un viejo que extendía las piernas con mucha precaución como si esto le costase mucho trabajo y ella se rela;—vimos un pañuelo caído en el suelo y Sidonia prorrumpió en otra carcajada; hice una pirueta para mostrar mi habilidad y se desternillaba de risa.

Al atravesar el gabinete de abuela, dí una ojeada al espejo y me ví todo bañado en sudor, el traje en desorden y los cabellos más enmarañados que nunca.

A pesar de esto, mi cara tenía una expresión agradable, un aspecto de salud y de alegría que me satisfizo.

—«Si siempre fuera así,—pensé,—yo también podría agradar».

Pero cuando volví los ojos al rostro gracioso de mi pareja y observé su belleza delicada y exquisita, unida á la expresión de salud, de alegría y de aturdimiento que había notado en mí mismo, me enfurecí contra mi propia fealdad y comprendí lo absurdo de esperar que yo pu-

diera atraer la atención de una criatura tan maravillosa.

No conservaba la esperanza de ser correspondido, no pensaba siquiera en ello, pues mi alma no lo necesitaba para rebosar de felicidad. No sabía que más allá del sentimiento del amor que inundaba mi corazón de alegría, existe un bien aun más grande, no sabía que además de un amor inmortal se podía desear algo más alto. Estaba contento así; mi corazón latía como el de una paloma, la sangre afluía á él sin tregua y sentía deseos de llorar.

Nos fuimos al corredor, y al pasar por delante de un cuartito obscuro que había debajo de la caja de la escalera, le miré y pensé: — ¡Qué felicidad el poder pasar toda mi vida con ella en ese cuartito obscuro, sin que nadie supiera que estábamos ahí!

— Nos hemos divertido mucho esta noche; ¿no es verdad? — dije con voz baja y temblorosa, apretando el paso y asustado menos de lo que había dicho que de lo que habría querido decir.

— ¡Oh sí!... ¡mucho! — respondió Sonia volviendo su cabecita hacia mí con expresión tan franca y tan bondadosa, que todo mi temor se disipó.

— Sobre todo después de cenar... ¡Si supiera V. cuánto siento (quería decir: ¡Qué triste me quedaré!) ¡cuánto siento que V. se marche y que no podamos vernos más!

— ¿Por qué no hemos de vernos más? — dijo Sonia mirando la puntita de sus zapatitos y pasando su dedo por un biombo por delante del cual cruzábamos. — Todos los martes y los viernes mamá y yo vamos á paseo en coche, al baluarte de Zverskoe.

— ¿No va V. nunca á paseo?

— El martes pediremos permiso para ir á paseo y si no me lo dan escaparé aunque sea sin sombrero; ya sé el camino.

— ¿Sabe V. una cosa? — dijo Sonia de pronto. — Hay muchos niños que vienen á mi casa y á quienes les hablo de

tú. — Tuteémonos también. ¿Quieres? — añadió sacudiendo la cabeza y mirándome á los ojos.

En aquel momento entramos en la sala donde habían comenzado á bailar con la mayor algazara otra parte del «Abuelo».

— ¿Baila V?... ¿bailas conmigo? — le dije aprovechando un momento en que la música y el ruido podían ahogar mi voz.

— Bailaré, — contestó Sonia riendo.

El «Abuelo» terminó sin que me yo hubiese atrevido á dirigirle una sola frase tuteándola; aunque había arreglado mentalmente algunas en las que se repetía el *tú* varias veces, me faltó el valor. «¿Quieres? ¿Bailas?...» — estas palabras resonaban aún en mis oídos embriagándome de felicidad. No veía nada ni á nadie á excepción de Sonia.

Al retirarse vi como le anudaban los cabellos, recogíendole los bucles detrás de las orejas, descubriendo así sus sienas y una parte de su frente que yo no había visto aún. Vi como la envolvieron desde la cabeza hasta los pies en su chal verde, de modo que no se le veía más que la punta de la nariz. Noté que con los deditos rosados se arregló una abertura para no ahogarse y por último vi que al bajar la escalera detrás de su madre se volvió vivamente hacia donde estábamos, haciéndonos un saludo con la cabeza antes de desaparecer por la puerta.

Volodia, los Yvine y el joven príncipe, todos estábamos enojados de Sonia, todos nos detuvimos en lo alto de la escalera para seguirla con los ojos. No sé á quien se dirigía aquella inclinación de cabeza; pero en aquel momento estaba firmemente convencido de que era á mí.

Al despedir á los Yvine lo hice con gran desenvoltura, y al dirigirme á Sergio le toqué ligeramente la mano. No sé si él comprendería que á partir de aquel instante había perdido mi amistad y su imperio sobre mí; lo cierto es que manifestó su disgusto aunque se esforzaba en demostrar perfecta indiferencia.

Por la primera vez en mi vida había variado en mis afectos y por la primera vez sentía con el cambio un suave placer. Me parecía muy hermoso trocar un sentimiento que ya había pasado al estado de hábito, y que por decirlo así había sido despreciado, en un amor fresco, desconocido y lleno de misterio.

Además, cesar de amar y comenzar de nuevo á amar al mismo tiempo es amar dos veces.

CAPÍTULO XIX

En mi cama

¿Cómo he podido querer á Sergio tan ardientemente y por tanto tiempo?—me repetía después de acostarme en mi camita.—No, él no me ha comprendido, ni apreciado, ni mereció mi afecto... ¿Y Sonia? ¡Qué amable es! «*Quieres... á tí te toca, atrévete.*»

Me revolví, excitado por el júbilo, al pensar en su carita vivaz. Tiré del edredon hasta cubrirme con él la cabeza, envolviéndome de modo que estaba absolutamente escondido bajo él. Comencé á sentir un calor delicioso y me perdí en sueños y en recuerdos los más dulces y agradables. La veía tan distintamente como una hora antes; hablaba con ella á solas y esta conversación, falta de sentido, me proporcionaba alegrías inefables porque contenía *tú y tus* á manos llenas.

Aquel soñar despierto tenía tal apariencia de realidad y me procuraba tanto placer y tal emoción, que me impidió dormir. Sentía la irresistible necesidad de manifestar á otros la felicidad que llenaba mi corazón.

—¡Qué hermosa es!—dije en alta voz, volviéndome de pronto hacia el otro lado.—¡Volodia! ¿duermes?

—No,—respondió con voz soñolienta.—¿Qué quieres?

—Estoy enamorado, Volodia, estoy enamorado de veras de Sonia.

—Bueno, ¿y qué?—respondió esperezándose.

—¡Oh Volodia! no puedes imaginar lo que me pasa... Ves, había metido la cabeza bajo el edredon y la veía como si estuviese aquí mismo y le hablaba... ¡Qué cosa más rara! Y después ¿sabes? Cuando estoy aquí, en la cama y pienso en ella, me pongo triste, Dios sabe por qué y tengo ganas de llorar.

Sentí que Volodia se removía en su cama.

—No deseo más que una cosa,—continuó,—estar siempre á su lado, verla siempre y nada más. ¿Y tú no estás enamorado, Volodia? ¡dí la verdad!

—¡Cosa extraña! deseaba que todos estuvieran enamorados de Sonia y me lo dijeren.

—¿Qué te importa?—dijo Volodia volviéndose hacia mí.—Puede ser...

—¡Tú haces como si durmieras, pero no tienes gana!—exclamé al notar sus ojos muy abiertos que no parecían dispuestos á cerrarse al sueño.

Rechazé el edredón y repuse:

—¡Hablemos de ella! ¿No es verdad que es muy bonita?... la quiero tanto que si me dijera: «Nicolás, tiráte por por la ventana» «Echáte al fuego,» te juro que lo haría en seguida y con gusto. ¡Ah! ¡cuán bella es!—añadí representándomela en mi fantasía, y para gozar mejor de su imagen, me volví del otro lado y escondí la cabeza bajo la almohada.

—Tengo grandes deseos de llorar, Volodia,

—Anda, tonto,— me dijo sonriendo, y después de un momento de silencio, añadió:

—Yo no soy como tú. Si fuese posible, querría más bien estar sentado á su lado y charlar con ella...

—¡Ahl! ¿tú también estás enamorado?—le interrumpí.

—Después,— prosiguió Volodia sonriendo amorosamente,— después le besaría los deditos y los ojos y la boquita y la naricita y los piecitos... la besaría toda...

—¡Qué necesidad!—grité, desde mi cabecera.

—¡Tú no sabes nada!—dijo Volodia con desprecio.

—¡Qué yo no sé nada! ¡tú eres el que no sabe nada y no dices más que bestialidades,— respondí llorando.

—¡No veo el motivo para llorar! ¡Habrá majadero!

CAPITULO XX

La carta

El 16 de Abril, unos seis meses después de la velada que he descrito, vino mi padre á nuestra clase y nos anunció que partiríamos con él aquella misma tarde para el campo. A esta noticia sentí oprimirse mi corazón y pensé al punto en mamá.

La causa de esa imprevista partida era la carta siguiente:

«Petrowskoë, 12 de Abril.

»Son las diez de la noche y acabo de recibir tu estima-

da del 3 del corriente. Como de costumbre, voy á contestarte en seguida. Fedor vino de la ciudad ayer, pero como era ya tarde, no entregó la carta á Mimi hasta esta mañana y Mimi, con el pretexto de que me hallaba indispueta y algo agitada, no ha querido dárme la hasta esta noche.

»Tengo, en efecto, un poco de fiebre, y si he de decirte la verdad, hace cuatro días que no me siento muy bien y que no me levanto de la cama.

»No te asustes, te lo ruego, amigo mío; no estoy tan mala, y si Ivan Vassilich me lo permite, mañana me levantaré.

»El viernes de la semana pasada salí en coche con las niñas y un poco antes de llegar á la carretera, junto al puentecillo que siempre me ha inspirado tanto temor, se atascó el coche. El tiempo era espléndido y se me ocurrió la idea de proseguir el paseo á pie en tanto que lo desatascaban.

»Cuando llegué á la capilla, me hallaba muy fatigada y me senté para reposar, pero como fué precisa más de media hora para llamar gente y poner el coche en buen estado, sentí mucho frío, sobre todo en los pies, porque llevaba zapatos y se me habían mojado enteramente.

»Después de almorzar, tuve escalofríos y un poco de fiebre, pero no quise acostarme y después del té con Liubotska (¡si la vieras tan crecida, no la conocerías!) me sentí indispueta y me ví obligada á llamar.

»¡Imaginaté mi estupor al advertir que no sabía ya contar el tiempo! Lo probé varias veces, pero sentía una gran confusión en la cabeza y los oídos me zumbaban muchísimo. Contaba uno, dos, tres y después ocho, quince... notaba que me equivocaba, pero era inútil, ¡no podía contar bien! Al fin Mimi acudió en mi auxilio y casi á la fuerza me hizo meter en cama.

»Vé, pues, amigo mío, como por mi culpa me he puesto enferma.

—Anda, tonto,— me dijo sonriendo, y después de un momento de silencio, añadió:

—Yo no soy como tú. Si fuese posible, querría más bien estar sentado á su lado y charlar con ella...

—¡Ahl! ¿tú también estás enamorado?—le interrumpí.

—Después,— prosiguió Volodia sonriendo amorosamente,— después le besaría los deditos y los ojos y la boquita y la naricita y los piecitos... la besaría toda...

—¡Qué necedad!—grité, desde mi cabecera.

—¡Tú no sabes nada!—dijo Volodia con desprecio.

—¡Qué yo no sé nada! ¡tú eres el que no sabe nada y no dices más que bestialidades,— respondí llorando.

—¡No veo el motivo para llorar! ¡Habrá majadero!

CAPITULO XX

La carta

El 16 de Abril, unos seis meses después de la velada que he descrito, vino mi padre á nuestra clase y nos anunció que partiríamos con él aquella misma tarde para el campo. A esta noticia sentí oprimirse mi corazón y pensé al punto en mamá.

La causa de esa imprevista partida era la carta siguiente:

«Petrowskoë, 12 de Abril.

»Son las diez de la noche y acabo de recibir tu estima-

da del 3 del corriente. Como de costumbre, voy á contestarte en seguida. Fedor vino de la ciudad ayer, pero como era ya tarde, no entregó la carta á Mimi hasta esta mañana y Mimi, con el pretexto de que me hallaba indispueta y algo agitada, no ha querido dárme la hasta esta noche.

»Tengo, en efecto, un poco de fiebre, y si he de decirte la verdad, hace cuatro días que no me siento muy bien y que no me levanto de la cama.

»No te asustes, te lo ruego, amigo mío; no estoy tan mala, y si Ivan Vassilich me lo permite, mañana me levantaré.

»El viernes de la semana pasada salí en coche con las niñas y un poco antes de llegar á la carretera, junto al puentecillo que siempre me ha inspirado tanto temor, se atascó el coche. El tiempo era espléndido y se me ocurrió la idea de proseguir el paseo á pie en tanto que lo desatascaban.

»Cuando llegué á la capilla, me hallaba muy fatigada y me senté para reposar, pero como fué precisa más de media hora para llamar gente y poner el coche en buen estado, sentí mucho frío, sobre todo en los pies, porque llevaba zapatos y se me habían mojado enteramente.

»Después de almorzar, tuve escalofríos y un poco de fiebre, pero no quise acostarme y después del té con Liubotska (¡si la vieras tan crecida, no la conocerías!) me sentí indispueta y me ví obligada á llamar.

»¡Imaginaté mi estupor al advertir que no sabía ya contar el tiempo! Lo probé varias veces, pero sentía una gran confusión en la cabeza y los oídos me zumbaban muchísimo. Contaba uno, dos, tres y después ocho, quince... notaba que me equivocaba, pero era inútil, ¡no podía contar bien! Al fin Mimi acudió en mi auxilio y casi á la fuerza me hizo meter en cama.

»Vé, pues, amigo mío, como por mi culpa me he puesto enferma.

»Al día siguiente tuve una fiebre muy grande y vino nuestro buen Ivan Vassilitch que ya no se ha separado de mí y que me asegura que pronto podré salir. ¡Qué buen hombre! Mientras he tenido calentura y delirio ha pasado la noche, sin dormir, á la cabecera de mi cama, y en este momento ha ido á ver á las pequeñas en la habitación próxima. Desde aquí mismo oigo como les recita fábulas alemanas y les hace desternillarse de risa.

»La hermosa flamenca, como tú la llamas, está aquí hace quince días, porque su madre se marchó, y ella me demuestra mucho afecto. Me confía todos sus secretos y yo creo que con su belleza, su buen corazón y su juventud, podría ser una muchacha muy simpática bajo todos aspectos, si estuviese en buenas manos; pero en la sociedad en que vive, según me dicen, se perderá todo. Pienso que si yo no tuviese ya muchos hijos, haría una obra de caridad adoptándola.

»Liubotshka quería escribirte; pero ha roto ya tres pliegos de papel; se queja de que «el papá se burla mucho y que si cometiese ella alguna falta la harías ver á todo el mundo». Catalina, tan graciosa como siempre; Mimi siempre tan buena y tan fastidiosa.

»Hablemos ahora de cosas serias. Medices en tu carta que este invierno tus negocios no van bien y que te verás obligado á tomar las rentas de Khabarovka. ¿Por qué me pides el permiso? Me parece muy extraño; lo que es mío, ¿no es tuyo también?

»Eres tan bueno, amigo mío, que no me ocultas el estado de tus negocios por temor á darme un disgusto, pero adivino que has perdido mucho en el juego y te juro que no te conservo rencor alguno. Con tal que puedan arreglarse las cosas, no pienses en ello, te lo suplico, y no te atormentes inútilmente. Estoy acostumbrada á no echar cuentas sobre la fortuna de tus hijos fiándola á tus ganancias (no me lo tomes á mal) ó en tu fortuna particular. Mi

placer cuando sé que ganas, no es mayor que el dolor que siento cuando pierdes.

»Una sola cosa me causa pena; tu infeliz pasión por el juego que me roba una parte de tu corazón y me obliga á decirte duras verdades, como lo hago en este momento. ¡Dios sabe cuan doloroso me es el hacerlo! A Dios no le pido más que una cosa; que nos libre no de la pobreza (¿qué es la pobreza?), sino de aquella situación terrible en que los intereses de los niños que yo me veré obligada á defender, serían opuestos á los nuestros.

Hasta ahora, Dios me ha escuchado porque tú no has traspasado los límites fuera de los cuales nos veríamos obligados ó á sacrificar una fortuna que no es nuestra, sino de nuestros hijos, ó de... Nada más espantoso que pensar en ello; y esta terrible desgracia nos amenaza constantemente. ¡Qué cruz más pesada tenemos que llevar por la voluntad de Dios!

»Me hablas de nuevo en tu carta de los niños y recaes en tu antigua discusión pidiéndome que consienta en ponerlos en un colegio. Tú conoces mi antipatía por los colegios.

»No sé, amigo mío, si escucharás mi súplica, pero te lo ruego en nombre del afecto que me tienes, que ni durante mi vida ni después de mi muerte, si Dios quiere separarnos, hagas una cosa semejante.

»Me escribes que no podrás menos de ir á Petersburgo para nuestros negocios. ¡Que el Señor vaya configo! Marcha y vuelve lo más pronto que puedas, ¡nos aburrirnos tanto sin tí!

»La primavera es magnífica; ya han quitado la puerta del terrado; la vereda que conduce al naranjal estaba enjuta desde hace cuatro días. Los melocotoneros han florecido; no queda ya más que poca nieve acá ó allá y las golondrinas han vuelto. Liubotshka me ha traído hoy las primeras flores.

»El doctor dice que dentro de tres días estaré curada y

podré salir á tomar el sol y á respirar el aire saludable de la primavera.

»Adios, querido amigo; no te apesadumbres, te lo ruego, por mi enfermedad ni por tus pérdidas. Concluye lo más pronto que puedas tus negocios y vuélvete con los niños para pasar aquí todos juntos el verano próximo. Yo concibo planes magníficos; no me falta más que tenerte á mi lado para ponerlos en ejecución.»

La continuación de la carta estaba en francés con una letra muy desigual, casi indescifrable:

«No creas lo que te he escrito con respecto á mi enfermedad. Nadie sospecha hasta qué punto es grave; yo sola sé que no saldré de ella. No pierdas un minuto, ven y trae á los niños. Quizá pueda abrazarlos y bendecirlos por última vez; es mi único y último deseo. Sé que para tí será este un golpe muy cruel; pero más pronto ó más tarde, por mí ó por los demás, lo habrías recibido infaliblemente. Procuremos soportar con valor esta desgracia, esperando en la misericordia de Dios. Sometámonos á su santa voluntad.

»No creas que lo que escribo sea efecto del delirio de una imaginación enferma: mis ideas son por el contrario clarísimas en este momento y me siento muy tranquila. No vaciles con la esperanza de que son únicamente presentimientos vagos de un alma miedosa; no, lo siento y sé (lo sé porque Dios ha querido revelármelo) que tengo muy pocos días de vida.

»¿Se extinguirá conmigo mi afecto por tí y por mis hijos? No lo creo posible; mi corazón siente demasiado vivamente aun en este momento, para creer que este amor, sin el cual yo no comprendería la vida, pueda morir. Mi alma no podría existir sin mi amor por vosotros, y sé que existirá siempre, ya que este sentimiento no habría podido nacer si hubiese de extinguirse algún día.

»Aun cuando no esté con vosotros, estoy segura de que mi cariño no os abandonará nunca y esta persuasión me da tal consuelo, que espero la muerte en paz y sin temor.

»Sí, estoy muy tranquila, pues Dios sabe bien que siempre he considerado esta vida como un breve tránsito á otra mejor, pero ¿por qué me sofoca el llanto? ¿Por qué privar á los niños de su mamá querida? ¿Por qué asestarle un golpe tan terrible é inesperado? ¿Por qué muero cuando vuestro afecto me hacía tan feliz? ¡Que se cumpla la divina voluntad!

»Las lágrimas me impiden continuar. No te volveré á ver más, quizá. Te doy las gracias, mi dulce amigo, por la felicidad que me has procurado en esta vida: allá arriba pediré á Dios que te lo recompense. Adiós; acuérdate de que aun después de muerta, mi amor será para tí. Adiós, Volodia; adiós, ángel mío, Nicolasito, mi Benjamín adorado! ¿Me olvidaréis acaso?

Con esta carta venía un billete de Mimi, escrito en francés, y así concebido:

«Los tristes presentimientos de que éste ángel le habla á usted han sido desgraciadamente confirmados por el doctor.

»Anoche la señora dió la orden de que llevasen al correo esta carta. Creyendo que deliraba he esperado hasta esta mañana y al fin me he decidido á abrirla. Apenas acababa de hacerlo cuando Natalia Nicolaievna me ha preguntado qué se había hecho de ella y me ha mandado que la queme si aún no se había expedido, pues me asegura que esta carta le matará á V. Venga en seguida si quiere usted ver á este ángel antes de que nos abandone. Dispense usted estos garabatos; hace tres noches que no he dormido. Ya sabe usted cuanto la quiero.»

Natalia Savishna, que había pasado la noche del 11 al 12 de Abril en la habitación de mamá, me contó que después de haber escrito lo primera parte de la carta, mamá la había dejado sobre la mesa de noche y se había quedado dormida.

—Yo misma,—dijo Natalia Savishna,—confieso que me había amodorrado en mi poltrona dejando caer la calceta, pero de pronto, en medio del sueño, la siento hablar alto: podía ser la una de la madrugada. Alzo los ojos, miro y veo á mi tortolilla sentada sobre la cama y que juntaba las manos así... y lloraba á lágrima viva. Decía: «¿Es que todo ha concluido para mí?» y escondía la cara entre las manos.

Yo acudí al momento:—¿Qué tiene usted?—¡Ah, Natalia Savishna, si supieras lo que he visto!

Por más preguntas que le hice no pude averiguarlo. Me dijo tan sólo que le diese el pupitre y escribió algunas líneas más; después me mandó cerrar la carta en su presencia y la hizo llevar en seguida al correo. Desde aquel momento empezó á empeorar.

CAPITULO XXI

Lo que nos esperaba en el campo

El 25 de Abril bajábamos de un coche de viaje ante la escalinata de entrada de Petrowskoë.

Al salir de Moscou, papá parecía muy preocupado. Volodia le preguntó:

—¿Está acaso enferma mamá?

El le miró con tristeza é hizo con la cabeza una señal afirmativa, sin pronunciar una sola palabra. Durante el viaje se serenó, pero al acercarse á casa su rostro tenía una expresión cada vez más triste. Al apearse del coche, preguntó con voz temblorosa á Phoca:

—¿Dónde está Natalia Nicolaievna?

El buen viejo Phoca, que había acudido muy sofocado, nos lanzó una mirada furtiva, bajó los ojos, abrió la puerta del vestíbulo y respondió volviendo la cara:

—Hace seis días que no sale de su habitación.

Milka que, según supe después, no había cesado de gemir, se precipitó desde el instante en que mamá se puso enferma, con grandes muestras de alegría hacia mi padre, le saltó al cuello para acariciarle, lanzando ligeros gritos de alegría y se puso á lamerle las manos. Mi padre le rechazó, y atravesó el gabinete y el saloncillo desde donde se entraba directamente en la habitación de mamá. Cuando más se acercaba á esta estancia se manifestaba mayor su inquietud que se revelaba en todos sus movimientos. Al entrar en el gabinete, se puso de puntillas y contuvo la respiración, haciendo la señal de la cruz antes de poner la mano en el picaporte de la puerta. En aquel momento apareció Mimi por el corredor, despeinada y con los ojos enrojecidos.

—¡Ah, Pedro Alejandrovitch!—dijo á media voz con expresión de un sincero dolor. Al ver que papá quería levantar el picaporte, le dijo en voz baja:—¡No se pasa por aquí!... ¡por la otra puertal

¡Ah! ¡qué impresión tan angustiosa produjo esta escena en mi corazón de niño! ¡Mi corazón que ya estaba preparado á una desgracia por terribles presentimientos!

Dimos la vuelta por los aposentos de la servidumbre. En un corredor encontramos á Akime, el idiota, que tan-

to nos divertía con sus muecas en otro tiempo. En aquel momento no sólo no me pareció chistoso, sino que el aspecto de su rostro estúpido é indiferente me produjo vivo dolor.

En la habitación de la servidumbre dos muchachas que trabajaban no sé en qué, se levantaron para saludarnos con un aire tan triste que me quedé desconcertado del todo.

Atravesamos después la habitación de Mimi; papá abrió la puerta de la alcoba y entramos. A la derecha había dos ventanas cuyas colgaduras aparecían corridas. Natalia Savishna estaba sentada junto á una de ellas haciendo calceña, con sus eternos anteojos sobre la nariz. Al vernos no corrió á abrazarnos como de ordinario; se limitó á levantarse, nos miró á través de sus anteojos, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Sentí un vivo dolor al notar que todos se echaban á llorar al vernos, siendo así que antes estaban serenos.

A la izquierda de la puerta había muchos biombos uno tras otro; detrás de ellos se hallaba la cama, la mesa de noche, una mesita cubierta de frascos con medicinas y una gran poltrona en que dormitaba el doctor. Junto al lecho una joven muy rubia y de una belleza notable, vestida de bata blanca con las mangas un poco recogidas colocaba pedazos de hielo sobre la cabeza de mamá á quien yo no podía distinguir claramente.

Aquella joven era «la hermosa flamenca,» de quien mamá hablaba en su carta y que representó después un papel tan importante en nuestra familia. Cuando entramos se apresuró á levantar una mano de la cabeza de mamá para arreglarse las arrugas que sobre el pecho le hacía la bata y murmuró: «¡Ahora no está en sí!»

Mi dolor era indecible, pero involuntariamente noté todos los incidentes, aún los más mínimos. En la alcoba reinaba la obscuridad y se sentía un gran calor y una

mezcla de toda clase de olores, de menta, de agua de colonia, de manzanilla y de las gotas de Hoffmann.

Este olor me afectó de un modo tal, que no sólo al percibirlo de nuevo sino sólo el pensar en él mi imaginación me transporta inmediatamente á aquella habitación obscura y sofocante y me representa los menores detalles de aquel terrible instante.

Mamá tenía los ojos abiertos, pero no veía... ¡Oh! ¡no olvidaré nunca aquella mirada espantosa que expresaba tanto sufrimiento!

Nos sacaron de allí.

Cuando más tarde interrogué á Natalia Savishna sobre los últimos momentos de mamá, mi querida tortolilla me contó lo siguiente:

«Después que os sacaron de allí, se agitó todavía por algún tiempo, como si algo la sofocase; después dejó caer la cabeza sobre la almohada y se quedó dormida tan tranquila y tan sonriente que parecía un ángel de Dios. Salí por un minuto para avisar que no trajesen el medicamento que había de tomar... vuelvo á entrar y ¿qué es lo que veo? Agitaba los brazos, como si buscara algo y hacía señas á vuestro padre. Este se acercó inclinándose sobre ella, porque veía que no tenía fuerza ni aún para hablar; al fin pudo articular entre gemidos: «¡Dios mío! ¡Señor! ¡los niños! ¡los niños!» Corrí para buscaros, pero Ivan Vassilitch me detuvo, diciendo que era mejor que no los viese porque se afectaría demasiado. Después no hacía más que levantar la mano y dejarla caer. ¡Dios solo sabe lo que significaba aquel ademán! Yo creo que quería bendecirnos aunque no estábamos presentes. ¡Dios no ha permitido que volviese á ver á sus hijitos antes de morir! Poco después, mi tortolilla se levantó un poco, juntó sus manos... así... y de pronto dijo con voz en la que no puedo pensar sin conmovirme: «¡Madre de Dios, no los abandonés!...» Este esfuerzo le hizo daño y se comprendía por sus ojos, que la pobreilla padecía terriblemente. Volvió á

caer pesadamente sobre la almohada, mordiéndole las sábanas y le corrían las lágrimas... así... pobre ángel mío.

—¿Y después? pregunté.

Natalia Savishna no pudo proseguir; se volvió á otro lado y empezó á llorar á lágrima viva.

Mamá murió en medio de crueles padecimientos.

CAPITULO XXII

El dolor.

Al día siguiente, ya casi de noche, quise verla por última vez. Venciendo una impresión de miedo involuntario, abrí muy despacio la puerta de la sala y entré de puntillas.

En medio de la estancia, sobre una mesa, estaba el fénix, y en torno suyo en altos candeleros de plata ardían sendos cirios. En un rincón de la sala un chantre leía los salmos en voz baja y monótona.

Me detuve en la entrada, pero mis ojos estaban tan turbados á fuerza de llorar y mis nervios tan trastornados, que no discernía nada. Todo se confundía de un modo extraño; los cirios, el brocado, el terciopelo, los grandes candelabros, el almohadón de color de rosa, guarnecido de encaje, la faja que cubría la frente y en medio de todos aquellos ornamentos algo transparente, de color de cera. Me subí á una silla para ver su rostro; pero en vez

de la cara encontré aquella cosa de un blanco amarillento y translúcido.

No podía creer que aquella fuera su cara; me puse á mirarla atentamente, y poco á poco, fui recordando aquellas facciones tan bellas y tan familiares para mí.

Me estremecí de terror cuando quedé convencido de que era *ella*. ¿Por qué estaban tan hundidos sus cerrados ojos? ¿Por qué aquella terrible palidez y aquellas manchas lívidas en las mejillas? ¿Por qué era tan fría y tan severa la expresión del rostro? ¿Por qué estaban tan blancos los labios y cerrada la boca? ¿Por qué aquella expresión de una paz superior, que sólo existe fuera de este mundo? Al recordarla siento un escalofrío helado que recorre mi cuerpo y se erizan mis cabellos.

Miraba y sentía que una fuerza secreta é irresistible atraía mis ojos hacia aquel rostro sin vida. No podía separarlos y aunque la miraba fijamente, mi imaginación me representaba cuadros llenos de vida y de felicidad. Olvidé que el cuerpo muerto extendido ante mis ojos y que contemplaba neciamente como si no hubiese habido nada de común entre nosotros, era *ella*. Me la figuraba ahora en una actitud, ahora en otra, viva, alegre, sonriente; después me sentí de repente como atraído por las facciones de aquel pálido rostro en el que mis ojos estaban fijos; me acordé de la triste realidad, me estremecí, pero seguí mirando.

Las visiones del pasado se sustituían de nuevo al presente ó el sentimiento de la realidad rechazaba de nuevo esas visiones, y así alternativamente. Al fin mi imaginación cansada cesó de engañarme: realidad y visiones se ofuscaron y no tuve ya conciencia de nada.

No sé cuánto tiempo permanecí así, como si me sintiera incapaz de analizar el estado de mi alma; recuerdo únicamente que había perdido el sentimiento de mi existencia y que experimentaba una especie de alegría sublime y triste y al mismo tiempo una dulzura indefinible.

Quizá desde el mundo mejor á que había volado, su alma bella contemplaba con tristeza el mundo en que nos dejara; quizá veía mi dolor, se apiadaba de mí, y con divina sonrisa de compasión, descendía á la tierra en alas del amor para consolarme y bendecirme.

La puerta rechinó sobre sus goznes y avanzó un cantor para relevar al otro. Aquel ruido me hizo volver en mí, y el primer pensamiento fué que el cantor al verme en pie sobre la silla con los ojos enjutos, y en una postura que no tenía nada de dolorosa, hubiera podido juzgarme un niño insensible que había subido á la silla sólo por curiosidad: me santigué, me incliné y lloré.

Cuando pienso en lo que experimenté entonces me convido de que el solo momento de verdadero dolor para mí fué aquel momento de inconsciencia anterior al llanto. También después del funeral no hice más que llorar y estar triste, pero recuerdo con vergüenza aquella tristeza, porque estuvo siempre unida á un sentimiento personal: ora fuese deseo de mostrarme más dolorido que los otros; ora la precaución que se toma para prevenir el juicio que tememos; ora una curiosidad insulsa que me obligaba á fijar la mirada en el gorro de Mimi ó en el rostro de los presentes.

Sentía cierto desprecio hacia mí mismo al no sentirme todo absorbido en el dolor, y me esforzaba en disimular los demás sentimientos que me asaltaban: de todo esto resultaba que mi dolor carecía de naturalidad y de sinceridad. Experimenté entonces cierto placer al pensar que era un niño desgraciado; me esforzaba en despertar la conciencia de esta infelicidad mía, y este sentimiento egoísta contribuía más que los otros á sofocar en mí el verdadero dolor.

Dormí aquella noche con sueño profundo y tranquilo, como acontece después de un gran dolor, y me desperté con los nervios tranquilos y los ojos secos. A las diez nos llamaron para el servicio religioso que se celebraba antes

de sepultar el cadáver. La sala estaba llena de criados que muy llorosos venían á despedirse de su ama. Durante el oficio divino, lloré convenientemente, me persigné y me prosterné hasta el suelo; pero mi rezo no partía del corazón y me sentía indiferente.

Estaba demasiado ocupado con mi traje nuevo que me hacía daño en los sobacos y me cuidaba demasiado de no ensuciarme los pantalones, sin dejar de examinar á todos con el rabo del ojo. Mi padre estaba en pie á la cabecera del féretro, más blanco que un sudario, y contenía las lágrimas á duras penas. Con su alta estatura, su vestido negro y su rostro pálido y expresivo, conservaba sus modales graciosos y correctos como de costumbre. Cuando hizo la señal de la cruz se inclinó hasta tocar la tierra con el dedo, y cuando tomó el cirio de manos del sacerdote y se acercó al ataúd lo hizo de modo que produjo un grande efecto, pero no sé por qué me disgustó el que en momentos semejantes pudiese conservar bastante poder sobre sí mismo para producir tanto efecto.

Mimi, apoyada en la pared, parecía sostenerse en pie á duras penas; su vestido estaba todo arrugado y su sombrero al través; sus ojos estaban enrojecidos é hinchados; temblaba su cabeza y se ocultaba la cara con las manos y con el pañuelo y sollozaba de un modo terrible. Se me antojó que aquellos sollozos no eran sinceros, y que se escondía el rostro para poder de vez en cuando descansar sin ser notada.

Recordé que el día antes, Mimi había dicho á mi padre que la muerte de mamá era para ella un golpe insupportable, que con ella lo perdía todo y que aquel ángel, (así llamaba á mamá) no la había olvidado en la hora de su muerte, manifestando el deseo de asegurar su suerte y la de Catalina. Al decir esto; derramaba lágrimas que aquella vez me parecieron sinceras, pero que seguramente eran interesadas.

Liubotshka, con su trajecito negro guarnecido de cres-

pón, con el rostro inundado en lágrimas y la cabeza baja, lanzaba de vez en cuando una mirada al féretro expresando en su fisonomía un miedo infantil. Catalina, al lado de su madre, estaba tan fresca y tan sonrosada como siempre.

El carácter franco de Volodia se revelaba hasta en su dolor; absorto en sus pensamientos, miraba fijamente un objeto cualquiera, y ora toreaba la boca y se apresuraba á persignarse, ora se inclinaba hasta el suelo. Todas las personas extrañas que asistían al funeral me eran insoportables y los cumplimientos de duelo que dirigían á mi padre «que estaría mejor allá arriba, que no estaba hecha para este mundo,» etc., etc., me producían gran irritación.

—¿Qué derecho tienen, —pensaba yo,— para hablar de ella y para llorarla? Algunos nos han llamado huérfanos. ¡Como si tuviésemos necesidad de ellos para saber que los niños que no tienen mamá son huérfanos! Habrán querido ser los primeros en darnos este nombre, del mismo modo que todo el mundo se apresura á llamar el primero «señora» á una recién casada.

En el rincón más apartado de la sala, medio escondida tras una puerta abierta, se encontraba una viejecita de cabellos grises y de espalda encorvada. Con las manos juntas y los ojos levantados al cielo, no lloraba, rezaba. Su alma se elevaba á Dios, pidiéndole que la llevase al lado de aquella á quien había amado sobre todas las cosas y esperaba firmemente que Dios escuchara su ruego.

—Esta sí que la quería de veras, —pensé, y me avergoncé de mí mismo.

El servicio religioso había terminado. El rostro de la muerta estaba descubierto y todos los presentes, á excepción de la familia, se acercaron uno á uno para besarla.

Avanzó casi la última, una mujer que tenía en los brazos una graciosa niña de unos cinco años. ¡Dios sabe por qué la había llevado allí! Se me había caído sin sentirlo, mi pañuelo mojado por las lágrimas y me bajaba para re-

cogerlo, cuando oí un grito agudo, espantoso, un grito que expresaba tal terror, que aun cuando viva mil años, no podré olvidarlo nunca y aún ahora cuando lo recuerdo me estremezco.

Levanté la cabeza; la campesina había subido sobre el escabel que estaba junto al féretro y se esforzaba en contener á la pequeña que luchaba por echarse atrás con expresión de terror mirando el cadáver, dilatados los ojos y lanzando aullidos terribles. Proferí un grito más espantoso aun que los suyos, y salí corriendo de la sala.

Sólo en aquel momento comprendí de donde procedía aquel olor característico, unido al olor del incienso que llenaba la sala; la idea de que aquel rostro, algunos días antes tan agradable, tan bello, aquel rostro de la persona á quien más amé en el mundo, pudiese inspirar tal espanto, me reveló, por decirlo así, la cruel verdad y llenó mi alma de desesperación.

CAPITULO XXII

Últimos recuerdos tristes

Mamá no existía ya y nuestra vida continuaba su curso ordinario. Nos levantábamos y nos acostábamos á las mismas horas y en los mismos aposentos. El té de la mañana, el té de la noche, la comida, la cena, todo se hacía á las mismas horas y del mismo modo. Los muebles, las sillas todas estaban en su puesto ordinario, nada había cambiado en casa ni en nuestra existencia; ¡sólo *ella* no estaba allí!...

pón, con el rostro inundado en lágrimas y la cabeza baja, lanzaba de vez en cuando una mirada al féretro expresando en su fisonomía un miedo infantil. Catalina, al lado de su madre, estaba tan fresca y tan sonrosada como siempre.

El carácter franco de Volodia se revelaba hasta en su dolor; absorto en sus pensamientos, miraba fijamente un objeto cualquiera, y ora toreaba la boca y se apresuraba á persignarse, ora se inclinaba hasta el suelo. Todas las personas extrañas que asistían al funeral me eran insoportables y los cumplimientos de duelo que dirigían á mi padre «que estaría mejor allá arriba, que no estaba hecha para este mundo,» etc., etc., me producían gran irritación.

—¿Qué derecho tienen, —pensaba yo,— para hablar de ella y para llorarla? Algunos nos han llamado huérfanos. ¡Como si tuviésemos necesidad de ellos para saber que los niños que no tienen mamá son huérfanos! Habrán querido ser los primeros en darnos este nombre, del mismo modo que todo el mundo se apresura á llamar el primero «señora» á una recién casada.

En el rincón más apartado de la sala, medio escondida tras una puerta abierta, se encontraba una viejecita de cabellos grises y de espalda encorvada. Con las manos juntas y los ojos levantados al cielo, no lloraba, rezaba. Su alma se elevaba á Dios, pidiéndole que la llevase al lado de aquella á quien había amado sobre todas las cosas y esperaba firmemente que Dios escuchara su ruego.

—Esta sí que la quería de veras, —pensé, y me avergoncé de mí mismo.

El servicio religioso había terminado. El rostro de la muerta estaba descubierto y todos los presentes, á excepción de la familia, se acercaron uno á uno para besarla.

Avanzó casi la última, una mujer que tenía en los brazos una graciosa niña de unos cinco años. ¡Dios sabe por qué la había llevado allí! Se me había caído sin sentirlo, mi pañuelo mojado por las lágrimas y me bajaba para re-

cogerlo, cuando oí un grito agudo, espantoso, un grito que expresaba tal terror, que aun cuando viva mil años, no podré olvidarlo nunca y aún ahora cuando lo recuerdo me estremezco.

Levanté la cabeza; la campesina había subido sobre el escabel que estaba junto al féretro y se esforzaba en contener á la pequeña que luchaba por echarse atrás con expresión de terror mirando el cadáver, dilatados los ojos y lanzando aullidos terribles. Proferí un grito más espantoso aun que los suyos, y salí corriendo de la sala.

Sólo en aquel momento comprendí de donde procedía aquel olor característico, unido al olor del incienso que llenaba la sala; la idea de que aquel rostro, algunos días antes tan agradable, tan bello, aquel rostro de la persona á quien más amé en el mundo, pudiese inspirar tal espanto, me reveló, por decirlo así, la cruel verdad y llenó mi alma de desesperación.

CAPITULO XXII

Últimos recuerdos tristes

Mamá no existía ya y nuestra vida continuaba su curso ordinario. Nos levantábamos y nos acostábamos á las mismas horas y en los mismos aposentos. El té de la mañana, el té de la noche, la comida, la cena, todo se hacía á las mismas horas y del mismo modo. Los muebles, las sillas todas estaban en su puesto ordinario, nada había cambiado en casa ni en nuestra existencia; ¡sólo *ella* no estaba allí!...

Creí que después de tal desgracia todo habría debido cambiar, que nuestro método anterior de vida constituiría una ofensa para su memoria, haciéndonos sentir con demasiada viveza su ausencia.

En la vispera de los funerales, después de la comida, tenía sueño y fui al cuarto de Natalia Savishna con la intención de tumbarme en su buena cama de pluma bajo el caliente edredón bien acolchado. Cuando entré se había acostado y parecía dormir: al ruido de mis pasos se levantó, se quitó un pañuelo de lana que se había puesto á la cabeza para librarse de las moscas y se acomodó la cofia sentándose en el borde de la cama.

No era la primera vez que á la hora de la siesta iba á su cuarto para echar un sueño, y por lo mismo adiviné el motivo de mi visita y me dijo haciendo un movimiento para levantarse:

—¡Muy bien! ¿ha venido mi tortolilla á descansar? Acuéstese usted.

—¡Vaya una idea! Natalia Savishna, —dije, deteniéndola por el brazo.—No he venido para eso... Está usted cansada; descanse usted.

—No, amo mío, ya he dormido bastante, —me dijo, (yo sabía que hacía tres noches que no se acostaba).—Además, no es este el momento de dormir, —añadió con un profundo suspiro.

Deseaba conversar un poco sobre nuestra desgracia con Natalia Savishna, conocía su sinceridad y su afecto y sentía que me sería muy dulce llorar con ella.

—Natalia Savishna, —le dije después de un momento de silencio, sentándome en la cama.—¿Lo esperaba usted?

Ella me miró con aire perplejo y curioso sin comprender por qué le hacía yo esta pregunta.

—¡Quién podía suponerlo! —repliqué.

—¡Ay, amo mío! —dijo mirándome con afecto y tristeza,

—no se podía prever, y aún no he logrado persuadirme de que es la triste verdad.

Soy vieja y hace mucho tiempo que mis huesos deberían descansar, pero sucede lo contrario; yo los voy enterrando á todos: el amo viejo, su abuelo de usted, de eterna memoria; el príncipe Nicolás Mikhailóvitch y sus dos hermanos, su hermana Ana, á todos los he enterrado y todos eran más jóvenes que yo, amo mío; y ahora vea usted como la entierro á *ella*, como un castigo de mis pecados. ¡Hágase la santa Voluntad! Dios se la ha llevado porque era digna de ir al cielo; también allá arriba hacen falta los buenos.

Esta idea ingénuá fué para mí seguramente muy consoladora. Me acerqué más aún á Natalia Savishna que había cruzado las manos sobre el pecho y miraba al cielo; sus ojos húmedos y hundidos expresaban un dolor inmenso, pero tranquilo. Esperaba firmemente que Dios no la tendría separada por mucho tiempo de aquella por quien en tantos años se habían reconcentrado todas sus afecciones.

—Sí, amo mío; ¡cuánto tiempo ha pasado desde que fui su niñera y cuidé de ella! Me llamaba Natacha, corría detrás de mí, me cogía con sus manecitas y me abrazaba diciendo: «Mi linda Nascha, querida Nascha mía:» y yo para divertirme le decía: «No es verdad, ama, no me quiere usted mucho; cuando sea usted *grande* se casará y olvidará á Nacha.» —Entonces ella se ponía á pensar.—«No, —respondía, —prefero no casarme si no he de llevarme á mi Nacha; no dejaré nunca á mi Nacha.»

Y vea usted como me ha dejado al fin y no me ha querido aguardar. ¡Y sin embargo, me quería tan bien! A decir verdad ¿á quién no quería ella? —Sí, amo mío, es imposible que usted pueda olvidar á su mamá; no era una criatura humana, sino un ángel del cielo. Cuando su alma esté en el Paraíso continuará amándoles desde allá arriba y regocijándose al verles.

—¿Por qué dice usted Natalia: «cuando esté en el Paraíso?»—pregunté.—Creo que ya estará allí.

—No, amo mío,—dijo Natalia Savishna, bajando la voz y acercándose á mi hasta el borde de la cama,—ahora su alma está aquí.

E indicaba el techo y hablaba en voz baja con tal emoción y tanta fe, que involuntariamente levanté los ojos y miré á lo alto como buscando alguna cosa.

—Antes de ir al paraíso, el alma del justo sufre cuarenta pruebas, pequeño mío, durante cuarenta días, y puede permanecer en su propia casa.

Prosiguió por algún tiempo en este tono, hablando con tanta sencillez y convicción, como si se tratase del hecho más natural, visto con los mismos ojos y del cual nadie podía tener ni la más ligera duda. Yo la escuchaba, contentiendo la respiración; no comprendía bien lo que ella decía, pero la creía ciegamente.

—Sí, amo mío,—dijo al fin,—en este momento está aquí mismo; nos está mirando y escucha todo lo que decimos.

Bajó la cabeza y calló. Tuvo necesidad de un pañuelo para enjugarse las lágrimas y se levantó, me miró fijamente en los ojos y dijo con voz temblorosa por la emoción:

—El Señor, con este golpe, me ha hecho dar grandes pasos hacia él. ¿Qué hago ya en este mundo? ¿por qué vivir? ¿á quién amar?

—¿Luego usted no nos ama?—le pregunté con tono de reconvencción y á punto de llorar.

—Dios sabe si os quiero, tortolillas mías; pero amar á nadie como la amaba á ella, no lo he podido hacer nunca ni lo lograré jamás.

No pudo continuar;—se volvió hacia otro lado y se llozó con fuerza.

Ya no pensaba en dormir; permanecimos sentados uno al lado del otro llorando.

Entró Phoca, y al vernos de aquel modo temió molestarnos, se detuvo á la entrada y nos miró tímidamente sin hablar.

—¿Qué quieres, Phoca?—preguntó Natalia Savishna enjugándose los ojos con el pañuelo.

—Una libra y media de pasas, cuatro libras de azúcar y tres libras de arroz para la kuzia (1).

—En seguida, en seguida, querido.

Natalia Savishna tomó un polvo de tabaco y se dirigió á cortos pasos hacia un armario. Las últimas huellas de la tristeza que le había producido nuestra conversación, desaparecieron tan pronto como se acordó de su oficio, al que atribuía la mayor importancia.

—¿Por qué cuatro libras?—dijo al tomar el azúcar y al ponerlo en las balanzas.—Tres libras y media bastan.

Y quitó muchos pedazos del platillo.

—¿Qué significa esto? Anoche dí ocho libras de arroz y aún falta.

—Dí lo que quieras, Phoca, pero el arroz no te lo doy. Vanka parece refocilarse de que la casa ande revuelta porque imagina que nadie se preocupa de esto. No, yo no consiento que se despilfarren los bienes de los amos. ¡Se vió alguna vez nada semejante! ¡ocho libras!

—¿Qué quiere usted hacer? Dice que todo se lo han comido.

—Está bien, aquí está. ¡Qué devore también éste!

Me sorprendió este brusco tránsito de la emoción más profunda á pequenezes y disputas tan mezquinas.

Mucho tiempo después, reflexionando sobre esto, me expliqué cómo podía suceder que estas cosas le permitieran conservar la presencia de espíritu necesaria para atender á sus propios asuntos y cómo la fuerza del hábito la conducía á sus ocupaciones cotidianas.

Su dolor era tan grande que no creyó necesario pudie-

(1) La kuzia se come después de los funerales.

sen sospechar de ella que disimulaba la posibilidad de ocuparse de cosas indiferentes.

La vanidad es el sentimiento más incompatible con un dolor verdadero y al mismo tiempo es parte tan integrante de la naturaleza humana, que rara vez pierde sus derechos ante su dolor cualquiera, aun el más profundo.

Entonces se oculta bajo el deseo de aparecer afligidos ó desgraciado, ó animoso, y estos bajos sentimientos que no nos confesamos ni aun á nosotros mismos, pero á los que no escapamos casi nunca—aun en los momentos más terribles—enervan nuestro dolor, lo envilecen arrebatándole lo que tiene de sincero.

Peró Natalia Savishna era demasiado infeliz para que en su alma pudiera germinar un deseo cualquiera: no vivía más que por la fuerza del hábito.

Natalia entregó á Phoca las provisiones pedidas y le recomendó mucho el pastel destinado á la mesa de los clérigos. Cuando se hubo marchado, cogió su calceta y se sentó á mi lado.

La conversación se reanudó sobre el mismo tema; lloramos de nuevo y nos volvimos á enjugar los ojos.

Todos los días iba á charlar con Natalia Savishna y sus dulces lágrimas, sus palabras amables, su serenidad me hacían tanto bien que eran mi único consuelo; pero pronto nos separamos. Tres días después del funeral nos marchamos todos á Moscou; ya no debía volver á ver más á Natalia Savishna.

Mi abuela no supo tan terrible noticia hasta nuestra llegada y su dolor fué inmenso. Ni siquiera nos permitieron verla, porque estaba fuera de sí, y continuó en este estado una semana entera, tanto que los médicos temieron por su vida. No quería tomar ningún remedio, rehusaba hablar y se negó á comer y á beber. A veces, sentada en su poltrona, á solas en su habitación, sufría un ataque imprevisto de risa, seguido de sollozos sin lágrimas, que le ocasionaban convulsiones, gritos desaforados, palabras te-

ribles sin sentido alguno. Era éste el primer gran dolor de su vida y estaba aterrada. Sentía la necesidad de acusar á alguien y pronunciaba amenazas furibundas. Se levantaba de pronto de su poltrona y paseaba como una fiera por su aposento, á largos pasos, hasta que caía sin sentido.

Una vez fui á su habitación: la encontré sentada y parecía serena, pero su mirada me chocó. Los ojos, muy abiertos, tenían un no sé qué de vago y de alhelado; los fijó en mí y sin embargo no me veía. Sus labios se cerraron lentamente, se sonrió y dijo con voz afectuosa y conmovedora: «Ven aquí, ángel mío, acércate.» Creí que hablaba conmigo y me acerqué; no me llamaba á mí.

—¡Ah! si supieses, querida mía, qué dolor he experimentado y qué contenta estoy ahora de que hayas venido...

Comprendí que ella creía ver á mamá y me detuve.

—Me dijeron que no existías ya—continuó frunciendo las cejas.—¡Qué necedad! ¿Es posible que tú mueras antes que yo?

Y prorrumpió en una carcajada nerviosa, terrible.

Las personas capaces de afectos vigorosos son las únicas que pueden resistir esta acerba pena; pero al mismo tiempo están protegidas por aquella gran necesidad de amar que reacciona contra el dolor mismo, porque en el hombre la naturaleza moral es más enérgica que la naturaleza física. El dolor moral no mata nunca.

Después de una semana, mi abuela pudo llorar y mejoró. Su primer pensamiento, al volver en sí, fué para nosotros, y aun se aumentó el cariño que nos tenía. Casi nunca la dejábamos sola en su poltrona; lloraba, pero sin espasmos, hablaba de la mamá y nos acariciaba afectuosamente.

A nadie se le ocurría al mirar á mi abuela, que ella exa-

gerase su dolor, porque las pruebas que daba eran grandes y conmovedoras. Sin embargo, no podría decir el por qué, pero me sentía más atraído hacia Natalia Savishna. Hoy mismo estoy convencido de que nadie amó a mi madre con amor tan puro, ni la lloró tan sinceramente como aquella buena y sencilla criatura.

Con la muerte de mamá concluyó para mí la época feliz de la infancia y se abrió una nueva: la adolescencia. Pero como mis recuerdos sobre Natalia Savishna se refieren todos a mi infancia; como ya no la volví a ver más y como ella ejerció una grande y benéfica influencia sobre el desarrollo y las tendencias de mi sensibilidad, añadiré aquí algunas palabras sobre ella y sobre su muerte.

Los criados que dejamos en el campo me contaron que, después de nuestra partida, Natalia se aburría mucho, pues no tenía gran cosa que hacer. Continuaba, es verdad, siendo la dispensera y el ama de llaves, escudriñando y arreglando sin cesar sus armarios, contando y pesándolo todo, pero le faltaba el movimiento y el ruido de una casa señorial, habitada por los amos, aquel vaivén continuo a que estaba acostumbrada desde su infancia. El dolor, el cambio de vida y la escasa actividad le ocasionaron rápidamente una enfermedad senil a que tenía cierta propensión. Al año de la muerte de mamá, tuvo que meterse en cama, enferma de hidropesía.

Me figuro que Natalia Savishna debió encontrar muy dolorosa la vida, y aun más el morir sola en la gran mansión casi vacía de Petrovskoë, sin parientes y sin amigos.

Todos la estimaban y la querían, pero ella no tenía ninguna predilección por nadie y se mostraba orgullosa de esto.

Profesaba la idea de que, dada su posición en la casa, poseyendo la confianza de sus amos y encargada por ellos de la custodia de todos los armarios y de todas las llaves, la preferencia por alguno de sus compañeros podía inducirle a una parcialidad é indulgencia culpables.

Por esto motivo, y quizá también porque no tenía nada de común con los demás criados, se mantenía alejada de todos ellos. Solía decir que en la casa no debía tener ni compadres ni parientes y que no dejaría a ninguno abusar de la propiedad de los señores.

Buscaba y encontraba consuelos en las fervidas oraciones en que su alma se ofrecía á Dios. En los momentos de flaqueza á que todos estamos sujetos y durante los cuales no hay consuelo mejor que las lágrimas ó la simpatía de un amigo, hacía subir á su perrito con ella sobre la cama, le hablaba y lloraba muy bajo acariciándole.

El perrito le lamía las manos, fijaba en ella sus ojos amarillentos y gemía. Entonces ella procuraba calmarle, diciéndole: «Calla, no necesito que tú me recuerdes que he de morir pronto.»

Un mes antes de morir, sacó de su cofre un trozo de muselina blanca y unas cintas de color de rosa, y con ayuda de una mujer, se hizo un vestido y una cofia preparando cuidadosamente todo lo necesario para sus funerales. Confió al intendente todos los armarios que pertenecían á la casa con un inventario minucioso; después sacó dos trajes de seda y un antiguo chal, regalos de mi abuela y el uniforme de mi abuelo todo recamado de oro y que él le había regalado. Era tan cuidadosa con las ropas, que los bordados y los galones del uniforme se encontraban aún en estado perfecto y el paño no tenía la menor señal de polilla.

Antes de morir, pidió que uno de los vestidos de seda, el de color de rosa, se lo dieran á Volodia, y el otro de color de pulga á cuadros fuese para mí, á fin de que nos hiciéramos batas con ellos.

El chal lo legó á Linbotshka y el uniforme al primero de los dos, Volodia yo, que llegase á oficial.

A excepción de cuarenta rublos destinados á pagar los funerales, legó el dinero y cuanto poseía á su hermano.

Este, que era liberto desde hacía mucho, habitaba en

un país muy distante y llevaba una vida muy desarreglada, de modo que Natalia no había tenido durante su vida relación alguna con él.

Cuando el hermano vino á tomar posesión de la herencia y no encontró más que veinticinco rublos en papel, no daba crédito á sus ojos. Le parecía imposible que una mujer que había vivido sesenta años en una casa rica en donde era dueña de todo, que había sido siempre más que ahorrativa, pues era casi avara, no dejase nada al morir. Sin embargo, esta era la pura verdad.

Natalia Savishna estuvo enferma otros dos meses y soportó sus dolores con paciencia verdaderamente cristiana. Jamás refunfuñaba ni se lamentaba, hablando siempre de Dios, según su costumbre. Una hora antes de morir se confesó con una alegría tranquila, comulgó y recibió la Extremaunción.

Pidió perdón á todos los de la casa por las ofensas que podía haberles hecho, y encargó á su confesor el padre Vassili que comunicase á la familia la extremada gratitud con que recordaba nuestras bondades y nos rogaba la perdonásemos si por torpeza había ofendido á alguno de nosotros. «Pero puedo decir—añadió—que no soy una ladrona; no he tocado jamás ni un hilo que perteneciese á mis amos.» Era la única cualidad que ella se reconocía.

Se puso el vestido blanco y la cofia, se apoyó con el codo en la almohada y no cesó hasta el fin de hablar con el sacerdote. Al recordar que no dejaba nada á los pobres, tomó diez rublos y encargó al padre Vassili que los repartiese en la parroquia. Hizo la señal de la cruz, se dejó caer en la almohada y espiró pronunciando con sonrisa inefable el nombre de Dios.

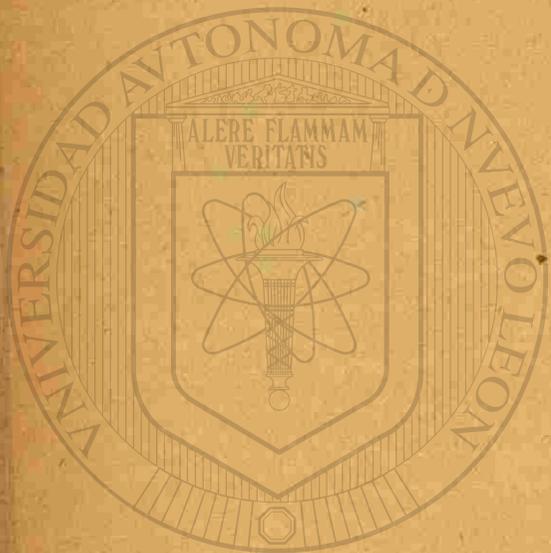
Salió de este mundo sin pena y sin temor á la muerte, aceptándola como una gracia; cosa que se repite muy á menudo, pero pocas veces con sinceridad. Natalia Savishna podía no temerla, porque moría con su fe inquebrantable y había vivido siempre según los preceptos del Evangelio.

Toda su vida no había sido más que amor puro y desinteresado y un sacrificio constante de sí misma.

¡Ah! ¡no porque su religión hubiese podido ser más pura y su vida dirigida á un fin más alto, parece menos digna de respeto la pobre Natalia, toda amor y abnegación! Después de realizada la más bella, la más grande obra de esta vida, murió sin pena y sin temor.

La enterraron, según sus deseos, no lejos de la capilla que estaba erigida sobre la tumba de mamá. Las ortigas y los lampazos han cubierto el lugar en que reposa. Cuando voy á la capilla de la mamá no dejo nunca de acercarme á la verja pintada de negro que rodea la tumba de Natalia Savishna, prosternándome hasta el suelo.

A veces me detengo entre la capilla y la verja negra, acometido por tristes pensamientos, y me pregunto: ¿Acaso no me ha condenado la Providencia á eterno desconsuelo al separarme de esos dos seres tan queridos?



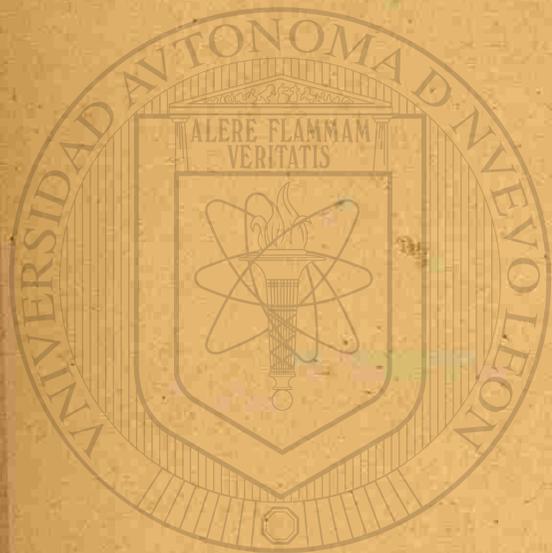
ADOLESCENCIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XXIV

Donde explico mi cambio de ideas

Dos coches están dispuestos ante la escalinata de la puerta principal de Petrovskoe. El uno es un coche cerrado en el cual se acomodan Mimi, Catalina, Liubotshka y una camarera. El mismo Jacob, el intendente, está en el pescante y lo guía. El otro coche es la calesa en la que monto yo con Volodia y nuestro nuevo lacayo Vassili.

Papá, que vendrá á Moscou dentro de algunos días, está en lo alto de la escalinata, sin sombrero. Hace la señal de la cruz sobre las portezuelas del coche y de la calesa.

—¡Que el Señor sea con vosotros! ¡En marcha!

Jacob y el cochero (llevamos caballos propios) se quitan sus gorras de viaje y se persignan:—«¡Que Dios sea con nosotros!»

Los coches se ponen en marcha sobre la vía un poco pedregosa y los abedules de la alameda principal pasan uno tras otro ante nuestros ojos. Yo no siento la menor tristeza. Los ojos del alma ven lo que me espera y no lo que abandono. Cuanto más me alejo de los objetos á que están ligados los crueles recuerdos que me han afligido hasta hoy, más se van debilitando estas tristes memorias,

transformándose rápidamente en una sensación agradable: vivir, sentirse joven, lleno de fuerza y de esperanzas.

Pocas veces he pasado días, no diré tan alegres—me remordería un poco la conciencia—pero sí tan placenteros, tan hermosos como aquellos cuatro días de viaje.

No tenía ya á la vista la cerrada puerta de la alcoba de mamá ante la cual no podía pasar sin un estremecimiento; ni el piano enfundado al que no se acercaba nadie, mirándolo todos con una especie de terror; ni los vestidos de luto, pues nos habíamos puesto nuestros acostumbrados trajes de camino; ni aquellos mil objetos que reavivaban el recuerdo de nuestra irreparable pérdida y me forzaban á contener toda manifestación de vida por temor á ofender la memoria de la muerta.

Ahora, en cambio, se sucedían sin interrupción cuadros nuevos y pintorescos que atraían toda mi atención; la influencia de la primavera infunde en mi alma la satisfacción del presente y las luminosas esperanzas del porvenir.

El último día Catalina estaba conmigo en la calesa. Con su graciosa cabecita inclinada hacia el camino, miraba muy distraída el paisaje que se desarrollaba ante nuestra vista. La examiné en silencio y me admiré de la expresión que por primera vez notaba en aquel rostro sonrosado: no era una tristeza infantil la suya.

—Estamos á punto de llegar,—la dije.—¿Cómo te figuras tú á Moscou?

—No sé,—dijo con mal talante.

—Pero al fin y al cabo ¿cómo crees tú que es? ¿más grande ó más pequeña que Serpukhov?

—No lo sé.

Merced al instinto que nos hace adivinar los pensamientos ajenos y que es el hilo conductor de la conversación, Catalina comprendió que sus respuestas me disgustaban. Al fin levantó la cabeza y me preguntó:

—¿Os ha dicho papá que habitaremos en casa de vuestra abuela?

—Sí; abuelita quiere tenernos en su casa.

—¡Falta saber si estaremos todos juntos!

—Seguramente. Nosotros dispondremos de parte del piso superior, papá habitará en la otra ala y comeremos todos con abuelita.

—¡Mamá dice que la abuela es tan regañona, tan insufrible!

—No; al principio causa esa impresión; después se impone, es verdad, pero no es enojadiza, antes al contrario, muy afable y muy alegre. ¡Si hubieses visto el baile que nos dió el día de su santo!

—No importa, yo le tengo miedo. Además, sabe Dios si nosotras ..

Catalina se interrumpió y se quedó pensativa.

—¿Qué dices?—pregunté con inquietud.

—Nada.

—Sí, has dicho: «Dios sabe...»

—¿Decías que el baile de tu abuela era muy hermoso?

—Sí, ¡qué lástima que no estuvierais vosotras allí! Había mucha gente, unas mil personas y música y algunos generales, y yo he bailado... ¡Catalina!—dije de pronto interrumpiendo mi descripción,—¿no me escuchas?

—Sí, ya te escucho. ¿Decías que has bailado?

—¿Por qué estás tan triste?

—No siempre se puede estar alegre.

—No, tú no eres ya la misma de antes, desde que volvimos de Moscou. Veamos,—continué con aire de resolución,—¿dime por qué has cambiado tanto?

—¿He cambiado?—respondió Catalina con una vivacidad que denotaba cuánto le interesaba mi observación;—no es verdad.

—No, tú no eres la misma de antes,—proseguí.—Antes se comprendía que eras una persona como nosotros en todo y por todo, que nos considerabas como á personas de

tu familia y nos querías como te queremos nosotros; ahora en cambio estás seria siempre y parece que te alejas de nuestro lado.

—Nada de eso...

—No, déjame hablar,—interrumpí.

Empezaba á sentir en la nariz un ligero escozor precursor de las lágrimas, que no dejaban de acudir á mis ojos cuando espresaba un pensamiento que me turbaba desde hacía tanto tiempo.

—Te alejas de nosotros, no hablas más que con tu madre; pareces una persona extraña á nosotros.

—No se puede ser siempre el mismo; es preciso cambiar un día ú otro,—respondió Catalina.

Cuando Catalina no sabía qué decir formulaba alguna ley inexorable; era ésta una costumbre suya. Me acuerdo de que un día Liubotshka cuestionando con ella la llamó «necia». Catalina observó que no podían todos tener talento, que era preciso que hubiera en este mundo imbéciles también. A pesar de su respuesta de que era preciso cambiar un día ú otro, no me di por satisfecho y continué mis preguntas.

—¿Y por qué es preciso cambiar?

—No siempre viviremos juntos,—respondió Catalina ruborizándose ligeramente y mirando con fijeza la espalda de Felipe, nuestro cochero.—Mamá podía permanecer junto á vuestra madre que era amiga suya, pero ¡quién sabe si podrá avenirse con la condesa que dicen que es tan exigente! Por otra parte, será necesario que un día ú otro nos preparemos á separarnos: vosotros sois ricos, tenéis un Petrovskoë y nosotras somos pobres; mamá no tiene nada.

«¡Vosotros sois ricos; nosotras pobres!» estas palabras y las ideas que despertaban en mi alma me parecieron muy extrañas. En mi juicio de entonces, yo no conocía otros pobres que los mendigos y los jornaleros y me era imposible asociar la idea de pobreza con la bella y graciosa

Catalina. Imaginaba que Mimi y su hija tenían que vivir eternamente con nosotros, que siempre debían habitar con nosotros y participar de todo lo nuestro; y me parecía que no podía ser de otro modo. Las palabras de Catalina me sugirieron mil pensamientos nuevos y confusos sobre su situación y me sentí apenado al pensar que nosotros éramos ricos, mientras que ellas no lo eran. Tanto me affigió esta idea, que me ruboricé y no tuve ánimo de mirar á la cara á Catalina.

—¿Qué importa,—pensé,—que nosotros seamos ricos y ellas pobres? ¿es esta razón bastante para separarnos? ¿Por qué no repartirnos en partes iguales lo que tenemos? Comprendí sin embargo que no era oportuno comunicar estas ideas á Catalina. Una especie de instinto práctico me ponía en guardia contra mis deducciones lógicas y me advertía que Catalina tenía razón y que no era conveniente hacerle conocer mis sentimientos.

—¿Nos abandonarás de veras?—le dije solamente.—
¿Cómo podremos vivir separados unos de otros?

—Yo también lo sentiré muchísimo; pero ¿qué hacer? Cuando llegue ese caso, ya sé yo lo que haré...

—Te harás actriz... ¡Qué tontería!—la interrumpí, sabiendo que el teatro había sido siempre su sueño predilecto.

—No, eso lo decía yo cuando era niña...

—Entonces ¿qué harás?

—Entraré en un convento y viviré allí; llevaré un vestido negro y una pequeña cofia de terciopelo—y Catalina se echó á llorar.

¿No os ha ocurrido nunca, ¡oh lectores! notar en un momento dado de vuestra vida, que vuestro modo de considerar las cosas cambia completamente como si todos los objetos se os aparecieran de improviso bajo un aspecto nuevo y desconocido? Análoga transformación se produjo en mi por primera vez durante este viaje que fué el punto de partida de mi adolescencia.

Por primera vez tuve la percepción clara de que nosotros ó sea nuestra familia, no estábamos solos en la tierra; que alrededor nuestro se agitaba un mundo extraño á nosotros; que había otras infinitas personas que no tenían nada de común con nuestra familia y que ni siquiera conocían nuestra existencia. Ciertamente yo me sabía esto antes en teoría, pero no como lo supe á partir de aquel instante; antes sólo lo presentía, pero no adivinaba claramente la realidad.

Para cada uno de nosotros hay una vía sola por la que se llega á este cambio moral y este camino es á menudo muy diverso del que habríamos seguido si de improviso no se hubiese abierto ante nosotros.

Para mí esta vía me la reveló la conversación con Catalina, que me turbó profundamente, obligándome á reflexionar sobre el porvenir de Mimi y de su hija. Miraba los pueblos y las ciudades que atravesábamos y en donde al parecer habitaba en cada casa una familia al menos, como la nuestra.

Las mujeres y los niños miraban nuestros coches con curiosidad momentánea y desaparecían para siempre de nuestros ojos; los comerciantes y los campesinos no sólo dejaban de imitar á los Petrovskoe, sino que ni aún nos honraban con una mirada. Por primera vez me hice esta pregunta: «¿De qué se ocuparán esas gentes, puesto que no se cuidan de nosotros?» Y esta pregunta arrastró consigo otras varias. ¿Cómo y de qué viven? ¿cómo educan á sus hijos? ¿les pagan preceptores que los enseñen? ¿los dejan jugar? ¿Cómo los han llamado? etc.

CAPITULO XXV

En Moscou

Mi manera de ver las cosas y las personas y mis relaciones con unos y con otros se modificaron más profundamente aun en Moscou.

La primera vez que volví á ver á la abuela y noté su cara demacrada y rúgosa y sus ojos apagados sentí en vez del terror y de la sumisión respetuosa que me había inspirado hasta entonces, una gran compasión. Cuando apoyó el rostro en la cabeza de Liubotshka sollozando, como si estuviese ante el cadáver de su hija querida, mi compasión se trocó en ternura. El espectáculo de su dolor al vernos, me causaba pena, tenía la conciencia de que á sus ojos no representábamos casi nada y que sólo le éramos queridos en cuanto le recordábamos el pasado. Sentía que todos los besos con que cubría nuestras mejillas no expresaban más que esta idea: «Ella no existe ya; ha muerto y no la veré más.»

Papá, que en Moscou no se ocupaba casi de nosotros y á quien no veíamos más que á las horas de la comida, vestido con levita negra cerrada ó de frac, con aspecto siempre pensativo, comenzó á decaer ante mi consideración. Ya no me admiraban los altos cuellos de su camisa que sobresalían de su levita, ni su bata elegante, ni me interesaban sus intendentes, ni sus paseos ni sus cacerías en los cotos.

Carlos Ivanovitch, á quien abuelita llamaba *nuestro ayo* y que ¡Dios sabe por qué! había tenido la ocurrencia de

cubrir su venerable frente calva con una peluca roja, me pareció tan extravagante y tan ridículo que me sorprendía no haberlo notado antes.

Una especie de barrera invisible se levantaba poco á poco entre las muchachas y nosotros los varones; ellas tenían sus secretos y nosotros los nuestros. Se diría que nos despreciamos mutuamente desde el instante en que ellas vistieron sus vestidos largos y nosotros nuestros pantalones de hombre.

El primer domingo después de nuestra llegada, Mimi se presentó á la mesa con un vestido tan vistoso y con tantos lazos á la cabeza que se echaba bien de ver que ya no estábamos en el campo y que en la capital debía variar la manera de vivir.

CAPITULO XXVI

Macha

De todos los cambios que se produjeron en mi modo de ver, ninguno me causó mayor impresión que el haber por primera vez sentido *la mujer, la hembra*, en una de nuestras camareras.

Hasta entonces no había visto en ella más que á un sirviente del sexo femenino y he aquí que se me presentaba un sér de quien podía depender hasta cierto punto mi reposo y mi felicidad.

Me acuerdo de haber visto siempre á Macha en nuestra casa y no haberle dedicado nunca la menor atención hasta que un acontecimiento que voy á referir vino á trastornar todas mis ideas con respecto á ella. Macha tenía veinticinco años cuando yo tenía aún catorce; era muy her-

mosa, pero no me atrevo á describirla por miedo á que la fantasía me represente aquella imagen hechicera y engañadora que se había formado en mi mente en la época de mi pasión.

Me contentaré con decir que era extraordinariamente blanca, muy hermosa, que era una mujer y que yo tenía catorce años.

En uno de aquellos momentos en que con el libro de la lección en la mano, os paseáis por vuestra habitación procurando no pisar ciertas junturas del enlosado, ó bien os ponéis á cantar una necia canción ú os entretenéis en manchar con tinta la mesa en que escribís; mejor dicho, en uno de esos momentos en que la mente se niega á trabajar y la imaginación tomando la iniciativa, busca impresiones que la ocupen, salí de clase y me dirigí sin objeto alguno hacia la escalera.

Sentí que subía una persona calzada con zuecos, y naturalmente quise ver quién era; pero los pasos cesaron de pronto y oí la voz de Macha.

— ¡Vaya! ¡nada de tonterías!... ¡Está aquí María Ivanovna! ¡Buena la haríamos si lo viera!

— No está, — murmuró Volodia, y oí el ruido de una lucha como si mi hermano quisiera detener á la joven.

— Quiere usted dar paz á las manos... ¡Qué chiquillo!...

Y Macha pasó por delante de mí corriendo. Su pañuelo del cuello se había abierto y colgaba, dejando ver su seno blanco y turgente.

No podría decir la extrañeza que me causó este descubrimiento, pero de pronto la sorpresa cedió el paso á la simpatía. No era ya la acción de Volodia lo que me turbaba, sino más bien el hecho de que él hubiese adivinado que la joven podría procurarle placer, y sentí deseos de imitarle.

En los días siguientes, pasé horas enteras en el descan-

sillo escuchando con la mayor ansia todos los rumores que venían del piso superior, pero no pude encontrar nunca la ocasión de imitar á Volodia, cosa que era lo que yo más deseaba en el mundo.

A veces, escondido detrás de la puerta, escuchaba con doloroso sentimiento de celos el ruido que llegaba de los aposentos de la servidumbre y me preguntaba lo que ocurriría si yo entrase ó tratase, como Volodia, de abrazar á Macha. Me preparaba, con mi nariz gruesa y mis cabellos encrespados, á responder bien cuando ella me preguntase que buscaba allí.

A veces la oía decir á Volodia: «¿Quiére usted dejarme en paz! ¡Vaya un chiquillo! ¿sí... ó no? Nicolás Petrovitch no haría estas cosas!»—La pobre no se imaginaba que en aquel mismo momento Nicolás Petrovitch, escondido bajo la escalera, habría dado diez años de vida por encontrarse en el caso de aquel bribonzuelo de Volodia.

Era tímido por naturaleza, y la persuasión de mi fealdad aumentaba mi timidez. Estoy convencido de que nada ejerce una influencia tan grande en el modo de conducirse un hombre, como su exterior y el sentimiento de no ser atractiva su figura.

Tenía demasiado amor propio para resignarme y ser feo, y me consolaba como la zorra, diciéndome á mi mismo que las uvas estaban verdes aún. En otras palabras, me esforzaba en despreciar todos los placeres que proporciona la belleza y que constituían, según mi juicio, la única aspiración de Volodia. Le envidiaba con toda mi alma, mientras hacía toda clase de esfuerzos para encontrar consuelo en mi aislamiento orgulloso.

CAPITULO XXVII

Los perdigones de caza

— ¡Dios mío! ¡esto es pólvora!—gritó Mimi con voz sofocada por la emoción.—¿Qué estáis haciendo ahí? ¿Queréis prender fuego á la casa? ¿queréis matarnos á todos?...

Con expresión de heroísmo imposible de describir, Mimi mandó que nos alejásemos; se dirigió con largos pasos y firme resolución hacia los perdigones de plomo que rodaban por el pavimento, los pisoteó desafiando el peligro de una explosión súbita, y cuando creyó que el peligro no era tan inminente, llamó á un criado y le mandó que echase fuera y con preferencia al agua toda aquella pólvora.

Después de lo cual agitó orgullosamente la cofia y salió del salón exclamando: ¡Si eso fuera por mí! ¡Felizmente están muy bien vigilados!

Cuando papá salió de su habitación y vino á la de mi abuela con nosotros todos, encontró allí á Mimi que se nos había adelantado. Sentada junto á la ventana, con cierto aire de reto y con expresión entre misteriosa y solemne miraba hacia la puerta de entrada. Tenía en la mano un objeto envuelto en un pliego de papel y me imaginé que fuesen los perdigones, y que mi abuela lo sabía ya todo.

En la habitación de la abuela, además de Mimi, estaba

la camarera Gascha, que parecía agitada por violenta emoción, lo cual se adivinaba en su rostro encendido y sus miradas furibundas, y con ella el doctor Blumenthal, un hombrecillo picado de viruelas que en vano trataba de calmar á Gascha con guiños y con movimientos de cabeza, propios de un pacificador.

—¿Cómo está usted hoy, mamá? ¿ha dormido usted bien?—dijo papá besándole respetuosamente la mano.

—Muy bien, querido mío; ya lo sabe usted; supongo que yo siempre estoy bien,—respondió la abuela en el mismo tono que si la pregunta de papá fuese importuna ú ofensiva.—Oye,—continuó volviéndose hacia Gascha; ¿y mi pañuelo limpio?

—Se lo he dado á usted ya,—respondió Gascha indicando un pañuelo de batista, blanco como la nieve, y que estaba sobre el sillón.

—Llévese usted este trapo sucio y tráigame usted un pañuelo limpio.

Gascha fué hacia la cómoda, abrió uno de los cajones y lo cerró con tal violencia, que hizo retemblar los cristales de la ventana. La abuela nos miró á todos con ojos terribles, y después empezó á seguir con la vista todos los movimientos de la doncella. Cuando ésta le presentó el pañuelo (á mí me pareció que era el mismo), la abuela le dijo:

—¿Cuándo me molerá usted un poco de tabaco, querida mía?

—Cuando tenga tiempo.

—¿Qué dice usted?

—Digo que voy en seguida.

—Si usted no quiere servirme, querida mía, haría usted mejor en decirlo. ¡Hace tanto tiempo que estaría usted fuera de mi casa!

—¡No me he de morir porque usted me despida!—masculló Gascha.

El doctor empezó de nuevo á guiñar el ojo, pero Gas-

cha le mostró una cara tan seria y huraña, que el pobre hombre volvió la cabeza y se puso á jugar con la llavecita del reloj.

—¡Ve usted, ve usted, querido amigo!—dijo la abuela volviéndose á papá, después que Gascha hubo salido gruñendo de la estancia,—ve usted como me tratan en mi casa!

—¿Me permite usted, mamá, que le mueva yo el tabaco?—dijo papá, que parecía un poco turbado ante aquel apóstrofe imprevisto.

—No, mil gracias. No es tan mala que deje de hacerlo, porque sólo ella sabe moler el tabaco á mi gusto... ¿Sabe usted, querido,—continuó la abuela después de breve pausa,—que sus hijos iban á prender fuego á la casa no hace mucho?

Papá la miró con expresión de respetuosa curiosidad.

—Sí, aquí verá usted con lo que jugaban. Muéstrelo usted,—añadió volviéndose á Mimi.

Papá cogió el papel y al abrirlo no pudo menos de sonreírse.

—Pero, mamá, sino son más que perdigones para caza,—dijo,—no ofresen el menor peligro...

—Le agradezco á usted infinitamente, querido, que me dé lecciones de este género... pero ya soy yo demasiado vieja...

—¡Los nervios, los nervios!—murmuró el doctor.

Papá se volvió hacia nosotros y nos preguntó severamente:

—¿Dónde los habéis tomado? ¿Cómo os permitís jugar con estas cosas?

—Es inútil interrogarles; lo que importa es suplicar á *ayo* que les vigile un poco mejor,—dijo mi abuela pronunciando la palabra *ayo* con el acento del mayor desprecio.

—Volodia dice que ha sido Carlos Ivanovitch quien le ha dado esta *pólvora*,—interrumpió Mimi.

—¡Vea usted que vigilante!—continuó la abuela.—¿Dónde está ese *ayo*? Hágalo usted venir aquí.

—Le he dado permiso para salir,—dijo papá.

—Eso no está bien hecho; su obligación es estar siempre con los niños. No son hijos míos, son de usted, y usted que tiene más inteligencia que yo, no tiene necesidad de mis consejos, pero me parece que ya sería tiempo de darles un buen preceptor, en vez de un *ayo* que es una especie de bárbaro germano. Sí, un imbécil y un bárbaro que no sabe enseñarles nada más que chocarrerías y cantos tiroleses. Ahora pregunto yo ¿qué necesidad tienen estos niños de cantar tirolesas? Por lo demás, *ahora* ya no hay nadie que se ocupe de ellos y pueden hacer lo que se les antoje.

Aquel *ahora* significaba: «¡Como no tienen ya á su mamá...» y aquel *ahora* renovó tristes recuerdos en la abuela que, pensativa, bajó los ojos sobre la tabaquera cuya tapa tenía el retrato de mamá.

—Pensaba en eso hace tiempo,—se apresuró á decir papá, — quería pedirle á usted su opinión. ¿No le parece á usted que tomemos á Saint-Jérôme puesto que ya les da lecciones?

—Haréis muy bien, amigo mío,—dijo la abuela con voz más dulce.—Saint Jérôme es un buen preceptor que sabe educar á los niños de buena familia y no un simple *ayo* que no sirve más que para llevarlos á paseo.

—Le hablaré mañana mismo,—dijo papá.

Dos días después, en efecto, Carlos Ivanovitch cedió el puesto á un joven profesor francés.

CAPITULO XXVIII

Historia de Carlos Ivanovitch

Por la noche, la última que Carlos Ivanovitch debía pasar á nuestro lado, se encontraba nuestro ayo en pie junto á la cama con su bata de algodón, su gorro rojo á la cabeza é inclinado sobre su maleta arreglaba con cuidado su ropa blanca.

Durante dos días, Carlos Ivanovitch había estado muy serio con nosofros; hubiérase dicho que hacía todo lo posible por evitar toda clase de relaciones con sus discípulos. Aquella misma noche al entrar yo en su habitación se contentó con lanzarme una rápida ojeada y continuó poniendo en orden su maleta.

Me eché sobre su cama, lo cual estaba prohibido, pero Carlos Ivanovitch no me dijo nada. La idea de que no tenía yo ninguna autoridad sobre nosotros, me hizo sentir vivamente la próxima separación. Estaba triste al pensar que ya no nos quería y sentí la imprescindible necesidad de espesarle mi tristeza.

—¿Quiere usted que le ayude, Carlos Ivanovitch?—dije acercándome á él.

Carlos Ivanovitch me echó otra ojeada, pero no me contestó. En aquella ojeada no leí la indiferencia á que yo atribuía su frialdad, sino un dolor vivo y sincero.

—Dios lo ve todo y lo sabe todo ¡hágase siempre su santa voluntad!—dijo enderezando su alta estatura y suspirando profundamente.

—Si, Nicolás,—continuó notando la expresión sincera de cariño con que yo le miraba; mi suerte es ser desgraciado; lo he sido desde la infancia y continuaré siéndolo hasta el sepulcro. Siempre me han devuelto mal por bien, y mi recompensa no la alcanzaré en este mundo sino *allá arriba*—y mostró el cielo.—Si conociese usted mi pasado y cuanto he sufrido durante mi vida! He sido zapatero, soldado, desertor, fabricante, preceptor y ahora soy un cero á la izquierda...

Como el hijo de Dios, no tengo donde reclinarme mi cabeza.

Cerró los ojos y se dejó caer en la poltrona.

Comprendí que Carlos Ivanovitch estaba sobrecogido de profunda emoción, en medio de la cual, sin hacer atención á quien estaba presente, hablaba para desahogarse el corazón; me senté sobre la cama sin decir nada, mirando su cara que expresaba tanta bondad.

—Ya no es usted un niño y podrá comprenderme; le contaré mi historia y todo lo que he sufrido en mi vida. ¡Día vendrá en que piense usted en el viejo amigo que les ama á ustedes tanto, hijos míos!

Carlos Ivanovitch apoyó uno de los codos sobre la mesa que estaba á su lado, sorbió un poco de rapé, levantó los ojos al cielo y con aquella misma voz monótona y gutural con que nos dictaba nuestros ejercicios, empezó su narración de este modo: «Mis desgracias comienzan desde cuando estaba aún en las entrañas de mi madre...» Repitió la misma frase en alemán con profunda emoción.

Espero poder referir la historia de Carlos Ivanovitch palabra por palabra,—no suprimiendo más que las faltas de sintaxis,—porque me habló después repetidas veces sobre su pasado, siempre en los mismos términos y con la misma entonación.

¿Era ésta realmente la historia de su vida? ¿Era tan sólo el fruto de su imaginación, novela forjada durante una vida solitaria en nuestra casa y que á fuerza de repetírsela

había concluido por creer él mismo? ¿Se había entretenido en revestir con colores fantásticos hechos reales? Son estas preguntas que aún me dirijo sin acertar á resolverlas. En verdad, contaba su historia con una emoción tan sincera, con tal orden y método, que le daba el mayor carácter de veracidad, pero por otra parte su historia era demasiado poética y el exceso de poesía daba lugar á ciertas sospechas.

«Por mis venas,—prosiguió,—corre la noble sangre de los condes de Zommerblatt. Nací seis semanas después del matrimonio. El marido de mi madre (yo le llamaba papá) era un arrendatario del conde de Zommerblatt. No pudo nunca olvidar la vergüenza de mi madre y no me amaba. Tuve un hermanito que se llamaba Juan y dos hermanas, pero yo era un extraño en mi propia familia. Cuando Juan hacía alguna travesura, papá decía: ¡Con este Carlos nunca tendré un momento de reposo! Y me reñían y me castigaban. Cuando mis hermanitas disputaban entre sí, papá decía: ¡Carlos será siempre desobediente! Y me reñían y me pegaban. Sólo mi buena mamá me quería y me acariciaba... A menudo me decía: Carlos, ven á mi habitación, y allí me besaba sin que los demás lo viesen.—¡Pobre Carlos mío!—decía,—nadie te quiere, pero yo no te cambiaría por todos los tesoros del mundo. Tu madre,—añadía,—no te pide más que una sola cosa: que trabajes con fe y que seas siempre un hombre honrado y Dios no te abandonará.—Yo hacía lo que podía.

Cuando tuve catorce años y estuve en condiciones de hacer mi primera comunión, mamá dijo á papá:—Gustavo, Carlos es ya un hombrecito, ¿qué hemos de hacer de él?—Y papá respondió:—No lo sé.—Entonces mamá le dijo:—Mandémosle á la ciudad á casa de Herr Shultz y métamose á zapatero.—El papá dijo:—Está bien.

Seis años y seis meses estuve en la ciudad como zapatero y el amo me quería mucho. Frecuentemente decía:—Carlos es un buen obrero y pronto será mi asociado.

—Pero el hombre propone y Dios dispone... En 1796 se decretó una leva de soldados y todos los que contaban de diez y ocho á veinte y un años y que eran aptos para para el servicio militar tuvieron que reunirse en la ciudad.

Papá vino con mi hermano Juan y se echaron suertes sobre aquel que debía ir ó no al servicio. Juan sacó un número muy bajo y tenía que entrar en filas; yo saqué uno muy alto y quedé libre. Papá dijo entonces:—Tenía un sólo hijo y ahora he de separarme de él!

Le tomé la mano y le dije:—¿Por qué habla usted así, padre mío? Venga usted conmigo y le haré ver quien soy. —Papá vino conmigo y nos sentamos á una mesita en la hostería. —Denos usted dos botellas de cerveza, —dije. Nos las sirvieron. Bebimos un vaso y Juan bebió también.

—Papá, —exclamó, —no diga usted «tenía un sólo hijo y he de separarme de él». El corazón me late muy fuerte cuando le oigo hablar de ese modo. Mi hermano Juan no se marchará, jiré yo en vez de él... Nadie necesita á Carlos y Carlos será soldado! —¡Carlos Ivanovitch, eres un buen muchacho! —dijo el papá y me abrazó.

Fuí soldado.

CAPITULO XXIX

Continúa la historia de Carlos Ivanovitch

Aquel era un periodo terrible, Nicolás; era la época de Napoleón. El emperador quería conquistar la Germania y nosotros defendíamos nuestra patria con heroica resolución. Estuve en Ulma, en Austerlitz, en Wagram...

—¿Se ha batido usted? —interrumpí mirándole con estupor. —¿Ha matado usted á alguien?...

Carlos Ivanovitch se apresuró á tranquilizarme.

—Una vez cierto granadero francés, que se había rezagado, cayó á un lado del camino. Corrí hacia él para traspasarlo con mi bayoneta, pero él me tendió el fusil gritando: «¡Perdón!» y le dejé marchar.

En Wagram, Napoleón nos había encerrado en una isla, de modo que no había medio de salvarse. Permanecimos tres días sin comer y el agua nos llegaba hasta la rodilla. ¡Aquel bellaco de Napoleón no quería cogernos ni dejarnos salir!

El cuarto día, gracias á Dios, nos hizo prisioneros y nos mandó encerrar en un castillo. Yo tenía un pantalón azul, un capote de paño, quince thalers en metálico y un reloj de plata que me había regalado papá. Un soldado francés me lo quitó todo. Por fortuna me quedaron aún tres ducados que mamá me había cosido en el chaleco y que no pudieron encontrar los franceses.

No me había resignado á la idea de permanecer mucho tiempo en el castillo y decidí fugarme. Un día en que se celebraba una fiesta dije al sargento que nos vigilaba:— Señor sargento, hoy es fiesta y quiero celebrarla. Haga usted el favor de traer dos botellas de Madera y beberemos juntos. —El sargento respondió:— Muy bien. —Después que el sargento hubo traído el vino de Madera y en cuanto apuramos una copita, le tomé por la mano y le dije:— Señor sargento, ¿acaso tiene usted padre y madre? —El respondió:— Sí, señor Mayer. Mis padres no me han visto desde hace más de ocho años y ni siquiera conocen mi paradero; no saben si mis huesos reposan ya en la húmeda tierra. —¡Oh, señor sargento, tengo dos ducados que estaban cosidos en el forro del chaleco; tómelos usted y déjeme marchar. Sea usted mi bienhechor y mi madre rezará durante toda su vida por usted á Dios omnipotente.

El sargento bebió otro vaso de madera y dijo:— Señor

Mayer, yo le quiero á usted muy bien y le compadezco, pero ¡es usted prisionero y yo soy soldado!—Le apreté la mano y le dije:—¡Señor sargento!...—Entonces me contestó:—Es usted pobre y no quiero su dinero, pero le ayudará en lo que pueda. Cuando me vaya á dormir, pague usted una botella de aguardiente á los soldados que se quedarán dormidos; ¡yo no veré nada!...

Era lo que se llama un hombre honrado. Pagué una botella de aguardiente y cuando los soldados estuvieron ebrios, me puse los zapatos, un capote viejo y callandito me escurri. Al llegar á la muralla quise saltar abajo, pero en el foso había mucha agua y como no quise mojar me mi único capote, probé á dar una vuelta hacia la puerta principal.

El centinela, que se paseaba con el fusil al hombro, me vió:

—¿Quién vá?—gritó. No respondí.—¿Quién va?—repetió. No le hice caso.—¿Quién va?—gritó por tercera vez y yo eché á correr. Salté al agua, trepé por el lado opuesto y huí.

Durante toda la noche seguí corriendo por el camino y cuando amaneció tuve miedo de ser reconocido y me escondí en un campo muy grande de centeno; me puse de rodillas, junté las manos y dí gracias á nuestro Padre celestial por haberme salvado; después me quedé dormido con el alma en paz.

Cuando me desperté al anochecer me volví á poner en camino.

Apenas hube dado algunos pasos me alcanzó un gran carro alemán tirado por dos caballos negros. Guiaba un hombre bien vestido que fumaba una pipa y que me miró. Yo acorté el paso para que el carro pasara delante, pero éste se detuvo y el carretero siguió mirándome; me senté al borde del camino y el hombre paró el carro sin cesar de mirarme.—Joven,—dijo,—¿á dónde va usted á estas horas?—Le respondí:—Voy á Francfort.—Suba usted en

mi carro; hay sitio para los dos y le dejaré allí... ¿Cómo no lleva usted equipaje? ¿Por qué lleva usted la barba tan crecida y los vestidos llenos de lodo?—me dijo cuando estuve sentado á su lado.—Soy un pobre diablo,—le dije,—y querría emplearme en una fábrica. Mi traje está lleno de lodo porque me he caído.—Miente usted, joven; el camino está perfectamente seco.—No contesté.—Dígame usted la verdad,—profirió el buen hombre.—¿Quién es usted y de dónde viene? Su cara de usted me gusta y si es usted honrado, le ayudaré.—Entonces se lo conté todo, y él me dijo:—Está bien, joven. Venga usted á mi cordelería y le daré trabajo y le alojaré en mi casa.—Yo le contesté:—Está bien.

Llegamos á su cordelería y el buen hombre dijo á su mujer:—Hé aquí á un joven que se ha batido por su patria; estaba prisionero y se ha escapado. No tiene casa, ni vestidos, ni pan; vivirá con nosotros; dale ropa limpia y de comer.

Estuve con ellos año y medio y mi amo me estimaba tanto que no quería que me fuese; yo estaba muy bien en su casa. Era yo entonces un buen mozo, joven, alto, con los ojos azules y la nariz un poco aguileña... y la señora L. (no puedo decir el nombre), la mujer de mi amo, era también joven y bonita, Principió á demostrarme su amor. Un día me preguntó:—Señor Mayer, ¿cómo le llama á usted su madre?—Le respondí:—¡Carlitos!—Y ella me dijo:—Pues bien, Carlitos, venga usted, siéntese usted á mi lado.—La obedecí al punto y ella me dijo:—¡Carlitos! dame un abrazo.—La abracé y ella me dijo:—Carlitos, le quiero á usted tanto, que no puedo resistir más,—y temblaba con todo su cuerpo.

Carlos Ivanovitch hizo al llegar á este punto una larga pausa. Meneaba ligeramente la cabeza, ponía en blanco los bellos ojos azules y se sonreía como se sonríe á un dulce recuerdo.

«Si,—continuó, agitándose en su poltrona y arreglándo-

se su bata,—nunca he disfrutado de momentos agradables, pero Aquel me es testigo,—y señaló un grabado que representaba á Cristo y que colgaba á la cabecera de su cama,—de que nadie tiene derecho á decir que Carlos Ivanovitch ha sido deshonesto. No quise pagar con negra ingratitud los beneficios del señor L. y decidí huir de su casa.

Una madrugada, cuando todos dormían aún, escribí á mi amo una carta que dejé encima de mi mesa de noche; cogí mi ropa, tres thalers y salí sin que lo advirtieran. Nadie me vió y tomé por la carretera.

CAPITULO XXX

Fin de la historia de Carlos Ivanovitch

Hacia nueve años que no había visto á mamá y no sabía si vivía aún ó si sus huesos descansaban bajo la húmeda tierra. Volví á mi pueblo y apenas llegué, pregunté por Gustavo Mayer el arrendador del conde Zommerblatt. Me respondieron que el conde de Zommerblatt había muerto y Gustavo Mayer habitaba en la calle Mayor donde tenía una tienda de bebidas.

Me puse un chaleco nuevo, un capote muy bueno que me había regalado mi amo, me peiné con esmero y entré en el establecimiento de mi padre. Mi hermana María estaba sentada en el mostrador y me preguntó qué deseaba. Le dije:—¿Podría usted darme una copita de licor?—Ella replicó:—Papá, aquí hay un joven que pide una copa de

licor. Me senté á una mesita, bebi y fumé una pipa, mirando al papá, á María y á Juan que acababa de entrar. De pronto mi padre me preguntó:

—Debe V. saberlo de seguro, joven; ¿dónde está ahora nuestro ejército?

Le dije: Precisamente vengo de allí; ahora está cerca de Viena.

—Nuestro hijo,—dijo papá,—era soldado; hace nueve años que se ha marchado y no nos ha escrito, de modo que no sabemos si está vivo ó muerto. Mi mujer no hace más que llorar.

Yo fumaba mi pipa y dije: ¿Cómo se llama su hijo de V. y en qué regimiento servía? Puede que yo le conozca.

—Se llama Carlos Mayer y portenece á los cazadores austriacos,—dijo mi padre.

—Era alto y hermoso como V., dijo mi hermana María.

Les dije: Conozco bien á su hijo de V.

—¡Amalia!—gritó mi padre.—¡Ven, que hay aquí un joven que conoce á nuestro Carlos!

Y mi querida mamá entró por el fondo. La reconocí en seguida.

—¿Conoce V. á nuestro Carlos?—dijo mirándome y se puso pálida, pálida y empezó á estremecerse.

—Sí, le conozco,—dije, sin tener el valor de mirarla.

Creí que mi corazón se hacía pedazos.

—¡Mi Carlos vive!—dijo mamá.—¡Alabado sea Dios! ¿Dónde está mi buen Carlos? Tranquila moriría si pudiese volverle á ver sólo una vez. ¡Hijo mío adorado!—Pero Dios no lo quiere!

Y se puso á llorar. Yo no podía más.—¡Mamá!—grité,—soy vuestro Carlos! Y ella cayó en mis brazos. Carlos Ivanovitch cerró los ojos y sus labios temblaban.

—¡Mamá, soy vuestro Carlos!—y cayó en mis brazos.—dijo Ivanovitch, calmándose un poco y enjugándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.—Dios,—continuó,—

no ha permitido que yo acabase mis días en mi país; el infortunio me perseguía por todas partes. Sólo tres meses permanecí en mi patria.

Un domingo estaba en el café bebiendo un vaso de cerveza y fumaba mi pipa hablando de política con mis conocidos.

Hablábamos del emperador Francisco, de Napoleón, de la guerra y emitían todos su opinión. Cerca de nosotros estaba sentado un señor con sobretodo gris, á quien no conocíamos. Tomaba café, fumaba su pipa y no hablaba una palabra. A eso de las diez tomé mi sombrero, pagué y me volví á casa. A altas horas llaman á la puerta, me despierto y pregunto:—¿Quién es?—Abra V.—Yo digo:—Diga V. quién es y abriré.—¡Abra V. en nombre de la ley—gritó con imperio una voz.—Abro y veo en la calle á dos soldados armados de fusiles y al desconocido del gabán gris á quien había visto en el café. Era un espía.

—Sígame V.— me dijo entrando en la casa.—Está bien,—dije. Me puse los zapatos, los pantalones y paseé por la habitación mientras me ponía los tirantes. El corazón me latía con fuerza en tanto que murmuré:—¡Bellaco, ya te arreglaré yo!—Cuando estuve cerca de la pared en donde estaba colgada mi espada, la empuñé y dije:—Eres un delator, defiéndete! Le aseté un golpe á la derecha, otro á la izquierda y otro á la cabeza. Cayó el espía, cogí mi maleta, una bolsa, salté por la ventana y me escapé á Ems.

Allí conocí al general Sazine, que me tomó mucho cariño, me proporcionó un pasaporte y me llevó á Rusia para educar á sus hijos. A su muerte, pasé á vuestro servicio y vuestra madre al encargarme de las niños me dijo: «Carlos Ivanovitch le confío á V. mis hijitos. Amelos V. y no los abandone nunca; le ofrezco á V. un seguro asilo para toda su vida en mi casa. Ella ya no existe y las demás lo han olvidado todo. Después de haber servido por veinte años me veo obligado con todas mis canas á mendigar por la calle un pedazo de pan duro. Dios lo ve todo y todo lo

sabel ¡Cúmplase su santa voluntad! Lo siento sólo por ustedes, hijos míos!

Al pronunciar estas últimas palabras, Carlos Ivanovitch me cogió la mano, me atrajo hacia sí y me besó en la frente.

CAPÍTULO XXXI

Me llevo el número 1

Terminado nuestro año de luto, mi abuela comenzó á reponerse un poco de su dolor y á recibir de vez en cuando alguna visita, en especial de los niños compañeros nuestros ó las amigas de mi hermana.

Con ocasión de los días de Liubotshka, el 13 de Diciembre, vinieron antes de comer la princesa Kornakof con sus hijas; la señora Valakhine y Sonia. Iline Grapp y los dos menores de los Ivine.

A nuestros oídos llegaban las risas y el rumor de los invitados, sin que nos fuera permitido bajar á la reunión hasta haber dado todas nuestras lecciones. En la tablilla colgada en la pared de la clase se leía: «Lunes desde las dos á las tres, lección de Historia y Geografía» Por consiguiente, era preciso esperar al maestro de Historia que debía tomarnos la lección y marcharse.

Eran ya las dos y cuarto y el maestro no venía, ni se le veía por ninguna parte. Asomado á la ventana me obstinaba en mirar á la calle con la más viva impaciencia para ver si el tal aparecía por el extremo de la calle.

—Me parece que Lebedef no vendrá hoy,—dijo Volodia levantando la cabeza del libro en que estudiaba su lección.

—¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! Yo no sé una palabra!... Sí... ya viene...—añadió tristemente.

Volodia se levantó y se acercó á la ventana.

—No, no es él; es un caballero desconocido,—dijo.—Esperemos todavía hasta las dos y media,—añadió, estirándose y rascándose la parte superior de la cabeza, según su costumbre al descansar por un momento de su trabajo. Si á las dos y media no ha llegado, iremos á decirselo á Saint-Jérôme y cerraremos los libros.

—También él tendrá ganas de ir á *pa-se-o*,—dije bostezando y agitando sobre mi cabeza el libro que sostenía con ambas manos.

Para matar el tiempo abrí el libro por la página de mi lección y me puse á leer. La lección era larga y difícil; no sabía de ella más que las primeras palabras y comprendí que no hubiera podido aprenderla en mi vida, porque me hallaba en ese estado nervioso en que nos es imposible fijar el pensamiento en una cosa.

La lección de historia había sido siempre un suplicio para mí.

El día anterior, precisamente, Lebedef se había quejado de mí á Saint-Jérôme y me había puesto como calificación un 2 que quería decir *malísimo*. Saint-Jérôme me declaró que si la vez próxima me daban una nota inferior al número 3, sería castigado severamente, y la vez próxima era hoy y yo tenía un miedo de todos los diablos.

Hallábame absorto en la lectura de aquella lección ignorada, cuando de pronto hirió mi oído un ruido en el recibidor como de alguien que se quitaba sus zapatos de cauchú. Tuve apenas tiempo de levantar la cabeza y mirar á la puerta por donde asomó la horrible cara toda picada de viruelas y la siniestra figura, que desgraciadamente me era tan conocida, del maestro de Historia, metido en su levita azul de botones universitarios.

Colocó pausadamente su sombrero junto á la ventana y los libros sobre la mesa; se tiró con ambas manos de la levita para que desaparecieran las arrugas (gran necesidad tenía de un buen planchado) y se sentó con un resoplido.

—Vamos, señores,—dijo restregándose las manos de nudosos dedos,—repasemos ante todo lo explicado en la lección anterior y después trataré de los acontecimientos de la Edad Media.

Esto quería decir sencillamente: «Recítadme la lección.»

Mientras Volodia charlaba, yo, con la calma y la naturalidad de quien está seguro de sí mismo, salí al descanso de la escalera y no pudiendo avanzar me entretuve en atisbar lo que pasaba más abajo. Apenas me había acomodado en mi acostumbrado observatorio detrás de la puerta, cuando Mimi (causa siempre de mis desgracias) cayó de improviso sobre mi retaguardia.

—¡Usted aquí!—dijo mirándome severamente; después se fijó en la habitación de la servidumbre y después de nuevo en mí.

Yo, que me sentía cogido en una doble falta por no estar en clase y por encontrarme en un sitio prohibido, no tuve ni aún el valor de responder y bajando la cabeza manifesté el más sincero arrepentimiento.

—¡No, esto es va demasiado!—gritó Mimi—¿Qué estaba usted haciendo ahí?

No respondí.

—No, esta no pasará, no señor,—continuó, gritando y dando puñetazos en el pasamanos de la escalera.—Voy á decirselo todo á la condesa.

Serían las tres menos cinco minutos cuando entré en clase de nuevo. El profesor parecía no ocuparse de mí y seguía explicando su lección á Volodia. Concluidas las explicaciones, comenzó á reunir sus cuadernos y mi hermano fué buscar no se qué en la estancia inmediata; pensé con alegría que la lección se había acabado y que el pro-

fesor me había olvidado por completo; pero de pronto se volvió hacia mí y con sonrisa infernal me dijo:

—Espero que sabrá perfectamente su lección,—y se restregó las manos.

—Sí.

—Bueno; sírvase V. narrarme la Cruzada de S. Luis,—dijo, meciéndose en la silla y mirándose la punta de las botas con aire pensativo.

—Primero; las causas que obligaron al rey de Francia á tomar la cruz (en esto enarcó las cejas é indicó con el dedo el tintero). Después los rasgos característicos de esta cruzada (cerró la mano como si quisiera coger algo). Finalmente, la influencia de esta cruzada en los Estados europeos en general (golpeó con sus cuadernos hacia la parte izquierda de la mesa) y sobre el reino de Francia en particular (y golpeó con los mismos hacia la parte derecha)..

Tragué dos ó tres veces saliva, tosi, incliné la cabeza hacia un lado y guardé silencio. Después cogí la pluma que estaba en la mesa y me puse á cortarla; siempre con el mismo silencio.

—Déme usted esa pluma,—dijo el maestro extendiendo la mano.—¿Para qué la quiere usted? Vamos.

—Luis... San Luis... era... era... un buen Czar.

—Un... qué?

—Un buen buen Czar. Se le ocurrió la idea de ir á Jerusalem y *cedió las riendas del gobierno á su madre.*

—¿Cómo se llamaba su madre?

—Be... be... lan...

—¡Cómo! ¡Belante!

Yo me eché á reír estúpidamente y de dientes para afuera.

—¡Bueno! ¿No sabe usted algo más?—preguntó con ironía.

Ya no tenía nada que perder... Aclaré mi voz y arrojé todo lo que se me vino á la punta de la lengua.

El maestro, sin decir nada, tocaba el tambor con la pluma sobre la mesa, repitiendo con obstinación de cuando en cuando: «¡Bien! ¡Muy bien!» Yo tenía plena conciencia de que no sabía nada y de que me iba enredando más y más y lamentaba que no me interrumpiese ni corrigiese.

—¿Por qué—dijo al fin, repitiendo mi frase—se le vino á las mientes la idea de ir á Jerusalem?

—Porque... porque... le vino en gana.

Me embrollé del todo y al fin me quedé callado. Sentía que aquel terrible maestro me hubiera podido tener allí un año entero sin que me fuera dable añadir á lo dicho una sola palabra.

Esperó tres minutos, al cabo de los cuales tomó su cara una expresión de tristeza y con voz afligida dijo á Volodia que entraba en aquel momento:

—Déme usted el cuaderno de las calificaciones.

Volodia le dió el cuaderno y puso el sello al lado. El maestro abrió el cuaderno, mojó la pluma y con su hermosa letra le puso á Valodia un 5 en la columna de los *progresos* y otro en la de la *conducta*. Después, con la pluma suspendida sobre aquellas fatales columnas en que estaban mis calificaciones, me miró y reflexionó. De pronto hizo su mano un movimiento imperceptible y apareció en la columna de mis *progresos* un magnífico 1 seguido de un punto; nuevo movimiento y otro 1 con su correspondiente punto apareció en la columna de mi *conducta*.

El maestro entonces cerró con mucho cuidado el cuaderno, se levantó y se dirigió hacia la puerta fingiendo no observar mi mirada suplicante, desesperada y llena de convenciones.

—¡Miguel Larionitch!—dije.

—No—respondió adivinando lo que yo iba á decir.—No es posible continuar así, no quiero robar el dinero que me dan.

Se volvió á poner sus zapatos y su capa; se abrigó cuidadosamente el cuello con su bufanda, como si después

del crimen horrible que había cometido estuviere perfectamente tranquila su conciencia. No era para él más que un rasgo de pluma aquella catástrofe que me anonadaba.

—¿Ha concluido la lección?—dijo Saint-Jérôme al entrar poco después en la clase.

—Sí.

—¿Se ha ido contento el maestro?

—Sí—contestó Volodia.

—¿Qué calificación habéis tenido?

—Cinco.

—¿Y Nicolás?

No contesté.

—Creo que tiene el 4—dijo Volodia.

Había comprendido que era preciso salvarme por el momento.

Sería castigado sin duda, pero no aquella noche en que teníamos fiesta.

—Veamos, señores (Saint-Jérôme repetía *veamos* a cada tres palabras), prepárense Vdes. y bajemos al salón.

CAPITULO XXXII

La llavecita

Apenas habíamos tenido tiempo de saludar a los invitados cuando anunciaron que la comida estaba servida. Papá se mostraba muy alegre (hacia algún tiempo que ganaba mucho al juego). Regaló a Liubotshka, por ser sus días, un estuche de viaje con todos los objetos de plata y du-

rante la comida recordó que también le había comprado una bombonera que había olvidado en su despacho.

—En vez de enviar a un criado, ve tu Nicolás—me dijo. —Las llaves están en la mesa, en el cenicero ¿te acuerdas? Toma la más gruesa y abre el segundo cajón de la derecha; encontrarás una cajita y unos cucuruchos de dulces: tráetelo todo.

—¿Quieres que te traiga cigarros también?—le pregunté al recordar que siempre mandaba por ellos después de comer.

—¡Sí, pero ten cuidado de no tocar nada—me gritó cuando yo estaba aún en la puerta.

Encontré en efecto el manajo de llaves en el sitio indicado y me apresuré a abrir el cajón. Llamó mi atención una llavecita y se me ocurrió saber a qué cerradura pertenecía.

Sobre la mesa, entre varios objetos, había una cartera bordada y cerrada con un bonito candado. Empecé a probar si la llavecita le iba bien y mi tentativa tuvo un éxito completo; la cartera se abrió y encontré en ella un paquete de cartas.

Fué tan grande mi curiosidad que sofocando en mí la voz de la conciencia me puse a examinar las cartas contenidas en la cartera...

La veneración que sienten los niños por las personas mayores era tan profunda en mí, sobre todo en lo que se refería papá, que me resistía inconscientemente a sacar deducción alguna de lo que veían mis ojos. Sospechaba que papá vivía en un mundo superior completamente distinto al nuestro, inaccesible, incomprensible para mí y que había cometido una especie de sacrilegio tratando de descubrir los secretos de su vida. Los descubrimientos que hice en su cartera no me dejaron por el pronto más impresión clara y definida sino la de que yo había obrado mal. Estaba avergonzado y sentía inmenso disgusto.

Quise cerrar apresuradamente la cartera, pero estaba es-

crito que en aquel día memorable no me saldría nada bien.

Después de introducir la llave en el agujero de la cerradura, la dí una vuelta en sentido contrario y creyendo que ya estaba cerrada tiré de la llave.—¡Horror! ¡en mis manos no quedó más que el ojo de la llave! Me esforcé en sacar los dientes que habían quedado dentro, pero todo fué inútil. Tuve que habituarme al terrible pensamiento de que había cometido un nuevo delito y que había de ser descubierto apenas entrara papá en su despacho.

El asunto Mimi, el 1 del maestro de Historia y la llavecita; no me podían ocurrir más desgracias en menos tiempo. La abuela por el informe de Mimi, Saint-Jerôme por el 1 y el papá por la llavecita... ¡y todo recaería sobre mí antes de llegar la noche!

—¿Qué va á ser de mí? ¡Ah! ¿qué he hecho?—exclamé en alta voz mientras pateaba la mullida alfombra del despacho.—¡Eh!—dije entre mí mientras buscaba los dulces y los cigarros,—*no se puede evitar el destino propio*. Y me volví al comedor á la carrera.

Aquella sentencia fatalista que había oído repetir en mi infancia á Kolia ejerció sobre mí en todos los momentos de la vida una gran influencia benéfica. Al entrar en el comedor me sentía aún un poco turbado, pero tan alegre ya como antes.

CAPITULO XXXIII

La pérñda

Después de comer nos pusimos á jugar y confieso que me divertí con mucho gusto.

Remedando al gato y al topo, pisé sin querer el vestido

del aya de los Kornakof y se lo descosí; pero observé que todas las niñas y especialmente Sonia se divirtieron grandemente al notar el gesto de contrariedad con que el aya se marchó á coser su vestido á la habitación de la servidumbre, y me propuse proporcionarles por segunda vez esta diversión.

Fijo en esta graciosa idea, apenas volvió el aya al salón me puse á correr á su alrededor buscando una ocasión propicia para volverle á pisar la falda y para rompérsela de nuevo. Sonia y las demás niñas que sospechaban mi intención apenas podían contener la risa, lo que lisonjeaba grandemente mi amor propio, pero no pasaron inadvertidas á Saint-Jérôme mis maniobras.

Se acercó á mí y me dijo frunciendo las cejas—gesto que yo no podía sufrir—que lo que yo estaba haciendo no eran más que necedades, y que si no me conducía mejor me arrepentiría de ello aún cuando fuese día de fiesta.

Me encontré pues en la disposición de ánimo del jugador que ha perdido más aún de lo que lleva en el bolsillo, y temiendo el momento de ajustar cuentas, sigue jugando á la desesperada, menos con la esperanza de rehacerse que con el fin de aturdirse. Le dirigí una sonrisa insolente y le volví la espalda.

Después del gato y el topo, uno de nosotros propuso un juego que llamó «un palmo de nariz». Se formaban dos filas de sillas una enfrente de la otra; en una fila se sentaban las señoras, en la otra los caballeros y se cambiaba de puesto escogiendo á un compañero de la otra partida.

La menor de las princesas Kornakof escogía siempre al más joven de los Ivine. Catalina escogía ora á Volodia ora á Iline, Sonia nunca dejaba de dar la preferencia á Sergio y éste se sentaba siempre en frente de ella, lo que le producía gran risa, haciéndole comprender con un ademán que había adivinado. En cuanto á mí, no me escogía nadie. Con gran humillación mía comprendí que estaba de más, pues yo era siempre «el que se queda» y que cada

vez que se gritaba «¿Quién sobra?—¡Ah!—respondían—es Nicolás quien se ha quedado con un palmo de narices.»

Cuando llegó mi turno resolví dirigirme á mi hermana ó á una de las más feas de las Kornakof y ¡ay de mí! nunca me engañaba. Sonia se cuidaba tanto de Sergio, que yo no existía ya para ella. No sé por qué razón la acusaba interiormente de *perfidia*, dado que nunca me había prometido escogerme ó no preferir á Sergio; pero estaba firmemente convencido de que ella se conducía conmigo de un modo indigno.

Después del juego, noté que la *perfidia*, á quien yo despreciaba, pero á quien no podía menos de seguir siempre con la mirada, se iba á un rincón con Sergio y Catalina. Me acerqué, sin hacerme sentir, y me escondí tras el piano para descubrir el secreto que llevaban entre manos. Vi que Catalina tenía por las dos puntas un pañuelo de batista delante de Sergio y de Sonia, de modo que no podía vérselos.

—No—dijo Sergio—habéis perdido. ¡Ahora os toca pagar!

Sonia en pie delante de él, con los brazos colgando, dijo muy sonrojada:

—No he perdido; ¿no es verdad, señorita Catalina?

—A mí me gusta la verdad—respondió Catalina—ha perdido V. su apuesta, querida mía.

Apenas oyó estas palabras Sergio, se acercó á Sonia y la besó. La besó de un modo natural sobre su boquita rosada. Y Sonia como si tal cosa, como si se tratara de una cosa muy graciosa, se echó á reír. ¡Abominación! ¡oh hipocresía! ¡oh perfidia!

CAPITULO XXXIV

El eclipse

Senti de improviso profundo desprecio hacia el sexo femenino en general y hacia Sonia en particular. Comencé á persuadirme de que aquellos juegos no tenían nada de divertido y que sólo eran propios de chiquillos. Sentí la necesidad de hacer algo extraño; en mi cualidad de varón quería realizar un acto que los dejase á todos con la boca abierta.

La ocasión no tardó en presentarse.

Saint-Jérôme, después de una corta conferencia con Mimí, salió de la sala; sentí resonar sus pasos en la escalera y después precisamente sobre nosotros en el piso superior en que estaba la clase. No sé por qué se me figuró que Mimí le había dicho dónde me había encontrado durante la hora de la lección y que él había subido á mirar el cuaderno de las calificaciones. En aquel momento atribuía á Saint-Jérôme como único objeto de su vida entera el buscar la menor ocasión para castigarme.

He leído, no sé donde, que los niños de doce á catorce años ó sea en la edad transitoria que precede á la adolescencia, son inclinados al incendio y al homicidio. Cuando pienso en mi adolescencia y sobre todo en el estado de ánimo en que me encontraba aquella noche infausta, comprendo perfectamente los más atroces delitos cometidos sin objeto, sin intención de hacer daño, simplemente por curiosidad, por necesidad inconsciente de obrar.

Hay momentos en que el porvenir se aparece al hombre bajo colores tan tétricos, que por temor de pensar en

él, suspendemos en nosotros mismos la facultad de raciocinar tratando de convencernos de que no existe el porvenir, como no ha existido el pasado. En esos momentos en que el pensamiento no domina los impulsos de la voluntad y en que los instintos más groseros son como dueños absolutos del ser, comprendo al niño inexperto que sin sombra de vacilación ni de miedo, con una sonrisa de curiosidad, enciende y alimenta el fuego en su propia casa, la casa en que duermen sus hermanos, su padre y su madre, todos aquellos en fin á quienes ama tiernamente. Bajo la influencia de este eclipse pasajero del pensamiento, casi diría de esta distracción de la conciencia, un joven labriego de diez y siete años toma una hachuela recién afilada, contempla á su padre que duerme al lado boca arriba, sobre un banco, y con una curiosidad imbécil da el golpe y mira como de la cabeza cortada corre la sangre hasta el suelo.

Bajo la influencia de este mismo eclipse del pensamiento y de esta curiosidad instintiva, un hombre experimenta una especie de alegría al inclinarse al borde de un precipicio pensando:

—¿Si me tirase? ó en apoyar sobre la frente una pistola cargada, diciendo entre sí:—¿Si disparase? ó en mirar á algún elevado personaje ante el que todo el mundo se inclina y pensar: «Si fuese á cogerlo por las narices y diciéndole: «Ven aquí, buen mozo.» Estaba precisamente bajo la influencia de semejante extravío mental y de una paralización de este género, cuando Saint-Jérôme volvió á bajar ordenándome que subiese con él inmediatamente porque no tenía derecho á permanecer abajo, después de haberme portado tan mal y de no haberme sabido la lección. Yo saqué por toda respuesta un palmo de lengua burlándome de él y declarando que no me movería.

Saint-Jérôme se quedó mudo de sorpresa y de rabia.

—Está bien,—dijo corriendo tras de mí.—Le había prometido á usted desde hace tiempo y en varias ocasiones

un castigo que su abuela ha querido ahorrarle, pero veo bien que sólo el látigo le obligará á usted á obedecer y ahora lo merece usted de veras.

Hablaba tan alto, que todos en la sala le oyeron. La sangre me afluyó al corazón con ímpetu extraordinario; sentí que me ponía pálido; los labios me temblaban y mi corazón parecía que iba á estallar. Debía infundir miedo, porque Saint-Jérôme vino rápidamente hacia mí y me cogió por el brazo evitando mi mirada. Apenas sentí que me tocó, ya no respeté nada; fuera de mí de rabia sin saber lo que hacía, me solté y le pegué con todas mis fuerzas de niño.

Volodia se acercó con expresión de espanto y de estupor.

—¿Qué te pasa?—me dijo.

—¡Déjame! ¡Nadie me quiere! ¡No comprendéis que sufro mucho! ¡Todos sois unos malvados! ¡Me causáis horror!—grité entre sollozos, en una especie de raptó de locura dirigiéndome contra todos los circunstantes.

Entre tanto Saint-Jérôme pálido, pero resuelto, se dirigió á mí y antes de que pudiera ponerme á la defensiva, me cogió los dos brazos, los apretó como en un torno y me arrastró. La cabeza me daba vueltas. Recuerdo sólo que luchaba desesperadamente dando cabezadas y patadas hasta que me faltaron las fuerzas. Me acuerdo además de que mi nariz chocó varias veces en sus piernas y que me quedé en la boca con un trozo de su levita, de que veía muchas piernas en torno mío y que tragué polvos á la violeta, que era el perfume favorito de Saint-Jérôme.

Cinco minutos después, me dejaban encerrado en un cuartito obscuro.

—Vassili,—dijo él desde fuera, con voz terrible y solemne,—tráeme los azotes.

CAPITULO XXXV

Delirios

¿Podía pensar entonces en la posibilidad de sobrevivir á tamaña desgracia? ¿podía creer que llegaría un día en que hablase de esta escena con tanta sangre fría?...

Al reflexionar en lo que había hecho no podía imaginarme lo que sucedería pero tenía el vago presentimiento de que estaba perdido irremisiblemente.

En el primer instante reinó en torno mío silencio profundo; al menos yo lo creí así porque la violencia de mi emoción me impedía hasta el oír. Después, poco á poco, comencé á discernir los diversos rumores. Vassili subió la escalera y arrojó al rincón de la ventana un objeto que debía parecerse á una granada y después se acostó bostezando sobre un banco.

Abajo Saint Jérôme hablaba en alta voz; de seguro hablaba de mí; después oí voces de niños, carcajadas, carreras. Al cabo de pocos minutos toda la casa estaba de nuevo en movimiento y como si nadie supiera que yo estaba encerrado en el cuartito obscuro; nadie pensaba en mí.

No lloraba, pero me pareció que una gruesa piedra pesaba sobre mi corazón. Las ideas y las imágenes se sucedían en mi mente sobrecitada, pero el recuerdo de mi infelicidad interrumpía á cada instante su cadena caprichosa y recaía en un laberinto de incertidumbres, de terrores y de angustias sin encontrar salida.

Se me ocurrió que debía existir una causa desconocida,

independiente de la indiferencia, ó mejor del odio que yo inspiraba á todos. En aquel tiempo estaba convencido de que todos, desde mi abuela hasta Felipe el cocheero, me detestaban y gozaban en verme sufrir.

Quizás no era hijo de mi madre y de mi padre, ni hermano de Volodia, sino un desgraciado huérfano, un niño expósito recogido por lástima. Esta idea absurda me pareció verosímil y me procuró una especie de triste consuelo.

Me confortaba el pensamiento de que era infeliz no por mi culpa, sino porque mi destino era el ser desgraciado desde mi nacimiento como aquel pobre Carlos Ivanovitch.

Pero ¿por qué ocultarme este misterio?—decía entre mí.—¿Cómo lo he adivinado yo! Mañana me presentaré á mi papá y te diré: «Papá, es inútil que me ocultes el secreto de mi nacimiento; ¡lo sé todo!» El me responderá: «¿Qué quieres, amigo mío! Era preciso que tarde ó temprano lo supieras; no eres mi hijo pero te he adoptado y si eres digno de mi afecto no te abandonaré nunca.»—Yo le responderé:—«Papá, no tengo derecho á darte este nombre y hoy lo pronuncio por última vez; siempre te he amado, no olvidaré nunca que has sido mi bienhechor, pero no puedo permanecer por más tiempo en tu casa. Aquí no me quiere nadie: Saint-Jérôme ha jurado mi pérdida; uno de nosotros dos es preciso que se marche, porque yo no respondo de mí. Odio á ese hombre á tal punto, que sería capaz de todo; ¡lo mataría! (Así lo diré: ¡Papá le mataría!)»

Entonces mi papá empezará á reconvenirme, pero yo le diré:—«No, amigo mío, bienhechor mío, no podemos vivir juntos, déjame partir.»

Le abrazaré y le diré en francés: «¡Oh padre mío, bienhechor mío, dame por última vez tu bendición y hágase la voluntad de Dios!» A esta idea de separación, empecé á sollozar, sentado como estaba en un cofre en el cuarto obscuro. De pronto me acuerdo del infame castigo que me

aguarda, considero las cosas bajo su verdadero aspecto y todos mis sueños se desvanecen.

Después empiezo á imaginar que soy libre y que me encuentro fuera de mi casa. Me alisto en los húsares y voy á la guerra. Ya estoy circundado de enemigos; empuño la espada y mato á uno, hago un molinete terrible y mato dos, tres: finalmente, extenuado de fatiga y debilitado por las heridas, caigo gritando: «¡Victoria!» El general me busca y me pregunta: «¿Dónde está nuestro salvador?» Le responden: «Aquí está.» me echa los brazos al cuello y derrama lágrimas de alegría gritando: «¡Victoria!»—Curo de mis heridas y me paseo por el boulevard de Tverskoë con el brazo en cabestrillo. ¡Ya soy general! El emperador pasa y pregunta: «¿Quién es ese joven herido?»—y le responden que es el héroe famoso, Nicolás. El emperador se acerca á mí y me dice: «Te doy las gracias y te concederé cuanto me pidas.»—Yo le saludo respetuosamente y le contesto apoyándome en mi sable:—«Me siento feliz gran príncipe, con poder derramar mi sangre por la patria y desearía morir por ella; pero puesto que te dignas autorizarme á pedirte una gracia, te pido una cosa sola; permíteme humillar á mi enemigo Saint-Jérôme.—Voy en busca de Saint Jérôme y le digo con voz terrible: «¡Me has hecho daño de rodillas!» De pronto pienso que al mismísimo Saint Jérôme puede entrar de un momento á otro con un palo en la mano, y me encuentro no ya como un general salvador de la patria, sino lloroso, humillado, en una palabra, la criatura más infeliz del mundo.

Después pienso en Dios, y le pregunto atrevidamente por qué me castiga. Nunca me he olvidado de rezar por la mañana y por la noche. ¿Por qué, pues, me hace sufrir?

En verdad puedo asegurar que aquella noche di los primeros pasos en el camino de la duda religiosa que perturbó mi adolescencia; no ya que el dolor me empujase á la incredulidad, sino porque me ocurrió la idea de que la Providencia era injusta, durante el desorden moral de

aquellas veinticuatro horas de aislamiento; fué como el grano que, cayendo en tierra después de la lluvia, se desarrolla al fin extraordinariamente.

Imaginé después estar próximo á la muerte y ví con alegría la sorpresa de Saint-Jérôme. «Era un buen chico,—decía papá con lágrimas en los ojos.»—Sí,—respondía Saint-Jérôme,—pero un grandísimo holgazán.—Debería usted respetar á los muertos,—decía el papá;—usted ha sido la causa de su muerte! ¡usted lo ha espantado y él no ha podido soportar la humillación que usted le preparaba!... ¡Fuera de mi casa, infame!

Y Saint-Jérôme se arrodillaba, lloraba y pedía perdón.

A los cuarenta días de mi muerte, mi alma volaba al Paraíso, en donde divisaba un no sé qué de blanco, transparente y maravillosamente bello, y adivinaba que era mi madre.

Aquella figura blanca me circunda y me acaricia, pero yo experimento cierto malestar y no la reconozco: «Si eres realmente tú,—le digo,—date á conocer mejor para que pueda abrazarte.»—Y su voz me responde: «Aquí somos todos así, y no puedo abrazarte. ¿No estás contento así?»—¡Sí, estoy bien aquí, pero no puedes hacerme cosquillas y yo no puedo besarte las manos!»—«No es preciso,—dice mamá;—¡todo es tan bello aquí!»—Siento en efecto que allá arriba todo es bello y que sin cesar volamos muy alto, cada vez más alto.

Al fin me quedo dormido, y poco después, al despertar, me encuentro sentado sobre el baúl y en el cuarto oscuro con las mejillas bañadas de lágrimas y repito maquinalmente las palabras: «Volemos más alto, cada vez más alto.» Hago esfuerzos inauditos para poner en claro mi posición, pero por más que fatigo mi entendimiento, no veo más que tinieblas y espanto. Trato de resucitar mis sueños, mis bellos sueños, interrumpidos por mi recaída en

la realidad, pero no consigo encontrar el hilo. Veo con sorpresa que ni siquiera podría reanudarlo, y ¡cosa más extraña aún! que aquellos sueños no me producen ya ningún placer.

CAPITULO XXXVI

No hay mal que cien años dure

Pasé la noche en aquel cuarto oscuro sin ver á nadie. Al siguiente día, domingo, vinieron á buscarme para conducirme á un gabinetito contiguo á la clase, en el que me encerraron con llave. Empecé á creer que mi castigo se limitaría á la prisión y mis ideas tomaron un tinte menos lúgubre bajo la influencia de un buen sueño reparador, del hermoso sol que iluminaba los cristales de la ventana empañados por el hielo y del ruido habitual de la calle.

La soledad, sin embargo, me era muy dolorosa; habría querido moverme, contar á alguien todo lo que me pesaba sobre el corazón, y no veía una sola criatura viviente á quien hablar.

Mi estado me llegó á ser tanto más doloroso cuanto que no podía evitar, aunque me era insoportable, el oír á Saint-Jérôme que silbaba un aire muy alegre, como sino hubiese pasado nada, mientras paseaba arriba y abajo por su habitación.

Estaba firmemente convencido de que no tenía gana alguna de silbar y que lo hacía solamente por atormentarme.

A las dos, Saint-Jérôme y Volodia bajaron, y Kolia me

trajo el almuerzo. Hablé con él de lo que había hecho y de lo que me esperaba. El me dijo solo: «¡Eh! señorito, no se mortifique usted, no hay mal que dure cien años.»

Este proverbio que andando el tiempo me ha infundido siempre tanto ánimo, me consoló un poco. A pesar de todo, el hecho de que no me habían mandado pan duro y agua, sino todo el almuerzo incluso los dulces, me dió mucho que pensar. Porque sino me hubiesen enviado este bizcocho,—decía entre mí—sería indudable que mi castigo se limita á la prisión, pero puesto que me lo mandan me quieren indicar que aún no estoy castigado; que únicamente me han alejado de los demás como un sér maléfico y que mi castigo está aún por cumplirse.

Mientras estaba absorto en la solución de este problema, la llave giró en la cerradura de mi prisión y apareció Saint-Jérôme con semblante adecuado para el caso.

—Venga usted á ver á su abuela,—dijo sin mirarme.

Antes de salir quería limpiarme la manga del vestido, blanca de yeso, pero Saint-Jérôme me dijo que no era necesario; como si yo estuviese ya en una situación tan deplorable que no valiese ya la pena de ocuparse de mi exterior.

Cuando atravesamos la sala (Saint-Jérôme me llevaba del brazo) Catalina, Liubotshka y Volodia me miraron con el mismo aire con que mirábamos todos los lunes la cuerda de presidiarios que pasaba por bajo de nuestras ventanas. Cuando me acerqué para besarle la mano, se volvió la abuela á otra parte y la escondió bajo su chal.

—Sí, querido mío,—dijo después de un largo silencio, durante el cual me contempló de pies á cabeza, de tal modo, que yo no sabía donde mirar ni donde poner las manos.—¡Bien puedo lisonjearme de la manera como usted recompensa el afecto que le tenia! ¡Buen consuelo puedo esperar de usted! El señor Saint Jerome,—continuó deteniéndose en cada palabra,—á quien yo supliqué que se

encargara de nuestra educación, se niega á permanecer en mi casa. ¿Por qué? por culpa de usted, querido.

Se detuvo un momento y continuó en tono que denotaba que su arenga estaba estudiada con antelación.

—Creí que usted se mostraría más agradecido á sus cuidados y á sus trabajos, y hé aquí que usted, un chicuelo, un mocoso se atreve á levantar la mano contra él. ¡Muy bien! ¡no puede andar mejor! Empiezo á creer que es usted incapaz de comprender lo que es una buena educación y que es preciso de hoy en adelante adoptar con usted medios más brutales... Píde inmediatamente perdón,—añadió en tono imperioso indicándome á Saint-Jérôme.—¿Me oyes?

Seguí la dirección del dedo de la abuela, vi la levita de Saint-Jerome, me volví y quedé inmóvil; mi corazón no latía ya.

—¡Ea! ¿No comprende usted lo que le digo?

Temblaba de pies á cabeza, pero no me moví.

—¡Nicolás!—exclamó mi abuela al notar mi angustia.—
¡Nicolás!—repitió con voz más dulce, casi afectuosa;—¿qué te pasa?

—Abuela, por nada del mundo le pediré perdón...

Me interrumpí de pronto, conociendo que si añadía una palabra más no podría contener las lágrimas que me sofocaban.

—Te lo mando, te lo ruego. Pero ¿qué tienes hoy?

—Yo... yo... no... quiero... no puedo...

No pude contener por más tiempo los sollozos y estalló el huracán.

—¿Es así como usted obedece á su segunda madre?—dijo Saint-Jérôme con entonación trágica.—¿Es así como recompensa usted sus desvelos? ¡De rodillas!

—Dios mío, si ella viese esto,—dijo la abuela volviéndome la espalda y enjugándose las lágrimas.—¡Si ella viese esto!... ¡Oh! ¡mejor es que se haya muerto! ¡no podría

soportarlo! ¡de seguro que no podría soportar semejante dolor!

Y la abuela lloraba cada vez con mayor fuerza. Yo también lloraba, pero no quería pedir perdón.

—¡Cálmese usted en nombre del cielo, señora condesa!—dijo Saint-Jérôme.

Pero la abuela no le oía ya. Ocultó el rostro entre las manos y los sollozos se transformaron en un ataque de nervios. Mimí y Gascha se precipitaron dentro de la habitación espantadas, se percibió olor de sales y toda la casa se conmovió con el rumor de pasos y de murmullos.

—Gócese usted en su obra,—me dijo Saint-Jérôme volviéndome á subir al piso superior.

—¡Dios mío!—pensé,—¡qué he hecho! ¡Qué terrible pecador soy yo!

Apenas bajó Saint-Jerome después de haberme ordenado que fuese á mi habitación, cuando me precipité sin saber como, sin darme cuenta de lo que hacía, escalera abajo.

No sé aún si es que quería huir de todas las personas de mi casa ó si iba á tirarme al río; sólo recuerdo que me tapaba la cara con las manos para no ver á nadie y que bajaba corriendo por la escalera principal.

—¿A dónde vas?—me preguntó de pronto una voz muy conocida.—Ven aquí; tengo necesidad de tí, pequeño.

Quise seguir adelante, pero papá me cogió por un brazo y me dijo severamente:

—Ven conmigo.

Y me llevó á un diván.

—¿Cómo te has atrevido á tocar mi cartera en el despacho? ¡Eh! ¿No respondes? ¡Eh! ¿qué dices?

Me cogió por una oreja.

—He obrado muy mal,—dije,—no sé yo mismo como pude hacerlo.

—¡Ah! ¿no sabes lo que te has hecho? No lo sabes, no lo sabes,—repetía tirándome de la oreja á cada palabra.—

¡Vuelve á meter la nariz en lo que no te importa! ¿Volverás á las andadas?

Aunque la oreja me dolía bastante, no lloré, porque sentía más bien un bienestar moral. Cuando papá me dejó, tomé su mano y la cubrí de besos.

—Pégame, —le dije llorando, —pégame más fuerte, hazme daño, soy un miserable, un malvado, un infeliz.

—¿Qué tienes? —me preguntó papá, separándose un poco.

—No, no quiero, no me marcharé, —grité cogiéndome á su levita. —Todos me detestan, ya lo sé; pero te lo ruego, escúchame, protégeme ó arrójame de casa; no puedo vivir con él; siempre me está humillando, siempre pretende hacerme arrodillar en su presencia, ¡ha querido pegarme con un palo! No puedo soportarlo, ya no soy un niño, no puedo, me moriría, me mataría. *El* ha dicho á la abuela que soy un bribón y se ha puesto enferma y quizás se morirá por culpa mía, ... yo... él... en nombre de Dios... pégale... por... que... me ator... menta.

Me sofocaban los sollozos. Incapaz de pronunciar una palabra más, me arrojé en el diván, dejé caer la cabeza sobre las rodillas de papá y continué sollozando con tal fuerza, que me parecía que iba á morir en seguida.

—¿Contra quién va todo eso? —me dijo papá en tono compasivo inclinándose hacia mí.

—Es mi tirano... es mi verdugo... me moriré... ¡nadie me quiere!...

Pronuncié estas palabras con fatiga y me cogió una terrible convulsión.

Papá me cogió en brazos y me llevó á mi habitación, donde concluí por quedarme dormido.

Cuando me desperté era ya tarde; junto á mi cama había una bujía encendida y nuestro médico con Mimi y Linbotshka estaban sentados cerca de mí, inquietos todos por mi salud, como se leía claramente en sus rostros. Yo, en cambio, me sentía tan bien después de un sueño de

doce horas seguidas, que habría saltado de la cama si no hubiese temido asustarlas.

No me castigaron y nadie hizo la menor alusión á lo que había sucedido, pero yo no podía olvidar todo lo que había notado durante aquellos dos días de desesperación, de sonrojo, terror y odio, pero no de ese odio de que se habla en las novelas y en el que yo no creo, ese odio que encuentra alivio haciendo mal á su enemigo. No, era el odio que os inspira una aversión invencible hacia un hombre, estimable por lo demás, que os hace aborrecer sus cabellos, sus ademanes, su voz, toda su persona, todos sus actos, mientras que una fuerza misteriosa os empuja hacia él y os obliga á seguir sus menores gestos con una atención inquieta. Este era el sentimiento que experimentaba hacia Saint-Jérôme.

Era para mí un tormento indecible el tener que tratar con él.

CAPÍTULO XXXVII

Los aposentos de la servidumbre

Me sentía cada vez más aislado y mi mayor placer era abandonarme á mis fantasías solitarias de que hablaré en el capítulo siguiente. Estos sueños tenían como teatro predilecto la habitación de los criados en donde se desarrollaba una novela que me interesaba y me conmovía de un

modo extraño. La heroína de esta novela era naturalmente Mascha. Estaba enamorada de Vassili, á quien había conocido antes de que entrase en casa, y le había prometido desde entonces casarse con él. La casualidad los había reunido de nuevo, después de una separación de cinco años, en casa de la abuela, pero sólo para añadir un nuevo obstáculo á su pasión recíproca en la persona de Kolia, que era tío de Mascha, Kolia se había negado terminantemente al matrimonio de su sobrina con Vassili, á quien consideraba como hombre sin sentido y disoluto.

La oposición dió por resultado el que Vassili hasta entonces algo reacio y con pocas ganas de casarse, se encendió de pronto por Mascha como puede inflamarse un sastre siervo de camisa roja y cabellos llenos de cosmético.

Las manifestaciones de este amor eran muy extrañas y necias. Por ejemplo, cuando Vassili se encontraba á Mascha no buscaba más que hacerle daño; ó la pellizcaba ó le daba un empujón ó la estrechaba con tanta fuerza que la ahogaba casi. Su pasión, sin embargo, no era menos sincera y lo demostró cuando Kolia dió una redonda negativa. El novio se entregó á la desesperación, se dió á la bebida, andando en camorras y escándalos y en suma dió en conducirse tan mal, que tuvo que intervenir la policía.

Aquella conducta y las consecuencias que traía consigo parecía que constituían grandes méritos á los ojos de Mascha, pues cada día aumentaba más su amor.

Cuando Vassili estaba en la cárcel, Mascha tenía siempre las lágrimas en los ojos; lloraba días enteros, lamentándose de su triste destino con Gascha, que era muy tierna para con los amantes infelices y andaba á escondidas á ver á su amiga y á consolarle, arrojando las reconvencciones y la punta de las botas de su tío.

No se escandalice el lector si le conduzco al encuentro de semejante sociedad; si las cuerdas de la simpatía y del amor no se han roto en su alma, encontrarán algo con

que templarse en la habitación misma de la servidumbre. Que al lector le agrade ó nó seguirme, no dejaré de ir al rellano de la escalera desde donde puedo ver todo lo que sucede en la habitación de los criados. Hé ahí la estufa sobre la que se encuentran las planchas; allí cuelga el polichinela de cartón al que le falta la nariz; hé ahí el cubo y el cántaro de agua. En el antepecho de la ventana se encuentran tirados en desorden un trozo de cera, un ovillo de seda, restos de pepinillos y una caja para dulces vacía. Sobre la mesa grande y pintada de rojo, se encuentra una almohadilla para coser y delante de la mesa *ella* está sentada.

Va vestida con una bata de algodón color de rosa, que tanto me agrada, y su pañuelo azul que tanto atrae mi atención.

Está cosiendo; de cuando en cuando se detiene para rascarse la cabeza con la aguja ó para despabilar la candelilla y yo la miro y pienso: «¿Por qué no ha nacido señora con aquellos ojos azules tan vivos, con aquellas enormes trenzas rubias y con aquel hermoso seno?»

¡Cuánto adornaría un comedor con un peinador de seda color azul y un sombrero de lazos color de rosa, no de la clase de los de Mimí, sino de los que he visto en el paseo del baluarte Tverskoï! Estaría bordando en su bastidor, yo la miraría en el espejo y por más que no quisiera haría algo por ella; le pondría la capa y la serviría á la mesa...

¡Qué antipático es ese Vassili con esa cara de granuja y con aquel mezuquino gabancito sobre la camisa roja y sucial! En cada movimiento, en cada gesto, parece verse el signo infalible del vergonzoso castigo que le espera.

—¡Cómo! ¿aún estás aquí, Vassia?—dice Mascha, sin levantar la cabeza y clavando la aguja en el acerico.

—Bueno, ¿qué pasa?—responde Vassili.—¿Se puede esperar algo bueno de *él*? Yo estoy decidido, y si me pierdo, la culpa será suya.

—¿Queréis té?—preguntó Nadioya, otra camarera.

—Le doy á usted las gracias. ¿Y por qué me detesta ese bandido de tu tío? Porque no tengo un traje que sea realmente mío... porque soy fuerte... porque tengo cierto modo de andar... ¡Eh!—concluye Vassili, agitando las manos.

—Es preciso obedecer—dice Mascha rompiendo el hilo con los dientes—y usted... usted siempre está...

—No puedo, vamos.

En este momento se oye cerrar con estruendo una puerta en la habitación de mi abuela y después una voz irritada por las escaleras.

—Que se vaya... á paseo, si no sabe lo que quiere... ¡Esto es peor que la galera! ¡que Dios me perdone!—murmura agitando las manos.

—¡Mis respetos á Agata Mikhailovna!—le dice Vassili levantándose.

—¡Toma, está usted aquí! por mi parte te niego mi saludo—respondió mirándole con aire amenazador.—¿Qué vienes á hacer aquí? ¿Es este el puesto para un hombre?

—He venido para informarme de vuestra salud—respondió tímidamente Vassili.

—Estoy para reventar; esa es mi salud—aúlla Agata Mikhailovna, cada vez más furiosa.

Vassili se echó á reír.

—No hay motivo alguno para reírse; lo que yo te digo es que te largues inmediatamente de aquí. ¡Ea! fuera. ¡Vaya un puerco! ¡Y quiere casarse! ¿Quieres marcharte?

Agata Mikhailovna entró en su habitación cerrando la puerta con tal fuerza, que temblaron los cristales. A través del tabique se le sintió echar pestes contra todo y contra todos, renegar de la vida que lleva, tirarlo todo al suelo, coger á su gato favorito por las orejas, y entreabriendo la puerta lanzar en medio de la habitación al pobre animal, que maullaba lastimosamente.

—Me parece que tendremos que dejar el té para otra vez—murmuró Vassili.—¡Hasta la vista!

—Quédate, no hagas caso—dijo Nadioya guiñando un ojo.—Guardaré el *samovar*.

—Voy á concluir de una vez—exclamó Vassili, que se acercó á Mascha apenas se fué Nadioya.—O me presento á la condesa directamente y le digo «asi están las cosas», ó bien... compro un carricoche de polichinelas y me voy al fin del mundo.

—¿Y yo?... ¿me dejarás aquí?

—Lo siento sólo por tí, si no, Dios sabe cuánto tiempo hace que me habría marchado.

—Vassia, ¿por qué no me traes ya desde hace tanto tiempo tus camisas á lavar?—dice Mascha después de un momento de silencio.—¡Qué negra está esa!—añadió cogiéndola por el cuello.

Se oye el timbre de la abuela y Gascha sale de su cuarto.

—¿Pero qué es lo que quieres aquí, mala bestia?—grita empujando á Vassili, que se había levantado precipitadamente dirigiéndose á la puerta.—No haces más que atormentarla; parece que te divierte verla llorar, ¡mala casta! Vete de aquí. Que no te volvamos á ver más. ¿Qué encuentras de bueno en él?—continuó dirigiéndose á Mascha.—¿No has recibido aún bastantes puntapiés de tu tío por culpa suya? Y siempre «no me casaré más que con Vassili Gronsski». ¡Imbécil!

—¡No me casaré más que con él no quiero á nadie más que á él, aunque me maten á palos—dijo Mascha prorumpiendo en deshecho llanto.

La contemplé un rato. Sentada sobre un baúl lloraba y se enjugaba los ojos con el pañuelo del cuello, y yo trataba de averiguar lo que podía encontrarse de seductor en Vassili. Por más que me esforzaba me era imposible, no obstante la sincera compasión que me inspiraba su dolor, el comprender como una criatura tan simpática pudiese amar á Vassili.

—Cuando sea mayor—decía entre mí al volver á clase,

—Petrovskoë será mío y Vassili y Mascha serán mis siervos. Estaré sentado en mi despacho fumando la pipa. Mascha pasará por la cocina con una plancha en la mano. Yo diré: «Traedme á Mascha». Ella vendrá y nos quedaremos los dos solos... De pronto viene Vassili y al ver á Mascha grita: «¡Mi tortolilla está perdida!» y Mascha se echa á llorar, pero yo digo: «¡Vassili! sé que la amas y que ella te ama. Ahí tienes mil rublos para ti; cástate con ella y sé feliz.» Y me iré al comedor.

Entre las innumerables ideas y los infinitos sueños sin ilación que poblaban mi mente, había algunos que dejaron en mí huellas profundas. A menudo se olvida cuál ha sido en su origen nuestra idea; pero se ve que es en su género una idea buena, se sienten sus efectos y se querría evocarla. A mí me quedó en el alma una de estas ideas: la de sacrificar mis simpatías á la felicidad de la Mascha, porque comprendí que no podía ser feliz más que con Vassili.

CAPITULO XXXVIII

Adolescencia

Se dudará tal vez de mis palabras cuando diga cuáles eran, en la época de mi adolescencia, mis reflexiones favoritas tan poco en armonía con mi edad y con toda mi educación; pero, á mi juicio, el contraste entre mi apa-

riencia y mi actividad moral será precisamente la prueba mejor de que me retrato á mí mismo con toda fidelidad.

Un año entero viví en aislamiento moral absoluto, siempre entregado á mis reflexiones. Ante mí desfilaron las cuestiones más abstrusas del destino humano, de la vida futura y de la inmortalidad del alma, y mi débil inteligencia de niño trabajaba con ardor para resolver aquellos grandes problemas que el genio humano con toda su pertinacia apenas logra formular, sin llegar á explicárselos. Me parece que cada individuo recorre en su desarrollo intelectual las mismas fases recorridas por las generaciones precedentes; que las ideas que constituyen el fundamento de las diversas teorías filosóficas son parte integrante del espíritu humano, y que todo hombre ha venido más ó menos claramente á conocer estas teorías aun antes de saber que existen.

Estas reflexiones se apoderaron de mi espíritu con tal fuerza y vivacidad, que traté de aplicarlas á la vida creyendo haber descubierto el primero verdades inmensamente importantes y útiles.

Un día se me ocurrió que la felicidad no depende de las circunstancias exteriores, sino del modo con que las consideramos, y que un hombre habituado á soportar el dolor no puede ser infeliz. Y precisamente para habituarme al dolor me ejercité, dominando mis padecimientos, en tener un diccionario con el brazo extendido por cinco minutos, ó bien me iba al desván y tomaba unas cuerdas azotándose con ellas hasta que sin querer se me saltaban las lágrimas.

Otra vez, al reflexionar que la muerte nos puede herir á toda hora, á cada minuto de nuestra vida, senté que el hombre no puede ser feliz más que con la condición única de gozar del presente sin pensar en el porvenir y no concebía como no hubiesen comprendido aun una idea tan palpable. Por tres días, bajo la influencia de tal idea, dejé á un lado los estudios y pasé el tiempo estirado en la ca-

ma, divirtiéndome en leer novelas ó en comer pasteles comprados con mi dinero.

En otra ocasión hallábanme en pie ante la pizarra y trazaba con el yeso figuras geométricas. De repente me hirió esta idea: ¿Por qué satisface al ojo la simetría? ¿Qué es ante todo la simetría? Me respondí: La simetría es un sentimiento innato. Pero ¿en qué está basado? En la vida, ¿es todo simétrico? Nada de eso. Hé aquí la vida (tracé un círculo); por la muerte el alma pasa á la Eternidad; hé aquí la Eternidad (tiré una línea desde el círculo al margen de la pizarra). ¿Por qué no hay una línea igual en la otra parte de la pizarra? Y en efecto, ¿qué Eternidad es esa que tiene un principio? Seguramente todos nosotros hemos vivido antes de esta vida, aun cuando hayamos perdido el recuerdo de otra existencia.

Este razonamiento cuyo hilo siempre me cuesta trabajo encontrar me parecía entonces nuevo y muy claro y me agradó tanto, que decidí ponerlo por escrito. Tomé un pliego de papel, pero de súbito se me ocurrieron tantas ideas, que tuve que levantarme de la silla y excitarme paseando por la habitación.

Al acercarme á la ventana en una de estas vueltas, atrajo mi atención un caballo que un cochero estaba engan- chando al coche y mis pensamientos se concentraron en la solución de este problema: Cuando muera el caballo, ¿pasará su alma al cuerpo de un animal ó al de un hombre? En aquel momento Volodia atravesó la habitación y se sonrió al notar mi aspecto pensativo; aquella sonrisa bastó para hacerme comprender que no pensaba más que barbaridades.

He contado estos pormenores para dar al lector una idea de la naturaleza de mis reflexiones en aquella época.

De todos los sistemas filosóficos, ninguno me seducía tanto como el escepticismo que por algún tiempo me redujo á un estado rayano en la locura. Me imaginaba que no existía nada, ni nadie en el mundo; que los objetos no

eran una realidad, sino apariencias evocadas por mí en el momento en que fijaba en ellos mi atención y que se desvanecían cabalmente cuando dejaba de pensar en ellos. En una palabra, creía con Schelling que todos los objetos existen no por sí mismos, sino en cuanto tienen relación con uno mismo. Había momentos en los que bajo la influencia de esta idea avasalladora llegaba á tal punto de extravío, que de pronto me volvía atrás con la esperanza de ver la nada allí donde ya no estaba.

¡Oh inteligencia humana! ¡Pobre y mezquino esfuerzo de la actividad moral!

Mi débil inteligencia no podía comprender lo impenetrable, y en este penoso trabajo perdía una á una todas las creencias que constituyen la felicidad de la vida y que jamás debí poner en duda.

De toda esta enorme fatiga intelectual no recogía fruto alguno, sino más bien cierta agitación que debilitaba en mí la fuerza de la voluntad y la costumbre de un continuo análisis moral que agostaba toda la frescura de mis sensaciones y toda la pureza de mis juicios.

Las ideas abstractas son producto de la facultad que, en un momento dado, permite al hombre darse cuenta del estado de su propia alma y de la facultad de conservar el recuerdo. Mi inclinación á las meditaciones abstractas dotó á mi conciencia de tal sutileza enfermiza que á menudo, pensando en la cosa más sencilla, me ponía á analizar mi pensamiento y me perdía en este análisis sin encontrar salida. No tenía presente la cuestión en sí, antes al contrario me decía: «¿En qué pienso?» y me respondía: Pienso lo siguiente: ¿En qué cosas pienso? ¿Y ahora? Ahora pienso que pienso en qué cosa pienso; y así sucesivamente. Mi mente comenzaba á perder su equilibrio.

Entre tanto los descubrimientos filosóficos que hacía lisonjaban mucho mi amor propio. Imaginaba á veces ser un grande hombre que descubre verdades para bien del género humano y miraba con desdén á los demás mor-

tales seguro de mi valer. Y no obstante, cuando me encontraba en presencia de aquellos miseros mortales, sentía una timidez excesiva y cuanto más me ensalzaba á mí mismo, menos capaz era de afirmar ante los demás el sentimiento que tenía de mi valer ó simplemente de no avergonzarme á cada palabra que pronunciaba ó á cada uno de mis actos.



CAPÍTULO XXXIX

Volodia

A medida que avanzo en la exposición de esta época de mi vida, se me aparece el camino más escabroso y difícil. Muy raras veces encuentro entre los recuerdos de entonces algún vislumbre de aquellas emociones ardientes y sinceras que tan á menudo y con tanto esplendor embellecieron los primeros años de mi vida. Sin quererlo, trato de salir de este desierto de la adolescencia para alcanzar el tiempo feliz en que conocí los sentimientos verdaderos y afectuosos y en que la amistad iluminó con su luz brillante el fin de una época y marcó el principio de un nuevo periodo, bello, poético y atractivo: el de mi juventud.

No seguiré, pues, hora por hora las memorias de mi adolescencia, sino que me limitaré á tocar ligeramente los puntos principales desde la época á que he llegado en mi narración, hasta la amistad que contraje con el hombre

extraordinario que ejerció, en mi carácter y en mis tendencias, una influencia decisiva.

Volodia se prepara para su admisión en la Universidad; toma lecciones aparte y yo le escucho con envidia y con involuntario respeto; le veo dar ligeros golpes en la pizarra, mientras habla de funciones, de senos, de coordenadas y de otras cosas de este género, que me parecen otros tantos misterios impenetrables é insolubles. Un domingo, después de almorzar, todos los preceptores y dos profesores se reúnen en la habitación de mi abuela, en presencia de papá y de algunos invitados. Simulan el examen de ingreso en la Universidad, y Volodia, con mucho contento de mi abuela, ejecuta una gran figura. También me dirigen algunas preguntas, pero respondo muy mal, aunque los profesores hacen visibles esfuerzos para disimular mi ignorancia á los ojos de mi abuela, lo que me turba más aún. Por otra parte, se cuidan muy poco de mí, porque tengo sólo quince años y me queda un año para poderme preparar. Volodia sólo baja de su habitación á la hora de comer, y se pasa todo el día y gran parte de la noche estudiando.

Y no porque se le obligue á ello; lo hace voluntariamente, porque tiene mucho amor propio y no quiere hacer un examen mediano, sino distinguirse de un modo especial.

El día fatal ha llegado. Volodia se pone un vestido azul con botones de bronce, las botas de charol y el reloj de oro. El coche de papá está dispuesto al pie de la escalera. Volodia y Saint-Jérôme montan y se van á la Universidad. Las niñas, y en especial Catalina, radiantes de alegría y orgullo, miran por la ventana al elegante Volodia que sube al coche. Papá repite á cada paso: «¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera!» y mi abuela, que también se había acercado á la ventana y que tiene los ojos llenos de lágrimas,

bendice á Volodia y murmura hasta perder de vista el coche.

Volodia vuelve al fin. Todos le preguntan con impaciencia: «¿Qué tal? ¿Te han aprobado? ¿Cómo te ha ido?» Basta mirar su rostro radiante para convencerse de que todo ha ido bien.

Volodia ha obtenido el número 5. Al día siguiente, los mismos augurios y las mismas angustias á la partida, la misma impaciencia y la misma alegría á la vuelta. Así pasan nueve días; al décimo es el último examen, lo más difícil: el examen de religión. Todos estamos en la ventana y la agitación es mayor que los días anteriores. Son ya las dos y Volodia no parece: «¡Dios mío! ¡papá! ¡ya viene! ¡ya viene!» grita Liubotshka, pegado el cuerpo á los cristales de la ventana.

En efecto, ya bajan del coche Saint-Jérôme y Volodia, que no lleva ya su vestido traje azul y el gorro gris; viene vestido de estudiante, con su chaqueta azul, recamada de oro, con tricornio y al cinto una espada dorada.

—¡Si tú pudieses verla, hija mía!—exclama mi abuela al divisar á Volodia, y cae desvanecida en brazos de Mimi.

Volodia entra rápidamente, muy gozoso, en la antesala, me besa á mí, besa á Liubotshka, á Mimi, á Catalina, que se ruboriza muchísimo. No cabe en sí de alegría; ¡le sienta tan bien el uniforme! ¡El color azul va tan bien con el negro bozo que cubre su labio superior! ¡Qué hermosa figura! ¡Qué distinción!

Aquel día memorable comimos todos en la habitación de mi abuela. Todos estábamos muy satisfechos, y á los postres vino el mayordomo, que traía con toda solemnidad una botella de champagne envuelta en una servilleta.

Mi abuela bebió champagne por primera vez, después de la muerte de mamá; vació una copa á la salud de Volodia y lloró de nuevo al mirarle.

Ahora Volodia sale solo en coche propio. Recibe en sus

habitaciones á los amigos, fuma, va al baile, y un día le ví con mis propios ojos beberse dos botellas de champagne en sus habitaciones y en compañía de otros jóvenes. Bebian á la salud de algunas personas á las que yo no conocía, y disputaban sobre quién había de apurar la botella.

Volodia almuerza casi siempre en casa y después de almorzar permanece, como antes, en el comedor, hablando en secreto con Catalina.

Al parecer—nunca tomo parte en sus coloquios—hablan únicamente de héroes de novela, de celos y amores. No acierto á comprender cómo estas cosas pueden interesarles, y me extraña su leve sonrisa y el que á veces cuestionen con vivacidad.

Observo que entre Catalina y Volodia, además de la amistad natural entre compañeros de infancia, existen relaciones extrañas que los alejan de nosotros, creando entre ellos no sé qué vínculo misterioso.

CAPITULO XL

Catalina y Liubotshka

La primera tiene ya dieciséis años y ha crecido mucho. Las formas angulosas, los modales desgarbados y la timidez de la edad infantil, han cedido el puesto á la gracia y á la frescura de la flor que se abre, y sin embargo, Catalina no ha cambiado. Tiene los mismos ojos azules y la misma mirada sonriente, la misma naricita que forma casi una línea recta con la frente, la misma boca de sonrisa de-

liciosa, los mismos hoyitos en las rosadas mejillas transparentes, los mismos brazos blancos... Puede dársele el nombre de «virgen pulcra.» No se observa en ella de nuevo más que la gruesa trenza rubia, arreglada como conviene á las personas mayores, y el seno naciente, cuyo crecimiento le causa placer y turbación al mismo tiempo.

—Liubotshka es una muchacha completamente distinta, aun cuando ambas han crecido y se han educado juntas.

Liubotshka es pequeña, raquítica y contrahecha, con pies de ánade. En su cara no hay más belleza que la de los ojos, que son verdaderamente magníficos; grandes, negros, con expresión indefinible de seriedad é ingenuidad que no cabe dejar de admirar.

Liubotshka es todos sus actos sus actos sencilla y natural; Catalina procura siempre imitar á alguien. La primera mira siempre á las personas á la cara, y á veces clava en uno sus ojos con tal insistencia, que la han reñido varias veces, porque, según parece, esta fijeza no es de buena educación. Catalina baja los ojos, entorna las pestañas y sostiene que es míope, cuando yo sé que ve muy bien. A Liubotshka no le agrada hacer dengues en presencia de los extraños, y cuando alguien que viene de visita la abraza, se incomoda y declara que no le gustan las ternezas. Catalina, en cambio, es mucho más afectuosa con su madre cuando hay gente, y le gusta pasear por el salón cogida del talle de una amiga. Liubotshka se ríe con la mejor gana del mundo, y á veces tiene accesos locos de hilaridad, durante los cuales corre por la estancia agitando las manos; Catalina, cuando ríe, se esconde la boca con las manos ó con el pañuelo.

Liubotshka se sienta erguida en una silla y camina con los brazos colgando; Catalina dobla la cabeza un poco á un lado y anda con los brazos cruzados. Liubotshka se pone muy contenta cuando habla con un hombre y dice que se cesará con un húsar. Catalina asegura que todos los hom-

bres le inspiran aversión, que no se casará nunca, y cuando habla con un hombre no es ya la misma: diríase que tiene miedo.

Liubotshka está en continua lucha con Mimi á causa de los corpiños que la aprietan «y le impiden respirar»; come mucho y con buen apetito. Catalina mete el dedo bajo su corsé para hacer ver que es muy áncho y comé muy poco. A Liubotshka le agrada el dibujo de figura; Catalina no dibuja más que flores y mariposas. Liubotshka toca con mucha precisión los conciertos de Field y trozos escogidos de Beethoven; Catalina toca valeses y romanzas, no guarda el compás, pateo, pone continuamente el pedal y no comienza á tocarse sin haber ejecutado dos ó tres arpeggios.

Catalina se asemejaba, según mis ideas de entonces, á una persona mayor, y por esto la prefería á Liubotshka.

CAPITULO XLI

Papá

Papá está mucho más alegre desde que Volodia ingresó en la Universidad y come más á menudo que antes con mi abuela. Sé por conducto de Kolia que su alegría depende de haber ganado mucho al juego en estos últimos meses.

Está de tan buen humor, que por la noche, antes de irse al Casino, suele sentarse al piano y llamándonos á todos en torno suyo, empieza á cantar canciones llevando el

compás con el pie en ciertos pasajes y agitando sus zapatos planos (no podía sufrir los tacones y no los llevaba nunca). Era de ver en estos casos la admiración cómica de Liubotshka, su predilecta, que le paga este cariño con una especie de culto.

De vez en cuando venía á clase y me escuchaba con gesto severo mientras daba mi lección; en muchas ocasiones noté por algunas palabras con las que pretendía corregirme que sabía menos que yo. Otras veces nos hacía señas á escondidas cuando mi abuela se inquietaba y gritaba sin razón alguna ó por la menor cosa. «Nosotros los chicos—decía después,—hemos recibido una fraterna.»

En una palabra, papá va bajando poco á poco de las alturas inaccesibles en que lo había colocado mi imaginación.

Continúo besando, es verdad, su mano ancha y blanca con la misma afección y con el mismo respecto sincero, pero me tomo la libertad de criticarlo, de juzgar sus actos y me espanto de las ideas que á veces acuden á mi mente. No olvidaré nunca un accidente que suscitó en mí muchos de esos pensamientos y que me ocasionó grandes padecimientos morales.

Una noche, á hora avanzada, entró de frac negro y chaleco blanco en busca de Volodia para llevarle á un baile. Volodia estaba aún vistiéndose y abuela le esperaba en su habitación. Tenía la costumbre, en las noches de baile, de hacerle venir á su presencia para verle, bendecirle y darle algunas instrucciones.

En la sala, alumbrada por una sola lámpara, Mimi se paseaba con Catalina, y Liubotshka estudiaba al piano el segundo concierto de Field, la pieza favorita de mamá.

No he visto nunca entre individuos de la misma familia un parecido que me choque tanto como el que existía entre mamá y mi hermana. La semejanza no estaba ni en las facciones ni en el conjunto de la cara, sino en algo indefinible: en las manos, en la manera de andar y sobre

en la voz y en algunas expresiones. Liubotshka se impacientaba y decía: «¡No hacen más que impacientarme; no han hecho otra cosa *toda la vida!*» Pronunciaba aquellas palabras «toda la vida», que eran una expresión de mamá, cargando como ella el acento en la palabra *toda*: *to...da* la vida; me parecía oír á mamá. Sobre todo en el piano la semejanza era extraordinaria, no sólo en la manera de tocar, sino en todos los ademanes.

Liubotshka tenía el mismo modo de arreglarse el vestido y de volver la página con la mano izquierda cogiéndola por arriba. Daba el mismo puñetazo de impaciencia cuando no le salía bien un pasaje difícil, con el mismo «¡Ah, Dios mío!» Alardeaba de la misma delicadeza y de la misma precisión al tocar aquel precioso aire de la escuela de Field, llamado tan gráficamente «sonido de perla» y que no ha podido olvidarse ni siquiera con los golpes violentos de los modernos pianistas.

Papá entró con ágiles pasos y se acercó á Liubotshka que al verlo se detuvo.

—No, continúa, Liuba,—le dijo haciéndola sentar.—Ya sabes que me gusta oírte.

Liubotshka se volvió á sentar y papá permaneció largo rato sentado frente á ella, con el codo apoyado en el piano. De pronto le dió el *tic* que le hacía mover involuntariamente el hombro; se levantó y se puso á pasear por la estancia.

Cada vez que pasaba junto al piano se detenía y examinaba un momento á Liubotshka. Por sus movimientos y su manera de andar comprendí que estaba conmovido. Después de dar dos ó tres vueltas, se acercó á mi hermana y le besó los cabellos negros; y al fin reanudó su paseo.

Concluida la pieza, cuando Liubotshka le preguntó: «¿Está bien?»—él la cogió la cabeza y la besó en la frente y los ojos con una ternura de la que yo no le creía susceptible.

—¡Oh Dios mío! ¡lloras!—dijo de pronto Liubotshka

fijando en él sus grandes ojos atónitos.—Te pido perdón, querido padre, había olvidado que ésta era la *composición de mamá*.

—No, querida, tócala muchas veces,—dijo con voz temblorosa.—¡Si supieras cuánto bien me hace llorar contigo!

La besó otra vez, trató de dominarse, mientras su hombro estaba aún muy agitado por el *tic* y se dirigió hacia la puerta del corredor que conducía á la habitación de Volodia.

—Voldemar ¿estás listo?—gritó desde el corredor.

En aquel momento pasaba Mascha la camarera. Al ver á su amo bajó la cabeza y trató de pasar por detrás; pero él la detuvo.

—¡Cada día estás más linda!—le dijo inclinándose hacia ella.

Mascha se ruborizó y bajó más la cabeza.

—¿Me permite V?—murmuró.

—¡Voldemar! ¿qué haceis?—repitió papá, sacudiendo la cabeza y tosiendo. Mascha pasó por delante de él y entonces me vió.

Amo á mi padre, pero la razón es independiente del corazón y sugiere á menudo al hombre ideas que quebrantan todo afecto; ideas incomprensibles y crueles para el corazón.

Por más que me esfuerzo en desviarlas, me persiguen sin descanso.

CAPITULO XLII

Mi abuela

Mi abuela está cada día más débil y cada día se oyen más á menudo en su habitación los toques del timbre, la voz irritada de Gascha y el ruido de puertas cerradas con furia.

Ya no nos recibe en su gabinete, hundida en su poltrona; la vemos siempre en su alto lecho sobre las almohadas embellecidas con encajes. Al darle los buenos días y besarle la mano, observo en ella una inflamación de un blanco amarillento y siento en la habitación el mismo olor asficiente que noté cinco años atrás en la habitación mortuoria de mamá.

El médico viene tres veces al día y se hacen varias consultas. Sin embargo, el carácter de mi abuela no ha cambiado; siempre está irritada y ceremoniosa con todas las personas de casa y especialmente con papá. Acentúa las palabras al pronunciarlas como antes, frunce el ceño como antes, y dice aún:—«Querido mío».

Ya hace mucho días que no nos permiten entrar en su habitación y una mañana, á la hora de las lecciones Saint-Jérôme, me propuso un paseo en trineo con Sinbotshka y Catalina. Aunque he notado al montar en el trineo que habían esparcido mucha paja en un trozo de calle debajo de las ventanas de mi abuela y que algunos individuos con tabardo turquí estaban parados ante la puerta, no puedo comprender porque nos mandan fuera en trineo á una hora tan inusitada.

Durante el paseo Liubotshka y yo tuvimos uno de esos momentos de júbilo en que basta una palabra, un ademán, una fruslería para arrancarnos una carcajada.

Un buhonero ambulante que atraviesa la calle corriendo nos hace reír. Un trineo mal guiado alcanza al galope el nuestro y el cochero tira de la extremidad de las riendas; nosotros prorrumpimos en una carcajada. El látigo de Felipe se enreda en la lanza del trineo y Felipe se vuelve gritando:—¡Eh!—y nosotros no desternillamos de de risa.

Mimi declara con torvo semblante que solamente los necios se rien sin motivo. Liubotshka se vuelve de púrpura por el esfuerzo que hace para no reírse y me mira á hurtadillas. Al encontrarse nuestras miradas soltamos una

risotada que nos hace llorar y que amenaza sofocarnos. Apenas comenzamos á estar más tranquilos miro á Liubotska pronunciando una palabra especial que habíamos adoptado hacia algún tiempo y que tiene el don de hacernos reír y nos reímos de nuevo.

Al volver á casa y cerca de la puerta iba á abrir la boca para hacer una soberbia mueca á Ljubotska cuando tropezaron mis ojos con la tapa negra de un ataúd que estaba apoyado en una hoja de la puerta del salón. Me quedé con la boca abierta y con mi visaje á medio hacer.

—¡Vuestra abuela ha muerto!—nos dice Saint Jerome que salió á recibirnos muy pálido.

En tanto que permaneció el cuerpo de la abuela en casa sentí aquella impresión dolorosa que infunde el miedo de la muerte. Quiero decir que aquel cadáver me recordaba con insistencia desagradable que todos tenemos que morir un día, pensamiento que suele asociarse con un sentimiento de tristeza. La muerte de mi abuela no me causaba la menor pena y á los demás les ocurrió lo mismo.

La casa, en verdad, estaba llena de visitas, pero nadie se manifestaba muy afligido, á excepción de una persona cuyo violento dolor me chocó más de cuanto podría imaginar. Esta persona era Gascha la doncella, que fué á encerrarse en su cuarto y allí, llorando á mares, gritaba, se mesaba los cabellos y afirmaba sin querer oír los consuelos que le prodigaban, que sólo la muerte podría indemnizarle, de la pérdida de su querida ama.

Repito que en materia de sentimiento la falta de lógica es la mejor prueba de sinceridad.

Mi abuela ha muerto, pero su recuerdo vive aun en la casa y es objeto de infinitos comentarios que se refieren casi todos al testamento que ha hecho antes de morir y que nadie conoce, á excepción del príncipe Ivan Ivanovitch, albacea testamentario. Observo cierta agitación entre las personas de casa y siento que se discute á menudo sobre

lo que habrá dejado á cada cual. Confieso que, sin querer, pensé con satisfacción en que íbamos á heredar algo.

Pasadas seis semanas Kolia, que era el correveidile de la casa, me contó que la abuela dejaba su fortuna á Liubotska y que le daba por tutor hasta la época de su matrimonio, no á papá, sino al príncipe Ivan Ivanovitch.

CAPITULO XLIII

Yo

No me quedan ya más que algunos meses para entrar en la Universidad y estudio mucho. No sólo no tiemblo ya en espera de los profesores, sino que por el contrario las lecciones me interesan y siento un gran placer al recitarlas bien. Me preparo para ser admitido en la Facultad de Ciencias y confieso que he elegido las Ciencias matemáticas, porque me gustan extraordinariamente las palabras seno, tangente, diferencial, integral, etc.

Soy mucho más bajo que Volodia, pero membrudo y fuerte; continúo tan feo como antes, lo que me duele más que nunca, aunque me queda el consuelo de mi originalidad. Una sola cosa me consuela; papá dijo un día que yo tenía una *fealdad inteligente*; y quedé muy persuadido de esto.

Saint Jérôme está contento de mí, me elogia á menudo, y no sólo no le odio ya, sino que cuando dice que *con mis dotes, con mi inteligencia* sería una vergüenza no llegar á algo, casi le quiero bien.

Hace tiempo que no me cuido de lo que sucede en la habitación de la servidumbre y me avergüenzo de esconderme detrás de las puertas. La seguridad de que Mascha

ama á Vassili no me conmueve mucho. El matrimonio de Vassili concluye por curarme de esta pasión infeliz, y yo mismo, á ruegos del lacayo, he solicitado el permiso de mi padre.

Cuando vienen los esposos con una bandeja de confites á dar las gracias á papá, y Mascha, cubierta la cabeza con un gorro de lazos azules, nos da las gracias á todos de no sé qué y nos besa en el hombro, aspiro el perfume de rosa de sus cabellos y no experimento ninguna emoción.

Empiezo en suma á corregirme de mis defectos, excepto del principal de todos, que me hará mucho mal en la vida: la necesidad de raciocinar.

CAPITULO XLIV

Los amigos de Volodia

Hallándome con los amigos de Volodia representaba entre ellos un papel humillante para mi amor propio, y con todo, me gustaba mucho estar en la habitación de Volodia cuando había alguien allí; en estos casos me sentaba y lo observaba todo sin desplegar los labios. Los que más á menudo venían á buscarle eran el ayudante Dubkof y el príncipe Nekliudof, estudiante. Dubkof era un moreno musculoso con piernas un poco cortas, no muy joven, pero sí hermoso y de gesto alegre. Era uno de esos hombres de corto entendimiento que gustan precisamente porque son así. Como no ven más que una fase de las cosas, se muestran siempre entusiastas y sus juicios aunque exclusivos y falsos son sinceros y simpáticos. Hasta su frío egoísmo resulta amable y consiguen hacérselo perdonar. Dubkof tenía á nuestros ojos un doble atractivo:

aire militar y el continente y los modales juveniles que no sé por qué se confunden con cierta «distinción» á la que suele prestarse gran valor en la primavera de la vida.

En realidad, Dubkof era «un hombre distinguido» en el sentido corriente de la palabra. Una cosa sola me desagradaba en él y era que Volodia al verle parecía avergonzarse de tenerme por hermano; le que más la avergonzaba era mi juventud.

Nekliudof era feo; ciertamente no puede un hombre ser bello con dos ojillos grises, la frente deprimida y los brazos y las piernas demasiado largas. No poseía cualidad física apreciable fuera de la estatura, la tez y los dientes, pero, aunque era feo, sus ojillos penetrantes y expresivos, su sonrisa vivaz, ora severa, ora infantil, daban á su fisonomía un carácter original y enérgico, que á nadie pasaba inadvertido.

Debía ser muy tímido, porque se ruborizaba con frecuencia, pero su timidez no se asemejaba á la mía: cuanto más se sonrojaba tanto más atrevida era la expresión de su rostro, y se habría dicho que se irritaba contra sí mismo por razón de la propia debilidad.

Aunque aparentemente se entendía muy bien con Dubkof y Volodia, adivinábase que sólo la casualidad podía haberlos impulsado el uno hacia el otro, ya que Volodia y Dubkof rechazaban por decirlo así todo lo que era seriedad y sensibilidad, mientras Nekliudof se apasionaba y se engolfaba á menudo, desafiando las burlas de los otros dos, en la filosofía y en las cuestiones de sentimiento.

Volodia y Dubkof hablaban con mucho gusto de sus amores (se enamoraban paladinamente de varias personas á la vez y ambos de una misma), mientras Nekliudof se incomodaba de veras siempre que aludían á su simpatía por cierta rubia. Volodia y Dubkof se burlaban á menudo de individuos de su propia familia, y Nekliudof se enojaba y se salía de sus casillas cuando oía algo desagrada-

ble de su tía, por la que sentía una especie de veneración. Volodia y Dubkof se iban después de cenar á cualquier sitio á donde no les seguía Nekliudof, á quien llamaban «la jovencita rubia».

El príncipe Nekliudof me admiró desde el momento en que le vi, tanto por su lenguaje como por su exterior, pero aún cuando estábamos de acuerdo en muchos puntos, y quizá por esto precisamente, el sentimiento que me inspiró en nuestro primer encuentro distó mucho de ser simpático.

Me disgustaron su mirada penetrante, su voz firme, sus modales altaneros, y sobre todo, la completa indiferencia que me demostraba.

Durante la conversación sentí el ardiente deseo de contradecirle, habría querido aniquilarlo para castigar su orgullo, hacerle ver que yo era también inteligente, aunque no se cuidaba de mí. Su timidez me contuvo.

CAPITULO XLV

El principio de la amistad

Volodia estaba tumbado en el diván y leía una novela francesa cuando entraron Dubkof y Nekliudof con el sombrero á la cabeza y con el gabán puesto.

—¡Buenos días, gran diplomático!—dijo, Dubkof dándome la mano.

Los amigos de Volodia me llamaban el *diplomático* porque un día mi abuela, después de almorzar, les había dicho á propósito de nuestro porvenir que Volodia sería militar y que á mí me estaban reservados el frac negro y el

tupé del diplomático. A sus ojos, no se podía ser diplomático sin el tupé.

Aquel día se hablaba en la habitación de Volodia del amor propio. Sostuve que todos lo teníamos; que todo lo que hacíamos, lo hacíamos por amor propio; que no existe un solo hombre en el mundo que no se crea mejor y más inteligente que los demás.

—Por mí puedo responder,—dijo Nekliudof,—que yo he encontrado personas á las que reconozco más inteligentes que yo.

—¡Es imposible!—dije con convicción.

Nekliudof me miró.

—¿Cree usted de veras lo que dice?

—Y tan de veras, —respondí,—y se lo demostraré á usted.

—¿Por qué nos amamos todos á nosotros mismos más que á los demás? Porque creemos valer más que ellos ó ser mucho más dignos de afecto. Si creyésemos á los demás mejores que nosotros les amaríamos más que á nosotros mismos, cosa que no sucede nunca.

—Me parece,—añadió con sonrisa de triunfo,—que tengo toda la razón.

Nekliudof permaneció callado un instante.

—No le habría creído á usted tan inteligente,—dijo después con sonrisa amable que me produjo un gran placer.

Las alabanzas influyen de tal modo en los sentimientos y el espíritu del hombre, que me parece haberme convertido de pronto en un genio y las ideas se agolpan á mi mente con insólita rapidez.

Del amor propio pasamos al amor, tema inagotable para nosotros. Nuestras palabras habrían parecido absurdas á quien quiera que hubiese estado presente; pero para nosotros las ideas, aunque confusas y mezquinas, tenían gran importancia.

Nuestras almas estaban tan en armonía, que bastaba to-

car una cuerda cualquiera en uno de los dos para que también el otro sintiese la vibración.

Nos parecía que no tendríamos nunca tiempo ni palabras suficientes para comunicarnos todos los pensamientos que acudían á nuestra mente.

A contar de aquel día se establecieron entre Demetrio Nekliudof y yo relaciones muy extrañas, pero no dejaban de tener su encanto. En público no se cuidaba de mí, pero apenas estábamos solos, comenzaba la discusión olvidándolo todo y sin notar que el tiempo pasaba.

Hablábamos del porvenir, del arte, de la carrera que había que emprender, de la educación de los niños, y nunca se nos antojaba que lo que decíamos pudiera ser insensato. Esta idea no podía ocurrirnos porque nuestras absurdidades eran inteligentes y la juventud ama el ingenio y tiene fe en él.

En esta edad todas las fuerzas del alma se enderezan al porvenir que en virtud de esperanzas fundadas, no en la experiencia, sino en sueños de felicidad, variados, vivos y seductores, basta para proporcionar á la juventud la felicidad real.

Cuando se discutía de Metafísica, uno de nuestros temas predilectos, me sentía feliz con la rápida sucesión de las ideas que en fuerza de ser abstractas se hacían tan nebulosas que no era posible expresarlas, y nos veíamos obligados á decir á veces lo contrario de lo que pensábamos. Me sentía feliz cuando á fuerza de remontarnos á las regiones del pensamiento, descubríamos de pronto la inmensidad, y comprendíamos que era imposible subir más alto.

Sucedió que durante el Carnaval, Nekliudof estuvo ocupado en sus diversiones, que no habló conmigo un solo instante, aún cuando venía varias veces cada día á casa. Me hirió tanto esta conducta que empecé á encontrarle orgulloso y antipático y esperaba con impaciencia una ocasión propicia para probarle que podía prescindir de su

compañía y que no sentía por él ningún afecto extraordinario.

La primera vez que quiso hablar conmigo después del Carnaval, le dije que tenía estudiar y subí á clase, pero al cabo de un cuarto de hora se abrió la puerta y entró Nekliudof.

—¿Le estorbo á usted?

—No,—le respondí.

Tenía sin embargo la intención de responder que estaba ocupado muy de veras.

—¿Por qué se ha ido usted de la habitación de Volodia? Hace tanto tiempo que no hemos hablado, que debido á la costumbre, me parece que me falta algo.

Mi furor se desvaneció, y Dmitri me pareció de nuevo el mejor y el más querido de los hombres.

—De seguro,—le dije,—que usted sabe por qué he venido aquí.

—Claro,—dijo sentándose junto á mí;—pero aun cuando haya adivinado el motivo no puedo decirlo. A usted toca revelarlo.

—Se lo voy á decir ahora mismo: he venido porque estaba incomodado con usted... ó más bien, estaba muy apesadumbrado. Temo, en una palabra, que me desprecien porque soy demasiado joven...

—¿Sabe usted por qué estamos siempre tan conformes? —dijo respondiendo á mi confesión con una mirada bondadosa é inteligente;—¿por qué le quiero á usted más que á las personas á quienes conozco de mucho tiempo y con quienes he tenido mayor contacto? Pues voy á decirle á decirle á usted el por qué: usted posee una virtud rara y preciosa: la sinceridad.

—Sí, lo confieso; siempre lo digo todo, aunque me dé vergüenza, pero sólo á las personas de cuya amistad estoy seguro.

—Sí, pero para estar seguro de un hombre es preciso haber intimado con él y nosotros no hemos llegado á tanto. Recuerde usted, Nicolás, todo lo que hemos dicho con respecto á la amistad; para ser verdaderos amigos es preciso estar seguros uno de otro.

—Es preciso tener la seguridad de que el uno no irá á divulgar lo que ha dicho el otro, y ¡vea usted! las cosas importantes, que pesan sobre nuestro corazón, son precisamente las que nosotros no diríamos por nada en el mundo. ¡Y qué feos pensamientos! tan viles, que si adivináramos la mutua confesión que de ellos debemos hacer, los desterraríamos de nuestro corazón.

—¿Sabe usted lo que pienso, Nicolás?—dijo levantándose y restregándose las manos, á la vez que se sonreía.—Hagámoslo y verá usted cuán útil será para los dos. Jurémonos mutua sinceridad; nos conoceremos recíprocamente y nunca se elevará entre nosotros una disputa. Para no deber nada á los extraños, nos prometeremos no hablar nunca uno de otro. ¿Qué le parece á usted?

—Hagámoslo así.

Así lo hicimos en adelante. Luego diré todo lo que resultó.

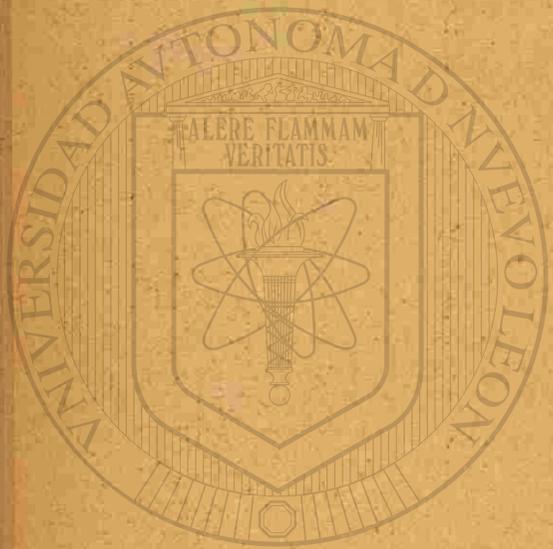
Alfonso Karr ha dicho que en toda afección el uno ama y el otro se deja amar; el uno besa y el otro tiende la mejilla. La idea es exactísima; en nuestra amistad yo besaba y Dmitri se dejaba besar, pero también estaba pronto á besarme.

Nos amábamos igualmente porque cada cual conocía y apreciaba al otro, lo que no impedía que Nekliudof reinase y yo me sometiese.

No cabe añadir que, sin quererlo, me asimilaba su manera de ver que era en el fondo el culto entusiástico de la virtud ideal, unido á la convicción de que el destino del hombre es el progreso continuo. Nada nos parecía entonces tan fácil como el regenerar á la Humanidad, destruir

los vicios y hacer felices á todos los hombres. Nada nos parecía tan sencillo como corregirnos de nuestros defectos, adquirir todas las virtudes y ser felices.

¿Eran acaso ridículos aquellos nobles ensueños de la juventud? ¿Quién tiene la culpa de que no se realicen? Sólo Dios lo sabe.

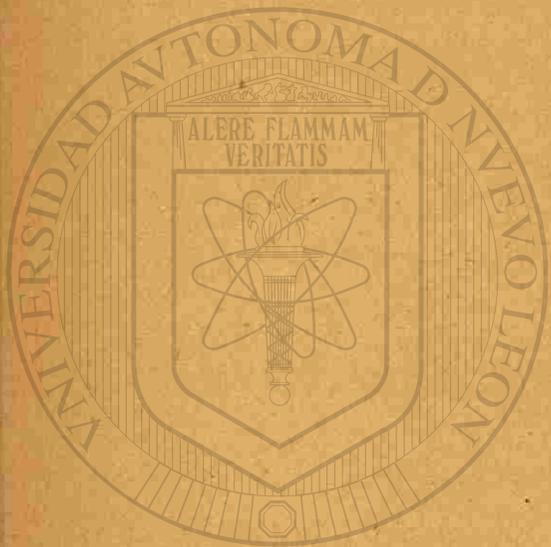


JUVENTUD
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CAPITULO XLVI

Cuándo empezó mi juventud

He dicho que mi amistad con Dmitri me mostró nuevos puntos de vista sobre la vida, el fin de la misma y nuestro lugar en este mundo. La base de esta nueva manera de considerar las cosas estaba en la convicción de que el destino del hombre es la tendencia al progreso moral, y que este progreso es posible, fácil é indefinido. Sin embargo, me limité por el momento á regocijarme con las nuevas ideas que se derivaban de esta convicción y á formar planes magníficos para el porvenir.

Por lo demás, nada había cambiado en mi vida, que se deslizaba aun en mil ocupaciones fútiles y en el ocio.

Los pensamientos virtuosos que cambiaba en mis conversaciones con el adorado amigo, aquel maravilloso Dmitri, como solía decirme, no se habían apoderado aún más que de mi mente; el sentimiento había permanecido extraño á ellos. Llegó el momento en que me aparecieron como una revelación moral, tanto, que me asusté al pensar en el tiempo perdido y decidí aplicar inmediatamente, sin pérdida de tiempo, mis ideas á la práctica de la vida con la firme intención de no modificarlas nunca.

En este momento empieza mi juventud. Iba á cumplir los dieciséis años, y seguía tomando lecciones de Saint-Jérôme que continuaba dirigiendo mi educación, preparándome, á pesar mío, para el ingreso en la Universidad. Fuera de estas lecciones, no hacía más que entregarme á raras visiones y á ejercicios gimnásticos para hacerme el hombre más fuerte del mundo; vagaba por todas las habitaciones de la casa, en especial por el corredor de las habitaciones de la servidumbre sin fin alguno, sin pensar en nada concreto, y por último, pasaba largo tiempo ante el espejo y concluía siempre por alejarme de él con un sentimiento profundo de desaliento y disgusto.

Estaba persuadido no sólo de que era feo sino de que ni siquiera tenía los consuelos ordinarios que en tales casos sirven de compensación, pues no podía confesarme que tuviese un rostro expresivo, espiritual ó distinguido.

Nada de expresivo: facciones algo rústicas, vulgares y feas, ojillos grises más estúpidos que inteligentes, sobre todo cuando me miraba al espejo.

Me parecía que había en mis facciones poco de varonil; aún cuando era bastante alto y muy fuerte para mi edad, las facciones nada tenían de enérgico y resuelto. En suma, nada que fuera distinguido; por el contrario me parecía á un campesino; ¡qué manos y qué pies! En la época de que hablo esto constituía á mi juicio una marca de infamia.

CAPITULO XLVII

La primavera

Por el año en que fui admitido en la Universidad, la Pascua caía á fines de Abril; de modo que los exámenes caían en la semana del domingo *in albis*. Me vi, pues obli-

gado á dedicar toda la Semana Santa á los preparativos de mis exámenes y mi comunión.

El hielo se había derretido ya, terminando por lo mismo la época de la que Carlos Ivanovitch decía: «El hijo viene después del padre.»

Hacia tres días que el aire era templado y suave; ya no se veía en los caminos ni rastro de nieve. En vez de lodo, aparecía el empedrado húmedo y luciente, y ligeros arroyuelos corrían por todas partes. Las últimas gotas de agua brillaban al sol en los tejados, brotaban las yemas de los árboles del jardín; un camino enjuto conducía á la caballeriza pasando por delante de un montón de estiércol aún helado; delicados y menudos tallos de yerba nacían entre las piedras al rededor de la puerta cochera.

Corría el tiempo en que la primavera influye con mayor intensidad en el alma humana: el sol esplendente, pero sin mucha fuerza, lo iluminaba todo; la nieve derretida ha formado charcos de agua y arroyuelos; el aire es fresco y el cielo de un azul pálido está sembrado de nubes oblongas y transparentes. No sé por qué me parece que la impresión producida por la vuelta de la Primavera es más viva y profunda en una gran ciudad, donde se vé menos, pero se adivina más.

Estaba en pie cerca de la ventana ocupado en resolver una larga ecuación. El sol de la mañana iluminaba, á través de los vidrios dobles de la ventana, el entarimado de la clase, del que se elevaba una nube de polvo. La lección me parecía fastidiosa é insoportable. Con una mano cogí el Algebra de Francœur, que era un librote viejo, y con la otra busqué tiza que me ensuciaba la cara y las mangas de la chaqueta. Kolia, que se había remangado los brazos, quitaba la almáciga de los vidrios exteriores de la ventana que daba al patio y enderezaba los clavos con la tenaza. Su trabajo y el ruido que hacía me distraían, sin contar que estaba de muy mal humor. Todo me salía mal; había cerrado mi cálculo desde el principio, de modo que

era necesario volver á empezar; dos veces se me había caído el yeso y me sentía con la cara sucia; había perdido la esponja y el ruido que hacía Kolia me atacaba los nervios. Tenía necesidad de enfurecerme y de gritar. Tiré el libro y el yeso y me puse á pasear por la estancia. Me acuerdo de que debíamos confesarnos aquel mismo día, por lo que afectando contrición y benevolencia me acerqué á Kolia.

—Espera Kolia, que voy á ayudarte;—dije esforzándome por hablarle con muy dulce acento. La idea de que me conducía bien al dominar mi irritación y ayudar á Kolia, aumentó todavía más mi dulzura.

La almáciga del bastidor había desaparecido y los clavos estaban enderezados, pero por más que Kolia tiraba con todas sus fuerzas, el bastidor no se movía.

—Si el bastidor—dije entre mí—sale al primer envite cuando tiremos de él, quieré decir que hoy no he de continuar estudiando. El bastidor de cristales se desenchajó en seguida y quedó abierta la ventana.—¿A dónde hay que llevarlo?—pregunté.

—La llevaré yo—respondió Kolia, estupefacto y á lo que me pareció, un tanto contrariado por mi celo.—No hay que mezclarla con los demás. Allá arriba en el desván, les pongo un número á cada uno.

—Lo pondré aparte—dije cogiendo el bastidor.—Creo que si el desván hubiese estado distante dos millas y el bastidor hubiera sido doblemente pesado, me hubiera sentido más feliz. Hubiera deseado sucumbir á la fatiga al hacer aquel servicio á Kolia.

Cuando volví á la clase, Kolia estaba barriendo con un plumero la arena y las moscas muertas ó dormidas.

El aire fresco y perfumado había entrado ya en la habitación; se oían desde la ventana los rumores de la ciudad y el gorjeo de los pájaros en el jardín.

Todos los objetos estaban alumbrados por una luz clara, la habitación era más alegre; un vientecillo primave-

ral agitaba las hojas de mi Algebra y los cabellos de Kolia. Me acerqué á la ventana, me senté en el alfeizar y empecé á hacer castillos en el aire.

Un nuevo sentimiento impetuoso y grato para mí, se apoderó de mi alma. La tierra húmeda de donde despuntaban aquí y allá yerbas amarillentas de puntas verdes y por donde corrían arroyuelos que brillaban al sol y que arrastraban pequeñas motas de tierra y pedazos de raicillas secas; los ramos y las yemas llenas de savia de los tilos que se agitaban bajo mi ventana; el gorjeo de los pajaritos que revoloteaban entre los árboles; la pared de la cerca negruzca reblandecida por el deshielo, aquel aire húmedo y perfumado y aquel sol tan alegre, todo me hablaba de algo nuevo y magnífico que no sé decir como se manifestó en mí, pero cuya impresión trataré de reproducir. Todo me hablaba de belleza, de felicidad y virtud; todo me decía que cabe lograrlas igualmente, que la una no podía existir sin las otras y que belleza, felicidad y virtud forman una sola cosa.—¿Como no he podido hasta ahora comprender esto? ¡Qué malo era!—decía entre mí—como podría yo, como habría podido en el porvenir ser bueno y feliz. Es preciso comenzar pronto, ó mejor en seguida, volverse otro hombre y vivir de un modo diferente.—Permanecí sentado junto á la ventana por mucho tiempo fantaseando sin hacer nada.

¿Os ha ocurrido alguna vez en el estío en un día lluvioso tenderos en la cama y despertar al anochecer? Abrís los ojos y por debajo de la persiana movida por el viento divisáis la parte umbría de la alameda de los tilos mojados por la lluvia, la cerca del jardín que resplandece á los rayos del sol; sentís el gorjeo alegre de los pájaros, veis brillar al sol los insectos que revolotean alrededor de la ventana, respiráis el olor característico de tierra mojada y pensáis:—¿No me da vergüenza de pasar durmiendo una tarde tan hermosa como esta? Levantémonos pronto y co-

ramos al jardín para gozar de la vida. — Si os ha ocurrido esto, tenéis una idea de lo que experimenté aquel día.

CAPITULO XLVIII

Castillos en el aire

Pensaba: Hoy me confieso, me purifico de todos mis pecados. No cometeré ninguno más, — y pasaba revista á los pecados que más pesaban sobre mi conciencia. Iré todos los domingos á la Iglesia y á la vuelta leeré una hora el Evangelio; después, de los dineros que todos los meses me darán cuando esté en la Universidad, distribuiré dos rublos y medio á los pobres y nadie lo sabrá. No haré limosna á los mendigos, sino que iré en busca de los pobres, en quien no piensa nadie, los huérfanos, las viejecitas.

Tendré una habitación exclusivamente mía (quizá la de Saint-Jérôme) que pondré en orden á mi gusto y donde mantendré una limpieza extraordinaria. No exigiré nada del criado porque es un hombre como yo. Iré siempre á pie á la Universidad: si me regalan un coche lo venderé y el dinero será para los pobres. En una palabra, haré todas las cosas por mí mismo. Mucho me habría apurado el tener que decir lo que significaba aquel «todas las cosas,» pero sentía vivamente que en aquellas palabras iba envuelto un método de vida activo, virtuoso é irreprochable.

Estudiaré mis lecciones y me prepararé aún más de lo necesario, de modo que pueda salir airoso en los exámenes y escribiré una tesis. Al entrar en el segundo año ya habré agotado todo el programa; pasaré al tercero y á los diez y ocho años seré primer candidato con dos medallas

de oro. Después tomaré la licenciatura, el doctorado y llegaré á ser el primer sabio de Rusia y tal vez de Europa. — ¿Y después?

Aquí reflexioné que recaía en el pecado del orgullo; precisamente aquel de que debía confesarme por la noche y volví á mi primer tema.

— Para prepararme á las lecciones treparé á la colina de los Pájaros, escogeré buen sitio bajo un árbol y leeré; me llevaré también alguna cosa para comer, queso, dulces ó cualquier otra friolera. Descansaré un poco y me pondré á leer un buen libro ó á dibujar paisajes del natural ó tocaré algún instrumento. (Será preciso que aprenda á tocar la flauta). *Ella* también vendrá á pasearse por «Los Pájaros» se acercará á mí y me preguntará: «¿Quién eres?» Yo la miraré con tristeza (así) y le responderé que soy el hijo de un sacerdote y que me siento feliz sólo cuando me encuentro bajo aquel árbol y cuando estoy solo. Me dará la mano, dirá algo y se sentará junto á mí. Todos los días nos encontraremos en el mismo puesto, nos haremos amigos y la besaré... No, así no va bien. Por el contrario, á partir desde hoy no me fijaré en mujer alguna, no entraré nunca en las habitaciones de las mujeres de la servidumbre y hasta evitaré de pasar por delante de su puerta. Dentro de tres años estaré emancipado y tomaré mujer. Haré muchos ejercicios gimnásticos y á los veinte y cinco años seré más fuerte que Rappo.

El primer día sostendré con el brazo extendido un peso de quince libras, al día siguiente diez y seis, el día después diez y siete y así sucesivamente, hasta que llegue á las sesenta libras cada mano.

Cuando alguien se permita ofenderme ó hablar de *Ella* con poco respeto, lo cogeré como á un muñeco (así) por la chaqueta, lo levantaré con una sola mano á dos ó tres pies del suelo y lo tendré así un rato para demostrarle mi fuerza... y no le haré nada. No... tampoco está bien así...

pero si no he de hacerle daño... sólo le demostraré mi fuerza.

Que no me vengan á echar en cara estas ilusiones de mi juventud con el pretexto de que eran infantiles, como las que me forjé siendo pequeño.

Estoy convencido de que he de vivir largo tiempo y que aún á los setenta años mis pensamientos serán tan infantiles y tan fantásticos como entonces. Soñaré que alguna maravillosa Maria me amará á mí, viejo desdentado, como se amó á Mazeppa; soñaré que mi hijo, que no es un genio, llega á ser ministro á consecuencia de algún hecho extraordinario y que de pronto me lloverán los millones del cielo. Estoy convencido de que no existe criatura humana que á cualquiera edad esté privada del gran consuelo de fantasear.

Por otra parte, prescindiendo del carácter común á todos estos sueños, esto es, el ser quiméricos é imposibles de realizarse, toda edad, todo individuo los concibe á su modo. En la época que yo considero como limite entre mi adolescencia y mi juventud, sólo cuatro sentimientos formaban la base de todos mis sueños.

En primer lugar, mi amor por *ella*, la mujer de mi imaginación, que yo esperaba encontrar á cada instante y por la cual mis sueños tomaban siempre la misma forma. Tenía un poco de Sonia, un poco de Mascha, la mujer de Vassili (En mis sueños me la represento lavando en el barreño), y algo de una mujer que llevaba al cuello un collar de perlas que yo veía á menudo en el teatro, en un palco vecino al nuestro. El segundo sentimiento era el gran deseo de ser amado. Hubiera querido ser conocido y amado por todos; hubiera querido gritar: «Me llamo Nicolás Irtenef», y ver á la gente, asombrada de esta revelación, circundarme dándome las gracias por algo.

El tercer sentimiento era la esperanza de una alegría inaudita, una de esas alegrías que vuelven loco; y estaba tan convencido de que dentro de poco llegaría á ser, mer-

ced á mi hada benéfica, el hombre más rico y más célebre del universo, que vivía en la inquieta expectativa del golpe decisivo de la varilla mágica. Creía que la cosa iba á verificarse y que conseguiría cuanto un hombre puede desear, y andaba siempre presuroso porque temía que aquella *cosa aconteciera* cuando yo no estaba presente.

El último sentimiento, el más esencial de los cuatro, era el horror de mí mismo unido á un sentimiento de desesperación, una desesperación tan confundida con mis sueños de felicidad, que no me entristecía. Me parecía tan fácil, tan natural romper con el pasado, borrarlo todo, olvidarlo y principiar una vida nueva en que el pasado no constituyese para mí un peso ni un estorbo. Experimentaba, además, cierto placer en detestarlo, y me esforzaba en verle aún más triste de lo que era en realidad. Cuanto más oscuro era el círculo de mis recuerdos, tanto más claro resaltaba el presente en aquel negro fondo y tanto más luminoso aparecía el porvenir. La desesperación y el deseo ardiente de progreso se hacían sentir vivamente en mí, y esta voz interior fué la nueva tentación de la época de mi desarrollo moral. Ella me dió un nuevo punto de partida y transformó mis miras sobre mí mismo, sobre los hombres y sobre el universo. ¡La voz bendita! ¡Cuántas veces te he sentido! En aquellos tristes momentos en que el alma silenciosa se somete al imperio de la mentira y de la disolución cuantas veces has tronado contra la injusticia, ¡cuántas veces en tu cólera has acusado al pasado haciéndome ver el punto luminoso formado por el presente y forzándome á amarlo con la promesa de virtud y felicidad en el porvenir! ¡Oh, voz bendita! ¿Llegará alguna vez el día en que ya no te sienta?

CAPITULO XLIX

Nuestro círculo de familia

Papá durante aquella primavera se detenía rara vez en casa, pero, en cambio, cuando por casualidad no salía, estaba alegre sobremedida. Ejecutaba al piano sus piezas favoritas, ponía los ojos en blanco é improvisaba sobre todos nosotros, incluso Mimi, chistes como el siguiente: «El príncipe hereditario de Georgia había visto á Mimi en el paseo y se había enamorado de ella, enviando al Sínodo una demanda de divorcio; á mí me iban á nombrar secretario de nuestro embajador en Viena, etc.» Y decía estas cosas con la mayor seriedad del mundo.

Asustaba á Catalina con arañas; era muy amable con nuestros amigos Dubkof y Nekliudof. Contaba á todo el mundo sus proyectos para el año siguiente, proyectos que cambiaban cada día y se contradecían uno á otro, pero que siempre eran magníficos. Nosotros los escuchábamos con grande atención, y Liubotshka clavaba los ojos muy abiertos en los labios de papá por miedo á perder una sola palabra. Ora manifestaba la intención de dejarnos en Moscú, en la Universidad, y de ir á pasar dos años en Italia con Liubotshka, ora quería comprar una quinta en Crimea, á orillas del Mar Negro, y pasar allí el verano, ora llevarnos á todos á Petersburgo.

Además de esta grande alegría, noté que se había verificado en papá, en los últimos tiempos, un cambio asombroso. Se había mandado hacer un traje de moda: frac color de aceituna, pantalones largos, gabán largo, (¡le sentaba tan bien el gabán!). Cuando iba de visita se perfumaba

con esmero, especialmente si se trataba de ver á cierta señora de quien Mimi no hablaba sino con grandes suspiros, haciendo unas muecas que parecían decir: «¡Pobres huerfanitos! ¡infeliz pasión! ¡No parará hasta traerla aquí!»

Sabía por Kolia (papá no nos hablaba nunca de estas cosas) que papá había sido muy afortunado en el juego durante el invierno, que había ganado enormes sumas y las había colocado en bonos del Monte de Piedad, decidido á no jugar en la primavera. También sueña irse después de Pascua á Petrovskoe, con las niñas, sin esperar la época de mi ingreso en la Universidad. Yo debía, junto con Volodia, ir más tarde á Petrovskoe.

Durante todo aquel invierno Volodia y Dubkof se mantuvieron unidos (entre ellos y Dmitri empezaba á reinar cierta frialdad.) Sus grandes diversiones, según pude colegir de algunas palabras cogidas al vuelo, consistían en beber mucho champagne, pasear en trineo bajo las ventanas de cierta señorita de quien andaban enamorados los dos y hacerse mutuamente vis á vis en los bailes verdaderos,—no en bailes de niños.—Esta última circunstancia me separaba mucho de mi hermano. Nos queríamos bien uno á otro, pero hay demasiada distancia entre un chico que aun da lecciones y un jovencito que frecuenta los bailes serios y no podíamos resolvernos á mantener una conversación muy larga entre nosotros.

Catalina era una verdadera jovencita y leía muchas novelas. La idea de que se casaría pronto no me parecía ya una broma. Aunque Volodia fuese también un jovencito, no andaban los dos muy de acuerdo; antes bien parecía que se despreciaban mutuamente. En general cuando estábamos solos en casa, Catalina no hacía más que leer novelas y aburrirnos á todos; pero apenas venían visitas se animaba, hacía frases y movía las pupilas de un modo grotesco. Nunca pude comprender lo que quería decir.

Solo más tarde, habiéndole oído que la única coquetería permitida á las niñas es la de las miradas, me expliqué aquellas extrañas muecas que por lo demás sólo á mí me parecían extrañas.

Liubotshka llevaba vestidos casi largos, de manera que sus pies grandes de pato quedaban casi ocultos; pero continuaba siendo una llorona. Su sueño dorado no era ya casarse con un húsar sino con un tenor ó un pianista; y firme en esta idea se ocupaba asiduamente de música.

Saint-Jérôme, sabiendo que no podría permanecer en casa después de mis exámenes, se había buscado un puesto en casa de un conde y nos trataba desde entonces con cierto despego.

Raras veces estaba en casa, fumaba cigarrillos (lo que constituía en aquella época el colmo de la elegancia) y silbaba continuamente triviales canciones.

Mimi se volvía cada día más huraña. Desde que empezamos a ser hombres pareció querer demostrarnos que nada bueno esperaba de nosotros.

Cuando bajé al comedor para almorzar no encontré más que á Mimi, á Catalina, Liubotshka y Saint-Jérôme. Papá había salido. Volodía se preparaba para los exámenes con algunos colegas suyos y había mandado que le subieran el desayuno á su habitación. En los últimos años Mimi solía presidir la mesa, acto al que había quitado todo su atractivo. Ninguno de nosotros respetaba á Mimi y el almuerzo no era ya como en tiempos de mamá y de mi abuela, una especie de ceremonia que reunía á toda la familia en hora determinada y que dividía el día en dos partes. Nos permitían llegar con retraso hasta la aparición del segundo plato, beber vino en vasos grandes (Saint-Jérôme nos daba el ejemplo); sentarnos de un modo descompuesto en la silla; levantarnos de la mesa antes de acabar y otras licencias por el estilo. En suma, las comidas no eran ya para la familia una hermosa solemnidad doméstica como antes.

En otro tiempo cuando estábamos en Petrovskoe, poco antes de las dos, nos encontrábamos todos, después de habernos lavado y mudado de vestido, en el salón en donde se esperaba la hora de la comida charlando alegremente. En el momento en que el reloj del buffet anunciaba con rumor sordo que iba á tocar las dos, entraba Phoca á paso lento con la servilleta bajo el brazo y de un modo solemne anunciaba con voz sonora y cadenciosa: «La comida está servida» y todos nos dirigíamos al comedor muy gozosos, las personas mayores delante y los niños detrás. Era como un huracán de faldas almidonadas, un taconeo de zapatos y botinas, un murmullo de voces, y cada uno ocupaba el puesto que le correspondía.

También en Moscou las comidas eran admirables en el tiempo en que de pie al rededor de la mesa esperábamos á la abuela charlando en voz baja, entre tanto que Gavri-lo había ido á anunciarle que la comida estaba servida. Se abría la puerta, se oía el roce de su vestido y el arrastramiento de sus pies y aparecía la abuela, encorvada, con su gorra de lazos lila en la cabeza, sonriente ó cejijunta, según el estado de su salud. Gavri-lo se precipitaba sobre su poltrona se producía un estrépito de sillas y sentían correr por todo el cuerpo un ligero escalofrío que anunciaba el hambre. Desplegáis vuestra servilleta bien planchada y húmeda aún, coméis un bocado de pan y esperáis con avidez, alegría é impaciencia, restregándoos las manos por debajo de la mesa, la humeante sopa de la que hace platos el amo de casa repartiéndose con arreglo á la categoría, edad y los deseos de mi abuela.

Desde entonces, muerta la abuela, no sentí al ponerme á la mesa placer ni emoción alguna.

La charla de Mimi, de Saint-Jérôme y de las niñas excitó en mí profundo desprecio que no trataba de ocultar hacia todo lo que se refería á mi hermana y á Catalina. Eran habladerías y chismes sobre las botas del maestro de lengua rusa ó sobre el traje y las galas de las princesas

Kornakof y otros asuntos del mismo interés. Pero aquel día su charlatanería no logró sacarme de mi virtuosa disposición de ánimo. Era de una dulzura rara, sonreía, escuchaba con placer, pedía con amabilidad que me pasaran el *knas* y daba la razón á Saint-Jérôme cuando me corregía en la mesa haciéndome observar que en francés «je puis» es más elegante que «je peux.» Sin embargo, debo confesar que me desagradó el observar que nadie hacía aprecio de mi mansedumbre y mi virtud. Después de comer, Liubotshka me enseñó un papel en el cual había escrito todos sus pecados. Hallé que la idea era buena pero que era aún mejor esculpir los pecados en la propia alma y que «esto no era aquello»

—¿Por qué?—me preguntó Liubotshka.

—Es una buena idea, pero... No lo entenderías tú...

Subí á mi habitación diciendo á Saint-Jérôme que iba á estudiar, pero en realidad quería aprovechar la hora y media que me quedaba aún, antes de la venida del confesor, para formar la lista de lo que tendría que hacer y de los deberes que había que cumplir hasta el día de mi muerte, sentando por escrito el objeto de mi vida y las reglas de conducta á que debía atenerme siempre.

CAPITULO L

Las reglas de la vida

Cogí un pliego de papel y quise ante todo hacer la nota de mis ocupaciones y de mis deberes para el año próximo. Era preciso rayar el pliego, y no teniendo una regla, cogí como tal el diccionario latino. Obtuve unas cuantas her-

mosas manchas de tinta y además, siendo el diccionario más estrecho que la hoja de papel, cuando la pluma llegaba al ángulo de la tapa, sus líneas se truncaban.

Tomé otra hoja, y habiendo tenido cuidado de levantar el diccionario á cada línea, pude al fin rayarla bien que mal. Dividí entonces en tres categorías mis deberes: los deberes para conmigo mismo, para con el prójimo y para con Dios, y empecé á escribir los primeros. Encontraba tantos y de tantas clases que exigían una infinidad de subdivisiones, y ví la necesidad de empezar por las *reglas de la vida*; después de lo cual haría mi lista.

Tomé seis pliegos de papel, formé un cuaderno que así, y escribí en la cubierta: «Reglas de la vida.» Estas tres palabras estaban tan mal escritas y el renglón tan torcido, que estuve pensando sino sería mejor volverlo á escribir de nuevo. Estaba triste, mirando mis garabatos, murmurando entre mí: «¿Por qué es tan bello y está tan bien ordenado en mi cabeza, mientras sobre el papel está tan mal reproducido, como sucede en general en mi vida práctica, cuando quiero aplicar una idea cualquiera?»

Entró Kolia.

—Ha llegado el confesor,—dijo.—Tenga usted la bondad de bajar para los rezos.

Escondí el cuaderno en el cajón de mi mesa, me miré en el espejo, me peiné hacia atrás los cabellos, cosa que á mi juicio me daba un aire pensativo, y bajé á una salita en donde las santas imágenes estaban ya en orden sobre una mesa cubierta por un mantel; alrededor de las imágenes había encendidos seis cirios.

Cuando entré llegaba papá por otra puerta. El confesor, un fraile viejo, de cabellos grises y de semblante austero, bendijo á papá que le besó la mano corta, ancha y arrugada, y yo hice otro tanto.

—Llamad á Volodia,—dijo papá.—¿En dónde está?— O mejor, no; dejadlo, se está preparando para la Comunión en la Universidad.

—Está ocupado con el príncipe,—dijo Catalina mirando á Liubosthka.

Liubtshka se ruborizó, frunció las cejas, y fingiendo que le dolía no sé qué salió de la habitación. Se había detenido en medio del salón, y con el lápiz añadía algo en el papel.

—¿Cómo! ¿otro pecado?—le pregunté.

—No, no es nada,—respondió ruborizándose más aún.

En aquel momento se oyó en la antecámara la voz de Dmitri que saludaba á Volodia.

—Todo es tentación para tí,—dijo Catalina al entrar dirigiéndose á Liubotshka.

No comprendí lo que pasaba á mi hermana, que estaba toda confusa hasta el punto de que sus ojos se llenaron de lágrimas y su emoción se trocó en despecho contra sí misma y contra Catalina, que evidentemente la provocaba.

—Se ve bien,—le dijo,—que eres *extraña* á nuestra familia (nada en el mundo podía ser más ofensivo para Catalina que esta palabra, y precisamente por esto se servía de ella Liubotshka).—Cabalmente durante un misterio como este,—continuó con voz solemne,—haces cuanto puedes por distraerme... Deberías comprenderlo... eso no es muy cortés.

—¿Sabes, Nicolás, qué es lo que ha escrito?—dijo Catalina herida en lo vivo porque le había llamado *extraña*.—Ha escrito...

—No te habría creído nunca tan mala,—interrumpió Liubotshka irritada, separándose de ella.—En verdad, en estos momentos todo os induce al pecado. Yo no te voy á fastidiar á tí con tus sentimientos y tus penas.

CAPITULO LI

La confesión

Con esta falta de recogimiento y con estas distracciones entré en la sala donde todos estaban reunidos. El fraile se levantó á leer los rezos que preceden á la confesión. Apenas en medio del silencio general su voz se alzó penetrante y solemne, volví á experimentar mis impresiones de la mañana, especialmente cuando oí estas palabras: «Confesad todos vuestros pecados sin vergüenza, sin reticencias, sin tratar de justificaros, y vuestra alma quedará purificada en presencia de Dios; pero si omitiérais algo, sobre vosotros pesará una gran culpa.»—A este pasaje se despertó en mí aquel terror religioso que sentía por la mañana pensando en el santo misterio; experimenté una gran alegría tener conciencia de él, y traté de prolongar aquel estado de mi conciencia, no divagando con el pensamiento y esforzándome en tener miedo.

Papá fué á confesarse el primero y permaneció mucho tiempo encerrado en la habitación de mi abuela. Todos los que estábamos en la salita callábamos, ó en voz baja disputábamos sobre quien iría después de papá. Al fin se oyó detrás de la puerta la voz del sacerdote que leía los rezos, y después los pasos de papá. Chirrió la puerta y apareció, moviendo rápidamente su hombro agitado por el *tic* nervioso ordinario, y sin mirar á nadie.

—Anda, Liubotshka, á tí te toca y ten cuidado con decirlo todo, porque eres una terrible pecadora,—dijo bromeando y pellizcándole la mejilla.

Liubotshka se puso pálida, después se sonrojó; sacó del

bolsillo del delantal su papelito, lo repasó y volvió á ponerlo en el bolsillo; bajó la cabeza, hundiéndola entre los hombros como quien espera oír una buena filípica, y entró.

No permaneció mucho tiempo con el confesor, y cuando salió toda su personilla estaba agitada con fuertes sollozos.

Después de la bella Catalina, que se sonreía al salir, me tocó á mí. A mi vez salí feliz y, á mi entender, purificado, regenerado, hecho otro hombre, en suma. Me desagradaba, con todo, ver que nada había cambiado en la casa; las mismas habitaciones y los mismos muebles hasta, me enojaba el encontrarme con las mismas caras. Hubiera querido que todo el mundo exterior sufriese aquella misma metamorfosis á que según mi entender había estado sometida mi alma; á pesar de todo conservaba mi bienestar moral en el momento de irme á la cama.

Aún me hallaba entre el sueño y la vela, cuando desfilaron por mi mente todos los pecados de que me había purificado. De pronto me acordé de una gran culpa de la cual no había dicho ni una sílaba. Resonaron en mis oídos las palabras de la plegaria que precedió á la confesión y, ¡adiós tranquilidad! Le oía aún:— «Pero si omitiéseis algo, pesará sobre vosotros una gran culpa» y veía en mí un pecador tan terrible, que no encontraba castigo adecuado á mi crimen.

Por mucho tiempo me revolví en la cama reflexionando sobre mi situación y esperando recibir el castigo del cielo; no me habría maravillado morir instantáneamente, y esta idea me ocasionaba un terror indescriptible. Por fortuna se me ocurrió que apenas fuese de día, podría ir al convento á confesarme de nuevo, y este pensamiento me calmó.

CAPITULO LII

En el convento.

El temor de llegar tarde me hizo desvelarme varias veces durante la noche. A las seis ya estaba de pie. Apenas rayaba la aurora y Kolia no había venido aún á recoger sus vestidos y sus zapatos que al desnudarme había arrojado en desorden junto á la cama. Me puse la ropa sin cepillar y los zapatos sucios y sin peinar, sin lavarme siquiera, salí de casa solo por la primera vez en mi vida.

Sobre el verde techo de la gran casa frontera, la aurora de una fría mañana aclaraba el cielo nebuloso; una fuerte helada había endurecido el lodo que crujía bajo los pies; los arroyos estaban helados y el frío me punzaba el rostro y las manos.

Había pensado tomar un coche de alquiler para ir y volver lo más pronto posible, pero no ví en el camino más que unas carretas y dos albañiles que iban charlando; pero ni una sombra de coche. Al poco rato encontré gente con canastos que se dirigía al mercado ó cargada de cántaros para ir á buscar agua.

En una encrucijada ví á un pastelero, después á un tahonero que abría su horno; al fin divisé una carretela parada, forrada de tela azul, descolorida y remendada. El cochero, un viejecillo de mala traza, dormía y no estando aún muy despierto, me pidió solamente cuarenta kopeks por la ida y vuelta al convento. Estaba á punto de subir cuando se le aclararon las ideas, dió con la fusta al caballo y partió murmurando: ¡No puedo, *barinel* (señor) necesito dar de comer al caballo.

bolsillo del delantal su papelito, lo repasó y volvió á ponerlo en el bolsillo; bajó la cabeza, hundiéndola entre los hombros como quien espera oír una buena filípica, y entró.

No permaneció mucho tiempo con el confesor, y cuando salió toda su personilla estaba agitada con fuertes sollozos.

Después de la bella Catalina, que se sonreía al salir, me tocó á mí. A mi vez salí feliz y, á mi entender, purificado, regenerado, hecho otro hombre, en suma. Me desagradaba, con todo, ver que nada había cambiado en la casa; las mismas habitaciones y los mismos muebles hasta, me enojaba el encontrarme con las mismas caras. Hubiera querido que todo el mundo exterior sufriese aquella misma metamorfosis á que según mi entender había estado sometida mi alma; á pesar de todo conservaba mi bienestar moral en el momento de irme á la cama.

Aún me hallaba entre el sueño y la vela, cuando desfilaron por mi mente todos los pecados de que me había purificado. De pronto me acordé de una gran culpa de la cual no había dicho ni una sílaba. Resonaron en mis oídos las palabras de la plegaria que precedió á la confesión y, ¡adiós tranquilidad! Le oía aún:— «Pero si omitiéseis algo, pesará sobre vosotros una gran culpa» y veía en mí un pecador tan terrible, que no encontraba castigo adecuado á mi crimen.

Por mucho tiempo me revolví en la cama reflexionando sobre mi situación y esperando recibir el castigo del cielo; no me habría maravillado morir instantáneamente, y esta idea me ocasionaba un terror indescriptible. Por fortuna se me ocurrió que apenas fuese de día, podría ir al convento á confesarme de nuevo, y este pensamiento me calmó.

CAPITULO LII

En el convento.

El temor de llegar tarde me hizo desvelarme varias veces durante la noche. A las seis ya estaba de pie. Apenas rayaba la aurora y Kolia no había venido aún á recoger sus vestidos y sus zapatos que al desnudarme había arrojado en desorden junto á la cama. Me puse la ropa sin cepillar y los zapatos sucios y sin peinar, sin lavarme siquiera, salí de casa solo por la primera vez en mi vida.

Sobre el verde techo de la gran casa frontera, la aurora de una fría mañana aclaraba el cielo nebuloso; una fuerte helada había endurecido el lodo que crujía bajo los pies; los arroyos estaban helados y el frío me punzaba el rostro y las manos.

Había pensado tomar un coche de alquiler para ir y volver lo más pronto posible, pero no ví en el camino más que unas carretas y dos albañiles que iban charlando; pero ni una sombra de coche. Al poco rato encontré gente con canastos que se dirigía al mercado ó cargada de cántaros para ir á buscar agua.

En una encrucijada ví á un pastelero, después á un tahonero que abría su horno; al fin divisé una carretela parada, forrada de tela azul, descolorida y remendada. El cochero, un viejecillo de mala traza, dormía y no estando aún muy despierto, me pidió solamente cuarenta kopeks por la ida y vuelta al convento. Estaba á punto de subir cuando se le aclararon las ideas, dió con la fusta al caballo y partió murmurando: ¡No puedo, *barinel* (señor) necesito dar de comer al caballo.

Tuve que rogarle varias veces, para hacerle detenerse, ofreciéndole cuarenta kopeks más, y él después de vacilar mucho, me midió con los ojos de pies á cabeza y dijo: Sube, *barine!* Confieso que temía al principio que me llevase á un lugar desierto para desbalijarme.

Al montar me había agarrado al cuello de su gabán raído para sentarme en el pescante desvencijado y sucio.

Mi ademán descubrió su pobre cuello arrugado, que tenía un aspecto más triste aún sobre sus hombros débiles. Partimos con gran ruido de hierro viejo, y en el camino noté que el respaldo del pescante estaba remendado con un pedazo de tela verduzca, á rayas, igual que el capote del cochero. Esta circunstancia, no sé por qué, me tranquilizó y ya no tuve miedo de que me condujera á un sitio desierto para robarme.

• Cuando llegué al convento, el sol estaba bastante alto y doraba la cúpula de la iglesia. A la sombra se conservaba aún el hielo, pero por toda la vía calentada por el sol, corrían arroyuelos de agua turbia y el caballo, al chapotear en el fango deshelado, lo enlodaba todo á su alrededor.

Cuando entré en el patio del convento pregunté á la primera persona que ví dónde podría encontrar á nuestro confesor.

—Esa es su celda,—dijo un joven fraile que pasaba, deteniéndose un momento é indicándome un pabelloncito con su puerta correspondiente.

—Muchas gracias.

¿Qué pensarán de mí los frailes que salen en este momento de la iglesia y me miran? «No era ya un niño, pero aún no me sentía hombre; no estaba lavado, ni peinado, y mis vestidos estaban sucios y mis zapatos sin limpiar y llenos de lodo. ¿En qué clase social me clasificarían aquellos frailes, que me miraban con tanta atención? Me dirigí á la parte que me indicara el joven fraile.

Un viejo vestido de negro, con espesas cejas blancas, me

encontró en el pasillo que conducía á la celda y me preguntó á quien buscaba.

Por un instante tuve la idea de responder: «A nadie» y de escapar, subir á mi coche y volver á casa, pero á pesar de las espesas cejas, el rostro del viejo inspiraba mucha confianza. Respondíle, pues, que necesitaba ver á mi confesor y lo nombré.

—Venga usted, señorito; yo le conduciré,—dijo volviéndose por el mismo sendero.—El padre es muy madrugador y vendrá en seguida.

Abrió la puerta, y me hizo entrar en una antesala muy limpia, cruzada por estrecha alfombra de cáñamo y me introdujo en una celda.

—¡Ya estamos!—me dijo con expresión benévola,—espere usted un momento aquí.

Y se fué.

La habitación en que me encontraba era pequeña y limpiísima. Todo el mueblaje se reducía á una mesita cubierta de hule y colocada entre dos ventanas, en las cuales había dos macetas de geranio, y un pequeño armario con las imágenes sagradas, sobre el cual estaba suspendida una lamparilla, un sillón y dos sillas. En un rincón había un reloj colgado de la pared y cuya esfera estaba adornada con flores pintadas; debajo pendían los pesos por medio de cadenillas de latón. Dos sotanas colgaban de un tabique que no llegaba hasta el techo, pues la parte superior la formaba un alambrado; todo estaba muy blanqueado con una mano de cal. La cama debía estar detrás del tabique. Las ventanas daban á una pared blanca distante de ellas sólo unos cuantos pasos, y entre las ventanas y la pared había un pequeño jardín plantado de lilas. No llegaba á la celda ni el más pequeño rumor de fuera, tanto, que en medio de aquel silencio sepulcral el tic-tac monótono del reloj parecía un estruendo insoportable.

Apenas me quedé solo en aquel lugar tan simpático, cuando las ideas y los remordimientos que me habían im-

pulsado á venir, se desvanecieron del todo, como sino hubiesen existido nunca y me sumergí en dulces ensueños. Aquel hábito de tela amarillenta con el forro raído, aquellos libros usados encuadernados en piel negra y con cierres de latón, aquellas plantas de un verde oscuro, de hojas lucientes, en la tierra cuidadosamente allanada y limpia, aquel sonido intermitente y monótono del reloj; todo me hablaba de una vida solitaria, de meditación y de tranquila felicidad...

— Los meses pasan, — decía entre mí, — pasan los años y está siempre solo y contento; siente siempre que su conciencia es pura ante Dios y que sus oraciones son escuchadas.

Hacía ya media hora que esperaba sentado en una silla, procurando no moverme y no hacer ruido al respirar, para no turbar la armonía de los leves ruidos que tantas cosas me decían, en tanto que el reloj continuaba su tic-tac un poco más fuerte á la derecha, más débil á la izquierda.

CAPITULO LIII

La segunda confesión

Los pasos del confesor me sacaron de mi arrobamiento

— Buenos días — dijo, alisándose sus cabellos grises. — ¿Qué desea V. de mí?

Le pedí su bendición y sentí un placer especial al besar su manecita amarillenta.

Cuando le hube expuesto el motivo de mi visita, se acercó sin hablar á las sagradas imágenes y empezó la confesión.

Concluida ésta, y después que venciendo mi vergüenza hube dicho todo lo que tenía sobre la conciencia, me puse las manos sobre la cabeza y dijo en voz baja pero sonora: — Descienda sobre tí la bendición de nuestro Padre celestial, hijo mío. ¡Ojalá no pierdas nunca la fe, la dulzura y la humildad! ¡Así sea!

Yo era feliz; lágrimas de alegría surcaron mis mejillas; besé el orillo de su sotana y levanté la cabeza; el rostro del fraile estaba muy sereno.

Me hacía tanto bien el sentirme humilde, que portemorá que esta sensación me abandonase me despedí en el acto. Salí del patio del convento sin mirar á izquierda ni á derecha para evitar toda distracción y volví á subir al desvencijado pescante. Las sacudidas de mi soberbia carroza y la variedad de las cosas que desfilaban ante mí, cambiaron pronto el curso de mis ideas y comencé á imaginar á mi confesor que estaría diciendo entre sí que no había encontrado en toda su vida un alma de joven tan hermosa como la mía. Por mi parte, estaba convencido de ello y esta certeza me daba una alegría tal, que sentí la necesidad de comunicársela á alguien.

Ardía en deseos de charlar con una persona cualquiera, y no teniendo á mi disposición más que el cochero, á él me dirigí.

— Y bien ¿me he entretenido mucho? — le pregunté.

— Así así; pero mi caballo habría debido comer hace una hora, porque yo hago el servicio de noche — respondió el viejo que parecía más comunicativo que antes (Era la influencia benéfica del sol).

— Pues á mí me ha parecido que sólo he estado dentro un minuto. — ¿Sabes lo que he ido á hacer al convento, dije acercándome á él.

— A mí ¿qué me importa? Llevo la gente á donde desean ir.

— A ver si adivinas. ¿Qué crees tú? — continué.

— A un entierro, quizá. ¿Para comprar un panteón?

—No, hermano. ¿Sabes por qué he venido?

—No puedo adivinarlo, señor.

En su voz conocí que era un buen hombre, tanto, que decidí explicarle el motivo de mi ida al convento y hasta mis sentimientos.

—¿Quieres que te cuente?... Figúrate que...

Y se lo conté todo describiéndole minuciosamente los bellos sentimientos que alentaban en mi alma. Aún me avergüenzo de esto cuando lo recuerdo.

—¡Ah! ¿ha sido para eso?—dijo el cochero con aire incrédulo.

Largo rato se mantuvo callado é inmóvil en el pescante. Su único movimiento era el recoger de vez en cuando la punta de su capote para taparse las piernas procurando tenerlo firme con el pie, pero la prenda se le escapaba á cada momento á causa de los movimientos desordenados del vehículo. Imaginé que iba á decir, como mi confesor, que en todo el universo no se encontraba un joven como yo; y de pronto se volvió hacia mí y me dijo:

—Así, pues, señorito; estos son trabajos de rico.

—¿Cómo?

—Quehaceres de rico,—repitió en tono burlón, abriendo mucho su boca sin dientes.

—¡No me ha comprendido!—pensé.

Y no le volví á dirigir la palabra hasta llegar á casa.

No era el mío un sentimiento humilde ni religioso, sino más bien la satisfacción de mi mismo á la idea de haber tenido aquel sentimiento; satisfacción que duró hasta la puerta de nuestra casa sin que me distrajesen la vista de todos aquellos ciudadanos multicolores que hormigueaban al sol á lo largo del camino. Pero al llegar á casa mi alegría se desvaneció. No tenía los 80 kopeks prometidos al cochero y Gavriilo, el mayordomo de casa, á quien debía dinero, rehusaba prestármelo. El cochero, al verme atravesar corriendo el patio por dos veces, adivinó lo que buscaba, bajó del pescante y el que me parecía un buen hom-

bre se puso á maldecir en alta voz con la intención evidente de ofenderme; hablaba de los pícaros que alquilan carruajes sin tener con qué pagarlos.

Todos dormían aún en casa y no podía por lo tanto pedir los 80 kopeks más que á los criados; al fin pagó Vassili mediante mi palabra de honor de devolvérselos pronto; pero yo leí en su rostro que no me creía y que lo hacía sólo porque me quería y recordaba el favor que le había hecho.

Lo que me había quedado de los sentimientos que abrigaba al salir de casa se desvaneció como el humo y cuando me vestí para ir á la iglesia con los demás y encontraron que mi traje estaba tan lleno de polvo pequé de un modo espantoso. Me acerqué á la comunión en disposición de ánimo extraña; mis ideas se atropellaban, por decirlo así, en la mente y no creía ya en mis inclinaciones virtuosas.

CAPITULO LIV

Preparación para los exámenes

El jueves después de Pascua, papá se marchó al campo con mi hermana, con Mimi y Catalina y en la vasta casa de mi abuela no quedamos más que Volodia Saint-Jérôme y yo. La disposición de espíritu en que me había encontrado el día de mi confesión y el de mi visita al convento concluyeron por borrarse no dejándome más que un recuerdo vago, un agradable recuerdo que no tardó en quedar sepultado bajo la onda de las nuevas impresiones de una vida más libre.

El cuaderno en el que escribiera mis «Reglas para la

vida» permaneció guardado bajo llave con los demás de mis apuntes. La idea sin embargo de fijarme reglas para todas las circunstancias de la vida y seguirlas fielmente, me cuadraba mucho pareciéndome cosa fácil de realizar y al mismo tiempo me parecía algo grande. La intención de ocuparme de ellas la conservaba siempre, pero no encontraba nunca el momento propicio y seguía en dejarlo para otro día. Lo que me confortaba era que todas las ideas que me pasaban por la mente estaban comprendidas en una de las tres divisiones de las «Reglas y Deberes»: por el prójimo, por mí mismo y por Dios. «Anotaré todo esto,—pensaba,—y además todas las ideas que se me vayan ocurriendo sobre el mismo asunto».

Muchas veces me pregunto en qué momento me hallé más cerca de la verdad: si en la época en que creía en la omnipotencia de la razón humana ó cuando principié á dudar del vigor y de la extensión de nuestra inteligencia, dada la detención de mi desarrollo. Me juzgo incapaz de dar una respuesta definitiva.

El sentimiento de la libertad y la esperanza juvenil de que he hablado, en un acontecimiento extraordinario, me conmovieron tanto que en verdad no era dueño de mí mismo y esto constituía una mala preparación para mis exámenes. A la mañana, por ejemplo, estaba en clase y sabía que era preciso estudiar porque al día siguiente tenía un examen del que no había aún leído ni siquiera dos preguntas. De pronto penetra por la ventana un vientecillo de primavera; se me antoja que el esforzarme por recordar una cosa no tiene importancia alguna; mis manos dejan instintivamente el libro y mis piés se ponen por sí mismos en movimiento. Diríase que en mi cabeza se ha tocado un botón que ha puesto la máquina en movimiento. Pronto se puebla con la mayor naturalidad de imágenes varias y placenteras que pasen tan veloces que apenas dejan tiempo para distinguir sus vivaces colores. Y pasa una hora y pasan dos sin que yo lo note siquiera.

En otros momentos me encuentro sentado con un libro en la mano y toda mi atención se concentra en lo que leo; de pronto oigo en el corredor pasos de mujer y el roce de un vestido... Mi cabeza se descompone de pronto y me es imposible permanecer sentado, aunque sé de cierto que la única persona que puede pasar por el corredor es Gascha, la antigua camarera de mi abuela. Se me figura que puede ser *Ella* ó bien digo para mí: «Quizá es el acontecimiento que empieza y que yo dejo escapar.» Doy un salto hacia el corredor y me convengo de que es Gascha, pero mi cabeza se ha desmandado por un buen rato; han tocado el botón de los sueños y me siento todo descompuesto.

Otra vez es de noche y me encuentro solo en mi habitación con una vela de sebo. Levanto por un segundo la cabeza del libro para despabilar la vela ó para acomodarme en la silla y veo que los rincones están en la sombra y que en la casa reina gran silencio. Me es imposible no detenerme para prestar atención á este silencio, para mirar la obscuridad que hay tras la puerta abierta de la habitación, para permanecer inmóvil largo rato ó para ir á dar vueltas sin objeto por el piso bajo desierto. A veces paso la noche en el salón escuchando á Gascha que se cree sola y que toca en el piano con los dedos «Los ruiséñores» á la luz de una vela. Especialmente las noches de luna me es casi imposible evantarme y sentándome en la ventana permanezco allí largo tiempo contemplando el tejado alumbrado de la casa Chapochnikof, la graciosa marquesina de nuestra puerta, la sombra formada por las paredes del patio y los árboles de la alameda del jardín. Por la mañana me cuesta mucho trabajo el despertarme á las diez.

Sin los profesores que seguían dándome lecciones, sin Saint Jérôme que lisonjeaba de vez en cuando mi amor propio y sobre todo sin el deseo de demostrar mis talen-

tos á mi amigo Nekliudof, en otros términos, lograr un buen exámen, cosa importantísima para él, sin todo esto la primavera y la libertad me habrán hecho olvidar lo que sabía y de seguro no me habría aprobado en los exámenes.

CAPÍTULO LV

Soy mayor

El 15 de Abril entré por primera vez acompañado de Saint Jérôme en la gran sala de la Universidad. El 8 de Mayo, al volver del último exámen, encontré en casa al sastre Rosanof, que había venido ya otra vez á probarme un traje de paño negro brillante, sólo embastado y en el que había hecho algunas modificaciones.

Aquel día me trajo el uniforme completamente listo, con sus botones de oro envueltos en papel vitela.

Me lo puse y lo encontré perfecto, aunque Saint Jérôme aseguraba que hacía arrugas en la espalda. Bajé á la habitación de Volodia y sentí fijas en mí las miradas de los criados al pasar por el corredor y la antesala, pero fingí no advertirlo.

Gavrilo, el mayordomo de casa, corrió tras de mí y en la sala me dió la enhorabuena y de parte del papá me entregó algún dinero. Añadió, también por encargo de papá, que á partir de aquel día el cochero Kuzma estaría á mis órdenes con la carretela y el caballo bayo.

Esta noticia inesperada me produjo una alegría tal, que me fué imposible permanecer indiferente en presencia de Gavrito. Me turbé, me faltó la respiración y respondí lo

primero que se me ocurrió; que el bayo trotaba muy bien ó algo por el estilo.

Echando después una mirada á las personas que acechaban á las puertas de la antesala y el corredor, no pude contenerme por más tiempo y atravesé la sala corriendo con mi traje nuevo y con los magníficos botones de oro.

Cuando entré en la habitación de Volodia, oí la voz de Dubkof y de Nekliudof que venían á darme la enhorabuena y á proponerme que fuéramos á comer á un Restaurant cualquiera para conmemorar con libaciones de champagne mi buen éxito. Dmitai me dijo que á él no le gustaba beber champagne, pero aquella noche vendría para celebrar el primer día en que nos hablaríamos de *tú*. Dubkof me dijo que tenía el aspecto de un coronel; Volodia no me dirigió ningún cumplido y se contentó con decirme secamente que dentro de dos días podríamos marchar al campo. Creo que á pesar de que se alegraba de mi admisión en la Universidad, le disgustaba que yo llegase á ser un jovencito como él. También Saint Jérôme vino á verme y declaró con énfasis que sus funciones habían terminado y que no sabía si lo había hecho bien ó mal, aunque en ellas había puesto todo su empeño. Al final de su discurso, dijo que al día siguiente se marchaba de casa del conde.

Creo que mientras le oía hablar, mostré una sonrisa de satisfacción que me pareció necia, pero noté que esta misma sonrisa se estereotipaba en los labios de los demás.

Ya no tengo preceptor; dispongo en cambio de una carretela; mi nombre estará impreso en la lista de los estudiantes, ciño espada, los guardias de la ciudad me harán los honores de... en suma, soy *mayor*, es decir feliz.

Quedamos en comer á las cinco en casa de Iar. Volodia se fué con Dubkof, y Dmitri dijo, según su costumbre, que tenía que ausentarse antes de comer y me dejó solo. Disponía, pues, de dos horas, que podría emplear como cuadrarse mejor.

Paseé largo rato por la habitación mirándome en todos los espejos, ora abotonado, ora con el capote suelto, ora abotonado con un solo botón y siempre muy satisfecho de mí mismo. Después, á pesar del temor de mostrarme demasiado contento, no pude resistir á la tentación de ir á la caballeriza y á la cochera para ver *mi caballo bayo*, mi carretela y á Kurma.

Luego volví á subir y anduve de cuarto en cuarto, mirándome en los espejos con incesante sonrisa de felicidad y contando el dinero que llevaba en el bolsillo.

Aún no había transcurrido una hora y ya empezaba á aburrírmeme ó más bien me molestaba el que nadie me viese en todo mi esplendor. Además, sentía la necesidad de moverme, de hacer algo. Dí orden de enganchar y pensé que lo mejor de todo era ir á hacer compras al puente de Kuznetzki.

Me acordé de que Volodia, cuando fué admitido en la Universidad, había comprado una litografía de Victor Adam que representaba unos caballos, haciéndose de una pipa y tabaco y me pareció indispensable imitarle.

Salí en coche hacia el puente de Kuznetzki. Mis botones centelleaban al sol, mi escarapela y mi sombrero lucían, mi espada brillaba; todos me miraban. Me detuve frente al almacén de cuadros de Daziaro y entré para ver lo que allí había. No quería comprar los caballos de Adam para que no me dijese que remedaba á Volodia. Pesaroso del trabajo que imponía al dependiente, escogí aprisa un pastel que representaba una cabeza de mujer que estaba en el escaparate; lo compré en 20 rublos, y con todo, aún me avergonzaba de haber molestado por semejante fruslería á los dos atildados dependientes, tanto más cuanto que por su parte parecía que no se fijaban en mí. Descanando pues hacerles comprender con quien se las habían, fijé mi vista en un objeto de plata que estaba en el escaparate, y como me dijese que era un porta-lápiz y que costaba 18 rublos, mandé me lo envolvieran en un papel y lo pa-

gué. Por ellos supe que en el establecimiento próximo encontraría buenas pipas y tabaco. Después de esto, saludé con gran amabilidad á los dos dependientes y salí con mi pastel bajo el brazo.

La tienda vecina tenía por muestra un negro que fumaba un cigarro. Con el fin premeditado de no remedar á nadie, en vez de una pipa ordinaria, compré una pipa turca y tabaco turco. Al salir del almacén para subir al coche, vi á Semenof que había sido promovido conmigo y que debía entrar en la misma facultad que yo. Vestía de paisano y caminaba aprisa con la cabeza baja. Sentí que no me reconociese y dije en alta voz á Kuzina: «¡Adelante!» Subí al coche y no me detuve hasta alcanzar á Semenof.

— Buenos días, — le dije.

— ¿Cómo está V? — me respondió sin pararse.

— ¿Por qué no lleva V. el uniforme?

Semenof se detuvo y entornó los ojos, enseñando sus blancos dientes como una persona á quien molesta el sol. En realidad quería decir que mi carretela y mi uniforme le eran indiferentes. Me miró sin hablar y prosiguió su camino.

Desde el puente Kuznetzki fui á casa de un pastelero del Boulevard Tyerskoe, donde fingí no ocuparme más que de los periódicos, pero por mas que hice no pude resistir á la tentación de tragar pastelillo tras pastelillo. Me molestaba la presencia de un caballero que me miraba con curiosidad por encima de su periódico, pero mi vergüenza no me impidió engullir con rapidez extraordinaria ocho pastelillos uno de cada clase.

Cuando volví á casa sentí un poco de peso en el estómago, pero no hice caso y me puse á examinar mis compras.

La pintura me causó tan mala impresión, que en vez de ponerla en un marco y colgarla de la pared como Volodia, la escondí cuidadosamente en la cómoda, donde

nadie podría verla. Tampoco me agradó gran cosa el lapicero, pero lo dejé sobre la mesa consolándome al pensamiento de que era de plata y además de gran utilidad para un estudiante.

En cuanto á los utensilios destinados á fumar, me puse inmediatamente á hacer las pruebas.

Abri el paquete de tabaco, llené la pipa turca de un tabaco rojizo y fino, puse sobre el tabaco un pedacito de yesca encendida, tome la boquilla entre el tercero y cuarto dedo (esta posición me gustaba mucho) y empecé á fumar.

El olor del tabaco era muy bueno, pero yo sentía en la boca un sabor amargo y me costaba trabajo aspirar el humo. A pesar de todo resistí, y fumé por mucho tiempo, ejercitandome en arrojar al aire bocanadas de humo.

Pronto se llenó la habitación de azuladas nubecillas, la pipa empezó á chisporrotear y el tabaco se consumió; sentí en la boca un sabor amargo y se me fué un poco la cabeza. Decidí dejarlo para otra vez, pero quise antes examinar en el espejo el efecto que producía con mi pipa en la boca.

Muy sorprendido, observé al levantarme que me tambaleaba y que la habitación daba vueltas en torno mio: cuando con grandes esfuerzos logré llegar hasta el espejo, noté que estaba pálido como un muerto.

Apenas tuve tiempo para echarme sobre el diván donde sentí náuseas tan fuertes y tal debilidad que creí que el tabaco era un verdadero veneno. Creí que iba á expirar y tenía tanto miedo que, á estar allí algún criado, le hubiese mandado en busca del médico.

Mi espanto no duró mucho. Comprendí fácilmente lo que era y permanecí largo rato tendido en el diván en un estado de postración y con un dolor de cabeza horribles.

Miré atontado la marca impresa del paquete de tabaco, la pipa que había dejado caer á tierra, los restos de los

dulces que había comido en casa del pastelero y pensaba con indecible melancolía:

—Es evidente que aún no soy un hombre, que aún hay en mí mucho de niño, desde el momento que no puedo fumar como los demás... El destino no quiere que yo sostenga como todos la pipa en el tercero y cuarto dedo y que arroje el humo á través de mi bigotillo rojo.

Dmitri me encontró en aquel estado poco placentero cuando vino á buscarme á las cinco. Sin embargo, después de beber un vaso de agua, me sentí casi bien y dispuesto á salir con él.

—¡Qué idea la de fumar!—dijo al mirar los pequeños restos de mi pequeña orgía.—Es una necesidad y un gasto inútil. Por mi parte, he jurado no fumar nunca... Pero démonos prisa; es preciso que vayamos á buscar á Dubkof.

CAPITULO LVI

En qué se ocupaban Volodia y Dubkof

Apenas Dmitri entró en la habitación, comprendí que no estaba de buen humor. Cuando se sentía disgustado de sí mismo, aparecía impasible ó dejaba adivinar su tristeza por el ademán y el modo especial de guñar los ojos ó de inclinar á un lado la cabeza como para arreglarse el lazo de la corbata. Su frialdad ejercía siempre cierta influencia en mis sentimientos hacia él.

En los últimos tiempos me había dedicado á analizar y juzgar el carácter de mi amigo, pero nuestra amistad no se había entibiado; era demasiado reciente y vigorosa para que me fuera posible, al considerar á Dmitri, no encontrar en él la perfección. Había en él dos hombres distintos que

yo admiraba igualmente. El uno, á quien yo amaba mucho, era bueno, dulce, afectuoso, alegre, consciente de su amabilidad, y entonces toda su persona, todos sus movimientos, hasta el sonido de su voz, parecían decir: «Soy bueno y virtuoso, soy feliz por ello y celebro que todos vosotros podáis comprobarlo.» El otro Dmitri á quien apenas empezaba á conocer y ante cuya nobleza me inclinaba, era frío, severo consigo mismo y con los demás, orgulloso, devoto hasta el fanatismo y de una virtud pedante. En este momento tenía ante mí el segundo Dmitri.

No bien estuvimos en el coche, le dije con aquella franqueza que era la condición indispensable de nuestra amistad, que sentía mucho encontrarle en tan mala disposición de ánimo precisamente el día en que yo era tan feliz.

—Estoy seguro de que le ha sucedido á usted un percance; ¿por qué no me lo cuenta usted?—le pregunté.

—¡Querido Nicolás!—me respondió moviendo la cabeza y entornando los ojos.—Desde el momento en que le he dado mi palabra de decirsele todo, no tiene usted derecho á sospechar que le oculto alguna cosa. Es imposible ser siempre el mismo y no sé en verdad qué es lo que tengo.

—¡Qué carácter tan franco y leal!—pensé y guardé silencio. Sin desplegar más los labios, llegamos á casa de Dubkof, la cual era, ó al menos me lo parecía, de maravillosa belleza. Por todas partes había alfombras, cuadros, colgaduras, tapices de colores vivísimos, retratos, divanes, y en las paredes armas, pistolas, bolsas bordadas para tabaco y cabezas de animales salvajes hechas con cartón. Al entrar en este saloncito comprendí de donde copiaba Volodia el decorado de sus habitaciones.

Encontramos á Dubkof y á Volodia ocupados en jugar á los naipes. Un caballero desconocido (por sus humildes modales se comprendía que no era un gran personaje) estaba sentado junto á la mesa y seguía atentamente el juego. Dubkof vestía una bata de seda y llevaba zapatillas. Volodia se había quitado el capote y estaba sentado en el

diván frente á su amigo. Se veía por su rostro encendido y por la mirada que nos lanzó al entrar, que estaba completamente absorto en su juego. Al vernos se puso aún más colorado.

—A ti te toca; da cartas,—dijo á Dubkof.

Adiviné que le disgustaba que le hubiésemos sorprendido jugando, pero á pesar de todo la expresión de su fisonomía no denotó embarazo. Al contrario, quería decir:

—¡Y qué! sí, juego, te admiras de ello porque aún eres joven. A nuestra edad no sólo no es una cosa mal hecha, sino que es indispensable.

Todo esto lo adiviné en su fisonomía.

Dubkof no dió ya cartas, sino que se levantó, nos estrechó la mano, nos hizo sentar y nos ofreció pipas que rehusamos.

—He aquí á nuestro diplomático en el pináculo de la gloria,—dijo.—Se parece muchísimo á mi coronel.

Brotó de mis labios un sonido inarticulado y sentí que le dirigía una sonrisa imbécil.

Respetaba á Dubkof como se respeta á un ayudante de veinte y siete años cuando uno no es más que niño de diez y seis y cuando personas mayores le tratan de joven bien educado, que baila bien y que habla correctamente el francés y cuando este joven, que en su interior desprecia vuestros diez y seis años, se esfuerza en disimular este sentimiento.

Todo este gran respeto no me impidió en todo el tiempo que duró nuestra amistad, sentir, sabe Dios por qué, gran disgusto siempre que le miraba á la cara. Noté más tarde que había tres categorías de personas á quien yo no podía mirar sin turbarme: los que valían mucho menos que yo, los que valían mucho más, y aquellos á quienes no se atreve uno á decir una cosa sabida por ambos. Quizá Dubkof valiese más que yo, quizás menos, pero creo más bien que la impresión de que hablo derivaba del hecho de que

el mentía á menudo sin reconocerlo. Naturalmente, yo no me atrevía á decirselo.

—Vaya otra partida,—dijo Volodia, moviendo el hombro con el mismo *tic* de papá y barajando los naipes.

—Continuaremos más tarde,—dijo Dubkof;—pero al fin y al cabo, ¡vaya otro juego!

Mientras estaban jugando, observé sus manos. Las de Volodia eran grandes, pero bellas. Noté que Volodia manejaba las cartas y se descartaba doblando los dedos lo mismo que mi padre, y sus manos se asemejaban entonces de un modo tal, que me me pregunté si mi hermano no lo hacía adrede para imitar á un hombre, pero me bastó mirar su rostro para convencerme de que estaba preocupado por el juego.

Dubkof, en cambio, tenía las manos pequeñas, regordetas y muy ágiles; tenía la mano propia para llevar sortijas, la mano de las personas acostumbradas á manejar bibelots delicados ó á ejecutar trabajos en que es indispensable la destreza.

Volodia debía perder, porque el desconocido al mirar sus cartas afirmó que Vladimiro Petrovitch tenía mala estrella, y Dubkof, al acabar, sacó la cartera y escribió una nota que mostró á Volodia preguntándole:

—¿Está bien?

—Muy bien,—dijo Volodia afectando la mayor sangre fría.—Ahora vámonos.

Volodia hizo subir á su coche á Dubkof y yo tomé asiento en el de Dmitri.

—¿A qué juegan?—pregunté á Dmitri.

—Al piquet. Es un juego necio, como todos los juegos.

—¿Juegan mucho?

—No, pero de cualquier modo eso no está bien.

—¿No juega usted?

—No, he dado mi palabra de no jugar. Por otra parte, Dubkof no puede menos de ganar.

—Eso no está bien—dije.—Volodia juega evidentemente menos que él.

—Cierto que no está bien, pero tampoco es un gran mal. Dubkof ama el juego y juega bien, lo que no le impide ser un buen muchacho.

—No creía yo compatible...

—No se puede dudar de él, porque es todo un caballero. Le quiero mucho y le querré siempre á pesar de sus defectos.

Adiviné que Dmitri defendía á Dubkof con calor exagerado cabalmente porque no le estimaba, aunque no se atreviese á confesarlo para no ser acusado de inconstancia. Dmitri era uno de esos hombres que permanecen fieles toda la vida á sus amigos, no tanto porque los juzgan siempre dignos de su afecto, como porque una vez han concedido su amistad á un hombre no les parece leal retirársela, aun convencidos de que no la merece.

CAPITULO LVII

En donde se me festeja

Dubkof y Volodia conocían de nombre á todo el personal de casa Iar desde el portero hasta el dueño y todos se deshacían en cortesías dirigidas á los dos jóvenes. En seguida nos dieron un gabinete particular y nos sirvieron una comida magnífica encargada por Dubkof. La botella de *champagne frappé* estaba allí dispuesta y yo me esforzaba al mirarla en conservar un aire indiferente. La comida fué muy regocijada y me divertí mucho, aunque Dubkof nos contaba según su costumbre las historias más tétricas: después de todo bien podían ser verdaderas. Nos contó,

el mentía á menudo sin reconocerlo. Naturalmente, yo no me atrevía á decirselo.

—Vaya otra partida,—dijo Volodia, moviendo el hombro con el mismo *tic* de papá y barajando los naipes.

—Continuaremos más tarde,—dijo Dubkof;—pero al fin y al cabo, ¡vaya otro juego!

Mientras estaban jugando, observé sus manos. Las de Volodia eran grandes, pero bellas. Noté que Volodia manejaba las cartas y se descartaba doblando los dedos lo mismo que mi padre, y sus manos se asemejaban entonces de un modo tal, que me me pregunté si mi hermano no lo hacía adrede para imitar á un hombre, pero me bastó mirar su rostro para convencerme de que estaba preocupado por el juego.

Dubkof, en cambio, tenía las manos pequeñas, regordetas y muy ágiles; tenía la mano propia para llevar sortijas, la mano de las personas acostumbradas á manejar bibelots delicados ó á ejecutar trabajos en que es indispensable la destreza.

Volodia debía perder, porque el desconocido al mirar sus cartas afirmó que Vladimiro Petrovitch tenía mala estrella, y Dubkof, al acabar, sacó la cartera y escribió una nota que mostró á Volodia preguntándole:

—¿Está bien?

—Muy bien,—dijo Volodia afectando la mayor sangre fría.—Ahora vámonos.

Volodia hizo subir á su coche á Dubkof y yo tomé asiento en el de Dmitri.

—¿A qué juegan?—pregunté á Dmitri.

—Al piquet. Es un juego necio, como todos los juegos.

—¿Juegan mucho?

—No, pero de cualquier modo eso no está bien.

—¿No juega usted?

—No, he dado mi palabra de no jugar. Por otra parte, Dubkof no puede menos de ganar.

—Eso no está bien—dije.—Volodia juega evidentemente menos que él.

—Cierto que no está bien, pero tampoco es un gran mal. Dubkof ama el juego y juega bien, lo que no le impide ser un buen muchacho.

—No creía yo compatible...

—No se puede dudar de él, porque es todo un caballero. Le quiero mucho y le querré siempre á pesar de sus defectos.

Adiviné que Dmitri defendía á Dubkof con calor exagerado cabalmente porque no le estimaba, aunque no se atreviese á confesarlo para no ser acusado de inconstancia. Dmitri era uno de esos hombres que permanecen fieles toda la vida á sus amigos, no tanto porque los juzgan siempre dignos de su afecto, como porque una vez han concedido su amistad á un hombre no les parece leal retirársela, aun convencidos de que no la merece.

CAPITULO LVII

En donde se me festeja

Dubkof y Volodia conocían de nombre á todo el personal de casa Iar desde el portero hasta el dueño y todos se deshacían en cortesías dirigidas á los dos jóvenes. En seguida nos dieron un gabinete particular y nos sirvieron una comida magnífica encargada por Dubkof. La botella de *champagne frappé* estaba allí dispuesta y yo me esforzaba al mirarla en conservar un aire indiferente. La comida fué muy regocijada y me divertí mucho, aunque Dubkof nos contaba según su costumbre las historias más tétricas: después de todo bien podían ser verdaderas. Nos contó,

entre otras cosas, que su abuela sorprendida por tres ladrones, les mató á los tres con un mosquete. Al oír esta historia me sonrojé, bajé los ojos y volví la cara. Volodia, por su parte, se sobresaltaba cada vez que yo abría la boca. (No tenía razón porque recuerdo que aquella noche no solté ninguna necedad). Al escanciarse el champagne bebieron todos á mi salud y Dubkof y Dmitri «á nuestro futuro tuteamiento como prueba de confianza mayor» y después de esto me abrazaron. Como no sabían quién pagaría el champagne (después me dijeron que cada cual pagó su parte), quise obsequiarles con una copa; empecé á tentarme el bolsillo, saqué sin ser notado un billete de diez rublos y llamé al mozo diciéndole en voz baja, pero no tanto que no pudiesen oírme todos los amigos que me miraban en silencio: «Tenga usted la bondad de traernos otra media botella de champagne.» Volodia se puso como la grana y noté que le acometía el tic del hombro y nos miraba á todos con sorpresa, por lo cual comprendí que había cometido una falta. Sin embargo, esto no impidió que bebiésemos con mucho gusto la media botella.

La comida continuó en medio de la mayor alegría. Dubkof charlaba sin cesar y Volodia también dijo lindezas con una soltura de que no le creía capaz. Se rió mucho. Su fuerza cómica consistía en referir con muchos y variados visajes la anécdota tan conocida: «¿Habéis estado en el extranjero?—No, pero mi hermano toca el violín.» Habían llevado el género á la perfección del absurdo. Por ejemplo, en la anécdota que he citado el segundo respondía: «No, mi hermano no ha tocado nunca el violín.» A cada pregunta respondían del mismo modo, y aun sin responder á nadie, asociaban en sus discursos dos ideas completamente disparatadas, expresándolas con la mayor gravedad. El caso era harto grotesco.

A mi vez, adopté este método y probé á contar algún chascarrillo, pero me oyeron con indiferencia y bajaron

los ojos, en una palabra, hice fiasco. Dubkof declaró que el diplomático «divagaba,» pero el champagne y la compañía de los mayores me habían comunicado tal alegría que apenas noté la observación. Sólo Dmitri no reía, aunque había bebido tanto como los demás; su aspecto severo nos impidió charlar y reír con entera libertad.

—Oídme, señores,—dijo Dubkof,—es preciso que después de comer empecemos la educación del diplomático. Llévemoslo á casa de la *tía*.

—Nekliudof no querrá venir—objetó Volodia.

—¡Eres insoportable con tu seriedad! ¡Insoportable!—exclamó Dubkof dirigiéndose á Dmitri.—Vamos todos juntos y verás que buena señora es esa *tía*.

—No sólo no iré, sino que le prohibo que vaya,—respondió Dmitri sonrojándose.

—¿A quién? ¿al diplomático? Tú vienes ¿no es verdad, diplomático? Miren como se le han encandilado los ojos al oír hablar de la *tía*.

—No se lo impido,—añadió Dmitri, levantándose y empezando á pasear por la habitación sin mirarme;—sólo le aconsejo, le ruego que no vaya. Ya no es un niño y si quiere puede ir él solo, sin vosotros. Debieras avergonzarte, Dubkof; obras mal y pretendes que los demás te imiten...

—¿Qué hay de malo en eso?—dijo Dubkof guiñando el ojo á Volodia.—¿Os invito á tomar una taza de té en casa de la *tía*? Si no te cuadra, no tienes más que dejar de venir; yo iré con Volodia. ¿Vendrás, Volodia?

—¡Ejem!—exclamó Volodia en tono afirmativo.—Vamos y cuando salgamos volveremos á mi casa á concluir nuestro piquet.

—Veamos; tú quieres ir con ellos ¿sí ó no?—me dijo Dmitri acercándose al diván en que yo estaba.

—No,—respondí haciéndole sitio.—No tengo deseo alguno y aun cuando no me lo hubieses aconsejado, no hubiera ido.

Se sentó á mi lado y añadió en voz baja:

—No, no he dicho la verdad, quisiera ir con ellos, pero estoy contento de no hacerlo.

—Está muy bien,—dijo.—Vive á tu manera y no te dejes guiar por nadie; es lo mejor.

Esta discusión, no sólo no turbó nuestra alegría, sino que contribuyó á hacerla más ruidosa. Dmitri, de pronto, recobró buen humor y se mostró amable como yo quería. Noté después con frecuencia que estos cambios suyos dependían del convencimiento de haber hecho una buena acción. Entonces estaba contento por haberme salvado y no cabía en sí de alegría. Pidió otra botella de champagne (cosa contraria á sus principios) invitó á beber á un señor que pasaba, cantó el *Gaudeamus igitur* invitándonos á hacerle coro y propuso ir á pasear en coche hasta Sokolnik, pero Dubkof les observó que este programa era demasiado sentimental.

—Divirtámonos,—dijo Dmitri sonriendo.—He bebido un poco más de lo conveniente, en honor tuyo, por primera vez en mi vida.

Este género de alegría no se avenía con el carácter de Dmitri. Tenía el aspecto de un preceptor ó de un buen padre de familia que, estando contento de sus hijitos, se esfuerza en hacerles reír y enseñarles al mismo tiempo que puede uno divertirse honestamente.

Sin embargo, su animación imprevista nos excitó á todos, tanto más cuanto que habíamos bebido una media botella de champagne por barba.

En esta disposición de ánimo tan placentera salí con los demás para fumar un cigarrillo que me había dado Dubkof.

Cuando me levanté, sentí que mi cabeza no estaba muy firme, que mis pies se movían con dificultad y que las manos conservaban su posición normal sólo cuando ponía en ello cierto empeño. Cuando me descuidaba un poco, mis pies iban de un lado á otro y las manos se movían de

mil maneras distintas. Concentré toda mi atención en las extremidades de mi cuerpo y ordené á las manos se levantasen para alisar los cabellos y abotonar el capote, acto que ejecutaron levantando mucho los codos.

Mandé después á los pies que me condujeran á la puerta y obedecieron, pero de un modo anormal; ora pisaban el pavimento con demasiada fuerza, ora lo rozaban apenas; el izquierdo especialmente tendía á andar con sólo la punta. Una voz me gritó: «¿A dónde vas? Ahora traen la luz.» Adiviné que era la voz de Volodia y me alegré; por toda respuesta me sonrei y seguí andando.

CAPITULO LVIII

Visitas á los amigos

El día siguiente era el último día de nuestra estancia en Moseou y tenía que hacer algunas visitas que me había encargado papá, anotándolas de su puño y letra en una hoja de papel.

Nuestro padre no se interesaba tanto por nuestra educación y nuestra conducta moral como por nuestras relaciones sociales. Con su escritura rápida y confusa había apuntado lo siguiente:

- 1.º A casa del príncipe Ivan Ivanovitch: *indispensable.*
- 2.º A casa de los Ivine: *indispensable.*
- 3.º A casa del príncipe Mikhail.
- 4.º A casa de la princesa Nekliudof y de la señora Valakhine: *si no te falta tiempo.*

Venían después el rector y los profesores, pero Dmitri me aseguró que estas visitas resultaban inútiles. Era pre-

ciso hacer las demás aquel mismo día y las dos primeras, las indispensables, me fastidiaban mucho.

El príncipe Ivan Ivanovitch había sido general de división, era viejo, rico y vivía solo, por lo que las relaciones entre él y un estudiante de diez y seis años no podían tener nada de lisonjero para el último, ó al menos así lo comprendí.

También los Ivine eran muy ricos y el padre un alto funcionario que nos había visitado una sola vez en nuestra casa, cuando aún vivía mi abuela. Después de la muerte de ésta, noté que el más joven de los Ivine huía de nosotros y se daba mucho tono. Oí decir que el mayor había concluido sus estudios de derecho y había entrado en la Administración en Petersburgo y que también el segundo, Sergio, mi antiguo ídolo, que estaba muy crecido y grueso, se hallaba en la Capital y era cadete del Cuerpo de pajes.

En mi juventud, no sólo no pude resistir á los que se creían superiores á mí, sino que su compañía se me antojaba un verdadero suplicio, pues sin cesar temía recibir una afrenta y concluí por dirigir mis esfuerzos á un solo fin: afirmar enfrente de los demás mi independencia.

De todos modos, desde el momento en que suprimía el final del programa de papá, era preciso que atenuase mi culpa ejecutando fielmente la primera parte. Me paseaba por la habitación contemplando mi uniforme, sombrero y espada, colocados en una silla, y me estaba vistiendo para salir, cuando recibí la visita del viejo Grapp y de Iline que venían á felicitarme.

El padre Grapp era un alemán, establecido hacía mucho tiempo en Rusia, humilde y ceremonioso de un modo insoportable y que á menudo empinaba el codo. Las más de las veces venía á nuestra casa porque necesitaba algo y papá de vez en cuando le recibía en su despacho, pero nunca le había invitado á comer. Aunque era muy pedigrüño y fastidioso, tenía el aspecto de un hombre de bien

y estaba tan acostumbrado á frecuentar nuestra casa, que no podíamos menos de agradecerle el afecto que al parecer nos profesaba. Con todo, nunca me fué simpático y cuando le oía charlar me avergonzaba por él.

Esta visita me contrarió mucho y no traté de ocultarlo.

Iline había sido admitido en la Universidad, como yo, y acostumbrado á tratarle bajo un pie de insolente superioridad, cosa que él parecía consentir gustoso, me disgusté al verle tan estudiante como yo y creí notar que él mismo sentía cierto embarazo y se avergonzaba de esta igualdad. Les di los buenos días con mucha indiferencia y mandé que enganchasen sin invitarles á sentarse, porque me parecía que lo harían sin necesidad de que yo se lo dijese. Iline era un buen muchacho, honrado, que no tenía pelo de tonto, pero que era algo lunático; sin motivo alguno se mostraba excitado á veces: ora se reía de todo, ora se quejaba de cualquier cosa; ora se ofendía sin razón.

Esta última predisposición de su espíritu era en él la más común, por desgracia. No decía nada, nos miraba á su padre y á mí con gesto furibundo y se contentaba cuando me dirigía á él con sonreírse de un modo humilde. Sabía ocultar bajo aquella sonrisa todos sus sentimientos, especialmente la vergüenza que le inspiraba su padre y que no podía menos de molestarle en presencia nuestra.

Empecé á vestirme.

—Así pues, Nicolás Petrovitch,—dijo el viejo, yendo tras de mí como un perro por la habitación y dando vueltas lentamente entre sus gruesos dedos con ademán respetuoso á la tabaquera de plata que le había regalado mi abuela,—ya está hecho.

Apenas he sabido por mi hijo este ruidoso triunfo, —todos conocemos su inteligencia de usted,—me he apresurado á venir á darle á usted mi enhorabuena, amo mío.

En mis tiempos le llevé á usted en brazos y Dios sabe que le quiero tanto como si fuese de mi familia. Aquí tiene usted á mi Iline que le suplica que le permita usted venir á verle, pues á él también le es muy grata su compañía.

Durante este discurso, Iline se había sentado junto á la ventana y parecía contemplar mi tricornio, pero en realidad decía no sé qué entre dientes, en tono airado.

—Quería preguntarle también, Nicolás Petrovitch,—prosiguió el viejo,—si mi Iline ha salido bien de los exámenes. Dice que vivirá con usted y en este caso espero que usted no lo abandonará, lo vigilará y le dará buenos consejos.

—Ha quedado muy bien,—respondí mirando á Iline, que advirtió mi mirada y cesó de mover los labios.

—¿Podrá pasar todo el día con usted?—preguntó el viejo con sonrisa tímida, como si le causase gran temor esta pregunta.

Desde que había entrado seguía todos mis movimientos como un perro, de modo que á mi pesar me veía obligado á aspirar el olor á vino y tabaco de que estaba impregnado.

Estaba ya más que aburrido, pues me colocaba en una falsa posición con respecto á su hijo. Le odiaba de todo corazón porque me distraía durante una operación tan seria como mi tocado y además por aquel hedor á borracho que me sulfuraba.

Todo esto concluyó por hacerme responder con frialdad que me era imposible permanecer con Iline porque debía pasar fuera casi todo el día.

—El señorito irá con seguridad á ver á su hermana,—dijo Iline sonriendo sin mirarme.—Por lo demás, yo también tengo que hacer.

Estaba cada vez más contrariado y aburrido. Para dulcificar un poco mi negativa me apresuré á explicarles que iba á salir porque tenía que ir á casa del príncipe Ivan Ivanovitch, á casa de la *princesa* Kornakof, á casa de los Zvi-

ne «*esos señores que tan alta posición ocupan*» y que comería de seguro en casa de la *princesa* Nekliudof. Me parecía que una vez enterados de la calidad de los personajes, á los que pensaban visitar, me dejarían en paz.

Cuando noté que se disponían á salir, dije á Iline que viniese otra vez, pero él se limitó á responder con un sonido inarticulado y sonrió con aquella sonrisa suya peculiar que no tenía nada de sincera.

Comprendí que estaba resuelto á no poner más los pies en mi casa.

Luego que se hubieron marchado, subí á mi coche para ir á hacer mis visitas. Por la mañana había pedido á Volodia que me acompañara porque estaba fastidiado, pero se negó á ello so pretexto de que habría sido demasiado sentimental el ir juntos los dos hermanos en el mismo coche.

CAPITULO LIX

En casa de los Valakhine

Por consiguiente, salí solo. La primera visita, la más próxima, fué para la señora Valakhine. Hacía tres años que no había visto á Sonia y mi pasión por ella se había desvanecido hacía tiempo, si bien conservaba de mi afecto un recuerdo vivísimo que aún me conmovía.

En aquellos tres años había pensado con tanta insistencia en la joven y me la representaba con tal precisión, que á veces sentía deseos de llorar y volvía á crearme enamorado. Todo esto, sin embargo, no duraba más que algunos minutos y se repetía sólo á largos intervalos.

Sabía que Sonia y su madre habían pasado dos años en

el extranjero. Se dijo en cierta ocasión que la diligencia en que viajaban había volcado y que Sonia, herida en la cara por un trozo de cristal, había quedado desfigurada. Por el camino recordé á la Sonia de otro tiempo, preguntándome como la encontraría ahora. A causa de los dos años pasados, me la figuraba muy alta, con gallardía de reina, seria é imponente, llena de atractivos. Mi imaginación se negaba á representársela con la cara llena de cicatrices. Después, habiendo oído hablar, no sé donde, de un amante que había permanecido siempre fiel al objeto de su amor, aun después de los estragos causados por la viruela, me esforcé en convencerme de que estaba enamorado de Sonia y aspiraba al mérito de serle fiel á despecho de todos los costurones.

La verdad es que ni siquiera pensaba en estar enamorado de veras, pero yendo á casa de los Valahkine me perseguían mis recuerdos, me sentía inclinado á enamorarme y lo deseaba ardientemente. Cabalmente corría para mí la época en que me avergonzaba, al ver á todos mis amigos enamorados de no estarlo como ellos.

Los Valahkine habitaban en un *chalet* de madera muy bonito que daba á un patio. Tiré del cordón,—las campanillas eran una rareza en Moscou,—y me abrió la puerta un criadito muy bien puesto.

No sabía ó no quiso decirme si la señora estaba en casa y desapareció por un corredor obscuro, dejándome en un recibidor bastante lóbrego.

Por algunos instantes permanecí solo en la pieza en que había una puerta cerrada además de la de entrada y la del corredor.

Me admiró el aspecto sombrío de la casa, pero pensaba por otra parte que así debía ser la casa de unas personas que han estado dos años en el extranjero.

Al cabo de cinco minutos el mismo criado abrió por dentro la puerta de la sala y me llevó á un saloncito me-

desto pero muy bien dispuesto, donde casi al mismo tiempo que yo apareció Sonia.

Tenía diez y siete años. Era pequeña, delgada, amarilla y de aspecto enfermizo; en su cara no se notaba ninguna cicatriz, viéndose aún brillar los magníficos ojos y aquella sonrisa bondadosa y franca que yo le había conocido y por la que yo la amara en nuestra infancia. No esperaba encontrarla así y me fué imposible en el primer momento sentir por ella lo que había imaginado por el camino. Me apretó fuertemente la mano, á la inglesa, lo que entonces era tan raro en Rusia como las campanillas, y me hi o sentar junto á ella en un diván.

—¡Qué contento estoy de verle á usted, mi querido Nicolás!—dijo mirándome á la cara con gesto de sincera alegría y de un modo tal, que no creí notar nada de humillante en el tono amistoso en que pronunció las palabras: *Mi querido Nicolás.*

Estaba asombrado de encontrarla, después de su residencia en el extranjero, más sencilla aún, más gentil y afectuosa que antes.

Al fin descubrí dos pequeñas cicatrices, una cerca de la nariz y la otra en una ceja, pero los magníficos ojos y la sonrisa eran tales como las representaba mi recuerdo.

—¡Cómo ha cambiado usted!—me dijo.—¡Es usted casi un hombre! Y yo, ¿estoy muy cambiada?

—No la habría reconocido á usted,—respondí, aun cuando creía lo contrario.

Me sentía feliz como en la noche del baile, hacía cinco años.

—Ahora estoy más fea, ¿no es verdad?—preguntó agitando la cabeza.

—No, no, nada de eso,—me apresuré á responder.—Está usted algo más crecida, como que tiene usted algunos años más, pero la encuentro más linda...

—Bien, me es igual. ¿Se acuerda usted de nuestros bailes y de nuestros juegos? ¿no recuerda usted á Saint-Jérô-

me y á la señora Dorat? (yo no conocía á esta última; de seguro que el placer de recuerdos tan dulces le hacía confundirse.

—¡Ah! ¡qué hermosa época!—continuó con su sonrisa de otro tiempo, quizá más bella aún, y sus ojos resplandecientes.

Mientras hablaba, tuve espacio para meditar en mi situación y decidir si estaba ó no enamorado. Apenas hube tomado esta determinación, toda mi valentía se desvaneció; uno especie de niebla me privó de la vista de todos los objetos y aún de sus ojos y su sonrisa; me sentí tímido y me sonrojé sin acertar á hablar.

—Los tiempos han cambiado,—prosiguió ella, suspirando y arrugando ligeramente el entrecejo.—Todo ha empeorado, aun nosotros mismos; ¿no es verdad, Nicolás?

No supe qué responder y la miré en silencio.

—¿Qué ha sido de los Ivine y de los Kornakof? ¿No se acuerda usted de ellos?—continuó, observando con cierta curiosidad mi rostro encendido y confuso.—¡Ah, qué hermosos tiempos!

Tampoco esta vez pude responder, pero la venida de la señora Valakhine me sacó por un momento de aquella situación penosa.

Me levanté, saludé y recobré el uso de la palabra. En cambio Sonia se transformó de un modo extraño. Se desvanecieron en ella la alegría y la familiaridad; su sonrisa no era ya la misma, y se convirtió en la señorita educada en el extranjero, rígida y cortés, que yo había imaginado al venir. Esta metamorfosis no tenía aparentemente razón de ser, porque su madre había conservado su dulce sonrisa y la amabilidad que aparecía hasta en sus menores ademanes.

La señora Valakhine se sentó en una gran butaca y me indicó una silla á su lado; luego dijo algo en inglés á su hija, y Sonia salió en el acto, lo que contribuyó á que yo recobrase mi sangre fría.

La señora Valakhine me dirigió muchas preguntas sobre mi hermano, mi padre y toda mi familia. Después me habló del dolor que le había causado la pérdida de su marido.

Al fin, viendo que era imposible charlar conmigo, me miró como para decirme: «Deberías levantarte y salir, amiguito; sería la mejor idea que se te puede ocurrir.» Pero me sucedió una cosa extraña. Sonia había vuelto con una labor en las manos y se había sentado en la parte opuesta del salón: yo sentía sus ojos fijos en mí. Por otra parte, mientras la señora Valakhine me hablaba aún de la muerte de su marido, había tenido yo tiempo de recordar que estaba enamorado y de reflexionar que la madre hubiera debido advertirlo. Todo esto había producido un nuevo ataque de timidez tan fuerte, que no me atrevía siquiera á moverme.

Conocí qué para levantarme y salir me vería obligado á prestar mucha atención al punto donde pondría los pies y que debía fijarme mucho en lo que haría de mi cabeza y de mis brazos; en una palabra, estaba poco más ó menos en estado semejante al de la noche anterior después de beber la media botella de champagne. El instinto me decía que no podría salir con lucimiento, que *no podría* siquiera levantarme y, en efecto, *no podía*. La señora Valakhine estaba asombrada de mi rubor y de mi completa estupidez, pero yo resolví que era mejor permanecer sentado, aunque en situación poco airosa, que cometer alguna barbaridad al levantarme ó al salir.

Permanecí, pues, inmóvil largo rato con la esperanza de que un acontecimiento imprevisto viniese á favorecerme. Y en efecto, el acontecimiento se presentó bajo la forma de un jovencito de ruin aspecto que entró como persona de la casa, saludándome con mucha gracia.

La señora Valakhine se levantó, se excusó diciéndome que tenía que hablar con su intendente y me miró con gesto perplejo que parecía decir: «Si quieres estar ahí cien

años, no soy yo quien te ponga en la puerta.» Hice un esfuerzo desesperado y me levanté, pero no me fué posible saludar. Me dirigí hacia la puerta, seguido de las miradas compasivas de la madre y de la hija, y preocupado con la idea de no tropezar en la alfombra, choqué con una silla que se encontraba bastante lejos de mi camino.

Al salir al aire libre, presa aún de la mayor ansiedad, lancé un sonido inarticulado, ó más bien una especie de gruñido, de modo que Kuzma tuvo que preguntarme dos ó tres veces lo que quería.

Al fin pasó la crisis y me puse á reflexionar con mucha calma en mi amor por Sonia y en las relaciones entre madre é hija que me parecían extrañas.

Cuando más tarde conté á mi padre mi impresión de que la señora Valakhine y su hija no aparecían muy de acuerdo, me dijo:

—Sí, la madre atormenta á la pobre niña con su horrible avaricia. Es extraño,—añadió con una emoción mayor que la que se puede sentir por una pariente lejana,—¡era una mujer tan amable, tan original! No se comprende este cambio. ¿No has visto en su casa á una especie de secretario? ¡Qué ideal ¡una señora rusa que tiene secretario!—añadió separándose de mí y torciendo el gesto.

—Le he visto,—respondí.

—Bien; ¿es al menos un buen mozo?

—No, es muy feo.

—No se concibe,—dijo mi padre moviendo con furia la cabeza y el hombro.—Heme, pues, enamorado,—me dije, continuando mi camino en coche.

CAPITULO LX

En casa de los Kornakof

La segunda visita estaba destinada á los Kornakof que ocupaban el primer piso de una casa muy grande. La escalera era majestuosa y muy bien cuidada, pero no de lujo, por lo que no se veían en ella flores ni espejos.

La sala que atravesé para ir al salón tenía el piso de madera encerada y estaba adornada con buenos muebles, pero todo era triste y frío. El mobiliario, aunque un poco viejo, era sólido á la vista y brillante; en las paredes desnudas no se veían ni cuadros ni adornos de ningún género. En el salón encontré un número regular de princesitas, sentadas, con el busto erguido y continente tan ceremonioso que hacía pensar en seguida: «Cuando no haya visitas abandonarán esa postura.»

—En seguida vendrá mamá,—me dijo la mayor sentándose junto á mí.

Estuvo hablando conmigo un cuarto de hora con arte y gracia tales, que la conversación no decayó, pero como se echaba de ver demasiada afectación en estas cosas no me agradó mucho. Entre otras cosas, me dijo que su hermano Esteban que, hacía dos años, había ingresado en la escuela de guardias nobles, era ya oficial. Al hablarme de su hermano y sobre todo cuando me contó que había optado por los húsares sin el consentimiento de su madre, pareció asustarse y las demás hermanas menores, que continuaban sentadas sin desplegar los labios, ofrecieron la misma expresión de terror. Habló de la muerte de mi abuela, afectando mucho pesar y las princesitas la imita-

ron. Al recordar el día en que pegué á Saint-Jérôme y en que éste me dió un tirón de orejas, se echó á reír, enseñándome unos dientes feísimos y las hermanitas rieron todas y mostraron dentaduras también feas.

Entró al fin la princesa. Era la misma mujercita enjuta y amarillenta y con la misma mirada fugitiva que no se detenía nunca en la persona á quien hablaba. Me cogió la mano y levantó la suya hasta mis labios. Confieso que no se me habría ocurrido la idea de besarle la mano sin una indicación, porque no me parecía que ello fuese indispensable. — ¡Cuanto me alegro de verle á usted! — dijo con su agria voceilla, echando una ojeada á sus hijas. ¡Cómo se parece á su madre! ¿No es verdad, Elisa?

Elisa respondió afirmativamente. (Yo sabía muy bien que no me parecía en nada á mi madre.)

— ¡Es usted todo un hombre! Y mi Esteban... ¿se acuerda usted?... es primo hermano de usted... no primo hermano... ¿Cómo es, Elisa? Mi madre se llamaba Bárbara Dmitricona, hija de Dmitri Nikolaievitch, y su abuela de usted Natalia Nicolaievna.

— Entonces son primos en cuarto grado, — dijo la mayor de las princesitas.

— ¡Tú lo embrollas todo siempre! — le gritó con aspereza la madre. — No, no es primo en cuarto grado; él y Esteban son hijos de primos hermanos. Esteban... ¿quién lo sabe usted? es ya oficial. Sólo le apena una cosa: el tener demasiada libertad. ¡La juventud necesita mucho freno!... No tome usted á mal que su tía le diga á usted la verdad, He educado á Esteban severamente y estoy convencida de que es necesario obrar así... ¡Ya lo he encontrado! He aquí nuestro grado de parentesco: el príncipe Ivan Ivanovitch es tío mío y era tío de su madre de usted. Yo era pues prima hermana de su madre de usted y no hija de primos suyos... A propósito, dígame usted, amigo mío, ¿ha estado ya en casa del príncipe Ivan?

Respondí que iba á visitarle en seguida.

— ¿Es posible? — exclamó. — Esa debía haber sido su primera visita. Sepa usted que el príncipe Ivan Ivanovitch es para usted como un padre, puesto que no tiene hijos. Usted y los míos son sus únicos herederos. Es preciso cuidarle mucho á causa de su edad avanzada, de su situación y de lo demás. Sé que la juventud de hoy día no tiene para nada en cuenta los lazos de familia y que no ama á los viejos, pero crea usted á su tía que le quiere bien, y que amaba tanto á su madre de usted; también quería mucho á su abuela y la he respetado muchísimo. Es indispensable que vaya usted á su casa.

Le prometí que iría sin falta y me levanté. La visita me había parecido bastante larga, hice por marcharme, pero me detuvo aún.

— No, aguarde usted un minuto. ¿Dónde está su padre, Elisa? Vaya usted á buscarle. Se alegrará mucho de verle á usted, — continuó volviéndose hacia mí.

Al cabo de dos minutos entró el príncipe Mikhail, un hombrecillo medio jorobado, mal vestido, con la barba crecida y una expresión tan indiferente que rayaba en estupidez. No se alegró de verme, ó por lo menos, no dió la menor muestra de ello.

La princesa, á la que él temía mucho, le dijo: — ¿No es verdad que Valdemar (había olvidado mi nombre) se parece mucho á su madre? — Y acompañó estas palabras con una mirada que le exigía una respuesta afirmativa. El príncipe se acercó á mí y me tendió con abandono su mejilla que no estaba afeitada de algunos días y que me ví obligado á besar.

— ¿Aún no estás vestido? ¡Y tienes que salir! — repuso la princesa con voz áspera, una voz que parecía serle habitual cuando se dirigía á las personas de su familia. ¿Quieres disgustarles? ¿No quieres demostrarles tu solicitud?

— Ya voy, ya voy, madrecita, — dijo el príncipe Mikhail se fué.

Yo saludé también y salí.

Por la primera vez supe que éramos los herederos del príncipe Ivan Ivanovitch, noticia que me causó pésima impresión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
ALERE FLA CAPITULO LXI
VERITATIS

En casa de los Ivine

Después de esto, la visita indispensable que debía hacerle me fastidiaba más aún. Pero antes de ir á casa del príncipe debía pasar por la de los Ivine que se encontraba al paso. Habitaban una casa grande y muy hermosa en el boulevard llamado de Tverskoe. Atravesé el umbral de la puerta cochera con cierto sentimiento de temor. El suizo que desempeñaba el papel de portero me saludó agitando su bastón de grueso pomo.

Cuando subía la escalera me pareció empequeñecerme en el verdadero sentido de la palabra, impresión que ya había notado cuando mi carretela se detuvo ante la escalinata. Carretela, caballo, cochero, todo me pareció que se había empequeñecido ante aquella suntuosidad.

Encontré al más joven de los Ivine que estaba durmiendo tendido en un diván con un libro abierto en la mano. Su preceptor que me había seguido le despertó; el joven no manifestó la menor alegría al verme y al hablarme me miraba á la frente.

Aun cuando se mostraba amable, me pareció que no sentía el menor afecto por mí y que no veía la necesidad de trabar amistad conmigo, teniendo ya sin duda amigos de una clase diferente de la mía. Todo esto lo leí yo en su cara y particularmente en la manera de mirarme las cejas. En una palabra, y por más trabajo que me cueste

confesarlo, me trató poco más ó menos como yo trataba á Iline. Mis nervios empezaban á sobreexcitarse. Había sorprendido al vuelo una mirada que Ivine dirigió á su preceptor y en la que leí esta pregunta:

—«¿Qué viene éste á hacer aquí?»

Después de algunos minutos de conversación, Ivine me dijo que su padre y su madre estaban en casa y le rogué que me presentase á ellos. Me hizo pasar á un gabinete junto al salón, en el cual entró su madre casi al mismo tiempo que nosotros, por otra puerta. Me acogió con mucha cordialidad, me hizo sentar junto á ella y con mucho interés me pidió nuevas de toda nuestra familia.

La señora Ivine, á quien yo había visto solamente una ó dos veces y á la que entonces pude observar á mi gusto, me fué muy simpática.

Era alta, delgada, muy blanca y tenía un aire triste y abatido. Su sonrisa era melancólica, pero de una bondad inmensa; sus grandes ojos fatigados y algo bizcos le daban una expresión aún más triste y atractiva. Ya estuviese en pie, ya sentada, su cuerpo parecía agotado y aniquilado. Hablaba muy despacio y su pronunciación era tan defectuosa, que no se comprendía bien lo que decía; á pesar de esto, el timbre de su voz y su modo de hablar eran extremadamente simpáticos. Noté que se tomaba un interés melancólico por cuanto yo le refería de mi familia como si mis respuestas le recordasen tiempos mejores.

Su hijo se fué. Ella me consideró un instante en silencio y de repente se echó á llorar. Me quedé sentado ante ella, no sabiendo qué hacer ni qué decir mientras que ella continuaba llorando sin mirarme. Mi primer movimiento fué de compasión y luego me pregunté: «¿Será preciso consolarla? ¿cómo debo hacerlo?»

Al fin sentí una especie de irritación contra ella por haberme colocado en una situación tan falsa: «¿Acaso puede mi aspecto excitar tanta compasión?»—pensaba,—«¿ó lo hace adrede para ver como me conduzco en estos casos?»

Por la primera vez supe que éramos los herederos del príncipe Ivan Ivanovitch, noticia que me causó pésima impresión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE LETRAS
ALERE FLA VERITATIS
CAPITULO LXI

En casa de los Ivine

Después de esto, la visita indispensable que debía hacerle me fastidiaba más aún. Pero antes de ir á casa del príncipe debía pasar por la de los Ivine que se encontraba al paso. Habitaban una casa grande y muy hermosa en el boulevard llamado de Tverskoe. Atravesé el umbral de la puerta cochera con cierto sentimiento de temor. El suizo que desempeñaba el papel de portero me saludó agitando su bastón de grueso pomo.

Cuando subía la escalera me pareció empequeñecerme en el verdadero sentido de la palabra, impresión que ya había notado cuando mi carretela se detuvo ante la escalinata. Carretela, caballo, cochero, todo me pareció que se había empequeñecido ante aquella suntuosidad.

Encontré al más joven de los Ivine que estaba durmiendo tendido en un diván con un libro abierto en la mano. Su preceptor que me había seguido le despertó; el joven no manifestó la menor alegría al verme y al hablarme me miraba á la frente.

Aun cuando se mostraba amable, me pareció que no sentía el menor afecto por mí y que no veía la necesidad de trabar amistad conmigo, teniendo ya sin duda amigos de una clase diferente de la mía. Todo esto lo leí yo en su cara y particularmente en la manera de mirarme las cejas. En una palabra, y por más trabajo que me cueste

confesarlo, me trató poco más ó menos como yo trataba á Iline. Mis nervios empezaban á sobreexcitarse. Había sorprendido al vuelo una mirada que Ivine dirigió á su preceptor y en la que leí esta pregunta:

—¿Qué viene éste á hacer aquí?»

Después de algunos minutos de conversación, Ivine me dijo que su padre y su madre estaban en casa y le rogué que me presentase á ellos. Me hizo pasar á un gabinete junto al salón, en el cual entró su madre casi al mismo tiempo que nosotros, por otra puerta. Me acogió con mucha cordialidad, me hizo sentar junto á ella y con mucho interés me pidió nuevas de toda nuestra familia.

La señora Ivine, á quien yo había visto solamente una ó dos veces y á la que entonces pude observar á mi gusto, me fué muy simpática.

Era alta, delgada, muy blanca y tenía un aire triste y abatido. Su sonrisa era melancólica, pero de una bondad inmensa; sus grandes ojos fatigados y algo bizcos le daban una expresión aún más triste y atractiva. Ya estuviese en pie, ya sentada, su cuerpo parecía agotado y aniquilado. Hablaba muy despacio y su pronunciación era tan defectuosa, que no se comprendía bien lo que decía; á pesar de esto, el timbre de su voz y su modo de hablar eran extremadamente simpáticos. Noté que se tomaba un interés melancólico por cuanto yo le refería de mi familia como si mis respuestas le recordasen tiempos mejores.

Su hijo se fué. Ella me consideró un instante en silencio y de repente se echó á llorar. Me quedé sentado ante ella, no sabiendo qué hacer ni qué decir mientras que ella continuaba llorando sin mirarme. Mi primer movimiento fué de compasión y luego me pregunté: «¿Será preciso consolarla? ¿cómo debo hacerlo?»

Al fin sentí una especie de irritación contra ella por haberme colocado en una situación tan falsa: «¿Acaso puede mi aspecto excitar tanta compasión?»—pensaba,—«¿ó lo hace adrede para ver como me conduzco en estos casos?»

—«No es conveniente que me vaya,—pensé,—parecería asustado por sus lágrimas.»

Me movía en mi silla, para recordarle que aún estaba yo allí.

—¡Qué tonta soy!—dijo al fin, mirándome con forzada sonrisa.—Hay días en que lloro sin saber por qué.

Se puso á buscar un pañuelo sobre el diván y rompió de nuevo á llorar con más fuerza que antes.

—¡Ah! ¡Dios mío! Es ridículo llorar así; pero ¡quería tanto á su madre de usted! ¡Eramos... así... muy amigas... y...

Al fin encontró el pañuelo, se cubrió la cara y continuó llorando.

Yo recaí en mi indecisión. Aquella situación se prolongaba demasiado y estaba ya algo enojado aunque sentía una gran piedad por ella. Sus lágrimas me parecían sinceras y pensaba que ella lloraba no sólo por mi madre, sino porque ella no se sentía ahora feliz y el recuerdo de mamá despertaba en ella el de tiempos más venturosos. No sé como habría acabado esta escena si no hubiese entrado Ivine diciendo que su padre preguntaba por ella.

Ya se había levantado y se disponía á salir, cuando apareció su marido. Era un señor pequeñín, pero muy fuerte, á pesar de sus cabellos grises, con espesas cejas negras, cabellos rígidos como las barbas de un cepillo; la boca sobre todo tenía una expresión durísima.

Me levanté y le saludé, pero el señor Ivine que ostentaba tres condecoraciones en su levita verde, no me devolvió el saludo y apenas me miró.

Me pareció que yo no era á sus ojos una persona, sino un objeto cualquiera, que no despertaba el menor interés, algo así como una butaca ó una ventana; en todo caso si yo era alguien, pertenecía sin duda á esa especie de gentes que no se diferencian de un mueble.

—¿No ha escrito usted aún á la condesa, querida?—dijo á su mujer en tono muy áspero.

—Dispense usted, Irteneff,—dijo la señora Ivine, saludándome con una inclinación de cabeza y cobrando de pronto una reserva aristocrática, y me miró á las cejas como su hijo lo hiciera antes.

La saludé y me incliné de nuevo ante el viejo Ivine, que me hizo el mismo caso que si hubiese abierto ó cerrado una ventana.

El joven Ivine me acompañó hasta la puerta contándome que estaba á punto de entrar en la Universidad de Petersburgo porque su padre había sido por entonces trasladado á la capital con un cargo importantísimo que me indicó.

—Papá dirá lo que quiera,—murmuré rechinando los dientes al subir á mi coche,—pero en esta casa no volveré á poner los pies. La señora llora al mirarme como si yo fuese un pobre diablo, y aquel majadero ni siquiera me saluda... ¡Me la pagará!... ¿De qué modo? No lo sabía aún. Mucho tiempo después tuve que aguantar los reproches de mi padre que decía que era indispensable cultivar aquellas relaciones y que yo no tenía á derecho á pretender que un hombre como Ivine se ocupase de un chico como yo. Pero me resistí y conservé mi rencor por muchísimo tiempo.

CAPITULO LXII

El príncipe Ivan Ivanovitch

—Y ahora la última visita,—dije á Kuzma, y nos dirijimos hacia la morada del príncipe Ivan Ivanovitch.

Comunmente después de una serie de visitas, adquiría cierto aplomo y franqueza; me encontraba pues en dispo-

sición de ánimo bastante tranquila al acercarme á la casa habitación del príncipe, cuando recordé de pronto las palabras de la princesa sobre mi calidad de heredero, y además ví dos carrozas paradas ante la escalinata que me acabaron de turbar. De nuevo me sentí lleno de timidez.

Me pareció que el viejo suizo que abría la puerta, el lacayo que me tomaba el abrigo y las tres señoras y los dos caballeros que encontré en el salón, y sobre todo Ivan Ivanovitch, que estaba sentado en el diván, me pareció que todos me miraban como se mira á un futuro heredero, con desconfianza. El príncipe estuvo muy cortés conmigo; me besó, ó mejor dicho, me rozó la mejilla con sus labios descoloridos, secos y fríos, me hizo varias preguntas sobre mis ocupaciones y mis proyectos, me prodigó algunos elogios, me preguntó si aún hacía versos como los que había compuesto para felicitar á mi abuela en sus días, y por último, me invitó á comer. Cuanto más afable se mostraba conmigo tanto más se fijaba en mi mente la idea de que se mostraba afectuoso para no dejar traslucir hasta qué punto le irritaba el pensamiento de que yo era su heredero. Tenía un defecto, que procedía de sus dientes postizos (llevaba una dentadura completa), y consistía en levantar el labio superior, después de hablar y en aspirar el aire con un ligero ronquido. Cuando aquel día hacía este gesto, creí que quería decirme: «Mocito, mocito, ya lo sé sin que tengas á recordármelo. Sí, sí, ¡heredero! ¡heredero!...»

Cuando éramos pequeños le llamábamos «el abuelo» pero aquel día considerándome heredero suyo, mi lengua rehusaba emplear este apelativo. Por otra parte, el tratarle de excelentísimo como uno de aquellos señores allí presentes, me parecía inoportuno, y procuré por tanto no tener necesidad de llamarle directamente.

Lo que más me turbaba era el ver á una princesa vieja, heredera también del príncipe y que vivía con él. Estaba sentada á mi lado en la mesa, y durante toda la comida estaba yo pensando que no me dirigía la palabra porque

me detestaba, sabiendo que yo también era un heredero y que el príncipe no se cuidaba de ninguno de nosotros dos porque en nuestra calidad de herederos le éramos igualmente odiosos.

—No puedes imaginarte en qué apuro tan grande me encontré ayer durante las dos horas que pasé en casa del príncipe Ivan,—dije á Dmitri al día siguiente á fin que admirase todo mi disgusto de creerme heredero (me parecía que este sentimiento era soberbio).—Es un hombre muy bueno y me ha tratado muy afectuosamente,—prosegui, queriendo, entre otras cosas, demostrar á mi amigo que si hablaba de aquel modo no era porque me había sentido niño ante el príncipe, sino porque me era insoportable la idea de que se me pudiese incluir en la categoría de aquella princesa que vivía en su casa y se humillaba ante él.—Es un viejo admirable, muy bueno y muy afectuoso para con todo el mundo, pero maltrata á esa pobre señora de un modo que da lástima... ¡Como lo estropean todo esas miserables cuestiones de dinero!

—¿No lo sabes?—continué.—Creo que lo mejor sería tener con el príncipe una franca explicación; decirle que le venero por sus cualidades, pero que no pienso en su caudal y que antes bien le suplico no me deje nada, asegurándole que sólo bajo esta condición iré de vez en cuando á su casa.

Dmitri no se rió en mis barbas, pero reflexionó un poco y me dijo después de algunos minutos de silencio:

—¿Sabes una cosa? No tienes ni asomo de razón. No debiste suponer que se tenga de tí la misma opinión que se tiene de la princesa, ó si lo crees así, no tienes que preocuparte de esa opinión. Bien sabes que te pueden atribuir estos pensamientos, pero sabes también que están muy distantes de tí, que los desprecias con la seguridad de que no has de hacer nunca cosa alguna que pueda ser la consecuencia de ellos. Supón que los demás supondrán que tú

supones... En suma,—añadió viendo que se embrollaba en razonamientos, lo mejor de todo es no suponer nada.

Mi amigo tenía razón. Sólo más tarde, mucho más tarde, aprendí con la experiencia de la vida cuán malo es pensar y aún más decir muchas cosas que nos parecen excelentes, pero que deben permanecer ocultas en el fondo de nuestro corazón. Aprendí también que las bellas palabras van rara vez unidas con las nobles acciones. Estoy convencido de que la mayor parte de las veces el hecho solo de haber expresado un buen propósito hace más difícil su ejecución.

Pero ¿cómo impedir á la juventud la demostración de sus buenos sentimientos? Sólo mucho más tarde, acordándonos de aquellos nobles impulsos, experimentamos la misma impresión de pena que se siente ante una flor tirada á nuestros pies, marchita y pisoteada antes de tiempo, pues no hemos podido impedir que se la cogiese antes de su completa expansión y desarrollo.

Yo mismo, que en aquel momento había dicho á mi amigo que las cuestiones de dinero echaban á perder toda amistad, recibí de él en préstamo al día siguiente, antes de marchar al campo, veinticinco rublos en papel para mi viaje. Todos habían observado que yo derrochaba mi dinero en pinturas y en pipas turcas; Dmitri me ofreció los veinticinco rublos y los tomé y tardé una temporada en devolvérselos.

CAPITULO LXIII

Conversación íntima con mi amigo

Esta conversación tuvo lugar en coche y en el camino de Kuntsof.

Dmitri me había disuadido de ir á visitar á su madre por la mañana y vino á buscarme después de comer para pasar la tarde y la noche en la casa de campo en que habitaba su familia.

Cuando hubimos salido de la ciudad, cuando los abigarrados colores de las casas, el ruido ensordecedor del adquinado cedieron el puesto á los amplios horizontes del campo y el leve crujido de las ruedas en la enarenada carretera; cuando el aire perfumado de la primavera y las extensas soledades me circundaron por todas partes, sólo entonces comencé á recobrar la calma, confuso aún del aturdimiento de los dos días anteriores y alegre ahora bajo la influencia de impresiones nuevas y del sentimiento de la libertad.

Dmitri estaba también de buen humor; no se arreglaba la corbata inclinando la cabeza á un lado (¡mal presagio!) ni sus ojos tenían movimientos nerviosos. Estaba contento de mis buenos propósitos, que cuidé de explicarle, y charlábamos de mil cosas íntimas de que no siempre está uno dispuesto á hablar. Dmitri me informaba de su familia á la que yo no conocía, me hablaba de su madre, de su tía, de su hermana y de la *rubia* á la que Volodia y Dubkof llamaban «mi amor.» Hablaba muy bien de su madre y en tono reposado y solemne como para cerrar toda discusión sobre el asunto; de su tía hablaba con entusiasmo y marcada indulgencia. De su hermana me habló poco y con cierto aire reservado. Al contrario, cuando llegó el turno de la *rubia* Liubov Sergueievna, una joven ya un poco machucha que vivía con los Nekliudof en calidad de pariente, lo hizo muy por extenso y con gran calor.

—Sí, es una chica maravillosa,—dijo ruborizándose y mirándose al mismo tiempo atrevidamente á la cara.—No es ya muy joven, ni tampoco muy bella; ¡pero qué necesidad amar la belleza física! ¡Qué absurdo! no puedo comprender una cosa semejante; ¡tan necia me parece esta idea! (Hubiérase dicho al oírle que había descubierto una gran verdad.)—Pero ¡qué alma la suya! ¡qué corazón! ¡Y qué principios!... Estoy seguro de que no encontrarías su igual en todo el mundo.

No sé por qué Dmitri había tomado la costumbre de decir que todo lo que era bueno era muy raro en el mundo. Repetía esta frase predilecta suya, y que surtía efecto en sus labios.

—No temo más que una cosa,—continuó tranquilamente después de haber fulminado con los rayos de su indignación á los necios que aman la belleza material,—temo que tú no la comprendas al pronto y que te cueste algún trabajo el conocerla. Es muy reservada y hasta impenetrable; no le gusta ostentar de buenas á primeras sus bellas, sus extraordinarias cualidades. Mira, mi madre, á quien vas á conocer pronto, es una mujer buenísima é inteligente, conoce á Liubov Sergueievna desde hace muchos años; pues bien, no puede ni quiere comprenderla. Ayer mismo... verás la causa de su mal humor. Anteayer, Liubov Sergueievna, me rogó que fuera con ella á casa de Ivan Iacovlevitch. Pasa por un loco, pero es en realidad un hombre notable. Es preciso que sepas que Liubov Sergueievna es muy religiosa y que se entiende con Ivan Iacovlevitch; va á menudo á su casa á buscarle y le entrega para los pobres, los dineros que gana para el trabajo de sus manos. Ahora verás qué mujer tan admirable. Voy pues con ella á casa de Ivan Iacovlevitch y le agradezco infinito el haberme hecho conocer á aquel hombre notable. Pues bien, mamá no entiende esto y cree que es pura superstición. Anoche me incomodé con ella por la primera vez de mi vida.

Concluyó con un movimiento nervioso del cuello que era como una reminiscencia del efecto que le había producido aquella disputa.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer?—pregunté para distraerle de aquel recuerdo desagradable...—¿Cómo crees tú que concluirá... quiero decir... ¿habláis de vuestro porvenir los dos?... ¿os habéis declarado vuestro amor ó vuestra amistad?

—¡Me preguntas si pienso casarme con ella!—dijo ru-

horizándose de nuevo y volviéndose hacia mí para mirarme en los ojos.

—Bueno, hénos aquí,—pensaba yo con gran calma,—hé aquí á dos jóvenes amigos el uno del otro que hablan en coche de su porvenir. ¿Cómo le agradaría á cualquiera en este momento el escucharnos ó el mirarnos á hurtadillas?

—¿Por qué no?—prosiguió, después de ver un signo afirmativo de mi parte.—Mi fin, como el de toda persona razonable, es el de ser, en cuanto sea posible, bueno y feliz. Con ella (si lo consiente cuando yo sea independiente del todo), seré mejor y más feliz que con la mujer más bella del mundo.

Hablando de este modo no advertimos que ya habíamos llegado muy cerca de Kuntsof y que el cielo cubierto de nubes nos amenazaba con una próxima lluvia. El sol declinaba ya y la mitad de su disco encendido estaba oculta hacia nuestra derecha por una nube gris casi opaca, encima precisamente de los grandes árboles de los jardines de Kuntsof. De la otra mitad del disco solar irradiaban destellos que inundaban de luz de los grupos de los grandes árboles seculares que se destacaban con su verde oscuro sobre aquel fondo de cielo que permanecía aún azul y luminoso. El esplendor y los matices de esta parte del cielo formaban vivo contraste con las gruesas nubes violáceas que se mostraban delante de nosotros en los tiernos abedules que limitaban el horizonte.

Un poco más á la derecha se divisaban, detrás de los matorrales y de los grupos de árboles, las tejas de diversos colores de las casas de campo, algunas de las cuales estaban iluminadas por los rayos del sol, mientras otras tenían el aspecto tétrico de la parte oscura del cielo. En una hondonada á la izquierda, había un estanque circundado de árboles de un verde pálido que reflejaban su negra sombra en la inmóvil superficie del agua.

Detrás del estanque, al pie de una colina, se extendía

un campo negro de barbecho, dividido en dos partes por una faja de tierra de un verde oscuro, cuyos rectos surcos se prolongaban hasta perderse en el horizonte plumizo y amenazador. A los dos lados del camino que seguía nuestro coche, el centeno de tallos flexibles que empezaba á espigar, mostraba su verde sombrío.

El aire estaba tranquilo y fresco, las hojas de los árboles y los tallos del centeno no se movían. Se habría dicho que cada hoja, que cada tallo de hierba vivía su propia vida individual intensa y feliz.

Noté junto al camino un sendero que serpenteaba por el campo de centeno de un verde oscuro, y este sendero me recordó en seguida nuestra posesión y me indujo á pensar, mediante una asociación y encadenamiento extraños de mis ideas, en Sonia, recordándome que estaba enamorado de ella.

A pesar de mi amistad por Dmitri y de todo el placer que me proporcionaban sus confidencias, no tenía deseos de conocer hasta el fondo sus sentimientos y sus proyectos respecto á Liubov Sergueievna, en tanto que anhelaba comunicarle mi amor á Sonia, sentimiento que me parecía de orden mucho más elevado. No sé por qué no me atreví á decirle francamente, como lo sentía, que sería feliz cuando me hubiese casado con Sonia, estableciéndome en el campo, y cuando tuviese pequeñuelos que corrieran á gatas y me llamaran papá, y cuando Dmitri, en traje de camino, con Liubov Sergueievna, su señora, llegase á las puertas de mi casa... En vez de todo esto, le dije, indicándole el sol que se ponía: «¡Dmitri, mira qué hermoso es esto!»

Dmitri no contestó. No manifestaba gran contento al ver que yo por toda respuesta á una confesión que tan cara le era, le hacía admirar la naturaleza, que en general lo dejaba indiferente, produciéndole una impresión mucho más fría de la que yo experimentaba. La naturaleza le interesaba, más bien que le conmovía, por su belleza; la amaba con la inteligencia, pero no la sentía.

—Pues yo me siento hoy muy feliz,—le dije sin ocuparme de lo que le absorbía, y no sabiendo ni aún lo que iba decir.—Hace tiempo te hablé, ¿no lo recuerdas? de una señorita de quien estaba enamorado cuando niño. Hoy la he vuelto á ver,—proseguí con desenvoltura,—y estoy perdidamente enamorado de ella...

A pesar de la indiferencia que se pintaba en su rostro, le hablé de mi pasión y de todos mis planes de felicidad conyugal. Y ¡cosa extraña! desde el instante en que empecé á describir la violencia de mis sentimientos, sentí que iban disminuyendo.

La lluvia nos sorprendió en la alameda de los abedules que conducía á la casa, pero ninguno de los dos la sentíamos. Noté que llovía porque me cayeron algunas gotas sobre la nariz y sobre las manos, y porque se oía cierta crepitación entre las hojas de los árboles; los ramos de los abedules pendían inmóviles, y parecía que recibían con alegría aquellas hermosas gotas de agua transparentes, exhalando un olor penetrante de que estaba perfumada la alameda toda. Nos apeamos del coche y atravesamos el jardín para llegar más pronto. El entrar en la casa encontramos cuatro señoras que venían apresuradamente por la parte opuesta, y de las cuales dos llevaban labores de costura, la tercera un libro y la cuarta un perrito. Dmitri me presentó inmediatamente á su madre, á su hermana, á su tía y á Liubov Sergueievna, quienes se detuvieron un momento, en tanto que el agua caía cada vez más abundante. «Entremos en la galería y nos le volverás á presentar,» dijo la señora, que me pareció la madre de Dmitri, y juntos subimos la escalera.

CAPITULO XLIV

Los Nekliudof

Entre aquellas señoras, la que desde el primer momento llamó más mi atención fué Liubov Sergueievna, que

subía la escalera tras las demás con su perrito en brazos, y que calzaba gruesos zapatos con lazos. Por dos veces se detuvo á mirarme atentamente, abrazando después á su perro. Era muy fea, rubicunda, pequeña, enjuta, con el talle un poco torcido y un peinado que la afeaba más aún. Este peinado extraño se torcía hacia un lado como el que se hacen ciertas mujeres calvas para ocultar su defecto á los ojos de los demás. Por más que buscaba, por consideración á Dmitri, algo hermoso en ella, no conseguí verlo. Sus ojos oscuros eran demasiado pequeños y sin vida, y seguramente demasiado feos para expresar la bondad. Hasta las manos, este carácter tan distintivo de la clase elevada, aunque muy pequeñas y bien hechas, eran rojizas y ásperas.

Así que llegamos á la galería, todas las señoras me dirigieron alternativamente la palabra, á excepción de Vareneka, hermana de Dmitri, que se limitó á fijar en mí sus grandes ojos de un gris obscuro. Cuando todas volvieron á reanudar su trabajo, Vareneka volvió á abrir su libro, que conservaba en la mano, por el punto en donde como señal tenía puesto un dedo; lo apoyó en sus rodillas y se puso á leer en voz alta.

La princesa María Ivanovna era una mujer alta, bien formada, de unos cuarenta años. Al ver sus cabellos grises, cuyos bucles salían por bajo del gorro en desorden, se le habrían atribuido algunos años más, mientras que en atención á su hermosa tez fresca y tersa, su rostro sin una arruga siquiera y su mirada viva y juvenil, se la hubiera creído mucho más joven. Tenía los ojos negros y grandes, los labios muy delgados, expresando cierta dureza, la nariz regular, pero un tanto inclinada hacia la izquierda, las manos, grandes como las de un hombre, con los dedos afilados y sin sortijas. Un vestido azul modelaba su hermoso cuerpo aún joven, del que ella se mostraba evidentemente orgullosa. Sentada, y manteniéndose muy erguida en su silla, estaba cosiendo un vestido. Cuando entré en la gale-

ría me cogió por la mano, que atrajo hacia sí como para observarme de cerca, y dijo, mirándome con aquellos ojos grandes y un poco fríos, como los de su hijo, que me conocía desde hacía mucho tiempo por intermedio de los Dmitri, y que me invitaba á pasar todo el día en su casa para que nos conociéramos mejor.

—Es V. dueño de hacer lo que guste, como si estuviera V. en su casa. No se preocupe de nosotros, como nosotros no nos preocuparemos de V. Paseese V. ó lea ó quédese á oír nuestras lecturas, ó si lo prefiere, váyase á dormir. En fin, puede hacer lo que mejor le cuadre.

Sofía Ivanovna, su hermana, era una solterona y aunque menor que la princesa parecía mucho más vieja que aquélla. Tenía esa clase de obesidad que es peculiar de las solteras muy gruesas cuando son muy bajas al mismo tiempo. Su exuberante salud se desbordaba, por decirlo así, con tal vehemencia que parecía amenazarla con una sofocación.

Se comprendía por el modo de vestirse y de peinarse, que aún se preciaba de jovencita. Sofía Ivanovna no habría mostrado seguramente sus cabellos grises si los hubiera tenido. En el primer momento su mirada y su acogida me parecieron altaneras y me intimidaron, en tanto que con su hermana me encontraba en la mayor libertad de espíritu.

Quizá su gordura y cierta semejanza con el retrato de Catalina la Grande le daban á mis ojos un aspecto orgulloso; sea como quiera, esta impresión mía se borró cuando mirándome fijamente me dijo: «Los amigos de nuestros amigos son amigos nuestros.» Después de pronunciadas estas palabras calló y suspiró profundamente, en tanto que yo modificaba la opinión que me había formado de ella y me tranquilizaba por completo. Quizá era su misma gordura la que le había hecho adquirir el hábito de suspirar apenas pronunciaba alguna palabra; en tales casos abría la boca un poco y hacía girar sus ojos azul celestes,

Tenia en aquel momento una expresión tan dulce de bondad, que me sentí atraído hacia ella y comencé á encontrarla simpática.

A mi entender, Liubov Sergueievna tenía la obligación como amiga de mi amigo de decirme alguna palabra afectuosa ó íntima. Me miró en efecto un rato, en silencio, como si titubeara, temiendo que fuese harto expresivo lo que iba á decirme, pero sólo rompió el embarazoso silencio para preguntarme sencillamente qué facultad había elegido, y siguió mirándome fijamente sin hablar. Era evidente que se preguntaba si convenía ó no decir alguna frase cariñosa y yo notando su vacilación tomé una actitud suplicante para inducirla á manifestarme lo que pensaba, pero sólo exclamó: «Dicen que ahora se cuidan muy poco de las Ciencias en la Universidad,» y llamó á su perrito.

Durante toda la velada Liubov Sergueievna no hizo otra cosa que proferir sentencias de este género, que la mayor parte de las veces no venían á cuento ó carecían de coherencia, pero tenía tal confianza en Dmitri y éste nos miraba alternativamente á ella y á mí con un rostro tan inquieto pareciendo decir: «¿Qué tal? ¿qué te parece?», que á pesar de que me iba convenciendo de que no había nada de extraordinario en Liubov Sergueievna, todavía, como sucede á menudo, estaba muy lejos de confesármelo á mi mismo.

Para mejor describir á esta familia, diré que Vareneka era una muchacha de diez y seis años. De bello no tenía otra cosa más que unos grandes ojos grises oscuros, vivos y reflexivos al mismo tiempo y que se parecían de un modo extraordinario á los de su tía, una enorme trenza rubia y unas manos muy finas y bellas.

—Me parece, señor Nicolás, que se cansará V. de oír leer un libro del que ya hemos pasado la mitad,—me dijo Sofía Ivanovna con su sonrisa bondadosa, dando vueltas al pedazo de tela que estaba cosiendo.

Dmitri había salido y de aquí el que se hubiera interrumpido la lectura.

—¿Ha leído V. por casualidad la novela de Rob Roy?

En aquella época creía yo un deber mío, en consideración á mi calidad de estudiante, responder con agudeza y originalidad á las preguntas más sencillas cuando me dirigía á personas con quienes no tenía aún mucha confianza. Me habría avergonzado el dar una respuesta sencilla y clara: Sí ó nó; me gusta ó me fastidia, etc. Empecé pues por decir, mientras contemplaba mis calzones nuevos á la última moda y mis espléndidos botones, que no conocía al tal Rob Roy, pero que la lectura me interesaba mucho desde el momento en que se puede empezar un libro por la mitad.

—Es más interesante,—añadí con una sonrisa de satisfacción,—porque se impone la necesidad de adivinar lo que ya ha sucedido y lo que sucederá.

La princesa se echó á reír con risa que no parecía natural, pero que después me convencí de que era la suya propia.

—Debe ser verdad,—dijo.—¿Permanerá V. aún mucho tiempo aquí, Nicolás? ¿Me permitirá V. suprimir el «señor»? ¿Cuándo se marcha V?

—No sé; quizá mañana, quizá permaneceremos aquí algún tiempo,—respondí,—aunque nuestra partida estaba decidida para mañana.

—Siento mucho que se marche V,—dijo la princesa mirando alrededor suyo.—Lo siento por V. y por mi Dmitri. A vuestra edad, la amistad es una cosa preciosa.

Sentí que todos me miraban esperando mi contestación, aunque Vareneka fingía mirar la labor de su tía. Sentí que me hacían sufrir una especie de examen y que se trataba para mí de mostrar buen continente.

—Es verdad para mí,—dije.—La amistad de Dmitri me es cara, pero la mía no puede serle de ninguna utilidad puesto que él vale más que yo (Dmitri no podía avisarme;

de otra suerte habría temido que él creyese que yo no decía lo que pensaba).

La princesa se rió de nuevo con su risa que parecía afectada y que era sin embargo natural.

—Pues si hemos de creerle á él,—dijo,—es V. un pequeño monstruo de perfecciones.

—Monstruo de perfecciones,—pensé,—la cosa cambia de especie; es una frase que no hay que olvidar.

—Por lo demás, sin hablar de V., Dimitri ha llegado á ser maestro en el arte de descubrir perfecciones,—añadió bajando la voz (cosa que me agradó mucho) é indicando con los ojos á Liubov Sergueievna.

—Ha llegado á descubrir algunas en mi pobre tía (así es como designaban entre ellas á Liubov) y que en verdad yo no sospechaba á pesar de que la conozco hace veinte años y con ella al perrito.

—Varia, ve á decir que me traigan un vaso de agua,—continuó lanzando otra ojeada en torno suyo. Sin duda había reflexionado que aún era demasiado pronto para iniciarme en los misterios de su familia ó bien que era del todo inútil tomarse este trabajo.—O si no déjalo, irá él que no hace nada mientras lees. Vaya V. amigo mío, siempre derecho, y cuando haya V. andado quince pasos, se detendrá V. y dirá en alta voz: «Pedro, lleva un vaso de agua hejada á María Ivanovna».

Se rió de nuevo con su acostumbrada afectación.—«Sin duda habla de mí,—pensé al salir.—Quiere decir que me ha juzgado muy inteligente.»

Aún no había dado quince pasos cuando Sofia Ivanovna me alcanzó medio jadeante. Aunque estaba tan gruesa andaba aprisa y con paso ligero.

—Gracias, querido mío—dijo.—Voy por ese lado y haré yo el encargo.

CAPITULO LXV

Tres especies de amor

Sofia Ivanovna, á quien acabé de conocer más tarde,

era una de aquellas raras solteronas nacidas para la vida de familia, á las que el destino ha rehusado esta merced y que en cierto momento de su vida se deciden á consagrar al elegido de su corazón toda aquella ternura que han acumulado durante tantos y tantos años, en previsión del marido y de los niños á que al fin han tenido que renunciar. Esta ternura es tesoro inagotable en ellas, pues por más numerosas que sean las personas elegidas todavía les queda algún afecto para todos los seres buenos ó malos que encuentran en la vida.

Hay tres especies de amor: 1.º El amor elegante; 2.º el amor devoto, 3.º el amor activo.

No considero aquí el amor de un joven por una muchacha ó viceversa, porque este amor me asusta. He sido bastante desgraciado en mi vida para no haber encontrado en él ni una sola partícula de verdad. No he visto en él mas que mentiras, en que el sentimiento propiamente dicho está tan enlazado con las cuestiones de orden fisiológico, con las relaciones conyugales y la cuestión de fortuna que es imposible encontrar ni rastro de él.

Quiero hablar aquí del amor de toda criatura humana hacia las demás criaturas; del amor que según la mayor ó menor fuerza del alma se concentra en un solo individuo, se divide entre varias personas ó se aplica á todos; hablo del amor á la madre, al padre, á los hermanos, á los hijos, á los amigos ó amigas, á los conciudadanos; en una palabra, del amor á la humanidad.

El amor elegante consiste en someterse á la belleza del sentimiento y en deleitarse en esta manifestación. Para las personas que aman así, el objeto amado no es tal si no en tanto que despierta un sentimiento agradable que nos proporciona un goce. A tales personas les importa muy poco el ser amadas, no ejerciendo esta circunstancia ninguna influencia en la belleza y el encanto de la pasión propia.

Cambian con frecuencia de objeto de amor porque su único fin es tener siempre despierto en sí mismos el sen-

de otra suerte habría temido que él creyese que yo no decía lo que pensaba).

La princesa se rió de nuevo con su risa que parecía afectada y que era sin embargo natural.

—Pues si hemos de creerle á él,—dijo,—es V. un pequeño monstruo de perfecciones.

—Monstruo de perfecciones,—pensé,—la cosa cambia de especie; es una frase que no hay que olvidar.

—Por lo demás, sin hablar de V., Dimitri ha llegado á ser maestro en el arte de descubrir perfecciones,—añadió bajando la voz (cosa que me agradó mucho) é indicando con los ojos á Liubov Sergueievna.

—Ha llegado á descubrir algunas en mi pobre tía (así es como designaban entre ellas á Liubov) y que en verdad yo no sospechaba á pesar de que la conozco hace veinte años y con ella al perrito.

—Varia, ve á decir que me traigan un vaso de agua,—continuó lanzando otra ojeada en torno suyo. Sin duda había reflexionado que aún era demasiado pronto para iniciarme en los misterios de su familia ó bien que era del todo inútil tomarse este trabajo.—O si no déjalo, irá él que no hace nada mientras lees. Vaya V. amigo mío, siempre derecho, y cuando haya V. andado quince pasos, se detendrá V. y dirá en alta voz: «Pedro, lleva un vaso de agua hejada á María Ivanovna».

Se rió de nuevo con su acostumbrada afectación.—«Sin duda habla de mí,—pensé al salir.—Quiere decir que me ha juzgado muy inteligente.»

Aún no había dado quince pasos cuando Sofia Ivanovna me alcanzó medio jadeante. Aunque estaba tan gruesa andaba aprisa y con paso ligero.

—Gracias, querido mío—dijo.—Voy por ese lado y haré yo el encargo.

CAPITULO LXV

Tres especies de amor

Sofia Ivanovna, á quien acabé de conocer más tarde,

era una de aquellas raras solteronas nacidas para la vida de familia, á las que el destino ha rehusado esta merced y que en cierto momento de su vida se deciden á consagrar al elegido de su corazón toda aquella ternura que han acumulado durante tantos y tantos años, en previsión del marido y de los niños á que al fin han tenido que renunciar. Esta ternura es tesoro inagotable en ellas, pues por más numerosas que sean las personas elegidas todavía les queda algún afecto para todos los seres buenos ó malos que encuentran en la vida.

Hay tres especies de amor: 1.º El amor elegante; 2.º el amor devoto, 3.º el amor activo.

No considero aquí el amor de un joven por una muchacha ó viceversa, porque este amor me asusta. He sido bastante desgraciado en mi vida para no haber encontrado en él ni una sola partícula de verdad. No he visto en él mas que mentiras, en que el sentimiento propiamente dicho está tan enlazado con las cuestiones de orden fisiológico, con las relaciones conyugales y la cuestión de fortuna que es imposible encontrar ni rastro de él.

Quiero hablar aquí del amor de toda criatura humana hacia las demás criaturas; del amor que según la mayor ó menor fuerza del alma se concentra en un solo individuo, se divide entre varias personas ó se aplica á todos; hablo del amor á la madre, al padre, á los hermanos, á los hijos, á los amigos ó amigas, á los conciudadanos; en una palabra, del amor á la humanidad.

El amor elegante consiste en someterse á la belleza del sentimiento y en deleitarse en esta manifestación. Para las personas que aman así, el objeto amado no es tal si no en tanto que despierta un sentimiento agradable que nos proporciona un goce. A tales personas les importa muy poco el ser amadas, no ejerciendo esta circunstancia ninguna influencia en la belleza y el encanto de la pasión propia.

Cambian con frecuencia de objeto de amor porque su único fin es tener siempre despierto en sí mismos el sen-

timiento placentero del cariño. Para conseguirlo, hablan de su amor, del modo más diverso, al objeto de su pasión y á todos en general, aún á los menos interesados. En mi país, las personas de cierta clase que aman *elegantemente* no se contentan ni aún con hablar de su pasión á todo el mundo; es preciso que lo digan en francés. Es ridículo y pueril, pero estoy convencido de que han existido y existen aún, entre los individuos de cierta clase, muchos, y en especial mujeres, en los que el amor á sus amigos, á sus maridos y sus hijos dejaría de ser el día en que quedase prohibido expresarlo en francés.

La segunda especie de amor es el *amor devoto*, que consiste en sacrificarse por la persona amada no cuidándose de averiguar si realmente le prestamos un servicio ó no. Se puede formular de este modo: «No hay dolor que yo no sea capaz de soportar para probar al mundo entero y á *el* (ó á *ella*) cuanto le quiero.» Las personas que aman de este modo no aspiran á ser recompensadas, porque es mucho más bello de lo que parece el sacrificarse por otro. Casi siempre se trata de personas enfermizas, circunstancia que hace más meritorio su sacrificio: son por lo general constantes porque sería doloroso para ellas perder el mérito de los sacrificios hechos por el objeto amado. Siempre están dispuestas á morir para demostrar su abnegación, en tanto que desprecian las pequeñas pruebas de afecto que no exigen una devoción peculiar.

Podéis haber comido ó dormido bien ó mal; podéis estar bien ó mal de salud; podéis estar tristes ó gozosos, y en este caso se mantienen indiferentes; no moverán ni un solo dedo para seros útiles. Pedidles sólo que se expongan á recibir un balazo para proteger vuestra vida ó que se arrojen al agua ó al fuego por salvaros, ó exigidles que mueran de amor por vosotros, y veréis como se prestan al sacrificio. Para esto siempre las encontraréis dispuestas, apenas se les presente una ocasión. Es más; estas personas se muestran orgullosas de su amor, exigentes, celosas, desconfia-

das; desean mil peligros al objeto amado para tener el placer de salvarle y de consolarle y hasta le buscan defectos para tener el gusto de corregirlos.

Supongamos que habitáis en el campo y vivís en compañía de una mujer que os ama con esa especie de amor devoto. Estáis bien; estáis tranquilo; tenéis ocupaciones que os agradan; vuestra esposa querida está muy delicada, no puede ocuparse del gobierno de la casa, que ha caído en manos de la servidumbre, ni de los hijos que están dirigidos por sus ayos, ni denada que le guste porque nada le interesa fuera de su marido. Se ve que sufre, pero no habla de sus dolores por no afligiros, se ve que se fastidia pero se encuentra pronta á fastidiarse toda la vida por vuestro amor; se ve que se mortifica cuando estáis absorto en vuestro trabajo ó en vuestros negocios, cualesquiera que sean, la casa, ó la lectura, la agricultura, ó algún servicio público. Sabe que vuestras ocupaciones os matan, pero calla y sufre. Enfermáis; entonces vuestra afectuosa cónyuge olvida sus propios males y no abandona ni un momento la cabecera de vuestro lecho. Por más que le roguéis que no se moleste, no se irá y sentiréis siempre fija en vosotros la mirada compasiva que os dice: «¡Te lo anuncié! pero no importa; no te dejaré solo un minuto.

Una mañana os sentís algo mejor y queréis pasar á otro aposento, pero este otro aposento no está arreglado, ni calentado, ni es habitable. Lo único que os es permitido comer, la sopa, no está preparada y vuestra diligente esposa se ha olvidado igualmente de ir á buscar ó daros vuestras medicinas. En cambio, vuestra afectuosa mujer que ya no puede más, por haber pasado algunas noches velando por vosotros, sigue mirándoos con gesto compasivo, caminando de puntillas y dando á los criados órdenes tan contradictorias, que en la casa nadie sabe qué hacer ni á qué santo encomendarse.

Tenéis deseos de leer; vuestra tierna esposa os dice suspirando que sabe bien que no la escucharéis y que os irri-

taréis contra ella,—cosa á que está habituada,—y que lo mejor sería que no leyérais.

Deseáis pasear por la habitación; mejor haríais en estar sentado. Queréis charlar con un amigo que ha venido á buscaros: lo mejor sería que no pronunciárais una sola palabra.

A la noche siguiente os da otra vez la fiebre. Querriais dormir, pero vuestra amante esposa más pálida y más delgada aún, está sentada delante de vosotros en una butaca y á cada instante lanza un suspiro. La veis á la luz de la lámpara y sus pausados movimientos y el leve rumor que produce al agitarse os atacan los nervios, os irritan.

Tenéis un criado que os sirve hace más de veinte años, al que os habéis acostumbrado, que os cuida muy bien y con toda su alma porque está seguro de una recompensa, pero vuestra tierna esposa no le consiente nada; ella quiere cuidaros sola con sus manos delicadas, que no sirven para el trabajo.

No podéis menos de seguir con la mirada, llenos de sorda irritación, sus blancos dedos que se esfuerzan inútilmente en destapar un frasco ó en apagar un quinqué ó en echar á un vaso vuestra poción ó en acomodaros en vuestro lecho. Si os manifestáis algo inquietos y enojados y le suplicáis que se vaya á descansar, ella lo hará humildemente al notar vuestra excitación nerviosa, pero la oiréis llorar tras de la puerta y encargar cosas absurdas á los criados. Al fin salís con bien de vuestra enfermedad; vuestra fiel esposa, que ha pasado veinte noches sin dormir y que os recuerda durante todo el día, cae á su vez enferma. Empieza á toser, sufre mucho, se vuelve aún más incapaz de ocuparse en los asuntos domésticos y mientras vosotros volvéis al estado normal, os prueba que se ha sacrificado y se sacrifica por vosotros extinguiéndose dulcemente. Sin quererlo, su tedio se trasmite á cuantos la rodean, y aún á vosotros mismos.

El tercer amor, *el amor activo*, consiste en desear ardien-

temente la satisfacción de todas las necesidades, deseos y caprichos (hasta los reprobables) de la persona amada. Las personas que aman de este modo aman siempre y toda la vida, porque cuanto más viva es su pasión y mejor conocen al objeto de su amor, tanto más fácil les es amarlo, ó en otros términos, satisfacer sus deseos.

Su afecto se expresa pocas veces por medio de palabras y cuando hablan de él, no sólo lo hacen sin elocuencia mostrándose poco satisfechas de sí mismas, sino que se muestran tímidas, desgarbadas, porque temen siempre no amar lo suficiente. Hasta los defectos de la persona amada les son queridos, pues les proporcionan más deseos que satisfacer. Estas personas quieren ser amadas y en caso necesario se convencerán fácilmente de que lo son. Si su convicción es verdadera son felices; si no, aman igualmente, y no sólo desean la felicidad de la persona amada, sino que cooperan á ella sin descanso por todos los medios de que pueden disponer, grandes ó pequeños, materiales ó morales.

Este amor era cabalmente el que se leía en los ojos de Sofía Ivanovna, en todos sus movimientos, en cada una de sus palabras; amor que recaía en sus sobrinos, en su hermana, en Liubov Sergueievna y hasta en mí, por ser amado de Dmitri.

Sólo más tarde pude apreciar á Sofía Ivanovna en proporción de sus méritos, pero desde el día en que la ví por vez primera me dirigí esta pregunta: «¿Por qué Dmitri, que se esfuerza en comprender el amor de un modo completamente diverso que los demás jóvenes, y que tiene constantemente á la vista esta buena mujer tan afectuosa, por qué, digo, se limita á reconocer en ella sólo algunas buenas cualidades, mientras que se halla fascinado por esa extraordinaria mujer, por Liubov Sergueievna? Dice bien el proverbio: Nadie es profeta en su patria. Una de dos; en todo hombre, el lado malo es superior realmente al bueno, ó el in-

dividuo se siente atraído mejor hacia lo mal que hacia el bien. Y no hacía mucho tiempo que Dmitri conocía á Liubov Sergueievna, en tanto que estaba acostumbrado desde su nacimiento al afecto de su tía.

CAPITULO LXVI

Donde se afianza mi amistad con Dmitri

Quando volví á la galería, no hablaban de mí como había supuesto. Vareneka había dejado el libro y disputaba con Dmitri, que se paseaba de un lado á otro, arreglándose la corbata con su peculiar movimiento del cuello y frunciendo las cejas. El motivo de esta discusión era Ivan Iacovlevitch y la superstición, pero los dos hermanos estaban demasiado excitados para que no se pudiese suponer que en el fondo se trataba de un asunto mucho más íntimo de la familia. La princesa y Liubov Sergueievna callaban, sin perder no obstante una palabra de lo que se decía y mostraban abiertamente á veces el deseo de tomar parte en la cuestión, pero se contenían porque se fiaban la una de Vareneka y la otra de Dmitri. De la mirada que me lanzó Vareneka cuando entré, deduje que absorba por completo en su discusión no se preocupaba en lo más mínimo de mi presencia. Y la mirada de la princesa, que participaba abiertamente de la opinión de su hija, tuvo el mismo aire indiferente. Dmitri en cambio se espresaba más vivamente desde que notó mi presencia, y Liubov dijo con timidez sin dirigirse abiertamente á nadie: «Nuestros viejos tienen razón: ¡Si la juventud supiese y si la vejez pudiese!»

Esta máxima no cortó la discusión y no surtió más efecto que el de hacerme comprender que Dmitri y Liubov Sergueievna no tenían razón. Al principio sentí cierto embarazo á la vista de esta escena de familia, pero por otro lado me agradaba conocer un tanto á fondo las verdaderas

relaciones que existían entre ellos, convencido por otro lado de que mi presencia no les molestaba.

¡Cuántas veces sucede que frecuentáis años enteros una casa en que el velo falaz de la decencia os oculta las verdaderas relaciones que existen entre los miembros de la familia!

He notado también que cuanto más tupido es el velo y más bello exteriormente, más grosera es la realidad que se esconde tras él. Basta que por azar se comience una discusión inesperada y en la apariencia insignificante, para que sin causa evidente la cuestión se envenene, se agrie, rasgando el velo de la decencia y manifestándose patentes de pronto las verdaderas relaciones de la familia en toda su rudeza, con terror de los contendientes mismos y con asombro de los demás. El velo no cubre ya nada, ondea inútilmente entre los adversarios y no sirve más que para recordarles cuanto tiempo os han engañado tras él. A menudo sucede que se siente menos dolor cuando se da con la cabeza en una pared, que al tocarse ligeramente una llaga viva. No hay familia casi que no tenga un punto sensible, y este era en casa de Nekliudof la extraña pasión de Dmitri por Liubov Sergueievna. Su madre y su hermana estaban celosas, heridas en sus afectos de familia y esto era lo que daba á la disputa sobre Ivan Iacovlevitch un significado verdaderamente serio para ellos.

—Pretendes siempre descubrir un rasgo admirable en aquello que es para los demás ó ridículo ó digno de desprecio,—decía Vareneka con su voz sonora articulando claramente cada sílaba.

—Ante todo,—respondió Dmitri inclinando la cabeza del lado opuesto á su hermana,—te afirmo que sólo un bribón podría hablar con desprecio de un hombre tan respetable como Ivan Iacovlevitch.

En segundo lugar, tú, con propósito deliberado, cierras los ojos para no ver lo bueno, la claridad que te ciega.

En esto entró Sofía Ivanovna, que miró con timidez á sus dos sobrinos y después á mí; suspiró profundamente dos veces, abriendo la boca como si hablara para sí.

—Te suplico Varia que sigas tu lectura,—le dijo dándole el libro y tocándole el brazo con ademán afectuoso.— ¡Deseo tanto saber si él la ha encontrado ya!

Continuó la lectura. Esta pequeña escena no había turbado para nada la paz y la armonía que reinaban en aquella reunión de señoras. Miré á Vareneka mientras leía y me dije que no era tan fea como me pareciera al principio.

—¡Qué lástima que esté enamorado,—pensé,—y que Vareneka no sea Sonia! ¡Qué bello sería formar parte de esta familia, en donde encontraría de una vez una madre, una tía y una esposa!

Entre tanto miraba fijamente á Vareneka con la idea de magnetizarla, obligándola á mirarme. Levantó en efecto la cabeza del libro, y al encontrarse su mirada con la mía se volvió á otro lado.

—No escampa todavía,—dijo.

Senti de pronto una estraña impresión. Me pareció que todo cuanto me ocurría en aquel momento era una repetición de lo que ya me había ocurrido en otra ocasión; entonces, como hoy, llovía; el sol declinaba tras los abedules, *Ella* leía, yo al mirarla la magnetizaba; ella levantaba los ojos...

—¿Sería quizá ella... *Ella*?—pensé.—¿Comienza aquí ese gran acontecimiento?...

Decidí que Varia no era *Ella* y que el *gran suceso* no había llegado aún.

—Ante todo,—decía entre mí,—Vareneka es fea, no es más que una señorita que he conocido del modo más natural. *Ella* en cambio no será una mujer vulgar y la encontraré en lugar preeminente y en circunstancias extraordinarias. Esta familia me es simpática porque no he conocido aún otras, pero es probable que haya muchi-

simas [como esta, que conoceré en el transcurso de mi vida.

Aquella misma noche, á la hora de acostarnos, Dmitri dió muchos puñetazos en la cabeza á su criadito porque no comprendió lo que le decía. El criado salió corriendo, y Dmitri, que le había perseguido hasta la puerta, se detuvo, volvió sus ojos hacia mí y la expresión iracunda y cruel que había tomado por un momento su fisonomía, se transformó en dulzura y vergüenza infantiles. Se fué á la cama, apoyó el codo sobre la almohada, sosteniendo la cabeza con la mano y me miró afectuosamente con lágrimas en los ojos.

—¡Ah, Nicolás, amigo mío!—dijo.—Ya conozco cuán malo soy y Dios sabe cuanto le pido que me mejore; ¿pero qué puedo hacer si tengo un carácter malévol y detestable? Trato de contenerme, de corregirme, pero no se consigue esto de un solo golpe, es preciso que alguien nos dé ejemplo. Liubov Sergueievna me comprende y me ha servido de mucho, tanto que, según he visto en mi libro de memorias, he hecho muchos progresos en un año. ¡Ah Nicolás! ¡alma mía!—continuó con amabilidad insólita pero en tono más sereno, como si esta confesión le hubiese ocasionado un gran bien.—¡Es tan preciosa la influencia de una mujer como ella! ¡Dios mío! ¡que bella será mi vida cuando, al alcanzar mi independencia, posea una amiga como ella! Me convertiré en un hombre distinto.

Y Dmitri me habló de sus planes de matrimonio, de vivir en el campo, trabajando sin cesar en su perfeccionamiento...

—Viviré en el campo,—decía,—y tu vendrás á verme. Acaso te hayas casado con Sonia y nuestros hijos jugarán juntos. Parecen cosas ridículas y tontas, y sin embargo se realizarán.

—¡Puede ser!—dije, sonriendo y pensando que sería mejor que yo me casara con su hermana.

—¿No sabes?—continuó después de un momento de si-

lencio.—Crees que estás enamorado de Sonia y yo pienso que es una tontería, porque tú ignoras aún lo que es amar de veras.

No le respondí, porque se me figuró que participaba yo mismo de este parecer suyo. Hubo un breve silencio.

—Ayer notaste con seguridad que estaba de muy mal humor y que disputé neciamente con Varia. Mira, lo he sentido después muchísimo, especialmente porque estabas tú presente. Es una buena muchacha; ya te convencerás cuando la conozcas mejor.

Este modo de pasar de la idea de que yo no estaba enamorado al elogio de su hermana, me proporcionó un gran placer y me hizo ruborizarme, pero no le dije nada absolutamente sobre Varenka y continuamos cada uno desde su cama charlando de mil cosas.

El gallo había cantado ya dos veces, rayaba la aurora y aún continuábamos nuestras confidencias. Al fin Dmitri apagó la luz.

—Ya es hora de dormir,—dijo.

—Sí. Una palabra más.

—¿Qué quieres?

—¡Es muy hermosa la vida!

—Sí, muy hermosa,—respondió con acento tal, que me pareció ver en la obscuridad la expresión gozosa y acariciadora de su ojos y su sonrisa infantil.

CAPITULO LXVII

En el campo

Al día siguiente marché con Volodia para el campo. Durante el viaje no hice más que pensar en mis recuerdos de Moscou, y sólo por la noche, en el quinto relevo de caballos, comencé á pensar en Sonia Valakhine. Es extraño,—decía entre mí,—que, enamorado como estoy, me haya olvidado por completo de ella. Es preciso que la recuerde

siempre. Y me puse á pensar en Sonia, como es posible hacerlo en un viaje, es decir, á intervalos, pero intensamente.

El resultado de mis reflexiones fué la necesidad, apenas llegado al campo, de tomar un aire triste y pensativo ante todas las personas de casa, y sobre todo ante Catalina, á quien juzgaba una experta concedora en la materia y á la cual había hablado ya alguna cosa del estado de mi corazón. Pero á pesar de mis esfuerzos para engañar á los demás y á mí mismo; á pesar del esmero con que procuraba imitar todos los síntomas que había observado en las personas enamoradas, al cabo de dos días, durante los cuales no recordé mi pasión sino á grandes intervalos (por la noche sobre todo es cuando recordaba que estaba enamorado), la vida del campo y el género diverso de ocupaciones, me hicieron olvidar del todo mi amor por Sonia.

Llegamos á hora avanzada de la noche á Petrovskoe, mientras yo dormía tan profundamente que no pude notar que pasábamos bajo la alameda de los abedules. Todos los de casa estaban en la cama. El viejo Phoca vino á descerrar el cerrojo de la puerta y á abrirnos, descalzo y con una luz en la mano. Estaba encorvado y iba vestido con una especie de camisa de mujer. Al vernos tuvo un movimiento de alegría, nos besó en los hombros, se quitó apresuradamente el sombrero de fieltro y se fué á vestir. Aun no estaba yo bien despierto cuando atravesé el vestíbulo y subí por la escalera, pero al llegar á la antecámara, cuando volví á ver la cerradura con el picaporte, el antiguo candelabro cubierto de cera como en otro tiempo, las sombras oblicuas formadas por la candela que Phoca había encendido; la doble ventana que no se abría casi nunca y que estaba eternamente recubierta de polvo y al otro lado de la cual recordaba que había un serbal; todos aquellos objetos que me eran tan familiares y que encerraban para mí tantos recuerdos, tan unidos entre sí, tan bien bien asociados en un solo pensamiento, sentí de pronto

en mí la caricia de aquella vieja casa tan querida. Me pregunté involuntariamente como habíamos podido la casa y yo permanecer alejados por tanto tiempo uno de otra, y me apresuré mirar si las demás habitaciones estaban en el mismo estado de antes. No había nada cambiado; sólo se había vuelto todo más pequeño, más bajo, y á me parecía que yo era más alto, más torpe, más grosero. Tal como era, la misma morada me abrió con alegría los brazos, cada mesa, cada ventana, cada escalón, cada pequeño rumor promovía en mí una multitud infinita de imágenes, de sentimientos, de recuerdos de aquel feliz tiempo pasado que ya no volverá más.

Entramos en la habitación donde dormíamos cuando pequeños; todos nuestros miedos infantiles estaban allí, escondidos en los oscuros rincones y en los vanos de las puertas. Atravesamos el salón en donde aún se respiraba el amor maternal con su dulzura tranquila y todos los objetos estaban como inundados en ella. Pasamos por la sala en que se sentía aún la alegría ruidosa y descuidada de la infancia que no deseaba otra cosa que el ser despertada de nuevo. En el saloncito en que nos hizo entrar Phoca y en donde nos había dispuesto las camas, todo, desde el espejo y los biombos hasta las desigualdades de las paredes cubiertas de papel claro, todo nos hablaba de dolores de muerte, de lo que ya no volvería más.

Nos acostamos y Phoca se fué después de habernos dado las buenas noches.

—¿No es en esta la habitación donde murió mamá?— preguntó Volodia. Fingí dormir y no respondí. Si hubiese hablado, no habría podido contener el llanto.

Cuando por la mañana me desperté, papá con bata y zapatillas bordadas y con un cigarro en la boca estaba sentado en la cama bromeando y riendo. Al verme abrir los ojos se levantó apresuradamente con el *tic* del hombro y vino á darme palmadas en la espalda con su manaza, aplicando su mejilla á mis labios.

—¡Muy bien! me alegro infinito, señor diplomático,— dijo con un mohín algo burlón que le era habitual y fijando en mí sus ojillos brillantes.— Volodia me dice que has salido muy bien de tus exámenes, bribonzuelo; está muy bien. ¡Tampoco tú quieres ser un holgazán! ¡te has empeñado tú también en ser un buen muchacho! ¡Gracias, querido mío! Ahora procuraremos divertirnos aquí y el invierno que viene iremos á Petersburgo. Desgraciadamente, se acabó la temporada de caza; si así no fuera, os hubiera hecho pasar bien el tiempo. Tú, Volodia, podrás ir á dar una vuelta con tu escopeta; hay muchas aves de paso é iré también contigo.

Este invierno, si Dios quiere, iremos á Petersburgo, donde trataréis con algunas personas de la alta sociedad y encontraréis buenos amigos. Ya sois dos hombrecitos y ahora, como estaba diciendo á Volodia, mi tarea ha concluido. Os he puesto en camino, y podéis adelantar por él, vosotros solos. Cuando me lo pidáis, os aconsejaré y os dirigiré. Ahora no soy para vosotros más que un amigo, pero quiero serlo siempre; seré vuestro buen amigo, vuestro compañero dándoos buenos consejos cuando se presente la ocasión... y nada más. ¿Qué dice tu filosofía, Nicolás? ¿Eh? ¿Está bien ó nó?

Naturalmente respondí que todo iba á las mil maravillas, y esto era lo que pensaba. El papá aquel día estaba encantador; ¡tan contento y tan feliz parecía! Las nuevas relaciones que establecía conmigo, aquella manera misma de tratarme como á un igual, como á un compañero, me impulsaban á amarle más aún.

—Pues bien, cuéntame lo que has visto. ¿Y los Ivine? ¿has visto á ese buen hombre? ¿qué te ha dicho?—continuó papá.—¿Has ido á casa del príncipe Ivan Ivanovitch? Estuvimos mucho tiempo charlando sin vestirnos, tanto que el sol bastante alto no tocaba ya nuestras ventanas. Vino Jacob (aunque viejo, agitaba todavía los dedos de-

trás de la espalda) y anunció á papá que la carretela estaba pronta.

—¿Dónde vas?—le pregunté.

—¡Ah! se me olvidaba,—dijo tosiendo y con su *tic* del hombro, cierto *tic* que indicaba contrariedad esta vez.—He prometido ir hoy á casa de los Epipane. ¿Te acuerdas de «la hermosa flamenca» que venía á visitar á mamá?—Son buenas personas;—y papá salió moviendo su hombro en aquel momento el *tic* revelaba su confusión.

Apenas salió me apresuré á vestirme con mi uniforme de estudiante y me fuí al salón. Volodia, por su parte, no se dió prisa y se quedó hablando un rato con Jacob de los parajes buenos para cazar chochas y cercetas. Nada le fastidiaba más que los afectos de familia y manifestaba una frialdad tal, que admiraba á quien no conocía la causa. En la antesala encontré á papá que se dirigía con paso corto y rápido á la escalera. Vestía levita nueva de Moscou y andaba muy perfumado. Al verme, me hizo una seña con la cabeza como para decirme: ¿Ves que lindo estoy? mientras yo me quedé admirado de la expresión visívima de sus ojos.

Nada cambiado noté en el salón. El antiguo piano de cola de madera amarillenta continuaba en su sitio, en el punto más claro de la habitación. Las grandes ventanas, abiertas como en otro tiempo, ofrecían la misma vista risueña de los grupos de árboles y de las veredas de arena rojiza del jardín. Besé á Mimi y á Liubotshka, y me acerqué á Catalina para hacer con ella otro tanto, pero me acordé á tiempo de que no era conveniente, me detuve, callé y me puse como la grana. Catalina sin la menor coquetería me tendió su blanca mano y me felicitó por mi entrada en la Universidad. Cuando entró Volodia se repitió la misma escena. Era en verdad difícil después de habernos criado juntos, y habernos visto todos los días hasta la época de nuestra primera separación, hallar el modo de saludarnos al volvernos á encontrar. Esta vez fué Catalina

la que se ruborizó en tanto que Volodia, sin el menor embarazo se inclinó ligeramente ante ella, después de lo cual bromeó un momento con nuestra hermana y se fué á paseo.

CAPITULO LXVIII

Nuestras relaciones con las muchachas

Volodia tenía ideas muy originales respecto á las chicas de casa; tenía interés en que comiesen y durmiesen bien, en que vistiesen siempre con elegancia, que no cometiesen errores al hablar en francés (se avergonzaba mucho cuando en presencia de extraños se cometían algunos errores en francés;) pero no se le ocurrió nunca que las muchachas podían pensar ó sentir como él y menos aún admitía que se pudiese hablar con ellas de cosas serias. Cuando le dirigían una pregunta de cierta importancia (lo que ellas trataban siempre de evitar al hablarle, preguntándole por ejemplo su opinión sobre una novela, ó le interrogaban sobre sus tareas en la Universidad, les hacía una mueca y se iba, ó bien respondía con una frase incompleta en francés: «*Comme si trois jolis*, etc., ó tomaba un aspecto grave y necio pronunciando con mirada vaga una palabra cualquiera que no tenía la menor relación con la pregunta; *panecillo*, *col*, etc., ú otra palabra semejante. Cuando yo le repetía lo que habían dicho Liubotshka y Catalina, no dejaba nunca de responderme:

—¡Hum! ¿todavía te entretienes en hablar con ellas? Vaya, ya veó bien que nunca se podrá sacar partido de tí.

Era preciso verle y oírle para medir el profundo desprecio que se contenía en aquella frase. Hacía dos años que Volodia se consideraba como mayor y empleaba el tiempo en enamorarse de todas las mujeres hermosas que veía. Aún cuando veía á Catalina todos los días y ésta llevaba desde hacía dos años vestido largo, embelleciéndose

más cada día, ni siquiera se le ocurrió un momento el enamorarse de ella.

Esto dependía quizá del hecho de que los recuerdos prosáicos de la infancia, la disciplina de nuestro preceptor, nuestras simplezas, etc., estaban aún impresas en su memoria ó bien procedía de la aversión que sienten los niños hacia las chicas que forman parte de la familia, ya que no de esa debilidad que tenemos todos al encontrar con la belleza y la bondad en el camino, de seguir adelante pensando: «Oh encontraré tantas como ésta en la vida!» Cualquiera que fuese la razón de ello, Catalina no era aún para Volodia una mujer.

Durante todo el verano Volodia se aburrió de un modo evidente y su fastidio procedía del desprecio que le inspirábamos desprecio que no se tomaba el trabajo de ocultar. Su rostro parecía decirnos continuamente: «¡Ah, cómo me fastidio! ¡y no tener siquiera una persona con quien cambiar dos palabras!» — A veces salta por la mañana con la escopeta, otras veces se quedaba en su cuarto leyendo y no se vestía hasta la hora de comer. Si papá no estaba en casa traía el libro á la mesa y continuaba leyendo sin hablar con nadie, lo que nos hacía pensar que tal vez le habíamos ofendido. Por la noche se tendía en el diván del salón y dormía con la cabeza apoyada en una mano, ó bien se entretenía en decir bobadas que no siempre eran decentes, y que a veces sacaban á Mimi de sus casillas. Entonces enrojecía de cólera y nosotros nos desternillábamos de risa. Volodia no se dignaba nunca hablar en serio, á no ser con papá y alguna vez conmigo.

Yo imitaba sin querer á mi hermano en su manera de tratar á las muchachas, pero no incurría como él en la exageración de no darles la menor muestra de afecto, pues mi desprecio no tenía raíces tan profundas como el suyo.

Traté varias veces durante el verano, cuando me fastidiaba, trataba de emprender una conversación seria con

Liubotshka y Catalina, pero siempre concluía por inquietarme á causa de su incapacidad de seguir un razonamiento y de su ignorancia sobre las cosas más sencillas y conocidas. — Ignoraban, por ejemplo, qué es el dinero, qué es lo que se aprende en la Universidad, qué representa la guerra, etc., etc. — Me afligía su falta casi absoluta de curiosidad por todas estas cuestiones, y así, mis tentativas no daban más resultado que el confirmarme más en mi mala opinión.

Me acuerdo de que una noche Liubotshka repetía por centésima vez en el piano un pasaje fastidioso. Volodia dormitaba en el diván del salón, y de cuando en cuando sin dirigirse á nadie murmuraba con ironía: «Anda, ¡torpe!... qué mamarracho!... ¡Qué batiburrillo! .. ¡muy bien!... ¡otra vez!... ¡Ah! ¡vuelta á lo mismo!...» etc. Yo estaba con Catalina en la mesa del té y no me acuerdo cómo acaeció que ella hizo recaer la conversación en su tema favorito: el amor. Tenía deseos de filosofar y empecé á definir el amor con gran énfasis: Amor es el deseo de encontrar en otro lo que nos falta á nosotros mismos. Catalina me respondió que por el contrario cuando una joven sin bienes de fortuna quiere casarse con un hombre rico no está ni con mucho enamorada, pues, según ella la riqueza era lo menos importante en el mundo, y que el único amor verdadero era aquel que resistía á la distancia y á la separación (comprendí que aludía á su simpatía por Dubkof) Volodia, que nos escuchaba seguramente, se alzó de pronto sobre los codos y en tono interrogativo lanzó una de sus frases insolentes.

— ¡Siempre la misma necedad! — dijo Catalina.

No pude menos de pensar que Volodia tenía razón.

Aparte de las facultades comunes á todos los hombres y más ó menos desarrolladas en cada individuo, por ejemplo, la sensibilidad y el sentido artístico, existe una facultad más ó menos desarrollada en cada clase de personas, y particularmente en cada familia, facultad que llamaré

comprensión. Su esencia consiste en aplicar á las cosas una misma medida común y en considerarlas desde el mismo punto de vista arbitrario. Dos personas de la misma clase ó de la misma familia dotadas de esta facultad, no traspasarán nunca cierto límite en la manifestación de un sentimiento, porque más allá de esta medida la una y la otra persona encontrarían en vosotros un segundo sentido, una intención oculta. Lo notan á tiempo cuando el elogio se convierte en ironía y la expansión tiene algo de hipócrita, y en cambio una persona extraña podría juzgarlo de un modo diferente. Las personas dotadas de la misma comprensión ven las cosas bajo el mismo aspecto, bien sea ridículo, bien hermoso ó feo, y para facilitar este, acuerdo adoptan un lenguaje peculiar, giros y frases especiales y hasta palabras que expresan finísimos matices de ideas que no pueden comprender los demás.

En nuestra familia había un acuerdo perfecto entre papá Volodia y yo; Dubkof se había dejado llevar de la misma corriente, y Dmitri, aunque era mucho más inteligente, no nos comprendía porque no tenía aptitud para ello. Pero entre Volodia y yo este acuerdo, esta comprensión mutua era extraordinaria, á causa sin duda de que habíamos crecido en circunstancias idénticas. Papá mismo distaba mucho de hallarse á nuestra altura y no comprendía una porción de cosas tan claras para nosotros como que dos y dos son cuatro.

Por ejemplo, Volodia y yo habíamos adoptado—Dios sabe por qué—estas palabras: *pasa*, que quería decir el deseo vanidoso de ostentar riquezas; *giba* quería decir algo fresco, sano, elegante pero sin degenerar en cursi etc. Por lo demás en el sentido de las palabras influía mucho la expresión del rostro y el conjunto del discurso; tanto, que si uno de nosotros inventaba una palabra para expresar un matiz imperceptible, el otro la comprendía en seguida.

E las carecían de esta habilidad, y de aquí la causa pri-

mera de la barrera moral que las separaba de nosotros y de ahí también el desprecio que sentíamos por ellas. Acaso se comprendían entre sí, pero esta comprensión no se avenía con la nuestra, y se sentían inclinadas á ver un sentimiento en lo que nosotros llamábamos modos de decir, ó tomaban por lo serio lo que nosotros decíamos irónicamente.

Entonces no pude conciliar esta insuficiencia con el hecho de que fuesen inteligentes y buenas, y las despreciaba. Además como era muy escrupuloso en materia de sinceridad, y en lo que me concernía llevaba estas cosas al último límite, acusé á Liubotshka, tan tranquila y tan confiada, de socarrona y suspicaz é hipócrita, porque no comprendía la necesidad de indagar y analizar todos sus pensamientos y todas las oscilaciones de su espíritu. Por ejemplo, Liubotshka tenía la costumbre de hacer todas las noches la señal de la cruz sobre papá; ella y Catalina lloraban en los funerales dedicados á mamá; Catalina suspiraba y ponía en blanco los ojos cuando tocaba el piano: todo esto me parecía el colmo de la hipocresía y me preguntaba en donde habían aprendido á fingir como las personas *grandes* y porque su conciencia no las acusaba de ello.

CAPITULO LXIX

Mis ocupaciones

A pesar de todo, empleaba el tiempo con las señoritas mucho más que en los años anteriores, á causa de una gran pasión que sentí entonces por la música. Durante la primavera habíamos recibido la visita de un jovencito, vecino nuestro, que, apenas entró en la sala, se puso á mirar el piano, y mientras hablaba con Mimi y Catalina se fué acercando poco á poco á él. Después de haber hablado del tiempo y de los atractivos del campo, empezó brusca-mente á hablar de música y de piano; dió á entender que

comprensión. Su esencia consiste en aplicar á las cosas una misma medida común y en considerarlas desde el mismo punto de vista arbitrario. Dos personas de la misma clase ó de la misma familia dotadas de esta facultad, no traspasarán nunca cierto límite en la manifestación de un sentimiento, porque más allá de esta medida la una y la otra persona encontrarían en vosotros un segundo sentido, una intención oculta. Lo notan á tiempo cuando el elogio se convierte en ironía y la expansión tiene algo de hipócrita, y en cambio una persona extraña podría juzgarlo de un modo diferente. Las personas dotadas de la misma comprensión ven las cosas bajo el mismo aspecto, bien sea ridículo, bien hermoso ó feo, y para facilitar este, acuerdo adoptan un lenguaje peculiar, giros y frases especiales y hasta palabras que expresan finísimos matices de ideas que no pueden comprender los demás.

En nuestra familia había un acuerdo perfecto entre papá Volodia y yo; Dubkof se había dejado llevar de la misma corriente, y Dmitri, aunque era mucho más inteligente, no nos comprendía porque no tenía aptitud para ello. Pero entre Volodia y yo este acuerdo, esta comprensión mutua era extraordinaria, á causa sin duda de que habíamos crecido en circunstancias idénticas. Papá mismo distaba mucho de hallarse á nuestra altura y no comprendía una porción de cosas tan claras para nosotros como que dos y dos son cuatro.

Por ejemplo, Volodia y yo habíamos adoptado—Dios sabe por qué—estas palabras: *pasa*, que quería decir el deseo vanidoso de ostentar riquezas; *giba* quería decir algo fresco, sano, elegante pero sin degenerar en cursi etc. Por lo demás en el sentido de las palabras influía mucho la expresión del rostro y el conjunto del discurso; tanto, que si uno de nosotros inventaba una palabra para expresar un matiz imperceptible, el otro la comprendía en seguida.

E las carecían de esta habilidad, y de aquí la causa pri-

mera de la barrera moral que las separaba de nosotros y de ahí también el desprecio que sentíamos por ellas. Acaso se comprendían entre sí, pero esta comprensión no se avenía con la nuestra, y se sentían inclinadas á ver un sentimiento en lo que nosotros llamábamos modos de decir, ó tomaban por lo serio lo que nosotros decíamos irónicamente.

Entonces no pude conciliar esta insuficiencia con el hecho de que fuesen inteligentes y buenas, y las despreciaba. Además como era muy escrupuloso en materia de sinceridad, y en lo que me concernía llevaba estas cosas al último límite, acusé á Liubotshka, tan tranquila y tan confiada, de socarrona y suspicaz é hipócrita, porque no comprendía la necesidad de indagar y analizar todos sus pensamientos y todas las oscilaciones de su espíritu. Por ejemplo, Liubotshka tenía la costumbre de hacer todas las noches la señal de la cruz sobre papá; ella y Catalina lloraban en los funerales dedicados á mamá; Catalina suspiraba y ponía en blanco los ojos cuando tocaba el piano: todo esto me parecía el colmo de la hipocresía y me preguntaba en donde habían aprendido á fingir como las personas *grandes* y porque su conciencia no las acusaba de ello.

CAPITULO LXIX

Mis ocupaciones

A pesar de todo, empleaba el tiempo con las señoritas mucho más que en los años anteriores, á causa de una gran pasión que sentí entonces por la música. Durante la primavera habíamos recibido la visita de un jovencito, vecino nuestro, que, apenas entró en la sala, se puso á mirar el piano, y mientras hablaba con Mimi y Catalina se fué acercando poco á poco á él. Después de haber hablado del tiempo y de los atractivos del campo, empezó brusca-mente á hablar de música y de piano; dió á entender que

sabía tocarlo y ejecutó en efecto tres valeses con tiempo acelerado.

Libuotshka, Mime y Catalina de pié y junto al piano, contemplaban al joven. Este no volvió más á nuestra casa, pero á mí me había encantado su modo de ejecutar, su posición, su manera de alisarse los cabellos y sobre todo su habilidad para hacer octavas con la mano izquierda, extendiendo rápidamente el pulgar y el meñique y levantándolos después lentamente para extenderlos de nuevo con agilidad. Aquel ademán gracioso, aquella postura negligente, aquella hermosa cabellera, su cortesía para con las señoras; todo esto me indujo á aprender á tocar el piano.

Animado de este propósito, me convencí de que poseía el don y la pasión de la música y que aprendería muy pronto. Comencé muy bien, como les pasa en general á los principiantes de ambos sexos, sobre todo del femenino, que no tienen buenas lecciones,—que carecen de disposición y que ni siquiera sospechan lo que puede dar el arte, ni conocen el modo de arreglarse para sacar algún fruto de él. Para mí la música, ó mejor dicho, el piano, era un medio para seducir á las señoritas y para mostrar sus sentimientos.

Después de haber aprendido las notas con ayuda de Catalina y de haberme soltado un poco los dedos (durante dos meses puse tanto ardor en este ejercicio que estando en la mesa ó en la cama me ejercitaba el dedo de enmedio, bastante rebelde, á la rodilla ó en la almohada), comencé á tocar. Tocaba ciertamente con brío y la misma Catalina me lo decía, pero perdía el compás á menudo.

Ya puede cualquiera imaginarse qué clase de composiciones podrían ser: valeses, galops, romanzas, arreglos de aquellos graciosos compositores, hechos por quien no está dotado de buen gusto, diciendo: «Esto no es preciso porque no se ha escrito en música, nada más insípido ni más absurdo.» Y esta es la razón por la que encontráis en

el piano de toda muchacha rusa tantos sin nombre. Teníamos nosotros, es verdad, la sonata patética y la sonata en do menor de Beethoven, dos piezas estropeadas por las señoritas y que Liubotshka tocaba solo como recuerdo de mamá. Teníamos también alguna buena música que mi hermana había recibido de su maestro de Moscú; pero había entre ellas demasiadas piezas de su composición — marchas y galops imbéciles—que tocaba Liuhotska. Ni á Catalina ni á mí nos agrababan las obras serias; dábamos la preferencia á *Le fou* ó á *Les Rossignols*, tocados por Catalina con tanta agilidad que apenas se le veían los dedos y que yo comenzaba también á tocar con bastante corrección y gusto. Había logrado imitar al joven pianista, y á menudo me pesaba que ninguna persona entraña me viese tocar. Pronto noté que Liszt y Kalkbrenner eran superiores á mis fuerzas y reconocí la imposibilidad de alcanzar á Catalina por aquel camino. Así, creyendo que la música clásica fuese más fácil y por otra parte deseando ser original, me convencí de que prefería la música seria alemana. Comencé á caer en éxtasis cuando Liubotshka ejecutaba alguna composición patética, aunque para ser sincero al cabo de algún tiempo me aburre. Yo también me puse á tocar algo de Beethoven que yo pronunciaba Betov.

A lo que recuerdo—y dejando á un lado mi afición y aquella mezquina aspiración á que obedecía mi pasión musical—no carecía de cierta aptitud. La música me conmovía hasta hacerme derramar lágrimas y sabía ejecutar en el piano, de oído, todas las arias que me agradaban. Creo que si en aquella época alguien me hubiese guiado y enseñado á buscar en la música misma el fin y la recompensa de mis esfuerzos, en vez de ver en ello sólo un medio de seducir á las niñas, habría llegado á ser un pianista regular.

Otra de mis ocupaciones durante aquel verano, fué la lectura de las novelas francesas de que Volodia había hecho una gran colección. Montecristo y los varios Misterios estaban entonces en gran boga. Era yo entusiasta de Alejandro Dumas, Eugenio Sue y Paul de Kock. Los personajes y los acontecimientos más extraños me parecían que eran la realidad, la vida misma; no sólo no me atreví á imaginar que el autor hubiera podido alterar la verdad, sino que para mí, el autor mismo no existía, viendo yo surgir de las páginas de sus libros personajes de carne y hueso y hechos reales. Es verdad que yo no había tropezado nunca con personas semejantes á las allí representadas, pero no dudaba siquiera de que existiesen realmente.

A la manera que un hombre inclinado á sentirse enfermo descubre en sí, el leer un libro de medicina, todas las enfermedades, así encontraba yo en mí mismo todas las pasiones descritas por el novelista y mil semejanzas con todos sus personajes, bien fuesen unos héroes ó unos malvados. Me atraían en estos libros las ideas artificiosas, el ímpetu en la expresión de los sentimientos, los hechos fantásticos, los caracteres de una pieza; los buenos, del todo buenos, los malos radicalmente malos. Precisamente como yo me imaginaba y concebía al hombre en su primera juventud.

Me entusiasmaba al encontrar todo aquello expresado en francés, lo que me permitía acopiar en mi memoria todas aquellas nobles palabras de unos héroes generosos, para poderme yo servir de ellas en análogas situaciones. Con la ayuda de las novelas ¡cuántas frases francesas no saqué, de las cuales dirigí algunas á Kolpikof, que en cierta ocasión me trató de villano y otras que decidí enderezar á mi bello ideal, á *Ella*, el día en que por fin la encontrara y me fuera posible declararle mi amor!

Al oírme, ninguna lograría resistirse á mi amor. En virtud de las novelas, hasta llegué á formarme un nuevo

ideal moral al que había deseado ajustar mi vida; aspiraba con ansia á ser noble en todas mis acciones; noble en el sentido que dan los alemanes á la palabra *nobel* y no en el de *ehrlich*. Soñaba sobre todo en ser un hombre de grandes pasiones y la esencia del *comme il faut*.

Me esforzaba en asemejarme aún exteriormente ó en mis costumbres á los héroes dotados de méritos especiales. Recuerdo que en una de las innumerables novelas que devoré durante aquel verano, figuraba un héroe extraordinariamente apasionado y que tenía las cejas muy espesas.

Pues bien, sentía un deseo tal de parecerme á él exteriormente,—en la parte moral me sentía igual, sin duda,—que ideé, al mirarme las cejas en el espejo, el cortármelas á menudo para que creciesen más espesas.

En la ejecución de mi proyecto me sucedió que me corté de una parte menos que de la otra; fué necesario igualar las dos cejas, pero después salió la otra más clara que la primera, y en suma, fui recortando tanto y tan bien, que con grande horror mío me ví en el espejo sin sombra de cejas y, naturalmente, muy feo.

Me consolé al pensar que me crecerían pronto y mejor pobladas, como á mi héroe apasionado, y sólo me quedó el fastidio de imaginar lo que habría de decir á las gentes de casa cuando me viesen en aquel estado. Me fui á la habitación de Volodia á tomar un poco de pólvora, me froté con ella las cejas y me acerqué al fuego. La pólvora no ardió; sin embargo parecía que me había quemado y ninguno pudo adivinar mi treta. Cuando me crecieron las cejas, más espesas en efecto que antes, ya no recordaba siquiera á mi adorado modelo.

CAPITULO LXX

El «comme il faut»

He aludido ya alguna vez á la idea expresada por el tí-

tulo de este capítulo y ahora siento que es necesario dedicarle algunas páginas. En efecto, entre todas las ideas desenvueltas en mí por la educación que tuve y por la sociedad en que viví, ésta ha sido una de las más falsas y perniciosas.

La especie humana es susceptible de muchas clasificaciones diversas: se la puede dividir en ricos y pobres, en buenos y malos, en militares y paisanos, en inteligentes é imbéciles, etc., etc.; pero en todo caso cada cual tiene su peculiar subdivisión favorita, en la que registra maquinalmente á toda persona que encuentra en su camino.

En la época de que hablo, clasificaba yo á todos los hombres en personas «comme il faut» y en gentes «comme il de faut pas». Estas últimas las dividía á su vez en personas «pas comme il faut» y en plebe. A las primeras las estimaba muchísimo y las juzgaba dignas de ser mis iguales; fingía despreciar á las de la segunda categoría, pero en el fondo las odiaba y me sentía personalmente ofendido con su contacto. En cuanto á las de la tercera categoría, no existían absolutamente para mí y no me cuidaba para nada de ellas.

Mi «comme il faut» consistía ante todo en hablar bien el francés con buena pronunciación—si veía á alguien que hablaba el francés mal ó con defectuosa pronunciación, le ponía en entredicho.

—¿Por qué pretendes hablar como nosotros, si no sabes?—decía entre mí con ira.

La segunda condición del «comme il faut» era tener las uñas largas, limpias, cuidadas con esmero. La tercera saber saludar, bailar y hablar en sociedad. La cuarta, importantísima, mostrarse indiferente á todo y manifestar siempre desdén soberbio de buena ley.

Había, además, algunos caracteres generales en virtud de los cuales clasificaba á un individuo, sin haberle hablado siquiera, y el principal de ellos, después del traje, los guantes, la letra y el coche, era el pie. El modo de cal-

zar y la manera cómo caía el pantalón sobre el zapato, era un grande indicio para mí.

Las botinas ó zapatos sin tacones, con punta cuadrada, y los pantalones estrechos por abajo indicaban la plebe. Los zapatos con punta redonda y con tacones y los pantalones estrechos, me daban la idea de un hombre de «ma-la especie».

Es extraño que esta idea se apoderase con tal fuerza de mí, pues poca aptitud tenía yo para llegar á ser «comme il faut». Quizá á causa de esto le daba yo tanta importancia.

Cuando pienso en todo el tiempo que perdí entonces, á los diez y seis años, á esa preciosa edad, la mejor de la vida, me parece cosa increíble.

Para todos aquellos á quienes yo trataba de imitar, Volodia, Dubkof y la mayor parte de mis conocidos, el ser «comme il faut» resultaba la cosa más fácil del mundo y yo les envidiaba y me ejercitaba á escondidas en hablar en francés, en saludar sin mirar á la persona á quien se dirigía el saludo, en charlar, en bailar, en mostrarme indiferente á todo, en fingir un gran aburrimiento, en pulirme las uñas, alrededor de las cuales cortaba la piel con mis tijeritas, etc., pero por más que hacía comprendía bien cuanto me costaría aún llegar al modelo.

Nunca he sabido poner en orden mi habitación, mi tintero ó mi carruaje «comme il faut», y sin embargo he estudiado los medios de hacerlo, á pesar de mi aversión á las ocupaciones materiales, mientras que los demás sabían disponerlo todo sin esfuerzo y naturalmente.

Me acuerdo de que un día después de haberme fatigado en arreglarme las uñas, pregunté á Dubkof, que las tenía muy bien cuidadas, qué hacía para conservarlas de tal modo. Dubkof me respondió: «Desde que nací las he tenido siempre así, sin haberles hecho nada, y no concibo como puedan ser de otro modo las uñas de un hombre «comme il faut».

Esta contestación me hirió en lo vivo. No sabía aún que una de las principales condiciones del «comme il faut» es el de tener muy bien oculto todo el trabajo que os cuesta.

El «comme il faut» no era solamente para mí un mérito de primer orden, una cualidad esencial, una perfección que ambicionaba alcanzar, era además de todo esto la condición indispensable de la vida, condición sin la cual no puede existir en la tierra ni felicidad, ni gloria, ni nada bueno.

No habría estimado ciertamente al artista célebre, al sabio ó al bienhechor de la Humanidad si no hubieran sido «comme il faut»; no podía comparar á uno de ellos con el hombre «comme il faut» sin poner á este último por encima de los demás. El les permitía pintar, componer, escribir, hacer el bien; los colmaba de elogios,—¿por qué no alabar lo que es bueno allí donde se encuentre?—pero siempre desde un nivel superior: él era «comme il faut» mientras ellos no lo eran. Esto era todo.

Yo creo que si hubiese tenido un hermano ó padres que no fuesen «comme il faut» lo hubiera considerado como una gran desgracia y habría creído que no había nada de común entre ellos y yo.

El mayor daño que me hizo esta idea no fué ni la pérdida de un tiempo precioso empleado en detrimento de otras ocupaciones serias, por la manía de no faltar á ninguna de las reglas tan difíciles para mí del «comme il faut»; ni el odio y el desprecio que sentía por las nueve décimas partes del género humano, ni por la falta de observación de todo lo que era bello fuera del estrecho círculo del «comme il faut»; el mayor daño, repito, que en mí produjo el «comme il faut», fué el arraigar en mí la convicción de que representaba una posición en el mundo; de que un hombre no tiene necesidad de fatigarse para llegar á ser un empleado, ó un militar, ó un sabio desde el momento que ya es «comme il faut» y que siéndolo

ha cumplido ya su misión sobre la tierra, superior á la de la gran mayoría del género humano.

El hombre llega de ordinario á cierta edad después de haber cometido muchos errores que le hacen sentir la necesidad de tomar una parte activa en la vida social, escogiendo un trabajo cualquiera á que consagrarse. Al hombre «comme il faut» le sucede esto rara vez. Conozco muchos, muchísimos hombres, más bien ancianos, orgullosos, llenos de confianza en sí mismos, atrevidos en sus juicios, los cuales si en el otro mundo han de responder á esta pregunta: «¿Quién eres tú? ¿Qué has hecho allá abajo?» podrán decir solamente: «He sido un hombre «comme il faut.»

Esta era la suerte que me esperaba.

CAPITULO LXXI

Juventud

Durante aquel verano, aunque se agitasen en mi mente mil pensamientos confusos, fui joven, inocente, libre y casi feliz.

Por la mañana me levantaba casi siempre muy temprano (dormía en la galería y los rayos del sol naciente me despertaban pronto), me vestía de prisa, tomaba una toalla y una novela francesa é iba á bañarme en un arroyo, á la sombra de los abedules, distante de casa como media versta. Después me tendía en la yerba en un sitio resguardado del sol y me ponía á leer. De cuando en cuando mis ojos se levantaban del libro para contemplar el arroyo que á la sombra tomaba un color violáceo y que el viento de la mañana comenzaba á rizar, ó bien el campo de cebada ya madura, ó la orilla opuesta, ó la luz dorada del sol aún poco elevado, que descendía por los troncos blancos de los abedules y experimentaba dentro de mí

aquella misma frescura, aquella juventud é intensidad de vida que respiraba la naturaleza en torno mío.

A menudo por la mañana, cuando el cielo estaba cubierto de nubes grises y sentía frío después del baño, iba á través de los campos y de los bosques, bañando mis pies con delicia en el fresco rocío.

Iba pensando entonces en los héroes de la última novela leída y me figuraba ser coronel, ó ministro, ó una especie de Hércules, ó un hombre de enérgicas pasiones y miraba al rededor mío con cierta palpitación en la esperanza de descubrir á mi amor ideal en un campo ó al pie de un árbol.

Cuando durante estos paseos me acontecía tropezar con algunos campesinos ó campesinas dedicados á su trabajo, aunque la plebe no existía para mí, experimentaba siempre, sin darme cuenta del por qué, un gran embarazo y me esforzaba por pasar inadvertido.

A menudo, cuando empezaba á hacer calor y las señoras de casa no estaban aún preparadas para el té, me iba al huerto ó al jardín á comer fruta, uno de mis mayores placeres. Estaba en el vergel y me instalaba en medio de un bosquecillo de grandes frambuesos cuyo pie estaba cubierto por altas y espesas yerbas.

Sobre mi cabeza el cielo luminoso y ardiente, todo á mi alrededor el verde pálido de los frambuesos y el de las yerbas locas. Una planta de ortiga de un verde sombrío, yergue su trallo grácil y elegante terminado en un racimo de flores; un lampazo sobrepasa á los frambuesos en altura, llevando sus ásperas flores de un color lila castaño hasta más arriba de mi cabeza. La ortiga y el lampazo alcanzan hasta las primeras ramas, de hojas de un color verde claro, de un viejo manzano, cargado de redondos frutos, brillantes y aún verdes. Bajo el árbol hoy un grupo de frambuesos que se encorva para salir al sol, un lampazo que crece vigorosamente en la sombra bañado del rocío,

sin acordarse de que los cálidos rayos del sol calientan en este momento la fronda del manzano.

Siempre hay humedad en los sitios frondosos; se siente el olor característico del punto donde falta el sol, de la manzana caída al suelo y que se pudre en tierra, de los frambuesos, de los pulgones de que á veces me trago alguno, apresurándome en este caso á comerme otra frambuesa para hacerlo pasar.

Al moverme espanto á los pajarillos que han escogido aquí su estancia y oigo su gorjeo tímido y su aleteo fugitivo al huir entre las ramas. Oigo el zumbido de un abejorro que permanece en el mismo punto; por un sendero próximo escucho acercarse los pasos del jardinero, de aquel imbécil de Okiu, que murmura constantemente, y me digo entre mí: «¡No! ni él ni nadie en el mundo me podrá descubrir aquí...» Cojo á dos manos las jugosas manzanas suspendidas de sus ramas blanquecinas y frágiles y las devoro á bocados con delicia una tras otra. Los rayos del sol comienzan á penetrar por entre el follaje y á calentarme la cabeza; la gana de comer se ha apagado hace tiempo, pero á pesar de todo permanezco allí y miro y escucho y continúo maquinalmente cogiendo y comiendo manzanas.

A las once, de ordinario, vuelvo á casa y entro en la sala. El té está servido ya hace mucho tiempo y las señoras volvieron de nuevo á sus ocupaciones. Ante la primera ventana, cuya cortina de seda cruda deja pasar pequeños rayos de sol, tan vivos que ofenden la vista, hay un bastidor para bordar. Las moscas andan sin el menor rumor sobre el blanco lienzo. Ante el bastidor está sentada Mimi, que sacude la cabeza irritada y cambia de puesto á cada instante huyendo del sol que la hiere, ora de un lado ora del otro; ora en la cara, ora en las manos. Al través de las otras tres ventanas se refleja sobre el pavimento blanco la sombra de las rejas y de los vidrios de colores y al pie de una de ellas, según su antigua costumbre, está,

extendido Milka, que endereza las orejas al oír las moscas que entran por las ventanas.

Catalina hace calceta ó lee sentada sobre el diván y espanta las moscas con sus blancas manos, aun más transparentes bajo la luz espléndida, y frunce las cejas y sacude la cabeza para poner en fuga á un insecto aprisionado entre sus blondos y espesos cabellos.

Liubotshka anda de un lado á otro con la mano á la espalda esperando la hora de ir al jardín, ó toca en el piano una pieza que sé de memoria desde hace mil años. Me siento y espero, escuchando la música ó la lectura, el momento en que podré sentarme á mi vez al piano.

Después de la comida les hago el honor á las muchachas de acompañarlas á caballo (consideraba los paseos á pie poco convenientes á mi edad y á mi posición social). Las llevo á sitios muy apartados y nuestras cabalgatas son muy divertidas. Si ocurriese alguna aventura me mostraría muy resuelto; las señoras alaban mi manera de montar y mi valor y me miran como su protector.

Por la noche durante el té,—siempre lo tomamos en la galería á la sombra,—después de haber ido con papá á echar una ojeada sobre los campos cultivados, vuelvo á casa, me tiendo, si no hay visitas, en mi antiguo puesto en la butaca, y leo, escuchando la música de Catalina ó de Liubotshka y fantaseando como en los pasados tiempos.

A veces solo en la sala, mientras esta última toca algún antiguo trozo de música, dejo caer sin sentirlo el libro y miro á través de la abierta puerta de la terraza. Las ramas velosas de los altos abedules están ya invadidas por las sombras del crepúsculo. El cielo está puro; al mirarlo fijamente diviso una pequeña mancha amarillenta, como polvorosa, que se borra y desaparece. Escucho la música, oigo las voces de los criados, el rebaño que vuelve á la aldea y me acuerdo de pronto de Natalia Savishna, de mamá de Carlos Ivanovitch, y por algunos instantes me quedo triste. Mi alma sin embargo rebosa tanta vida y esperan-

za, que aquellos recuerdos me desfloran apenas con sus alas y se desvanecen.

Después de cenar y á veces tras un pequeño paseo por el jardín en compañía de cualquiera (tengo miedo de andar de noche solo por las obscuras alamedas del jardín) voy á tenderme en el suelo, solo, en la galería. A despecho de los millares de mosquitos que me devoran, este es para mí uno de los mayores placeres.

Me sucede á veces, cuando hay luna llena, que paso la noche sentado en el colchón escuchando los mil rumores de la noche y el silencio, y pensando mil cosas diversas, sobre todo en la felicidad poética y voluptuosa que me parecía entonces la felicidad suprema, atormentado por el pensamiento de no conocerla sino por la imaginación. Apenas nos dan las buenas noches indicándonos que es la hora de acostarse, cuando las luces de la sala se dirigen á las habitaciones superiores, en donde se oyen voces de mujer ó el ruido de ventanas que se abren ó cierran, yo me vengo aquí á la galería y me paseo escuchando con avidez todos los rumores de la casa adormecida. En tanto que me queda la más pequeña esperanza de alcanzar esa felicidad á que aspiro, aun cuando sea incompletamente, se me hace imposible pensar con calma en ella.

Siento unos pasos de pies descalzos, una tos, un suspiro, una ventana que se abre, el roce de un vestido, y á cada uno de estos ruidos me enderezo sobresaltado, me pongo á escuchar como un ladrón esperando, me siento todo agitado sin causa aparente. En las ventanas del piso superior se apagan las luces; en vez de pasos ó de voces se siente sólo roncar; el guarda nocturno comienza á golpear su lámina de latón, el jardín aparece ora más claro, ora más obscuro según que las luces rojizas de las ventanas aparecen ó se apagan. La última de estas luces pasa desde la despensa al vestíbulo, mandando un rayo luminoso sobre el jardín lleno de rocío y veo desde la ventana la figu-

ra de Phoca, que se va á la cama en camisa con una bujía en la mano.

Siento á veces un vivo placer en deslizarme entre la húmeda yerba, á la sombra oscura de la casa, hasta la ventana del vestíbulo y en escuchar, conteniendo la respiración, al joven criado que ya ronca y á Phoca que creyéndose solo, se lamenta ó lee sus oraciones con su voz cascada. Después, cuando esta luz se apaga también y la ventana se cierra con estrépito, me quedo completamente aislado; miro en torno mío con timidez por si viene al piso bajo y se acerca á mi cama alguna mujer vestida de blanco... y me vuelvo corriendo á mi galería. Al fin me voy á la cama y me acuesto con la cara vuelta hacia el jardín, me libro como puedo de los mosquitos y de los murciélagos, y escucho los rumores de la noche pensando en el amor y en la felicidad.

Entonces todo toma para mí un sentido insólito: los viejos abedules cuyos peludos ramos brillan heridos por la luz de la luna y proyectan por la parte opuesta negras sombras sobre los arbustos y sobre el camino; el estanque centellante cuyo rumor tranquilo é igual va creciendo con el silencio; las gotas de rocío que centellean á la luz de la luna, pendientes de las hojas, y las sombras graciosas dibujadas por los macizos de flores; el canto de la codorniz á la parte allá del estanque; la voz de un hombre que pasa por la carretera; el roce ligero, casi imperceptible, que hacen dos viejos abedules cuyas ramas agita un leve vientecillo. El ligero zumbido de un mosquito que ha entrado bajo la cubierta y ronda al rededor de mi cabeza; la caída de una manzana madura sobre las hojas secas; los saltos de las ranas que se adelantan á veces hasta la escalinata del terrado y cuyos verdes dorsos tienen á la luz de la luna un resplandor misterioso; todo toma para mí un sentido extraño; el de un exceso de belleza y de una felicidad atrofiada é imperfecta.

Mas hé aquí que *Ella* aparece con sus largos cabellos

negros, su seno opulento, siempre triste y bella, de brazos desnudos y de voluptuosas caricias. Me ama y yo le doy toda mi vida por un solo minuto de su amor. Pero la luna está cada vez más alta, resplandece cada vez más, el reflejo del estanque es cada vez más deslumbrador y las sombras cada vez más negras, la luz más transparente; yo miro y escucho y no sé qué me anuncia que *Ella* con sus brazos desnudos y sus ardores está aún lejos de dar la verdadera felicidad. Presiento que mi amor por ella no me dará el bien perfecto y cuanto más miro la luna ya alta y llena, más me parece que la verdadera belleza y la felicidad puras, deben purificarse al aproximarse más y más, á medida que ascienden, á Aquel que es la fuente de toda Belleza y de todo Bien. Lágrimas de una alegría inaudita, aunque no serena, me salían de los ojos.

Estaba siempre solo y me parecía siempre, en aquellos momentos, que la Naturaleza, en toda su misteriosa majestad, que el disco luminoso de la luna parado allá arriba en lo más alto del cielo azul y presente al mismo tiempo por todas partes y dominando por todo el campo, que yo mismo, mísero gusanillo corrompido ya con todas las mezquinas y miserables pasiones humanas, pero en posesión de la gran fuerza encerrada en el amor; me parecía, digo, que en aquellos momentos, la Naturaleza, la luna y yo formásemos una sola y misma cosa.

CAPITULO LXXII

Nuestros vecinos del campo

Me asombré cuando el día de nuestra llegada dijo papá que los Epiphane eran muy buena gente, y me asombré más aun cuando ví que iba á su casa.

Hacia muchos años que sosteníamos un pleito contra los Epiphane sobre unos terrenos, y desde que era pequeño había oído tronar á papá un número infinito de veces

contra aquella gente cuando se encolerizaba con motivo de una fase cualquiera del pleito, convocando á muchas personas que en mi crit-rio de niño juzgaba que debían defenderlo contra ellos.

Había oído decir á Jacob, nuestro intendente, que los Epiphane eran nuestros enemigos y personas negras (1) y me acordaba que la de mamá no quería que en presencia suya se pronunciara siquiera su nombre.

Conforme á estos hechos, me había formado en mi infancia una idea bien definida de los Epiphane. Para mí eran los enemigos, prontos á degollar ó estrangular no sólo al papá, sino á sus hijos si cayéramos entre sus manos. Además tomaba á la letra aquello de negras personas, de modo que cuando murió la mamá y vi á Eudoxia Vassilevna, llamada «la bella flamenca» junto al lecho de muerte, me resistí á creerla perteneciente á una familia negra. Tuve que confesar que no era negra, pero continué á pesar de esto en manifestar escasa estimación por los Epiphane.

Aquel verano les vimos muchas veces, pero yo conservé grandes prevenciones contra todos. Hé aquí quienes eran en realidad los Epiphane:

La familia se componía de la madre, una viudita de unos cincuenta años, aún fresca y muy alegre, de su hija la bella Eudoxia Vassilevna y de un hijo Pedro Vassilevitch, un exteniente soltero, un poco enredador, aunque muy serio.

La madre, Ana Dmitrievna Epiphane, había vivido veinte años separada de su marido, algún tiempo en Petersburgo en donde tenía algún pariente, pero mucho más frecuentemente en su posesión de Miticha á tres verstas de la nuestra.

De esta viuda se contaban por el país cosas tan espantosas, que Mesalina, en comparación suya, podía conside-

(1) Personas negras se llama en Rusia á las de baja estofa.

rarse como inocente virgen. A causa de esto, no quería mamá que se pronunciase el nombre de los Epiphane en casa. Pero, seriamente hablando, no era posible creer en la décima parte de estos chismes de mala ley puestos en circulación por las vecinas del campo. En la época en que conocí á Ana Dmitrievna vivía en su casa cierto Mitincha, siervo y tenedor de libros, siempre muy rizado y lleno de pomada, que vestía una bata circasiana y que durante la comida se mantenía tras del asiento de su ama y ésta invitaba á sus huéspedes en francés á admirar los bellos ojos y la bella boca de Mitincha, pero no había nada de verdadero en cuanto malo se le atribuía.

Ana Dmitrievna hacía diez años que había reformado del todo su vida, es decir, desde el día en que había hecho venir á su lado á su hijo Pedro que seguía la carrera militar. La posesión no era muy grande; podía contener á lo sumo cien habitantes y los gastos eran muchos en la época en que ella llevaba una vida muy alegre.

Las tierras gravadas de hipoteca sobre hipoteca iban á ser embargadas y vendidas, cuando Ana escribió en tal apuro al hijo para que viniese á salvar á la madre. A Pedro le iba tan bien en el regimiento que esperaba asegurarse su propia independencia en un porvenir próximo; pero, como hijo obediente, lo abandonó todo, dió su dimisión y volvió al campo con su madre.

Pedro era un hombre práctico y de firmes principios. Disminuyó el número de los caballos y de los coches, suprimió los convites, lo vigiló y arregló todo, y á fuerza de expedientes salvó la propiedad y normalizó la marcha de la casa. En el salón era el hijo ante su madre; le prodigaba los cuidados más asiduos, riñendo á los criados cuando no obedecían á Ana Dmitrievna. Pero en su departamento, en su despacho era capaz de armar un escándalo si habían mandado asar un ganso sin permiso suyo.

La madre y la hija no se parecían en nada absolutamente. La madre era una de las mujeres más simpáticas

que se encuentran en sociedad, siempre cortés, siempre de buen humor. Todo lo que era bello ó que proporcionaba un placer la entusiasmaba. Tenía también muy desarrollada una facultad que no se encuentra entre personas de cierta edad si no cuando son fundamentalmente buenas: la facultad de gozar al ver divertirse á la juventud. Su hija, por el contrario, era seria ó mejor indiferente y pensativa. No había en ella la menor huella de esa arrogancia que se encuentra de ordinario en las muchachas hermosas que permanecen solteras. Cuando quería estar alegre, su alegría desentonaba, sea que se burlase de sí misma ó de la persona á quien hablaba.

Me sucedía á veces que me quedaba sorprendido al preguntarme lo que Eudoxia quería decir con frases como la siguiente: «¡Qué linda soy! sí, parece increíble, ¡todos están enamorados de mí!

La madre era muy activa y andaba siempre atareada; la hija no hacía nada casi nunca. No solo no le gustaban las labores femeniles, ni el cultivo de las flores sino que ni siquiera se ocupaba de su persona, y cuando le llegaban visitas, siempre se veía obligada á escaparse para irse á vestir. Una vez arreglada volvía al salón muy hermosa á pesar de la falta de expresión de sus ojos y de su sonrisa, defecto común á todas las caras demasiado regulares.

Su perfil fino y frío y su hermosa presencia parecían decir: «Venid y miradme; os lo permito.»

No obstante la vivacidad de la madre y el aire indiferente de la hija, algo os decía que la primera no había amado nunca y no amaría nunca más que el lujo y el placer, mientras que la segunda tenía uno de esos temperamentos que una vez inflamado se sacrifican durante toda su vida por el objeto de su amor.

CAPITULO LXXIII

El matrimonio de mi padre

Mi padre tenía cuarenta y ocho años cuando contrajo segundas nupcias con Eudoxia Epiphane.

Creo que durante la primavera, cuando volvió al campo con las niñas, mi padre se hallaba en aquel estado de ánimo propio de los jugadores cuando hacen alto, después de haber ganado mucho. Mi padre comprendió que le quedaba aun una buena parte de su fortuna, y que en vez de arriesgárla á los naipes, valía más gozar de ella y procurarse placeres de otro género. Estábamos en primavera, poseía una gruesa suma con que no había contado, estaba solo y se aburría. Me imagino que al hablar de negocios con Jacob y al recordar el interminable pleito con los Epiphane y á la bella Eudoxia, á quien no había visto desde hace mucho tiempo, le había dicho á Jacob:—«¿Sabes, Jacob, cuál es el mejor modo de cerrar este pleito? Ya tengo gana de no pensar más en aquella malhadada tierra, que carguen con ella si la quieren. ¡Eh! ¿qué te parece?—Me parece ver los dedos de Jacob agitarse en sentido negativo detrás de la espalda y lo oigo esforzarse en demostrar que la razón es nuestra.

Pero papá mandó enganchar, endosó su frac color de aceituna de última moda, se peinó esmeradamente los cabellos, echó sobre su pañuelo unas cuantas gotas de agua de olor y se fué á casa de los vecinos, entusiasmado á la idea de obrar á lo gran señor y más aún con la esperanza de ver á una hermosa joven.

Más tarde supe que el día de su primera visita papá no encontró al hijo Epiphane que visitaba los campos, y quedó solo con las señoras. Me parece verlo deshacerse en

que se encuentran en sociedad, siempre cortés, siempre de buen humor. Todo lo que era bello ó que proporcionaba un placer la entusiasmaba. Tenía también muy desarrollada una facultad que no se encuentra entre personas de cierta edad si no cuando son fundamentalmente buenas: la facultad de gozar al ver divertirse á la juventud. Su hija, por el contrario, era seria ó mejor indiferente y pensativa. No había en ella la menor huella de esa arrogancia que se encuentra de ordinario en las muchachas hermosas que permanecen solteras. Cuando quería estar alegre, su alegría desentonaba, sea que se burlase de sí misma ó de la persona á quien hablaba.

Me sucedía á veces que me quedaba sorprendido al preguntarme lo que Eudoxia quería decir con frases como la siguiente: «¡Qué linda soy! sí, parece increíble, ¡todos están enamorados de mí!

La madre era muy activa y andaba siempre atareada; la hija no hacía nada casi nunca. No solo no le gustaban las labores femeniles, ni el cultivo de las flores sino que ni siquiera se ocupaba de su persona, y cuando le llegaban visitas, siempre se veía obligada á escaparse para irse á vestir. Una vez arreglada volvía al salón muy hermosa á pesar de la falta de expresión de sus ojos y de su sonrisa, defecto común á todas las caras demasiado regulares.

Su perfil fino y frío y su hermosa presencia parecían decir: «Venid y miradme; os lo permito.»

No obstante la vivacidad de la madre y el aire indiferente de la hija, algo os decía que la primera no había amado nunca y no amaría nunca más que el lujo y el placer, mientras que la segunda tenía uno de esos temperamentos que una vez inflamado se sacrifican durante toda su vida por el objeto de su amor.

CAPITULO LXXIII

El matrimonio de mi padre

Mi padre tenía cuarenta y ocho años cuando contrajo segundas nupcias con Eudoxia Epiphane.

Creo que durante la primavera, cuando volvió al campo con las niñas, mi padre se hallaba en aquel estado de ánimo propio de los jugadores cuando hacen alto, después de haber ganado mucho. Mi padre comprendió que le quedaba aun una buena parte de su fortuna, y que en vez de arriesgárla á los naipes, valía más gozar de ella y procurarse placeres de otro género. Estábamos en primavera, poseía una gruesa suma con que no había contado, estaba solo y se aburría. Me imagino que al hablar de negocios con Jacob y al recordar el interminable pleito con los Epiphane y á la bella Eudoxia, á quien no había visto desde hace mucho tiempo, le había dicho á Jacob:—«¿Sabes, Jacob, cuál es el mejor modo de cerrar este pleito? Ya tengo gana de no pensar más en aquella malhadada tierra, que carguen con ella si la quieren. ¡Eh! ¿qué te parece?—Me parece ver los dedos de Jacob agitarse en sentido negativo detrás de la espalda y lo oigo esforzarse en demostrar que la razón es nuestra.

Pero papá mandó enganchar, endosó su frac color de aceituna de última moda, se peinó esmeradamente los cabellos, echó sobre su pañuelo unas cuantas gotas de agua de olor y se fué á casa de los vecinos, entusiasmado á la idea de obrar á lo gran señor y más aún con la esperanza de ver á una hermosa joven.

Más tarde supe que el día de su primera visita papá no encontró al hijo Epiphane que visitaba los campos, y quedó solo con las señoras. Me parece verlo deshacerse en

cortesías, dando pataditas en el suelo con sus zapatos sin tacón, silbando ligeramente al hablar, poniendo ojos tiernos y fascinando en una palabra á la madre y á la hija. Me parece ver también á la alegre viejecilla enamorarse en seguida de él, y á aquella hermosa estatua de la hija animarse ante su vista.

Como he visto desde aquella época á papá muy á menudo en casa de los Epiphane, puedo describir aquel coloquio como si hubiese estado presente.

Liubotskha me dijo que antes de mi regreso y del de Volodia, no pasaba un solo día sin que papá fuera á ver á los Epiphane, mostrándose muy alegre á la vuelta. Con su método de hacer las cosas, esto es usando mil galanterías y sabiendo al mismo tiempo mostrarse natural y elegante, mi papá ora iniciaba una partida de caza ó de pesca, ora unos fuegos artificiales, y los Epiphane representaban siempre el papel principal.—«Habría sido aún más bonito, —decía Liubotska,—sino hubiese sido por aquel insoportable Pedro Vassilevitch, que bufaba, murmuraba y lo enredaba todo.»

Después de nuestra llegada, los Epiphane habían venido sólo dos veces, y nosotros no habíamos ido á su casa sino una vez sola.

Desde la fiesta de San Pedro, que eran los días de papá, día en que vinieron juntos con mucha gente, sus relaciones con nosotros cesaron del todo, pero papá seguía siempre visitándoles.

En las pocas ocasiones que vi á papá con Eudoxia, noté lo siguiente: El se mostraba siempre en aquel estado de hombre feliz que me había chocado tanto desde el día de mi regreso. Tan alegre, tan joven, tan lleno de vida se mostraba, que su felicidad irradiaba sobre cuantos estaban á su alrededor. Seguía á todas partes á Eudoxia, ora colmándola de cumplimientos tan insulsos que yo me avergonzaba por él, ora mirándola sin hablar, y en este caso su tosecita y su *tic* tenían no sé qué de afectuoso y de sa-

tisfecho; ora hablando en voz baja, sonriendo. Todo esto sin abandonar nunca aquel aire peculiar suyo de hacer las cosas *en broma*, que conservaba aún en los momentos más serios.

Eudoxia Vassilevna parecía reflejar la felicidad de mi padre. Se veía brillar el contento en sus grandes ojos celestes, á excepción de cuando se sentía vencida por tal exceso de timidez que yo no me atrevía á mirarla. En esos momentos no se podía volver los ojos ó hacer un movimiento sin que ella se asustase. Le parecía que todos la miraban, que todos se ocupaban de ella para criticarla en todo. Miraba con ojos extraviados á los circunstantes, se sonrojaba ó palidecía alternativamente, hablaba en alta voz y con franqueza, decía simplezas, y no se daba cuenta de ello; conociendo que todos, incluso papá la escuchaban, se sonrojaba más aún. Mi papá, sin embargo, en aquellos momentos, pasaba por alto las necedades y se ponía á toser con aire apasionado, contemplándola con feliz orgullo.

Noté también que aquellos accesos de timidez asaltaban á Eudoxia Vassilevna á veces sin motivo alguno, pero casi siempre cuando se hablaba delante de papá de una mujer joven y bella. Los continuos cambios de humor de Eudoxia, sus tránsitos rápidos de la tristeza á una alegría forzada, el hábito de servirse de frases que eran peculiares de papá, todo esto, si no se hubiese tratado de un padre, o que él hubiese sido menos avanzado en edad, me habría debido ilustrar sobre el sentimiento que existía entre ambos. Pero yo no tuve la menor sospecha, ni siquiera cuando vi que papá, habiendo recibido una carta de Pedro Vassilevitch, se quedó todo desconcertado y dejó de hacer sus visitas á nuestros vecinos.

A fines de Agosto, volvió de nuevo á casa de los Epiphane, y la víspera del día en que debía yo partir con Volodia á Moskou, nos anunció su matrimonio con Eudoxia Vassilevna Epiphane.

CAPITULO LXXIV

Cómo recibimos la noticia

El día anterior á la comunicación oficial, todos los de la casa conocían ya la noticia y cada uno la comentaba á su modo. Mimi no salió de su habitación y estuvo llorando todo el día; Catalina la acompañó y no se dejó ver más que á la hora de comer, apareciendo á la mesa con cierto aire ofendido, que seguramente había tomado prestado á su madre. Liubotshka estaba radiante y declaró en la mesa que sabía un hermoso secreto que no revelaría á nadie.

—En tu secreto no hay nada de hermoso,—le dijo Volodia, que no mostraba el menor contento.—Si fueses capaz de tener una idea seria, comprenderías por el contrario que es un asunto muy feo.

Liubotshka, asombrada, lo miró fijamente y calló.

Después de comer Volodia hizo un ademán como para cogerme por el brazo, pero se arrepintió al reflexionar sin duda que darse el brazo era una señal de afecto, y se limitó á tocarme con codo indicándome con la cabeza que le siguiera al salón.

—¿Tú sabes,—me dijo después de haberse asegurado que estábamos solos, de qué secreto quería hablar Liubotshka?

Pocas veces hablábamos de cosas serias, y estando solos nos sentíamos ambos un poco cortados, pero en aquel momento, por toda respuesta al embarazo que se leía en mi cara, Volodia me miró fijamente en los ojos de un modo que quería decir: «No hay motivo para turbarse; al fin y al cabo somos hermanos, y como se trata de un importante asunto de familia, es deber nuestro hablar con franqueza.»

Lo comprendí perfectamente y él continuó:

—¿No sabes que papá se casa con la señorita Eudoxia Epiphane?

Dije que sí con la cabeza; había oído hablar de ello.

—Es una gran desgracia,—añadió Volodia.

—¿Por qué?

—¡Cómo!—dijo con impaciencia.—¿Es acaso una cosa tan agradable tener por tío un hombre como aquél?... ¡Y qué parentela! En cuanto á ella, por el pronto, sólo sabemos que es una buena señora, pero ¿quién sabe lo que será después!—Para nosotros es lo mismo, ¿qué nos importa? pero está Liubotshka de por medio que pronto deberá entrar en sociedad. ¡No será ridículo ir acompañada de una madrastra que habla muy mal el francés y que no tiene modales! ¡Es una pescaderial—concluyó Volodia muy satisfecho de esta palabra: «pescaderial.»

Me causaba un efecto indefinible el oír á Volodia censurar con tanta sangre fría á la elegida del papá, pero pensaba por otra parte que tenía razón.

—¿Pero cómo puede casarse papá?—pregunté.

—Dios lo sabe. ¿Quién comprende nada de este asunto? Yo sé tan sólo que Pedro Vassilevitch lo ha obligado á casarse con ella haciéndole intimaciones formales; sé que papá al principio no quería saber nada, pero después se le ha metido en la cabeza ese capricho, ¡una idea caballeresca! ¿quién sabe! Ahora es cuando empiezo á conocer á nuestro padre.

Este nombre de *padre*, en vez de papá, me hizo daño.

—Es un hombre excelente,—prosiguió Volodia,—bueno é inteligente, ¡pero de una ligereza! Una veleta... no puede ver á una mujer sin enamorarse; ¡es increíble! Sabe que no ha conocido una sola de la que no se haya enamorado. ¡Hasta Mimi!

—¿Qué dices?

—Digo que he sabido hace poco tiempo que estuvo enamorado de Mimi, cuando ella era más joven. Le dedicaba

versos, y ha mediado algo entre ellos. A Mimi le dura aún la ilusión.

Volodia prorrumpió en una carcajada.

—¡No es posible!—exclamé asombrado.

—Lo importante,—respondió Volodia que había recobrado su seriedad,—es nuestra familia, para la cual resulta poco beneficioso este casamiento! Sin contar que Eudoxia tendrá seguramente hijos.

Me asombró tanto el buen sentido de Volodia y su previsión, que no encontré nada que responder.

En aquel momento vino Liubotshka á unirse con nosotros.

—¿Luego lo sabéis todo?—dijo muy alegre.

—Sí,—respondió Volodia.—Una cosa sola me choca, Liubotshka. Tú no eres ya una niña; ¿cómo puedes felicitarte de que papá se case con una nulidad?

La fisonomía de Liubotshka se nubló.

—¡Volodia! ¿por qué es una nulidad? ¿Cómo te atreves á hablar así de Eudoxia? Desde el momento en que papá se casa con ella, quiere decir que vale algo.

—Bien. Una nulidad... es una manera de hablar; pero...

—No hay pero que valga,—interrumpió Liubotshka animándose.—Nunca te he dicho yo que esa señorita de la que estabas tan enamorado, fuese una nulidad. ¿Cómo puedes hablar de ese modo de papá y de una señora tan simpática? Aún que seas mi hermano, mayor te digo que calles... ¡Eso no está bien!... ¡Chitón!

—¿No puede tener uno su opinión propia?...

—No,—interrumpió de nuevo Liubotshka,—no es permitido juzgar á un padre. Mimi puede hacerlo, pero no tú, que eres el primogénito.

—¡Tú no entiendes nada de nada!—dijo Volodia en tono despreciativo.—¿Luego para tí es muy hermoso el que una señorita Epiphane venga á ocupar el puesto de mamá?

Liubotshka calló un momento y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sabía que eres orgulloso,—dijo al cabo,—pero no te creía tan malo.

Y se fué.

—¡Buen sofión!—dijo Volodia con ademán tragicómico. ¡Tomáos el trabajo de raciocinar con las chicas!—añadió como echándose en cara el haberse humillado hasta el punto de discutir con Liubotshka.

Al día siguiente por la mañana hizo mal tiempo, y ni papá ni las chicas habían bajado aún á tomar el té, cuando entré en el salón. Se sentía la proximidad el otoño; durante la noche había llovido y el cielo estaba cubierto de nubes; el sol, ya bastante alto, parecía un disco luciente. Soplaban un viento húmedo y la lluvia había formado grandes charcos de agua en el terrado, donde la tierra parecía aún más negra. La puerta del jardín, que estaba abierta, batía sobre sus goznes de hierro, y las alamedas del jardín estaban llenas de fango. Los viejos abedules, de ramas ya desnudas, los saticos se doblaban hacia un mismo lado bajo el soplo del huracán que parecía querer arrancarlas todas de raíz. En la alameda de los tilos, remolinos de hojas amarillentas se formaban á cada momento hasta que, mojadas y más pesadas, se detenían en el suelo húmedo ó en el prado que se había vuelto de un verde más obscuro bajo la lluvia.

Yo pensaba en el casamiento de mi padre y lo consideraba desde el punto de vista de Volodia. El porvenir de nosotros, y de mi padre mismo, no me presagiaba nada bueno. Me desesperaba la idea de que una extraña, y lo que es peor una *mujer joven*, ocupara de pronto, sin tener derecho alguno para ello, un puesto entre nosotros. ¡Y qué puesto! ¡Una joven cualquiera ocuparía el puesto de mi mamá! Estaba triste y mi padre me parecía cada vez más culpable. Oí su voz y la de Volodia, y no queriendo en aquel momento ver papá, salí. Mi hermana me llamó, anunciándome que papá quería hablarme, y tuve que acudir al llamamiento.

Estaba de pie en el salón, apoyado con una mano en el piano y miraba hacia la puerta por donde entré; tenía un aire lleno de impaciencia y de solemnidad al mismo tiempo. Su rostro no conservaba ya la expresión de felicidad que le había notado en los meses últimos; estaba, por el contrario, muy triste.

Volodia se paseaba de un lado á otro del salón, fumando su pipa.

Me acerqué á mi padre y le di los buenos días.

—Y bien, amigos míos,—dijo con resolución y levantando la cabeza con el gesto impaciente propio del que va á decir cosas desagradables de las que no cabe arrepentirse.—¿Supongo que sabéis que me caso con Eudoxia Vassilevna?

Calló por un momento y luego prosiguió:

—Tenía la intención de no casarme, después de haber perdido á vuestra madre, pero... (se detuvo por algunos segundos) pero... el destino no lo ha querido. Eudoxia es una excelente muchacha, no muy joven. Espero, hijos míos, que la amaréis, puesto que ella os ama ya de todo corazón. Ha llegado el momento para vosotros (hablaba aprisa, como para impedirnos que le interrumpiésemos), ha llegado el momento para vosotros de partir. Yo me quedaré aquí hasta el año nuevo y volveré aquí con mi mujer (aquí se turbó un poco) y con vuestra hermana.

Yo padecía mucho al ver á mi padre ante nosotros, tan tímido, casi como un acusado, y me acerqué á él.

Volodia fumaba y seguía paseando por la estancia con la cabeza baja.

—Hé aquí, amigos míos, lo que ha decidido vuestro papá,—concluyó mi padre, ruborizándose y tendiéndonos las manos.

Tenía las lágrimas en los ojos, y noté que la mano que alargaba á Volodia, quien se hallaba á la parte opuesta de la estancia, temblaba un poco. La vista de aquella mano temblorosa me hizo daño y me ocurrió el pensamiento,

que me conmovió aún más, de que papá en el año 1812 era militar y que todos le creían muy valiente. Retuve entre las mías su mano grande, surcada de gruesas venas, y la besé. El estrechó con fuerza la mía, y luego tomó la cabeza de Liubotshka y se puso á besarle los ojos. Volodia fingió que se le había caído la pipa, se bajó, se enjugó á escondidas los ojos con la mano y salió, procurando no llamar la atención de nadie.

CAPITULO LXXV

Asuntos del corazón

El matrimonio debía verificarse quince días después, pero la reapertura de los cursos en la Universidad era inminente, y Volodia y yo partimos para Moscou á primeros de septiembre. También los Nekliudof volvieron del campo, y Dmitri—nos habíamos prometido al despedirnos mutuas cartas y no lo habíamos hecho—vino inmediatamente á verme y me acompañó la primera vez á la Universidad.

En aquel invierno me preocupé de asuntos del corazón. Estuve enamorado tres veces; la primera, perdidamente de una señora gruesa, á la que veía en la escuela de equitación Freytag, á donde iba el martes y el viernes. En aquellos días no faltaba, pero tenía tanto miedo de que me viese, iba á colocarme tan lejos de ella, me escapaba con tal prisa de los sitios por donde había de pasar, volvía la cara con tal apresuramiento á otro lado cuando ella me miraba, que nunca logré ver bien sus facciones, y no podría asegurar si era bella.

Dubkof conocía á aquella señora. Me encontraba en el picadero escondido entre los lacayos, que llevaban los abrigos de los amos, y habiendo sabido por Dmitri mi pasión, se ofreció á presentarme á aquella señora. Esta posición me causó tal espanto, que huí á todo correr, y la

sospecha sola de que habían hablado de mí á la amazona, me impidió volver al picadero.

Cuando estaba enamorado de personas desconocidas, sobre todo si eran mujeres casadas, me mostraba con ellas cien veces más tímido que con Sonia. Temblaba sobre todo por temor de que la persona amada viniese á conocer mi pasión por ella, porque me parecía que si llegaba á saber el sentimiento que me inspiraba se había de ofender y no me lo había de perdonar jamás.

En efecto, si la amazona hubiese podido leer lo que pasaba en mi alma, cuando la miraba oculto entre los lacayos; si hubiese podido adivinar como en mi imaginación me la llevaba al campo y lo que allí hacía con ella, quizás hubiera tenido razón para considerarse ofendida. Yo no podía sacarme de la cabeza que ella habría de adivinar, en el instante en que me presentasen á ella, todas las locas ideas que me inspiraba.

Por segunda vez me enamoré de Sonia, á quien ví en casa de mi hermana. Hacía mucho tiempo que mi segunda pasión se había desvanecido, pero volví á las andadas un día en que Liubotshka me enseñaba un cuaderno de versos copiados por Sonia. Era el Diablo de Lermontof. Los pasajes de pasión tétrica estaban subrayados con tinta roja, y la página estaba señalada con una flor. Me acordé de haber visto á Volodia, el año antes, besar la bolsa de su novia. Traté de imitarle, y cuando por la noche me quedé sólo en mi habitación, me puse á mirar aquella flor, la acerqué á mis labios y experimenté un gran placer besándola. Me volví á quedar enamorado, ó al menos así me lo pareció, por algunos días.

La tercera vez me enamoré de una señorita que venía á nuestra casa, y por quien Volodia estaba loco. Según mis recuerdos, aquella señorita no era bella, y sobre todo no tenía nada de lo que podía gustarme. Era hija de una señora de Moscou, muy conocida por su instrucción y por su talento. Era una muchacha pequeña, delgada, con un

perfil delicado, con largos cabellos rubios, y aseguraban que era aún más culta é inteligente que su madre, pero yo no pude formarme un concepto exacto, pues su ingenio y su saber me inspiraban un santo horror. Una sola vez que hablé con ella, sentí las mayores angustias. Sin embargo, el entusiasmo de Volodia, que no vacilaba en manifestarse ante todos, me venció de tal modo, que me creí perdidamente enamorado de aquella señorita. No le dije una palabra á Volodia, suponiendo que le desagradaría que «dos hermanos estuvieran enamorados de una misma chica.»

Y á mí, en cambio, lo que me producía mayor placer era la idea de que nuestro amor era tan puro que á pesar de amar á una misma persona íbamos perfectamente de acuerdo, dispuestos en caso necesario á sacrificarnos el uno por el otro. Debo confesar que Volodia no era precisamente de mi parecer en estar dispuesto al sacrificio, porque estaba tan enamorado que se quiso batir con un diplomático—un verdadero diplomático—que debía, según decían, casarse con aquella señorita. Si yo por mi parte era tan entusiasta por el pensamiento de sacrificar mi amor, esto dependía quizá del hecho de que no me costaba un gran esfuerzo. Una sola vez hablé seriamente con aquella señorita de música alemana y por más que hice, mi pasión se desvaneció por completo una semana después.

CAPITULO LXXVI

Nekliudof

Veía á menudo á la familia Nekliudof, con la que pronto tuve mucha intimidad. Las señoras no salían por la noche y la princesa deseaba ver gente. Le gustaban los jóvenes, los jóvenes «capaces de pasar la velada sin jugar ni bailar». Parece que esta especie es rara, pues yo no encon-

trata nunca ninguno, aun cuando iba allí casi todas las noches. Me había acostumbrado á aquella familia y á sus cambios de humor, comprendía muy bien sus recíprocas relaciones, estaba habituado á la casa y á los muebles y cuando no había personas extrañas me sentía tan bien como en mi casa, á excepción de cuando me encontraba á solas con Vareneka. Me pareció que en su calidad de muchacha fea debía suspirar porque yo me enamorase de ella.

Este inconveniente sin embargo era menor, porque Vareneka tenía un carácter tal que hablaba con la misma indiferencia conmigo como con su hermano ó con Liubov Sergueievna, tanto que me acostumbré también por mi parte, con tal libertad de espíritu hacia ella como hacia otra persona cualesquiera, á quien se puede hacer comprender, sin vergüenza ni peligro, el placer que os proporciona su compañía. Por todo el tiempo que duró nuestra amistad la encontré muy corriente unos días, pésima otros, pasadera, pero nunca se me ocurrió preguntarme si me había enamorado de ella. Cuando me ocurría hablarle, las más de las veces lo hacía indirectamente dirigiéndome á Liubov Sergueievna ó mejor aun á Dmitri. Experimentaba un gran placer en hablar delante de ella, en oírle cantar, en saber que estaba cerca, pero pocas veces me preguntaba como habría de terminar nuestra amistad y cuando se me ocurría pensar en esto me sentía contento del presente y me esforzaba sin querer en no pensar en lo futuro.

A pesar de nuestra intimidad, me parecía necesario ocultar mi afecto á los Nekliudof, y especialmente á Vareneka. Me esforzaba en mostrarme diferente de lo que era y de lo que podía ser. Me hacía el hombre apasionado y entusiasta, cuando se daba por supuesto que cierta cosa debía agradarme, lanzaba un «¡Ah! y ¡oh!» y hacía grandes gestos. Al mismo tiempo y en presencia de un hecho extraordinario ó cuando simplemente oía hablar de él, afec-

taba una gran indiferencia. Tomaba el aspecto de un burlón terrible para quien no hay nada sagrado y al mismo tiempo la echaba de observador profundo.

Trataba de parecer lógico en todas mis acciones, exacto en todas las cosas de la vida y lleno de desprecio hacia lo material. Me atrevo á decir que valía yo mucho más que el ser extraño por mí fingido. Los Nekliudof me querían tal como era y afortunadamente para mí no reparaban en mi afectación. Sólo Liubov Sergueievna, juzgándome un egoísta terrible, que no cree en nada y se burla de todo, parecía quererme bien. Cuestionábamos á veces los dos y á menudo se irritaba y profería contra mí frases incoherentes. Su posición con respecto á Dmitri no había variado; sus relaciones eran más extrañas que afectuosas. Dmitri sostenía que nadie le comprendía; que ella le hacía un gran bien y su intimidad apenaba cada día más á toda la familia.

Un día en que Vareneka me hablaba de esta simpatía incomprendible para todos nosotros, me dió la siguiente explicación.

«Dmitri tiene mucho amor propio y gran orgullo. Aunque es muy inteligente desea ser admirado y alabado, queriendo sobresalir sobre todos siempre. La pobre tía en la inocencia de su alma y en su admiración hacia él no tiene el tacto de ocultársela. Siendo sincera, no cesa de adularle.»

Por no sé que razón preferí en lo sucesivo ver á Dmitri en el salón de su madre más bien que en la intimidad de nuestras antiguas confidencias.

CAPITULO LXXVII

Mi amistad con Nekliudof

Hacia aquella época, mi amistad con Nekliudof no pendía más que de un hilo; hacía demasiado tiempo que le

conocía para no haber descubierto en él algunos defectos. En la primera juventud sólo podemos amar de un modo apasionado y por consiguiente no amamos más que á las personas que juzgamos perfectas; pero la niebla de la pasión no tarda en disiparse á la luz de la razón. Se comienza entonces á ver la persona amada tal como es en realidad con una mezcla de virtud y de defectos, pero la verdad es que sólo estos nos hieren, y como constituyen para nosotros una sorpresa, los exageramos sin piedad.

El deseo de lo nuevo y la esperanza de encontrar en otra parte la perfección entibian el afecto que sentimos por nuestro antiguo ídolo; hasta nos le hacen aborrecer, abandonándolo, aun sin querer, para correr aquí ó allá en busca de una nueva perfección. Si mi amistad por Dmitri no sufrió esta suerte, no lo debo á otra cosa más que á su afecto obstinado y pedante cuyo origen estaba más bien en la inteligencia que en el corazón, y sobre todo en los escrúpulos que tenía de hacerle traición.

El extraño propósito que nos habíamos impuesto de decirnoslo todo formaba un lazo entre nosotros, porque cada uno teníamos mucho miedo de dejar en poder del otro, en caso de discordia, todas las verdades vergonzosas que nos habíamos confesado mutuamente. Hacía, por otro lado, tanto tiempo que no observábamos ya la promesa que nos hicimos, que ya no era posible la ilusión entre nosotros, lo que nos turbaba, creándonos extrañas relaciones.

En aquel invierno encontraba casi siempre en casa de Dmitri á un compañero suyo de la Universidad, un cierto Bezobedof con quien estudiaba. Bezobedof era un hombrecillo raquítrico y picado de viruelas, con manecitas cubiertas de manchas rojizas y con cabellos rojos siempre despeinados. Sin educación, sucio, descuidado, ni aún tenía el mérito de ser estudioso. Sus relaciones con Dmitri eran tan incomprensibles para mí, como las que éste tenía con Liubov Sergueievna.

La única razón por la cual había podido preferirle á to-

dos sus compañeros y hacerle su amigo, era que no había en toda la Universidad otro más andrajoso que él. Dmitri le había concedido su amistad únicamente por tener el gusto de no sentirse aprobado por nadie. Se veía en sus relaciones con este estudiante el orgullo que dice: «Todos vosotros sois iguales para mí. Yo prefiero á éste y basta».

Me asombraba como pudiese fingir con tal constancia y como aquel desgraciado de Bezobedof toleraba aquella posición embarazosa. Aquella amistad me irritaba mucho, en una palabra.

Una noche fui á casa de Dmitri con la intención de llevarle al salón para oír leer ó cantar á Vareneka. El primero á quien encontré fué Bezobedof y Dmitri me contestó muy secamente que no podía bajar desde el momento en que, como yo veía, tenía visita.

—Y por otra parte, ¿qué hay de divertido allá abajo? Es mucho mejor estarnos aquí charlando.

La perspectiva de pasar dos horas con Bezobedof no era por cierto muy lisonjera para mí, pero no tuve ánimo para bajar solo al salón. Irritado por los modales extraños de mi amigo me tendí sobre una butaca meciéndome sin abrir la boca. Estaba furioso contra ambos porque me privaban del placer de bajar al salón y sólo esperaba que Bezobedof se marchase pronto, pero mi irritación crecía mientras que les estaba escuchando en silencio.

—¡Qué buen compañero! ¡Qué conversación tan amena! —pensaba yo.

Un criado trajo el té y Dmitri tuvo que insistir cinco veces para acerle haceptar una taza á Bezobedof que se creía obligado á rehusar las primeras veces diciendo tímidamente: «Después de usted.» Dmitri hacía esfuerzos para sostener la conversación en la cual trataba en vano que yo tomara parte. Yo estaba callado con aire taciturno.

«No hay que decir—pensé, mientras me columpiaba cadenciosamente en mi poltrona;—con una sociedad tan agradable nadie se atrevería á suponer que me estoy abu-

rriendo mortalmente.» Sentía una especie de alegría al atizar dentro de mí mismo este odio sordo contra mi amigo.—«¡Qué imbécil!—me dije.—Podría pasar apaciblemente la velada en familia, pero no, se divierte con esa bestia y las horas pasan y se hace demasiado tarde para bajar al salón.»—Me entretuve desde mi butaca en observar á mi amigo. Sus manos, su postura, su cuello y sobre todo su nuca y sus rodillas me eran tan insoportables é irritantes que habría querido en aquel momento jugarle alguna treta muy desagradable.

Bezobedof se levantó al fin, pero Dmitri no podía privarse de buenas á primeras de un huésped tan precioso y le suplicó que no se marchase todavía; por fortuna Bezobedof no quiso aceptar y se marchó.

Después de haberle acompañado hasta la puerta, Dmitri se puso á pasear arriba y abajo en la habitación echándole una ojeada de vez en cuando.

Sonreía con complacencia y se restregaba las manos, sin duda por la doble satisfacción de no haberse desmentido y de sentirse al fin emancipado de una servidumbre fastidiosa. Yo le detestaba á cada momento más. ¿Cómo tiene valor para pasearse y sonreirse?—pensaba.—¿Por qué estás tan irritado?—me dijo de pronto deteniéndose ante mí.—No estoy irritado—respondí (como se responde naturalmente en tales casos). Siento solamente verte hacer el hipócrita en presencia mía, en presencia de Bezobedof y hasta en presencia de ti mismo.

—¡Qué necesidad! Nunca he sido yo hipócrita con nadie.

—No he olvidado nuestro pacto de decirnoslo todo y por lo tanto te hablo francamente. Estoy convencido de que este Bezobedof te es precisamente tan insoportable como lo es para mí. Es un necio y por lo demás Dios sabe lo poco que vale. ¡A tí te gusta darte tono á sus ojos!

—No. Ante todo Bezobedof es un buen muchacho...

—¡Ya lo creo! Como Liubov Sergueievna es una buena

muchacha. Tu amistad por ellos no se deriva de otra causa sino que ambos te consideran como un Dios.

—¡Te digo que no!

—¡Y yo te digo que sí!—rebatí con toda la fuerza que me daba la cólera tanto tiempo contenida.

—No; cuando yo amo á una persona, ni las alabanzas ni las injurias logran alterar mis sentimientos.

—No es verdad—grité, levantándome y mirándolo á la cara con el valor de la desesperación.—No es verdad lo que dices... ¿No me has dicho quizás con respecto á tu hermano?... Pero no... no quiero recordártelo... no sería leal... ¿No me has dicho, acaso?... Te diré como te considero ahora ..

Y me puse á demostrarle que no amaba á nadie, porfiando con él en decirle cosas ofensivas enumerándole todos los motivos de queja que creía tener contra él.

La disputa se había convertido en un pleito terrible. De pronto Dmitri calló y pasó á una estancia próxima: quise seguirle, continuando mis invectivas contra él; pero ya no quiso responder.

Yo sabía que la cólera figuraba en la lista de sus defectos, que él había compilado y de la que procuraba vencerse. Maldije sus listas y sus registros...

Y hé aquí á lo que nos condujo nuestro pacto *de decirnoslo todo y de no hablar nunca el uno del otro con tercera persona*. Nos dejamos arrebatar, en un exceso de franqueza, á vergonzosas confesiones que enfriaron nuestra amistad y que produjeron el doble efecto de encadenarnos cada vez más estrechamente el uno al otro, mientras que nos separaban moralmente. Aquel día el amor propio impidió á Dmitri á darme la razón en una cosa sencillísima y en el calor de la disputa nos servimos de armas que recíprocamente nos hablamos suministrado, y que nos produjeron heridas terriblemente dolorosas.

CAPITULO LXXVIII

Nuestra madrastra

MI padre, á pesar de su propósito de no volver á Moscou con su esposa hasta el año nuevo, llegó á fines del mes de Octubre cuando la estación aún era propicia para la caza.

Al vernos, habló de cierto asunto urgente, pero Mimi nos contó que Eudoxia Vassilevna se aburría muchísimo en el campo, que hablaba muy á menudo de Moscou y que fingía estar un poco indispuesta, tanto, que papá se decidió al fin á darle gusto.

—No le ama,—añadía Mimi.—Ha molestado á todo el mundo hablando de su pasión, pero únicamente porque quería hacer un buen negocio casandose con un rico.

Y Mimi suspiraba con aire pensativo, como diciendo: «Otra cosa sería si el señor hubiera sabido apreciar el mérito de ciertas personas.»

Las tales personas eran injustas con Eudoxia Vassilevna. Su amor por papá, un amor apasionado, ferviente, que le hacía desear el sacrificio, se revelaba en cada palabra suya, en cada mirada de sus ojos, en cada movimiento de su cuerpo. Este amor, aunque la tenía deseosa de no separarse nunca del esposo adorado, no le impedía de usar un sombrero elegante, con plumas azules, entrevisto en casa de la señorita Anita, ó un vestido no menos elegante de terciopelo azul celeste de Venecia que sentaba admirablemente á sus hermosos hombros y á sus blancos brazos, los cuales aparecían, por primera vez, en la sociedad elevada.

Catalina era, como puede suponerse, del parecer de su madre.

Desde el día en que llegó nuestra madrastra, se establecieron entre ella, Volodia y yo relaciones un poco ligeras, pero muy extrañas. Apenas bajó del carruaje de viaje, Volodia, que estaba muy serio, se le acercó con grandes reverencias y le dijo en el mismo tono que si presentara á un amigo:

—Tengo el honor de dar la bienvenida á mi madre.—Y le besó la mano.

—¡Ah querido hijo!—respondió ella con la amable sonrisa que parecía estereotipada en sus labios.

—No olvide V. á su segundo hijo,—dije acercándome para besarle la mano, é imitando, sin advertirlo, el gesto y la voz de Volodia.

Si hubiésemos estado convencidos de la sinceridad de nuestro afecto recíproco, este modo de encontrarnos habría querido decir que despreciábamos las demostraciones del cariño. Sí, por el contrario, estábamos mal dispuestos los unos contra la otra habría podido indicar, ó bien la ironía, bien nuestro desprecio por la disimulación é el deseo de ocultar á nuestro padre la verdadera situación sin tener en cuenta otros muchos pensamientos y sentimientos.

En realidad, aquella actitud que se compadecía muy bien con el carácter de Eudoxia Vassilevna, no quería decir nada y sólo servía para disimular la falta de un sentimiento cualquiera.

Noté después, con frecuencia, este tono semi-burlón en otras casas, en que la familia dejaba adivinar relaciones poco placenteras con uno de sus miembros. Esta especie de vínculo artificial con nuestra madrastra, establecido sin premeditación al principio, duró mucho tiempo. Le demostrábamos una amabilidad afectada, le hablábamos en francés, le hacíamos reverencias y la llamábamos.—«¡Querida mamá!»

Nos respondía invariablemente en el mismo tono acompañando sus cortesías con la misma eterna sonrisa. La llo-

rona de nuestra hermana, con sus pies de ganso y sus palabras faltas de tacto, era la única que amaba á la madrastra y con frecuencia hacía candorosos é inútiles esfuerzos para aproximarla al corazón del resto de la familia. Así la única persona en el mundo por quien Eudoxia Vassilevna sentía un grande afecto, además de su pasión por el papá, era Liubotshka hacia quien manifestaba al mismo tiempo una especie de admiración entusiasta y de tímido respeto que me asombraban mucho.

En los primeros tiempos, Eudoxia Vassilevna se complacía en recordar que era una madrastra y en aludir á las prevenciones y á la malevolencia de los niños y de la servidumbre, que hacen muy difícil la posición de las madrastras. Sin embargo, aún previendo todos los inconvenientes de esta situación, no hacía nada por evitarlos ni se cuidaba de acariciar á los unos ni de hacer regalos á los otros ni de abstenerse de reñirnos, cosa que no le habría costado gran trabajo, porque era de buen natural y muy poco exigente. Pues bien, no sólo no hizo cosa de provecho, sino que se puso á la defensiva cuando nadie pensaba atacarla. Convencida de que todos los criados no pensaban más que en molestarla y zaherirla continuamente, vió por todas partes mal intencionados y adoptó la actitud de una persona que lo sufre todo en silencio, con dignidad. El resultado fué que en vez de atraerse el afecto de nuestra servidumbre, sembró por todas partes el odio.

Es más: ya he dicho cuán desarrollada estaba en nuestra familia la facultad de la *comprensión*. Nuestra madrastra carecía en absoluto de ingenio é introducía entre nosotros costumbres tan diferentes de las nuestras, que bastó esto solo para disgustarnos.

Nuestro método de vida era muy sencillo y ordenado, mientras que ella parecía siempre llegar de un viaje y que no había tenido tiempo aún de poner sus cosas en orden. Se levantaba y se acostaba unas veces muy temprano, otras muy tarde; un día comía con nosotros y otros no;

una noche cenaba y la siguiente no se acordaba de la cena. Cuando no teníamos visitas, andaba casi siempre por casa á medio vestir y no se avergonzaba de mostrar á la familia y aún á los criados la camisola blanca y el pequeño chal á los hombros y los brazos desnudos. Al principio tanta sencillez me agradó, pero muy pronto perdí el poco respeto que le profesaba, precisamente á causa de esa misma sencillez.

Una cosa nos parecía aún más extraña que todo lo demás. Había en ella dos mujeres diferentes según que se encontraba en presencia de extraños ó sola con la familia. Ante la sociedad de fuera de casa era una joven señora, un poco fría, rica en salud, soberbiamente vestida, nada necia, y alegre aunque no muy graciosa. Apenas nos quedábamos solos, tomaba el aspecto de una mujer martirizada, abatida, infeliz, á pesar de nuestro amor. Entonces descuidaba su persona y aparecía envejecida.

Cuantas veces, al volver á casa después de sus visitas, toda sonrosada de frío, se quitaba el sombrero é iba á mirarse, sonriente, al espejo, feliz con su belleza; ó cuando por la noche pasaba por delante de los criados para ir en busca del coche, magnífica y confusa al mismo tiempo, con su hermoso vestido de baile; ó los días de recepción en casa, cuando se ponía un rico traje de seda y mostraba el delicioso seno circundado de encajes, sonreía á todos con su hermosa sonrisa siempre igual; cuantas veces al verla así me preguntaba que se habrían dicho sus admiradores, si la hubiesen visto como yo en las noches que se quedaba en casa y estaba esperando á su esposo que debía volver del círculo, toda despeinada, con una especie de gorro en la cabeza, vagar como una sombra de una en otra estancia.

Ora se sentaba al piano y tocaba cierto vals, la única pieza que sabía, frunciendo las cejas por el esfuerzo que ponía en la ejecución; ora tomaba una novela y leía al azar una página arrojando en seguida el volumen; ora se

iba á la despensa y para no molestar á la servidumbre tomaba ella misma un pepinillo y un trozo de carne fiambre y se ponía á comérselo en pie ante la ventanilla de la despensa; y luego con gesto de abatimiento volvía de nuevo á recorrer sin objeto toda la casa.

La ausencia completa de comprensión fué lo que contribuyó, más que otra cosa, á aislarla de todos nosotros. Esta falta se revelaba sobre todo en los finos modales con que escuchaba, cuando le hablaban de cosas incomprensibles para ella.

No era culpa suya si había tomado sin querer el hábito de sonreírse siempre y de menear la cabeza cuando se le contaba cosas que no la interesaban (es verdad que no le interesaba nada fuera de lo que le concernía á ella ó á su marido); pero aún que la culpa no fuese suya, sonrisa y movimiento de cabeza concluían por hacerse insoportables á todo el mundo.

Su alegría, que consistía en burlarse de ella misma, de nosotros, de todos, carecía de naturalidad y por tanto no era comunicativa.

Su sensibilidad era enojosa en extremo. Sobre todo nos irritaba el hecho de que en toda ocasión y sin el menor tacto nos hablase de su amor hacia papá. No ya porque mintiese al decir que su pasión por su marido era su vida y lo demostraba con su conducta, pero la insistencia y la falta de retención con que volvía á cada paso sobre aquel mismo asunto, no eran, según nosotros, menos repulsivos hasta el punto que nosotros nos avergonzábamos por ella cuando en presencia de extraños hablaba de su amor hacia papá, más aún que cuando cometía errores al hablar en francés.

Amaba á su marido más que á todo el mundo y él la amó también, especialmente en los primeros tiempos y cuando vió que agradaba también á los demás. Ella no tenía otro afán que el conquistar el afecto de su marido y sin embargo por inercia ó falta de tacto se habría dicho

que procuraba hacer todo lo que podía desagradarle, siempre con el fin de manifestarle su amor y su deseo de sacrificarse.

Así, á ella le gustaba vestir bien y mi padre deseaba ver á su mujer elegante y admirada; mi madrastra se creyó obligada á sacrificar á mi padre su propio gusto por el lujo en el vestir y adoptó la costumbre de permanecer en casa con una seneilla bata gris.

Papá, que siempre había considerado como condición esencial de la vida de familia la libertad recíproca, procuraba con todo empeño que su predilecta Liubotshka disfrutase de la confianza y la amistad de su joven madrastra. Eudoxia se sacrificó manifestando á la verdadera ama de casa, como llamaba á mi hermana, un respeto muy inoportuno que hería profundamente á papá.

Le gustaba pasar las noches en el juego, y hacia fines del invierno perdió mucho. A nadie habló de sus pérdidas, porque tenía por principio que las cuestiones del juego no deben mezclarse con las de familia. Mi madrastra se sacrificó también y creyó que su deber, aun cuando estuviese enferma, aunque se mostrase en cinta, era salir á recibir á papá, de bata, cuando volviese del Círculo á las cuatro ó las cinco de la mañana, rendido, avergonzado y con la bolsa vacía. Ella le preguntaba distraídamente si había sido afortunado en el juego y escuchaba la contestación con gesto condescendiente, sonriendo y meneando la cabeza, en tanto que él le contaba lo que había hecho en el Círculo y le rogaba por la centésima vez que no le esperase á la noche. Por más que se lo suplicase, al día siguiente ella le esperaba del mismo modo, aunque le era indiferente que papá jugase ó no.

Es preciso añadir que además de esta manía del sacrificio, sentía en ciertas ocasiones celos que la hacían sufrir muchísimo. Era imposible persuadirla de que papá volvía en efecto del Círculo y no de otro lugar, y se esforzaba en leer en su rostro los secretos de su corazón, y al no leer

absolutamente nada, suspiraba, se deleitaba en su propio dolor, abandonándose á la contemplación de su propia desgracia.

En virtud de aquellos continuos sacrificios se podía ya notar á fines de este primer invierno un cambio en papá. Había perdido mucho, estaba á menudo de muy mal humor y descargaba sus iras en la joven. Casi había llegado al *rencor secreto*, á esa aversión la persona á la que se ha amado y que se manifiesta con cierta tendencia inconsciente á infligirle toda especie de castigos morales.

CAPITULO LXXIX

Mi desgracia

Había llegado la época de mi primer examen de cálculo diferencial é integral, y me encontré en estado de absoluta inconsciencia é incapacidad para darme cuenta exacta de lo que me esperaba. Por la noche, la vispera del examen, cuando dejé á mis compañeros, tuve una vaga idea de que las cosas no marcharían tan llanamente y que quizá me sería preciso modificar mi manera de ser y de obrar. Al salir el sol, me sentí feliz y volví á mi anterior estado sin el menor deseo de cambiar para nada.

En este estado de ánimo, fui á hacer mi primer examen. Me senté en un banco en que se hallaban príncipes, condes y barones y me puse á hablar con ellos en francés, sin pensar ni por un momento ¡caso extraño! que iba muy pronto á ser interrogado sobre cosas de que no sabía ni una sola palabra.

Miraba tranquilamente á los que pasaban y á veces me permitía bromear con ellos.

— ¡Y bien, Grapp!—pregunté á Iline, que volvía de examinarse—¿tiene usted miedo?

— Ya veremos como sale usted—respondió Iline, que desde que estaba en la Universidad se había rebelado abiertamente contra mí; ya no me sonreía al verme y me guardaba cierto rencor.

Me sonreí desdeñosamente, aunque aquella duda me causó por un instante gran inquietud. Pronto se fundió ésta, sin embargo, al calor de la inconsciencia de que he hablado y me sentí de nuevo tan tranquilo que prometí al barón Z. ir á tomar alguna cosa con él después del examen. Cuando me llamaron me arreglé el uniforme y me adelanté con pasmosa sangre fría.

Sólo al inclinarme un poco para sacar las bolas que habían de marcar mis preguntas, sentí un ligero escalofrío en todo el cuerpo. Respondí muy mal. Saqué la segunda pregunta y no dije ni una sola palabra. El profesor me miró con lástima y dijo con voz afectuosa, pero firme: «No le aprobamos á usted, señor Irteneff. Debe usted abandonar la Facultad.»

No recuerdo como salí de la sala ni lo que respondí á las preguntas de los estudiantes ni como llegué á casa. Estaba humillado, abatido, me sentía profundamente desgraciado.

Estuve tres días sin salir de mi habitación y sin ver á nadie. Encontré un gran consuelo en el llanto, como cuando era niño, y derramé mares de lágrimas. Busqué una pistola para matarme, cuando el deseo de morir llegase á ser más vivo.

Creí que Iline Grapp al encontrarme me escupiría á la cara, y con mucha razón; que sería muy feliz pudiendo explicar á todos mis conocidos mi desgracia. Pasaron por mi mente todos los minutos de mi vida, dolorosos para mi amor propio y busqué á una persona á quien hacer responsable de mi infortunio, imaginándome que esta *persona* lo había hecho adrede, tramando una conspiración

contra mí; maldecía de los profesores, de mis compañeros, de Volodia, de Dmitri y hasta de mi padre que me había hecho entrar en la Universidad, contra los decretos de la Providencia, y que había permitido que yo quedase cubierto de oprobio. Finalmente, sintiendo que estaba perdido sin remisión á los ojos de aquellos que me conocían, pedí á papá permiso para alistarme en los húsares ó marchar al Cáucaso. Papá estaba descontento de mí, pero al verme tan afligido, me consoló explicándome que no estaba deshonrado y que todo podía arreglarse entrando en otra Facultad.

Volodia tampoco juzgaba mi desgracia tan terrible y añadió que cambiando de Facultad encontraría nuevos compañeros, ante los cuales no tendría que avergonzarme.

Las señoras de la casa no comprendían ó no querían ni podían comprender en qué consiste un examen; me compadecían, pero sólo porque me veían apesadumbrado.

Dmitri venía á buscarme todos los días y durante todo aquel tiempo se mostró muy bueno y afectuoso; pero precisamente por esto me parecía que me quería menos bien. Sentía una dolorosa impresión cada vez que entraba en mi habitación y se sentaba á mi lado, casi con ese aspecto del médico que se sienta á la cabecera de un enfermo ya desahuciado. Sofía Ivanovna y Vareneka me mandaron por conducto del mismo Nekliudof libros que yo había manifestado deseos de leer y le encargaron me dijera que fuese á visitarlas, pero yo no vi en su cortesía más que esa indulgencia orgullosa y ofensiva de que se alardea con los desgraciados.

Al cabo de tres ó cuatro días me calmé un poco, sin querer, no obstante, salir de casa hasta que marchamos al campo. Daba vueltas por toda la casa tratando de evitar á los criados, meditando sin cesar en mi desdicha.

Pensaba, pensaba, y al fin, una noche en que había bajado al salón para escuchar, solo, el vals de mi madrastra, me levanté, como movido por un resorte, subí á mi habi-

tación y busqué el cuaderno en que había escrito estas palabras: *Reglas de la vida*. Tuve un instante de arrepentimiento y lloré, pero no eran ya lágrimas de desesperación. Cuando me hube serenado un poco, me decidí de nuevo á trazarme la norma de mi vida. Estaba firmemente convencido de que en adelante no haría nada malo, de que no dejaría pasar un minuto en el ocio y seguiría siempre la norma establecida.

En la segunda parte de mi *Juventud* contaré cuanto tiempo duró este laudable celo, lo que me produjo y á qué nuevos principios obedeció desde entonces mi desarrollo moral.

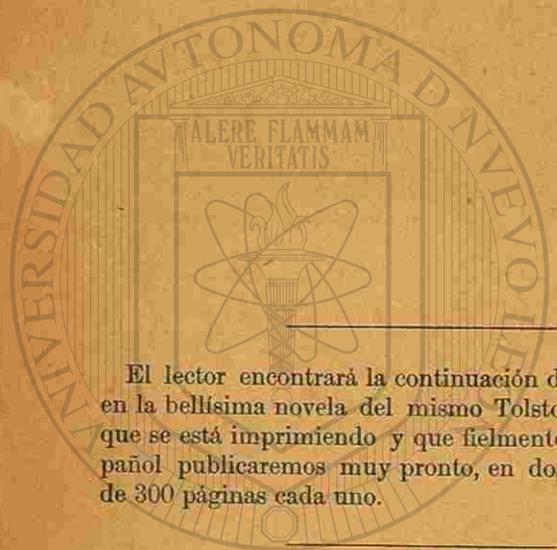
FIN

UN

OMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





El lector encontrará la continuación de estas *Memorias* en la bellísima novela del mismo Tolstoy, *Ana Karenine*, que se está imprimiendo y que fielmente traducida al español publicaremos muy pronto, en dos tomos de más de 300 páginas cada uno.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Advertencia al lector	5

INFANCIA

CAPÍTULO I.—Nuestro preceptor Carlos Ivanovitch.	9
» II.—Mamá.	16
» III.—Mi padre.	19
» IV.—En la clase	22
» V.—El Inocente	26
» VI.—Qué clase de hombre era mi padre.	31
» VII.—En el gabinete y en el salón.	34
» VIII.—Gricha	38
» IX.—Natalia Savishna	41
» X.—La partida	46
» XI.—La infancia	52
» XII.—Mis versos	55
» XIII.—Las visitas	62
» XIV.—Los Ivine	68
» XV.—La llegada de los invitados	73
» XVI.—Antes de la mazurka	78
» XVII.—La mazurka	83

CAPÍTULO XVIII.—Después de la mazurka . . .	86
» XIX.—En mi cama	90
» XX.—La carta.	92
» XXI.—Lo que nos esperaba en el campo.	98
» XXII.—El dolor	102
» XXIII.—Últimos recuerdos tristes	107

ADOLESCENCIA

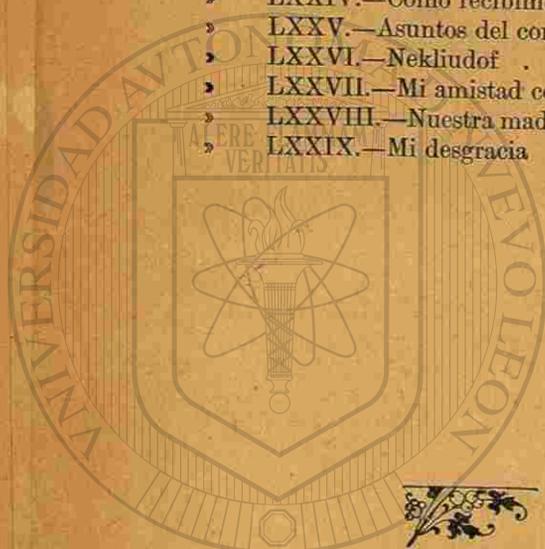
CAPÍTULO XXIV.—Donde explico mi cambio de ideas	121
» XXV.—En Moscou	127
» XXVI.—Mascha	128
» XXVII.—Los perdigones de caza	131
» XXVIII.—Historia de Carlos Ivanovitch	135
» XXIX.—Continúa la historia de Carlos Ivanovitch	138
» XXX.—Fin de la historia de Carlos Ivanovitch	142
» XXXI.—Me llevo el número 1.	145
» XXXII.—La llavecita	150
» XXXIII.—La pérdida	152
» XXXIV.—El eclipse	155
» XXXV.—Delirios	158
» XXXVI.—No hay mal que cien años dure.	162
» XXXVII.—Los aposentos de la servidumbre	167
» XXXVIII.—Adolescencia	172
» XXXIX.—Volodia.	176
» XL.—Catalina y Liubotshka	179
» XLI.—Papá	181
» XLII.—Mi abuela	184

CAPÍTULO XLIII.—Yo	187
» XLIV.—Los amigos de Volodia	188
» XLV.—El principio de la amistad	190

JUVENTUD

CAPÍTULO XLVI.—Cuándo empezó mi juventud	199
» XLVII.—La primavera	200
» XLVIII.—Castillos en el aire	204
» XLIX.—Nuestro círculo de familia	208
» L.—Las reglas de la vida	212
» LI.—La confesión	215
» LII.—En el convento	217
» LIII.—La segunda confesión	220
» LIV.—Preparación para los exámenes	223
» LV.—Soy mayor	226
» LVI.—En qué se ocupaban Volodia y Dubkof.	231
» LVII.—En donde se me festeja	235
» LVIII.—Visitas á los amigos	239
» LIX.—En casa de los Valakhine	243
» LX.—En casa de los Kornakof.	249
» LXI.—En casa de los Ivine	252
» LXII.—El príncipe Ivan Ivanovitch	255
» LXIII.—Conversación íntima con mi amigo	258
» LXIV.—Los Neukliudof	263
» LXV.—Tres especies de amor	268
» LXVI.—Donde se afianza mi amistad con Dmitri	274
» LXVII.—En el campo.	278
» LXVIII.—Nuestras relaciones con las muchachas.	283
» LXIX.—Mis ocupaciones	287

CAPÍTULO LXX.—El «comme il faut»	291
» LXXI.—Juventud	295
» LXXII.—Nuestros vecinos del campo	301
» LXXIII.—El matrimonio de mi padre	305
» LXXIV.—Cómo recibimos la noticia	308
» LXXV.—Asuntos del corazón	313
» LXXVI.—Nekliudof	315
» LXXVII.—Mi amistad con Nekliudof	317
» LXXVIII.—Nuestra madrastra	322
» LXXIX.—Mi desgracia	328



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EC